

# **HOMBRES Y DEPORTE**

JOSE Ma. CAGIGAL

**TAURUS**

Conde del Valle Suchil, 4  
Madrid

Imprimi potest:  
*Conradus Pérez, S. F., Praep. Prov. Cast. Occ.*

Nihil obstat:  
*Dr. Avelino Gómez Ledo*

Imprimase:  
*José M<sup>o</sup>., Obispo Aux. y Vic. Gen.*

1<sup>a</sup> ed. mayo 1957

Reservados todos los derechos.  
Hecho el depósito que marca la Ley,  
Copyright 1957,  
by TAURUS EDICIONES. S. A.  
Madrid

E. Sánchez LEAL, S. A. —Santísima Trinidad, 7 —Madrid

Esta obra se terminó de imprimir  
en día 11 de junio de 1957  
en E. Sánchez Leal, S. A.  
de artes gráficas  
SMA. Trinidad, 7,  
Madrid.

## ÍNDICE

### PROLOGO

#### PRIMERA PARTE :

##### Capítulo I.- Olímpicas

##### Capítulo II.- Deporte

Preocupaciones de hoy  
Filología  
El juego  
Juego y deporte  
El «homo ludens» y el «homo deportivus»

##### Capítulo III.- El deporte en la andadura humana

Desde las culturas arcaicas  
Un poco más de Olimpia  
Hablan aquellos Contemporáneos  
A vuelo de pájaro sobre Roma  
Edad Media  
Nuestros días

##### Capítulo IV.- ¿Materialista?

#### SEGUNDA PARTE:

##### Capítulo I.- Profesionalismo y deporte-espectáculo

Nacimiento del deporte  
El profesionalismo  
¿Quién es quién?  
¿Narcótico de nuestra sociedad?  
Sin precipitaciones

##### Capítulo II.- ¿Unos brutos que ganan dinero?

Humanos  
Mareas, sueldos e intereses  
El novel

##### Capítulo III.- Los periodistas y el público

Psicología de las masas  
El público  
Los periodistas

##### Capítulo IV.- El árbitro

Jueces del juez  
La conciencia psicológica  
El árbitro  
Imperdonable  
Fuerzas de flaqueza

#### TERCERA PARTE:

##### Capítulo I.- Educación y deporte

Educación y vida  
Dos tipos psicológicos  
La arribada del deporte  
En España

##### Capítulo II.- Valores educativos

Las cualidades físicas  
Salud  
Edad y armonía

Siempre base gimnástica  
La fatiga  
Valores y morales  
El trance deportivo  
Sentencias ilustres  
Valor y normalidad  
Sufrimiento  
Voluntad, intrepidez, carácter  
Idealismo  
Para la vida social

### **Capítulo III.- La Iglesia y el deporte**

Una antigua acusación  
La realidad histórica  
El caso de España  
La doctrina  
La mortificación cristiana y el deporte  
Pío XII y el deporte  
Estima sincera del deporte  
Conocimiento del deporte  
Concepto cristiano del hombre  
En el compuesto humano, el alma tiene la primacía  
El deporte es un medio, no un fin  
Atentos a una realidad  
Conclusiones prácticas  
Al público deportivo  
Siempre humano

### **Capítulo IV.- La adolescencia y el deporte**

Paisajes nuevo y misterioso  
En los campos del deporte  
Elevación espiritual

### **Capítulo V.- En los centros de educación**

Escuela y familia  
Selección  
Deportes fundamentales  
Organización  
Trascendencias espirituales

## PROLOGO

*Con la agilidad de movimientos que concede una titulación ensayística, se han podido agrupar en una obra tres tipos de trabajos, vinculados, eso sí, por una idea que pretende hacerse realidad en la tercera parte del libro. Tres son, pues, las partes en que éste queda dividido, claramente diferenciadas por la temática y por el diverso calado ensayístico.*

*En la primera, ilustrado con brochazos históricos y culturales, hay un merodeo por el discutible terreno metafísico del deporte llevado en forma de encuentros aislados con lo concreto. El sistema y la simetría ejercen fascinación; pero presentan grandes obstáculos. La investigación humana ordinaria precise etapas: Primero, las escaramuzas que incisivamente penetran y capturan en fracciones los secretos de la Naturaleza. Luego se precede a la calibración y reparto sistemático del botín. Solo los grandes genios se avecindan en la síntesis intuitiva de ambas fases.*

*Esta obra se encuadra dentro de las que comprenden la primera etapa. Esta elaborada de cara a la realidad, a borbotones, con el ritmo desigual permitido por obligaciones profesionales; los cuadros son fogonazos, o —huyendo de la pretensión— salpicaduras. Fue comenzada con la idea de una Psicología del deporte. Ciertamente, los puntos de apoyo científicos de este estudio pertenecen al campo de la psicología. Pero precisamente por no pretender una obra puramente científica, y por emplear también elementos que podrían alistarse en una sociología del deporte o en una pedagogía, el epígrafe genérico y bonachón Hombres y deporte ha asumido el encabezamiento. Responde, además, como ningún otro, a la vía impresionista y sencilla del ensayo, utilizada preferentemente. No hay, pues, sistemática, y, consiguientemente, se ha rehusado la tentación de construir aparato crítico y bibliográfico. Las notas y citas obedecen solo a un criterio de interés.*

*Una preocupación domina las páginas del libro: La trascendencia humana y social del deporte y la necesidad, en concreto en España, de una pedagogía deportiva de indudables repercusiones cívicas —tercera parte—. Por eso hay reiteraciones: algunas ideas, con diversos matices y enfoques, se repiten en distintos capítulos. Voluntariamente no han sido suprimidas cuando la acertada visión del problema parcial las reclamaba. Los vuelos rasantes de reconocimiento participan del latido cercano de la encarnación, pero carecen de síntesis. ¡Quién tuviese vista de Águila!*

*Quizá se opine que a estas alturas de los tiempos, nerviosos, casi milenaristas, la Humanidad exige del seso de los escritores serios —como tal me considero, aunque principiante— palabras de mayor envergadura, alientos de salvación y espiritualidad. Ciencia, política, sociología, religión, deben polarizar nuestra comezón. Triste desperdicio el de un hombre, que profesa seriedad, malgastar sudores en una trivialidad como el deporte. No es tontería semejante reproche. Personalmente opine con los que así se expresan que la sociedad de hoy, en su alocada aceleración de prisa y técnica, tiene urgencia de paz, de espíritu; y que esa urgencia nos hace fuertemente responsables de los minutos perdidos en un juego egoísta. Pero disiento de los que ignoran que el juego como actitud social puede ser síntoma y germen de lozanía. A éstos, más aún que a los deportistas, se dirigen estas páginas. Todavía hay muchos, muy serios, quizá demasiado, que limitan la fecundidad del juego deportivo a una afirmación muscular. Lo esterilizan en su más honrosa paternidad: su doble dimensión espiritual y social. Movidos de esta convicción nos hemos adentrado en este mundo realmente sugestivo y hemos procurado sacar conclusiones; todos, mirando con cariño a la sociedad, y en ella sobre todo a la juventud, la sociedad futura, que a ratos hemos añorado utópica.*

*Las pretensiones se reducen al oficio de despertador. Para los que tienen contacto con el deporte, una reflexión degustadora y aviso contra adulteraciones. Para los despreciadores —demasiados aún en España—, invitación a la comprensión. Un estímulo a mentes más organizadas a estudiar, en equipo, este problema; sus relaciones con tantos otros de la vida humana. En más de una ocasión, por el deporte entramos en el dinamismo de hoy, y ya en él, nos apeamos a veces de la estricta palestra deportiva para pasearnos un poco por la actualidad.*

Madrid, 5 de abril de 1957.

José M<sup>a</sup> CAGIGAL, S.

## PRIMERA PARTE

### CAPÍTULO I. OLÍMPICAS

Cuando el sol asomó su cresta sangrienta por las cimas del monte Pisa estaban ya nutridos los graderíos del *estadio*. La linterna roja del amanecer iluminaba horizontalmente aquellos rostros morenos y proporcionados, llegados a Olimpia desde todas las regiones de la Hélade. Aristócratas de Atenas, mercaderes de Rodas y Lesbos, militares de Lacedemonia, curiosos de todo el mundo griego se aglomeraban allí desde la víspera. Habían pasado la noche en los alojamientos del Pritaneo o del Gran Gimnasio, o simplemente acogidos bajo la benignidad de las estrellas caniculares, en los bosques de álamos del monte Elis.

Un cielo azul, cada vez más intenso, y la timidez de la brisa del Jónico, limpia, sin humedad, pronunciaban el día de calor fuerte. Cuando el Gran Astro se irguió para contemplar el espectáculo estaba ya el recinto lleno, desbordándose la masa por los lejanos repechos del Cronos. Comenzaron a llegar los altos dignatarios. El color estridente de sus túnicas regocijó el aire. En los asientos de mármol tapizados de primera fila se sentaron los prohombres: príncipes de todos los Estados griegos, filósofos, poetas, rices mercaderes, magistrados...

El público, anhelante, pero no impaciente, concentraba sus miradas en la puerta oeste. Eubea, colocada en primera fila al otro extremo, acosaba con preguntas a su tío Melesias. Asistía por primera vez al espectáculo. Sin padre era aquel año helanódice<sup>1</sup>. Al fin sonó, larga y rutilante, una trompeta. El público prorrumpió en alboroto, pero calló inmediatamente. Los pulmones estentóreos del heraldo anunciaron: —Los *helanódices*, los atletas, los *pedotribos*. Aquel año, olimpiada LXXVI (476 a. de J. C.), había sido ampliado a nueve el número de *helanódices* (organizadores y jueces de la olimpiada).

Con aire soberano, hieráticos, conscientes, avanzaron desde la puerta oeste hasta el centro del terreno. Llevaban túnicas escarlata y púrpura. Los procedía una escuadra de *alytes* (guardias encargados de poner en práctica sus órdenes). Tras los jueces marchaban las Diputaciones de los Estados y ciudades, algunos personajes célebres. A continuación, el imponente escuadrón de atletas. Efebos fuertes y armónicos, cuyos músculos largos colmarían la inspiración de los eternos pintores y escultores griegos. Eran los campeones de cada ciudad, animosos y nerviosos ante el arcano de las posibilidades rivales.

Detrás, los *pedotribos* (entrenadores), viejos olímpicos que renovaban en la persona de sus pupilos sus ilusiones juveniles. Cerrando en marcha, el cuerpo de *alytes* y otros grupos de funcionarios que habían de desempeñar diversos oficios en los juegos. Terminado el desfile, los magistrados, invitados ilustres, etcétera, se retiraron a sus puestos de honor. Los atletas se recogieron en uno de los extremos de la arena. De nuevo, la voz del heraldo sonó aura y penetrante. Uno a uno comenzó a nombrar a cada atleta, junto con el nombre de su ciudad. De cada rincón del graderío surgía el grito de entusiasmo de los paisanos, apiñados por regiones. Al oírse el nombre de Terón de Agrigento, *olimpiónico* (campeón) en las dos olimpiadas anteriores, la multitud, unánime, prorrumpió en aclamaciones. Al reunirse en el centro del estadio con los demás atletas, manifestó Terón: «Este es el momento más feliz de mi vida.»

Concluyeron las presentaciones. Entonces, el heraldo se volvió hacia el pueblo. Silencio impresionante. Su voz poderosa movió la atmósfera limpia de la mañana: —Hay alguien entre vosotros que pueda reprochar a alguno de estos atletas un nacimiento impuro, el no ser de condición libre, él haber sido castigado con penas infamantes, o el ser hombre de costumbres indignas? Silencio temeroso, que pronto se transformó en clamoroso júbilo. Los helanódices ya se habían ocupado de la previa selección. El coro entonó un himno del poeta Baquílides en honor de Zeus olímpico. Entre tanto se realizaba el sorteo para las eliminatorias del *estadio*.

---

<sup>1</sup> Algunos autores afirman que ninguna mujer podía presenciar el espectáculo, excepto la sacerdotisa Chamine. Así, por ejemplo, el DICCIONARIO DEL MUNDO CLASICO, Labor; sin embargo, Daremberg Saglio pone bien en claro que solo a las casadas les estaba prohibido. Trae como testimonio a Pausanias. La pervivencia durante siglos de la fiesta olímpica con la necesaria evolución de rituales explica esta disparidad.

A los gritos de ánimo de los espectadores sucede un silencio impresionante, Quionis de la Elida, el favorito de la región de Olimpia, ha tornado la curva en tercera posición y se lanza con ímpetu escalofriante detrás de Terón de Agrigento y Astilo de Crotona<sup>2</sup>, ambos olímpicos en los juegos anteriores, que marchan a la raya en cabeza. Quionis había resultado campeón en todas las carreras de adolescentes en la olimpiada anterior (LXXV). Aún es muy joven, pero sus pletóricas facultades hacen abrigar muchas ilusiones. Ha sorprendido a la Hélade entera con su fulminante victoria en la prueba del *estadio* (193 m.), y vuelve ahora a poner en vilo a los espectadores en el *diaulo* (386 m.). En los noventa primeros metros de la última recta ha acertado gran distancia. A cinco metro de Terón y seis de Astilo entra en los últimos cien. Pasan los cincuenta como movidos maquinalemente, guardando la misma distancia. Parece que Quionis se ha cansado y no puede alcanzarlos.

- ¡Por Zeus Olímpico, adelante, Quionis, hijo de los dioses!
- Pide a Heracles fuerza. Por tu padre y por tu patria.

El vocerío ha vuelto a empotrarse en el estadio. Cuarenta metros de la meta. Quionis, de pronto, como si fuera realmente hijo de una divinidad que embruja sus miembros, cambia de ritmo, alarga su zancada, y en portentoso *sprint*, hercúleo y alto como un dios, bate a Terón y a Astilo, y pisa el primero la meta. La locura en los graderíos, has, el pedotribo, coge en sus brazos el exhausto cuerpo de Quionis, que aun tiene fuerzas para volver por su propio pie hacia la tribuna.

- Bendito seas, Quionis, hijo de Antiparco.
- Que Heracles sea siempre en tu amistad.
- Apolo y Poseidon contigo, Quionis.

El pueblo grita y salta hasta el paroxismo. Es el primer gran vencedor en la historia de las olimpiadas panhelénicas que ha surgido de la Elida misma. Vuelve jadeante, pero sereno, majestuoso. Por su bronceo cuello y torso resbalan gotas de sudor. Antes de llegar a la tribuna, al pasar por cierto lugar, vuelve la vista a la izquierda, hacia el público. Su padre y dos hermanos menores lloran y ríen a un tiempo. Más abajo, en la primera fila, otra persona le sonríe también baja el velo de sus lagrimas. Es Eubca, su prometida. El sol está en el cenit. Ha sido una mañana intensa, con la gran sorpresa de la doble victoria del joven de la Elida. Hay una mesa broquelada en oro y marfil por el escultor ateniense Calamis. Sobre ella están las coronas de laurel que se entregarán a los vencedores a lo largo de todos los Juegos. De nuevo, el *varón etolo*, el jefe de los helanódices, de la familia de los Oxíldas, coloca sobre sus sienes la segunda corona y pone en su mano derecha la palma.

- Dichoso y fuerte tú, Quionis, de la Elida, hijo de Antiparco. Has merecido el favor de los dioses.

Entona el coro un himno de Píndaro; y éste mismo, levantándose de su sitio de honor, recita majestuoso los primeros versos de una nueva oda que allí mismo ha empezado a componer en honor de Quionis de la Elida. Los ochenta templos de Olimpia han visto desfilar por su recinto en el atardecer de hoy a las falanges de los ciudadanos de Elis, que ofrecen sacrificios a los dioses en acción de gracias por la victoria de su paisano.

Por la tarde no ha triunfado Quionis en la carrera de gran fonda, el *dólico* (4.400 m). Pero nadie podía soñarlo. En la historia de los 1200 años de Juegos Olímpicos solo se sabe de uno: Polites de Cerami, que venciera a la vez en el *estadio* y en el *dólico* (olimpiada CCXVI). Ha llegado en cuarto lugar, con la que en realidad ha redondeado su triunfo. En las alamedas y bosques de pinos y olivos del monte Elis hay alegría. Se escuchan los cantos monocordes de los eleos. La brisa ágil del atardecer lleva por las regiones de Grecia los primeros acentos de los juegos.

A las puertas del Pritaneo llama nervioso un hombre.

- Zeus esté con vos. ¿Que deséais?
- Busco a Terón de Agrigento.

---

<sup>2</sup> *Terón de Agrigento* fue propiamente vencedor en la prueba de carros de esta olimpiada. *Astilo*, y los demás atletas que figuran en esta escena son también celebres olímpicos de la época.

— Esperad un momento.

Es ya de noche; las columnas de humo de los sacrificios vesperales, dóricas y verticales como la raza, son las únicas que rasgan el terciopelo negro de la noche virgen.

— Terón de Agrigento no está aquí.  
— ¡Por Heracles!  
— Que Zeus te proteja.

Veloz y nervioso como un rayo de verano desciende del monte hacia el sur de la ciudad. Atraviesa el ágora frente al gran templo de Júpiter; pasa de largo, sin hacer caso. Llega al Gimnasio.

— ¿Está Terón de Agrigento?  
— Sí, está. Pero *ya* sabéis que no puede atenderos. Los atletas duermen.  
— Es muy importante. Llámale, que necesito hablarle;  
— Tengo Ordenes tajantes. Los atletas no pueden ser molestados ahora.  
— No seas impertinente. Te he dicho que le llames.  
— Avisaré, si queréis, al *gymnasiarca*.  
— No, no le llames.

El *alyte* cuidador de los atletas siente sobre la palma de su mano un bulto informe.

— ¡Llama a Terón!  
— Voy, señor. Seguidme.

Al darse la vuelta hace sonar el saquito que contiene monedas de plata. Conduce al visitante a una galería interior. Hermógenes de Rodas sonríe al ver al *alyte* marchar rápido hacia dentro, y confirma la fe en su dinero. Ha venido desde su tierra a ver los Juegos. Aunque son más bien otros intereses los que le han traído a Olimpia. Pretende a la joven Eubea, a quien conoció en uno de sus viajes comerciales. Y hoy me ha enterado de que Quionis quiere tomarla por esposa.

— Zeus con nosotros, ¿quién sois?  
— ¿Conoces a Hermógenes de Rodas?  
— La risa franca del olímpico llena la galería.  
— ¿Vos aquí? Habréis visto mi derrota...  
— No importa. Eres el mejor corredor de la Hélade.  
— Es muy potente ese Quionis.  
— Mañana le venceréis en el *pentatlón*.  
— Zeus te oiga.  
— Mañana vas a llegar antes que Quionis.  
— Bueno, y ¿cuál es el asunto que os trae a estas horas?  
— Este del que te estoy hablando.  
— No entiendo.  
— Mañana no ganará Quionis!

Y, simultáneamente, Hermógenes deposita en la mano de Terón una talega de monedas de oro. El veterano campeón da un paso hacia atrás, sin querer tomar la bolsa.

— ¿Queréis que yo...?

Hermógenes habla ahora con convicción, insinuante:

— Terón: no me comprendes. Yo sé que tú vas a ganar a Quionis; eres mejor que él. Tú no tienes más que correr como siempre, impetuoso, con todo tu aliento. Y en la lucha también le has de vencer; eres de más edad y más fuerte. Solamente en un caso imprevisto...

- No, Hermógenes; no acepto nada. Si le venzo en lucha legal, Zeus sea loado. Si él me derrota a mí...
- ¡Terón! —interrumpió, enérgico, cambiando el tono do voz—. Acuérdate que tu madre, tu esposa y tus hijos dependen de mí información ante los magistrados— y añadió, con voz lenta y recalcitrante—: Si Quionis triunfa, saldrán de Agrigento tu madre y tu esposa.

Los puños de Terón se cerraron, y por un momento pareció que iba a abalanzarse sobre el de Rodas. Le hubiera bastado un golpe. Se contuvo; apretó los dientes. Hermógenes cortó el momento de tensión mudando de nuevo el tono:

- Terón, amigo: no vas a tener necesidad de apelar a nada; lo sé. Vencerás a Quionis. Solo en última instancia..., con ese dinero salvas la situación de tu familia... Colócate delante de Quionis en el díaulo, y si ves que al final te va a pasar... Romperé este documento si no gana Quionis... Sabes mejor que yo lo que tienes que hacer... Terón, tu madre y tu esposa abrazarán al vencedor y al salvador...
- Antes de concluir agarra con su mano izquierda la muñeca del atleta y con la derecha deposita el talego en la huesuda palma del campeón.
- Terón, como un autómeta, cierra la mano y coge las monedas. Igual que una estatua marmórea de Fidias, queda clavado en pie, impávido y hercúleo, en la galería dórica del gimnasio, mientras Hermógenes desaparece como un fantasma en las semisombras de la noche clara de julio.
- Zeus te guarde, Terón.

Los atletas brincan y corretean por el borde de la arena con ritmo lento de precaución. Calientan sus músculos para la carrera. Los helanódices activamente efectúan el sorteo para formar las *tajes* o grupos eliminatorios, cuyos vencedores correrán la final. Es el gran día 12 de la luna del mes de Hecatombión (julio), segundo de los *agonismata*. Del hervidero multicolor del graderío sale un vaho festivo de ansiedad. Hoy es la gran prueba, el *pentathlón*, cuya corona es el sueño de todo atleta. Sentado al borde de la arena, lacio y macilento, está un hombre. El pedotribo se dirige a él, le interpela. Permanece inmóvil en el suelo y responde con mueca de anonadamiento. El pedotribo se agacha, y casi rostro con rostro, le habla con voz fuerte y gesticulando mucho.

Terón de Agrigento está como borracho. Tiene una obsesión punzante que le aprieta toda la cabeza como una meningitis. Apenas ha dormido en toda la noche. Y los pocos minutos que, vencido por la fatiga, cayó en el sopor, una pesadilla horrible se le abultaba: Quionis, zancadilleado por él, cae, viniendo a dar su cabeza contra el borde calcáreo de la pista, y queda allí tendido. La maca, enfurecida, le increpa y le maldice:

- Hijo del Horco.
- Plutón te arrastre a la eterna maldición.
- Aborto de Agrigento.

Y se hinchan los gritos, como una tenaza rusiente que oprime el oído. Una y otra vez se despertaba sobresaltado, como explotando de un cerco maldito. Y la pesadilla tornaba una y otra vez. No, Terón; mira, allí está Quionis correteando y hacienda flexiones, bello y fuerte. No le ha pasado nada. La mañana está apacible, y el público, en vez de insultarle, lo mira con admiración; los chiquillos sueñan con llegar a ser como tú. Todo ha sido un sueño. Pero el gran campeón, el que llenó toda la Grecia con su nombre, se siente rea de traición. Traición contra el honor de los Juegos Olímpicos; la pugna más noble, el juego más serio, capaz de hacer deponer las armas en la tregua sagrada a los más aventajados ejércitos. Indigno de él, de sus antepasados, de su ciudad Agrigento, de su patria, de los dioses.

Se ha efectuado el sorteo, y a Terón le ha correspondido correr en la primera taje. Suenan los nombres de los atletas. Al oírse «Terón de Agrigento» se renueva la ovación de ayer. El olímpionico no sonrír, no avanza plétorico como la ves anterior. Igual que un beodo a quien han apaleado, marcha automáticamente, los brazos como péndulos y la cabeza sin sostén fijo. Brota rumor de extrañeza en el graderío. Al fin, colocados en línea los seis de la primera eliminatoria, se da la salida. Al primer impulso, tronco en ristre, Terón se coloca en cabeza. Pero el veterano campeón, torpe y lento como jamás, pierde terreno. El vocerío se enseñoorea del ambiente. A los sesenta metros ocupa el sexto lugar.

Pero el mecanismo sencillo de la carrera parece hacer despertar todos sus reflejos. A los cien metros ha logrado colocarse de nuevo el tercero, y su ritmo es impetuoso; ha resucitado el Terón de otras veces. Como partes de telégrafo pasan los corredores ante los grandes de primera fila. El bache inicial de Terón va a dar a la eliminatoria una emoción de que carecía en el papel. Se acercan ya a la meta. Exhalaciones de músculos tensos. A veinte metros de la raya, Terón lame los talones de Ergoteles de Hímera, que es el primero. El esfuerzo es titánico. Su mano izquierda roza varias veces el codo derecho de Ergoteles. La boca anhelante de éste no cede. Arranque supremo. Terón ante la meta alarga su torso, pero ya Ergoteles ha pasado la línea. La multitud aplaude y grita. Terón ha caído sobre la arena. En torno a él se forma el corro nervioso e interrogante de las lesiones. El último conato ha sido sobrehumano, y la naturaleza ha acusado el exceso.

Ha perdido el conocimiento. Transcurren minutos, quizá horas. Terón yace aún en el suelo, atendido por dos médicos. Su respiración es ya tranquila, pulso normal.

Un griterío ensordecedor comienza lejano a entrar en sus oídos. Abre los ojos. La realidad de la mañana azul se abre a su vista. Se incorpora. Seis hombres corren por la arena. El público, el mismo que él ha visto a su alrededor esta mañana, esta frenético de entusiasmo. Los ojos de Terón buscan a un hombre.

- ¿Dónde está Quionis? —pregunta.
- ¡Va en cabeza!

Como impulsado por un resorte eléctrico, se pone en pie. Una losa agobiante ha caído de sus hombros, de su cabeza, de todo su ser. Un velo se descorre de sus ojos. El color, el movimiento y el contorno de las cosas es el mismo que el de ayer. Lo de esta mañana era otra cosa. Su ser está renovado. Ha desaparecido su conciencia de delito. Ya es el mismo de siempre. ¿Derrotado? ¿Qué importa? Leal, noble, con honor; con el sencillo honor de los hombres simples, cuya naturaleza es incapaz de aguantar la conciencia de un fraude.

El alboroto popular se intensifica. Es la final del diaulo en el pentatlón. Quionis, como ayer, cerca de la meta, coge pletórico la cabeza y se embala, poderoso y arrollador. Terón le reconoce.

- ¡Sí, es Quionis!

Y sin acordarse de su caída, de su desvanecimiento, corre él también, por fuera de la arena, hacia la meta. Un estruendo delirante corona el nuevo triunfo del eleo. Los gritos y el entusiasmo de ayer se duplican. Y cuando el pedotribo va a agarrar el cuerpo del vencedor para sostenerle, el pueblo entero contempla al ex campeón Terón, que estruja en abrazo profundo y largo al joven ídolo. El frenesí se apodera de las masas. No sabe qué aplaudir más: sí la proeza del triunfo o la belleza moral del abrazo sincero. La masa nunca supo calar la hondura de aquel abrazo.

En realidad, aquella mañana del 12 de Hecatombión de la olimpiada LXXVII, Grecia se aplaudió a sí misma. Ovacionó un símbolo de su deporte en su más pura entraña. Terón personificaba el triunfo del deporte genuino, idealista, frente a los bastardos intereses que siempre han intentado ahogarlo. Si la guerra, en el fonda, no es más que cuestión de subsistencia, no es extraño que un pueblo auténticamente sabio —fue filósofo— llegase a posponerla a una manifestación de lujo vivencial. Por eso el deporte casi fue idolatrado.

## CAPÍTULO II. DEPORTE

### PREOCUPACIONES DE HOY

La Humanidad siempre ha hecho deporte. He aquí por que el problema del deporte es digno de estudio.

Hay quien afirma que no puede ser el deporte objeto formal de ciencia. No es un *ente por sí*. Según ego, nunca lograríamos una ciencia auténtica del deporte. A lo sumo, esbozaríamos un simple capítulo de la *ciencia humana*.

¿Qué más nos da? Más aún: preferimos, frente al prurito de crear ciencia, abordar todo aquello que suene directamente a estudio de lo humano. Todo lo que trate del hombre es apasionante.

No creemos que hablan muy persuadidos quienes afirman que «es regar fuera del tiesto» —así textualmente hemos leído— ponerse a hablar en serio de una cosa en si alegre e intrascendente como es el deporte. Es como si vituperasen a los psicólogos y pedagogos que toman en serio el estudio del juego de los niños; o a los filósofos que aplican su berbiquí metafísico a esa propiedad tan singular en el hombre que es la risa.

Hay dos realidades específicamente independientes, cada una de las cuales es motivo suficiente para atraer con pasión, y aun con obligación de conciencia, al estudio del deporte. Su realidad ontológica. Su realidad social.

El deporte es algo que existe; intrínseco a la naturaleza humana; que se manifiesta, que se ha manifestado siempre donde el hombre ha existido. Vamos a lanzar ya una afirmación que se ira probando a lo largo de este tratado: El deporte es una *propiedad metafísica*<sup>1</sup> del hombre. Es decir, que dondequiera que se da el hombre se da el deporte; y solo en el hombre se puede éste concebir.

Por otro lado, se abulta con dimensiones casi alarmantes una realidad de nuestra soledad actual. El deporte todo lo llena, lo rebasa; se erige en ídolo gigantesco de las masas, y lanza su hálito hechizante, que enardece sobre todo a las juventudes y determina nuevas modalidades funcionales en la sociedad.

Spengler afirma en *Años decisivos* que «el desenfreno deportivo es síntoma inequívoco de la decadencia de Occidente».

«Todo público —decía, por su parte, Ortega— busca se en el dramatismo de fuerzas y forma que entiende. Ahora bien: es característico de la hora que corre la falta de público para todo lo que consiste en dramatismo espiritual —arte, letras, ciencia, religión y política superior— y su aglomeración en estadios, cines, etc. Es que no entiende la dinámica de las luchas espirituales, y porque no la entiende no le interesa. Necesita dramatismos más simples. El cuerpo es sencillo, y un partido de futbol o el movimiento de un actor en Hollywood, cosa sobre manera simple.»

«... Tras los deportes ha venido la exageración de los deportes, y contra ésta si hay mucho que decir. Es uno de los vicios, de las enormidades contra la norma de *nuestro tiempo*, es una de sus falsificaciones.»

«Esta bien alguna dosis de futbol. Pero ya tanto es intolerable...»<sup>2</sup> El ensayista P. Alejandro: «Creemos que el deporte está descentrado en Occidente; es un valor secundario, aunque muy apreciable; pero que ha adquirido un papel absorbente de ninguna manera justificado, de posibles y desagradables consecuencias, tanto sociales como humanas. Es la célula loca que monopoliza la energía vital del organismo.»<sup>3</sup>

Mientras grandes masas y también grandes sectores de hombres cultos se recrean con su afición a los espectáculos deportivos, se oyen las voces de intransigencia de pensadores alarmados. No son solo los

---

<sup>1</sup> Entendida esta palabra en su acepción filosófica más rigorista.

<sup>2</sup> El espectador, «Revés de Almanaque», o.c., II, 732, 3.

<sup>3</sup> Nuestro Occidente deportivo, Razón y Fe, julio 1955.

filósofos; también periodistas y pedagogos quieren poner el veto a esta expansión casi sofocante. Podríamos seguir enumerando citas. Nos bastan las anotadas, porque además de sobra lo estamos oyendo a diario.

La tesis de la sociedad actual con respecto al deporte se halla simbolizada en aquel señor que un domingo por la —tarde, no hace muchos meses, se dirigía hacia el campo de fútbol a presenciar un partido de primera división. Bien enfundado en su impermeable de plástico— la tarde estaba tormentosa—, despotricaba contra la *hipertrofia* del deporte.

«Y los artistas se morirán de hambre; y habrá hombres de ciencia al borde de la indigencia...» La riada de coches y peatones se hacia cada vez mas densa. «¡Qué tergiversación de valores! Estos, porque son más brutos dando al cuero, viven en la opulencia. Son los señores de la sociedad actual. Así anda ella...»

Y seguía presuroso hacia el estadio, teniendo perderse algún minuto de la emocionante contienda. Llovía, pero bien valía la pena aguantar un remojón con tal de presenciar aquel encuentro. La sociedad de hoy, con su falta de reflexión, es víctima de —lo sensacional; y tanto lo es la atracción de los deportes como el esnobismo de una demostración de independencia al margen del fetichismo de masas.

La misma sociedad que alberga en sus entrañas los grandes estadios, canchas, hipódromos, piscinas, propagandas publicitarias, se queja de este *disparate* de los tiempos actuales donde un futbolista es más potentado que un catedrático.

Gritan unos contra el *deporte adulterado*, que lo identifica con el profesionalismo. Otros contra todo lo que sea deporte, adulterado o no, siempre quo no guarde su justo limite.

«El deporte es endiosamiento del cuerpo, en definitiva volveremos al paganismo; a un paganismo narcisista, cien veces peor que el materialismo ingenuo de pueblos primitivos.»

Todas estas voces, junta con el **espectáculo** diario del auge deportivo, nos demuestran una cosa: El deporte es ya un elemento integrante de la sociedad; y de los más descomunales, al menos cuantitativamente<sup>4</sup>.

La sociedad tiene, pues, obligación de examinar en serio este fenómeno.

## FILOLOGÍA

Del acervo tradicional de las costas mediterráneas se extendió por la cultura de Europa un concepto bastante expresivo —y un tanto confuso, que en su transformación semántica se ha ido a la vez engrosando y concretando, hasta adquirir contornos nítidos.

Es admitido que fueron los provenzales quienes emplearon —por primera vez de una manera ya definida la palabra *deporte* en el sentido de divertimento, distracción recreativa. Extendida por las regiones de Francia, de la Normandía saltó el Canal, para ser incorporada a la lengua sajona. Ya en el siglo XIV habla Chaucer de un joven que iba “a jugar a los campos por deporte.

El significado del moderno *sport* fue devuelto al continente revestido con los matices de la transformación inglesa en el sentido que actualmente se usa. Con respecto a su origen filológico, ha habido dos interpretaciones. Ambas coinciden en su procedencia latina.

Paul Adam la deriva de *de-porta, de-portare*. «Cuando el fundador de una ciudad abría un surco alrededor del terreno escogido piadosamente, levantaba el arado en algunos puntos. De este modo, el oficiante rompía el rasgo continuo del foso, con objeto de que los ciudadanos pudiesen franquear el recinto sin cometer el

---

<sup>4</sup> Después de haber sido impresa estas líneas hemos leído la editorial «fútbol», del conde de Foxá para ABC: «En los estadios se ha logrado fotografiar a la muchedumbre, al pueblo, ese personaje en cuyo nombre se habla tantas veces, pero al que jamás habíamos visto. En las tribunas de un estadio está su fotografía, que podría servir para un carnet de multitudes. Son pirámides faraónicas de caras, inmensos muros babilónicos, cuyos ladrillos son los rostros encendidos por el entusiasmo.» (3-IV-57)

crimen limpio de pisar una tierra dedicada a los dioses. En aquel momento, el fundador llevaba — *portabat*— el arado; por eso el lugar respetado se —llamaba *porta*. *Deportare* y *transportare* significaban primitivamente la acción de ir fuera de la ciudad con armas y bagajes, entrar en el campo, entregarse a la acción, «a los deportes y a los transportes»<sup>5</sup>.

La evolución semántica de una palabra, por encima de su interés lingüístico, recoge la historia vivida de un concepto con su correspondiente evocación de tradiciones, costumbres, etcétera.

Los marineros mediterráneos, sobre todo provenzales, solían utilizar la expresión *de portu* (estar *de portu*) para significar las temporadas libres entre salidas que pasaban alegremente en el puerto. Los hombres de mar se entregan entonces a sus diversiones, plenas y exhaustivas, como les ha enseñado actuar en la vida su maestro el mar. De ahí que por ser llamativos y acentuados esos ocios *deportivos* marineros, pronto se extienden, en un fenómeno semántico de «generalización» —de especie a género— a toda clase de diversión y pasatiempo ruidoso —jugos de azar, competencias físicas, ocios taberna, ríos, etc—; y la palabra *deporte* adquiere ciudadanía y significación rotunda. Esta es la otra interpretación filológica.

Ambas nos dan, en definitiva, un significado, mas que semejante, casi idéntico; y lo cierto es que en el medioevo provenzal en donde tomó ciudadanía y de donde se extendió por Europa e Inglaterra.

*Deporte* significo originariamente diversión, pasatiempo, ocio con manifestaciones más bien externas.

Consultando los modernos diccionarios para precisar su significación actual, advertimos que hay una acepción, precisamente la primaria, en la que convienen todos sin excepción: *diversión, pasatiempo, recreación*<sup>6</sup>.

---

<sup>5</sup> Tornado de F. A. Vuillerniet: *La juventud y los deportes*.

<sup>6</sup> Citamos el texto integro de varios diccionarios españoles y extranjeros. *Diccionario de la Lengua Española*. 1956. (Real Academia). *Deporte* (de deportar, 3ª acepc.): Recreación, pasatiempo, placer, diversión o ejercicio físico, por lo común al aire libre. *Enciclopedia Espasa*. *Deporte*: Recreación, pasatiempo, placer, diversión. —Ejercicio físico. *Diccionario Ideológico de la Lengua Española*. Julio Casares. *Deporte*: Recreación, juego, ejercicio físico o diversión al aire libre. *Y en la parte analógica: Sinónimo de deporte o muy relacionados: Sport, deportismo, diversión, fiesta, record. Pertenecientes al deporte: carrera, salto, natación, etc.* *Diccionario General Ilustrado de la Lengua Española*. Vox. *Deporte* (del ant. *deportar*, descansar, divertirse): Recreación, pasatiempo, generalmente al aire libre. —juego o ejercicio en que se hace prueba de agilidad, destreza a fuerza *que aprovecha al cuerpo y al espíritu*. Larousse du XXe Siecle. *Sport* (palabra inglesa: forma apocopada de *desport*, palabra tomada del antiguo francés *desport*, juego, entretenimiento): Ejercicio físico intenso, sin fin utilitario inmediato, practicado con idea de lucha; superar dificultades naturales (ascensión de montañas, descenso (de curso fluvial en canoa, etc.), vencer adversarios (lucha, boxeo, etc.), aventajar competidores (carreras, concursos diversos) a sobrepasar equipos adversarios (deporte de equipos), superar. Littré-Beaujean. *Sport*: Todo ejercicio al aire libre, tal como las carreras de caballos, regatas, montería, caza, pesca, esgrima, etc. *Vocabulario Della Lingua Italiana*. Fanfani. *Diporto*: El pasear por recreación y pasatiempo, paseo. *Extens.: Recreación, solaz, diversión. Vocabulario Italiano Della Lingua Parlata*. Rigutini. La misma significación que Fanfani. *Merriam Dictionary*. *Sport*: rust. (La abreviatura de *desport* entretener). 1) Aquello que divierte a entretiene.: juego, diversión, entretenimiento. 2) Mueca: chanza, alegría burlona, burla. 3) Aquello con lo que uno juega a se entretiene. Juguete. “Nunca un hombre aparece más menguado que cuando es juguete (*sport*) de sus pasiones. » (J. Clarke.). 4) Una diversión campestre, como la caza mayor y menor, pesca a cosa parecida. *Vestminster Dictionary*. *Sport*: Juego, diversión, competición, chanza, diversión campestre; como caza mayor, cetrería, pesca, etc.; Un tipo simpático (de uno y obra sexo), persona honesta, sincera. *Der Grosse Herder*. *Sport der* (Ing. Del antiguo latín *disportare*; del antiguo francés *desport*) significa juego, distracción, capricho. Hoy, como habilitación (fortalecimiento, tonificación) del cuerpo, en oposición a gimnasia y dos medibles están en primera línea. Los ingleses y americanos llaman *fair-play* a la intensidad con que se debía ejercitar el deporte; juego caballeresco en el cual el adversario no es perjudicado o vencido en forma deshonrosa. El deporte constituye un adiestramiento moderno, teniendo en consideración los riesgos que amenazan a la actividad unilateral en la profesión, y proporciona distensión (relajamiento) y también descanso del espíritu. Como vínculo entre los pueblos el deporte ha asumido hoy una misión perentoria. Los juegos olímpicos promueven una idea de medir las fuerzas de los pueblos en campeonatos pacíficos. El deporte se divide en atletismo ligero, atletismo pesado, lucha, tenis, natación, deporte acuático, deporte de invierno... Hay estricta diferencia entre deporte aficionado (*amateur*) y el deporte profesional. *La Enciclopedia Italiana*. Trae un artículo más extenso, cuyas ideas principales son: 1) el moderno concepto de deporte es distinto al antiguo. La diferencia radica en el sentido *ético-religioso* que tenia en la antigüedad frente al práctico de hoy. Modernamente ha adquirido un doble enfoque: sirve al

Quizá alguno afirme que él no da este significado cuando habla de deporte, y que tampoco hoy día se usa en ese sentido por lo general.

En primer lugar, es menester aquilatar los conceptos y ceñirse a la mayor exactitud lingüística posible, prescindiendo de interpretaciones particulares. Con todo, adelantamos una doble división, de la que hablaremos mas adelante, y que puede aportar alguna luz a estos confusos:

Deporte puro y deporte espectáculo. Deporte aficionado o *amateur* y deporte profesional. Al significado básico de diversión añaden los diccionarios distintos matices. Casares la hace sinónima de *diversión* al aire libre. Vox lo mismo que la *Enciclopedia Portuguesa e Brasileira*, le da el matiz de prueba de agilidad, destreza o fuerza, que aprovecha al cuerpo y al espíritu. El *Larousse* le añade una «idea de lucha, sin fin utilitario inmediato».

Merream y Westminster suman a los comunes el particular ingles de «chanza, burla, irrisión.»

El Littré, Herder, Larousse, Enciclopedia Italiana, etc., al concretar con carreras, regatas, etc., introducen inequívocamente la idea de juego organizado con sus reglas fijas.

En general, comparando ediciones antiguas con modernas, se advierte una definitiva admisión de modernos significados: ejercicio físico, competición. Herder y la Enciclopedia Italiana se hacen eco incluso de un sesgo práctico. Si bien Emilio Servadio (el autor del artículo en la enciclopedia Italiana) parece contradecirse después al anotar como una de las características y tendencias fundamentales la ausencia de utilitarismo. (Se refería —suponemos— a los utilitarismos inmediatos). Aparece claro el sentido agonístico, y algunos (Herder, Larousse, Enciclopedia Italiana) recalcan la presencia del factor récord, o al menos superación. Servadio enfrenta rotundamente el deporte de hoy al antiguo. Después, al anotar sus características, suaviza la antítesis, para concluir con un concepto comprensivo.

Evidentemente, si se quiere adoptar una posibilidad extremista abogada por un nuevo concepto del deporte moderno, ceñido, independiente, se cae inmediatamente en un terreno inseguro, inconsistente, cuya principal inestabilidad radica precisamente en la mutilación injusta de que es objeto. Es menester reconocer los nuevos modos del moderno deporte; pero sin dejar de percibir que la tónica, aun hoy, sigue siendo la de antaño.

El significado más directo de deporte continuo: *recreación, diversión*, revestido, eso sé, con el matiz de ejercido físico y competición organizada. Si se llama deportista (aunque muchos lo rechazan indignados) a un futbolista profesional, también lo es hoy, y en sentido mis directo, el aficionado a andar en bici o a nadar, e incluso el que caza o el que hace alpinismo.

Nosotros, a lo largo de esta obra, simpatizaremos con la asimilación tradicional. Deseamos una limpieza del concepto deporte; las más enojadas criticas y los más duros enemigos le han salido cuando ha cargado con elementos intrusos. Su adulteración es la que se ha hecho odiosa. No es una posición retrógrada. Al revés, se hace eco de una novísima postura de renovación, nacida de los que aman de verdad el deporte.

---

cuerpo y a la mente. En los tiempos más recientes, última transformación: a) valoración práctica y profesional (récorde, profesionalismo deportivo, deporte espectáculo). b) incorporación del deporte a la personalidad del individuo, de forma que ha venido a construir «un modo de ser». 2) tendencias o características del deporte moderno: a) ausencia de utilitarismo. Como en el juego. El beneficio que puede reportar es secundario. b) artificioso. Subordinación a reglas y limitaciones, voluntariosamente aceptadas, y fijadas arbitrariamente, por convención. c) el agonismo. Sin contienda o sin deseo de emulación no existe deporte. Por consiguiente alpinismo, caza, etc., no son propiamente deportes. d) la especialización. La exageración de cada una de estas tendencias conducen a degeneraciones, cuyo ataque ha sufrido ya el deporte actual. 3) psicología del deporte: el estudio psicológico experimental o psicotécnico en cuanto a las aptitudes específicas, control, etc., puede ser de gran utilidad. (sigue un conciso estudio de las tendencias que mueven al deportista, al público, etc., hecho a través de las teorías psicoanalíticas). Grande Enciclopedia Portuguesa e Brasileira. *Desporto*: divertimento, recreación, jolgorio, esparcimiento, entretenimiento. Especialmente el conjunto de ejercicios que tiene que fin desarrollar la fuerza muscular, la agilidad, la habilidad y el coraje, mayormente cuando se practica al aire libre y cuando contienen elementos de emulación, como concursos o desafíos.

Consideraríamos como el mayor triunfo, que es a la vez la máxima aspiración, el que se llegasen a deslindar los campos definitivamente con la aplicación a cada uno de los fenómenos de *conceptos distintos*; reservando, claro esta, el de *deporte* para lo que auténticamente lo es.

Concluyamos con un intento de definición que abarque tanto el género tradicional como la moderna especificación, tomada, desde luego, de las enciclopedias y diccionarios revisados:

*Diversión liberal, espontánea, desinteresada, expansión del espíritu y del cuerpo, generalmente en forma de lucha, por media de ejercicios físicos, más o menos sometidos a reglas.*

Diversión o distracción (*di-vertere, dis-trahere*) son conceptos que expresan: llevar a uno a otro sitio. No significan «sacarle de sí», como ha afirmado algún autor, puesto que esto es ontológicamente imposible, y solo en sentido metafórico suele usarse; sino sacarle de su objeto habitual, ordinario, y llevarle a otro objeto.

Ese *otro objeto* es la expansión desinteresada del espíritu y del cuerpo que se lleva a cabo por medio de ejercicios. Se dis-trae, se saca a uno de su objeto habitual llevándole a otro también proporcionado, que es el juego o pasatiempo. El sujeto que *saca* puede ser el mismo *que es sacado*, y en realidad *lo es*.

Hemos entrado ya de lleno en las posesiones de un nuevo concepto:

## EL JUEGO

Ante pocas palabras queda uno tan perplejo como ante la inquisición del concepto *juego*. Nadie duda en afirmar cuando juega que *esta jugando*; ante determinadas actitudes características de un grupo, asiente: *juegan*. Pero si se le pregunta: ¿qué es el juego?, comenzará a responder con perogrulladas, luego con vaguedades, y terminará por reconocer la gran dificultad que entraña el intento de una respuesta satisfactoria.

La dificultad es extraordinaria. Bien lo demuestran los amagos de explicación que de los diversos campos científicos, psicología, biología, historia, filología, han surgido. Se buscan en pedagogía métodos de juego propicios para la educación; se tantea la relación y los límites entre trabajo y juego y la posibilidad de atraer aquel al campo de éste. Se metodizan los juegos, se clasifican pero *el juego* permanece señor, intocado. Como aquella arena maravillosa del Olimpo al cual los vientos no llegaban. Es una función sencilla al parecer, simplicísima. Y, sin embargo, se manifiesta con toda la complejidad exuberante de la vida.

«El juego constituye una categoría primaria de la vida que cualquiera reconoce de modo inmediato, una totalidad, si es que algo merece ese nombre.» Así afirma Huizinga<sup>7</sup>, el que más a fondo ha penetrado en la esencia del juego, y a quid principalmente seguiremos en esta obligada excursión por el terreno lúdico.

El juego es uno de los más radicales modos de ser humano. *Juega* el infante con el sonajero; la niña *juega* a muñecas; el muchacho, al balón; los hombres, al ajedrez; o se hacen *juegos* de palabras. Todos *juegan*, y sin embargo, el *juego* ha sido empleado con muy diversos sentidos. En alemán, *spielen* se usa también en sentido directo para expresar la interpretación de una pieza musical, tocar un instrumento, sé presentar un papel dramático, lo mismo que el francés *jouer*. El hervir de un líquido se dice *spelen* (jugar), en el holandés central. «¿Que ha conducido a tamaña hipertrofia significativa? —exclama López Ibor—. ¿O más bien, el lenguaje se ha mostrado aquí, como en tantas ocasiones, depositario de una honda, escondida y profunda sabiduría?

Y no digamos nada de la amplia metafórica. Se habla del *juego* de ruedas, del *juego* de los miembros; se *juega* en la Bolsa, a la lotería; los intereses se ponen *en juego*; unos muebles *hacen* juego con otros, y lo mismo los colores entre, sí; *juega* el río y las cascadas; se *juegan* malas pasadas; incluso habían de *jugarse* la vida.

Se afirma que los conceptos que más capacidad metafórica poseen son los que primariamente representan una realidad más honda, más rica, más elemental.

---

<sup>7</sup> *Homo ludens.*

Un suceso lúdico fue el que despertó a Freud y le hizo revisar toda su psicología de la libido. Así elaboró una «meta-psicología» en la que más allá de las fronteras de la libido se encontraba la *repetición*. Esta nueva intuición fue inspirada por la reiteración en el juego de un niño. Libido y repetición «eros y tánatos». Vida y muerte. He aquí los dos instintos polares de la vida. La solución —según Freud— a dos problemas estelares que han agitado la mente humana: el eterno retorno y la evolución creadora.

En el examen de este fenómeno hemos de partir de la observación directa de los hechos. «Es imposible sustituir la observación personal con un conocimiento bibliográfico, por completo que sea.»<sup>8</sup> El análisis nos descubrirá las características, para después, con el golpe sintético intuitivo, poder recapitular, regresando a la simplicidad enriquecida con los datos del análisis.

De un grupo de jóvenes que juegan, de cualquier experiencia deportiva en nuestra vida pasada, cogimos:

1. El juego es, en primer lugar, un acto *voluntario*. El juego obligado deja de ser juego. Se podría discutir, con respecto a la espontaneidad del lanzarse al juego, si, más que actos voluntarios, no son muchas veces simples determinaciones espontáneas irreflexivas de *una* necesidad biológica. Respondemos que no por eso deja de ser voluntario. Que el hombre a lo largo de su vida tiene que jugar por necesidad, no lo negamos; mas aún, es tesis que defendemos. Pero basta que a cada decisión de jugar aislada puede reconocérsele el carácter de voluntaria, dictaminada por la libertad de lanzarse o de abstenerse, o la de escoger este o aquel juego —libertad de especificación—, para afirmar sin rodeos que el juego es voluntario. Esta noción se opone aquí simplemente al sentido de obligado como coacción física. Prescindimos del acto deportivo en animales y niños pequeños, para quienes el jugar es una de sus funciones necesarias, aún como actos aislados. La Naturaleza les ha dotado de esta forma de vida. ¿Cómo entrenamiento necesario para el rendimiento normal posterior? ¿Cómo palestra de ejercitación física y funcional? ¿Cómo simple manifestación de plenitud biológica? No nos interesa aquí la respuesta. Nos basta admitir el hecho y reconocer la ausencia de voluntariedad. En realidad, el juego en animales y niños pequeños tiene un sentido análogo con respecto al de los jóvenes y adultos. Analogía que probablemente radica precisamente en esa falta de voluntariedad del juego animal.
2. El juego es *desinteresado, intrascendente*. Surge y se desarrolla en un mundo al margen de lo habitual. «No se persigue con él ninguna utilidad, fuera del mismo juego en sí, pero siempre en forma inconsciente. Posee plena autarquía. Se halla fuera del proceso de la satisfacción inmediata de necesidades. Interrumpe ese proceso. Se intercala como acción momentánea que transcurre dentro de sí misma y que se realiza por la satisfacción que encarna la propia acción.» Aunque como consecuencia del juego se obtengan muchos bienes, y en concreto se fomenten los juegos para el logro de esos bienes, no obstante, ese es un fin que se descubre y persigue desde *fuera* del juego, totalmente extrínseco: Opuesta al fin primario y formal que determina una acción en la vida habitual de trabajo.
3. Paralela a esta característica, y en parte coincidente con ella, se halla otra idea fundamental y perfectamente observable en el juego. *No es la vida ordinaria*. «Es un modo de aislarse a una esfera de actividad temporal con una orientación propia.» Cuando me anunciaron la inesperada visita de mi hermana—escribía un recluso en el presidio de Mazàs (Francia)—me pareció de pronto como si la sucesión del tiempo hubiese quedado cortada allí mismo. Un mundo diferente invadió mi espíritu: mi casa, mis familiares, los antiguos amigos, el paraíso sorprendentemente ello de la libertad... Se me agolpaba a la memoria con la hechizante e inasequible fascinación del mundo de las liadas y de los gnomos de los cuentos de infancia... No sé cuántas horas hablé con mi hermana a través de las rejas: cuatro, seis, diez... Aquello no fue tiempo; fue un mundo empotrado en otro. La acritud áspera de las paredes de mi celda me volvió a la realidad; la realidad la pavorosa de mi condena; mi única realidad.. . Algo de esto tiene el juego. Es una sección de equis tiempo con la que se corta la realidad. Es un vivir fuera de la vida ordinaria, en un mundo esotérico e impenetrable en el que campan unas reglas y una lógica y una dedicación asombrosas. El hermano mayor, en son de burla, dio una patada a una de las sillas tumbadas con que los pequeños jugaban en la galería. «Tonto—le gritó uno de ellos—, ya has estropeado el motor de mi automóvil.»

---

<sup>8</sup> Buyteidilk: *El juego y su significado*.

Para aquellos niños, la silla tumbada era el automóvil, y que nadie se lo discutiese. Él en su vida real bien sabía que no. Pero en aquel momento participaba del encanto de otro mundo, independiente en el tiempo y en el espacio, en el que él era dueño de dar a las cosas sus nombres y ellas se habían adueñado por completo de él. El pequeño jugador es otro Adán que en el paraíso de su juego va denominando por primera vez a las cosas por sus nombres.

4. «La limitación del juego en el espacio es más exacto que la temporal.» Bien sea materialmente o con la imaginación, el jugador acorralla su recinto. En las relaciones entre los cultos sagrados de los pueblos primitivos y sus formas lúdicas es precisamente esta imitación espacial uno de los temas que origina mas puntos de contacto entre ambos fenómenos.

El afán inconsciente de los jugadores por independizar su mundo ficticio del de los demás encuentra en este aparcamiento espacial uno de sus más poderosos aliados. Ya los niños buscan para jugar sus lugares preferidos, aislados lo más posible de otras personas. Esta separación no obedece solamente a la comodidad de no ser estorbados o a la idea, asimilada de los mayores, de no molestar, sino también a la necesidad que tiene el juego por su naturaleza de ampararse en el aislamiento psicológico; para lograr éste, espontáneamente se busca el retiro físico espacial en cuanto es posible.

5. Afirma Huizinga: «El juego adopta una *configuración estable como jornada cultural*.» Realizando un juego, permanece en la memoria como creación o tesoro espiritual; es transmitido y puede ser repetido en todos los tiempos. La coincidencia sorprendente entre juegos infantiles de regiones remotas habla con elocuencia de esta particularidad de la erección como forma cultural de las expresiones lúdicas La posibilidad de repetirse es una de las características más esenciales del juego.

Se traslada un muchacho a vivir a otra ciudad. Encuentra allí muchos de los juegos que practicó en su domicilio. De pronto observa una variante en uno de ellos. Inmediatamente lo hace notar en voz alta: «Pues allá lo hacen así»

Aquella forma de jugar, quizá producto de una espontánea improvisación, adquirió categoría de regla intocable. He lo sagrado del juego, que dentro de su mundo opuesto al serio de la vida ordinaria, adquiere una interesante seriedad.

6. Todas las formas más desarrolladas del juego cabalgan ya sobre estos estamentos de las normas estabilizadas, los elementos de repetición, y un nuevo rasgo, mas positivo todavía sí cabe que los vistos hasta ahora: *el orden*

En los recintos sagrados del juego reina un orden característico. El juego realiza, en un mundo imperfecto y en una vida confusa, una perfección temporal limitada. Las reglas, más o menos explícitas, la lógica conque todo se deriva, crea un orden absoluto

Y aquí avizoramos un signo nuevo que eleva él, juego a la más excelsa categoría como fenómeno vital integro El juego es creador de *estética*, porque se fundamenta sobre el *ritmo*. En el juego hallamos los efectos y al mismo tiempo constitutivos de la belleza: tensión, equilibrio, compensación, relevo, contraste, variación, unión y desunión. El juego está empapado de las dos condiciones más notables 'que el hombre puede observar en las cosas y expresar: ritmo y armonía.

«En el principio era el ritmo», exclamaba Schumann, hechizado por su fascinante profundidad. El ritmo es proporción equilibrio.

Va entre los filósofos presocráticos hubo que creyó encontrar el *arté*, principio y constitutivo esencial de todas las cosas, en un elemento nuevo: el, ritmo. Se llamaba Pitágoras. Fue un gran descubrimiento. Dejaba todavía ignoto e inexplicado el auténtico principio causal, pero había descubierto una de las formas constitutivas primarias del cosmos. El la mutilo al resolverla en ultima instancia a lo meramente cuantitativo. Hizo coincidir ritmo con ritmo. El mundo de la cualidad, rítmico también en toda su esencia, quedó al margen del principio pitagórico. Pero el genio del gran matemático nos había hablado ya por primera vez de las excelencias del ritmo.

Sin ritmo nada puede existir: se destruirían los elementos al chocar en el caos de la arritmia; hay ritmo en el macrocosmos y en el microcosmos; en cada uno de los seres, en cada célula, en cada organismo, en cada mundo; hay ritmo y proporción en todos y cada uno de los *unos* y en la resolución sintética de ellos en unidades progresivamente superiores.

El ritmo es la característica que más acerca al principio de todas las cosas. En Dios no hay ritmo; puesto que es simple, y el concepto ritmo lleva implícita la pluralidad. Pero precisamente por el ritmo lleva implícita la pluralidad se simplifica, y en este tender a la simplicidad esta su máxima perfección, su acercamiento a la unidad.

El juego está repleto de ritmo. Une y desliga, es vaivén de contrastes y de armonías; el juego cautiva. Es ya proverbial la frase: Hay tres cosas que nunca cansan: ver correr el agua, contemplar las estrellas y ver

jugar a los niños. Agua y estrellas; eternos símbolos de la simplicidad, de lo primario y de lo grandioso a la vez, precisamente *por* ser primitivo, ingenuo y puro. En el rango del agua y de *las* estrellas se encuentra el juego: lo simple, lo ingenuo, lo arcaico, casi lo eterno.

7. Modernamente se admite que la forma lúdica es de índole primaria, originaria, vital por excelencia frente a las formas de vida imperadas por el utilitarismo por la reacción a las necesidades; estas son consideradas formas secundarias.

Me viene a la memoria aquel original ensayo de Ortega que tituló *Origen deportivo del Estado*.

Afirma en él que la actividad original primera de la vida es siempre espontánea, lujosa, de intención superflua; es libre expansión de una energía superflua frente a las viejas teorías biológicas que hacían consistir en la respuesta a exigencias ineludibles y la satisfacción a necesidades imperiosas la actividad primaria de la vida.

No se ha producido el ojo «por la necesidad o conveniencia de ver para luchar por la vida frente al medio. La especie con ojos aparece súbitamente, caprichosamente diríamos, y es ella la que modifica el medio vital creando su aspecto visible. No porque hace falta el ojo llega éste a formarse, sirio al revés, porque aparece el ojo se le puede luego usar como instrumento útil. De esta manera, el repertorio de hábitos útiles que cada especie posee se ha formado mediante selección y aprovechamiento de innumerables actos inútiles que por exhuberancia vital ha ido ejecutando el ser viviente.»

«La utilidad —prosigue el ensayista— no crea, no inventa, simplemente aprovecha y estabiliza lo que sin ella fue creado.» Y pasa de la vida orgánica al mundo de las acciones del hombre. «...Como este esfuerzo obligado, en que estrictamente satisfacemos una necesidad, tiene su ejemplo máximo en lo que suele el hombre llamar trabajo, así aquella clase de esfuerzos superfluos encuentran su ejemplo más claro en el deporte. Esto nos llevará a transmutar la inveterada jerarquía y considerar la actividad deportiva como la primaria y creadora, como la más elevada, seria e importante en la vida, y la actividad laboriosa como derivada de aquella, como su mera decantación y precipitado.»

La creación tiene un fin. Creada una especie, un ser un órgano, tienden a realizar el suyo. Pero no surgieron por una motivación utilitarista preexistente, al modo como únicamente creen algunos reconocer el fin.

«También el hombre es capaz de preguntar, es decir —concreta López Ibor—, de tener una actividad autónoma y tener la fruición del preguntar mismo, la fruición de la propia actividad... No siempre la pregunta corresponde al mundo y la respuesta al hombre como ser vivo<sup>9</sup>.»

En el estudio de los pueblos primitivos se descubre como las manifestaciones de cultura se desarrollan en formas lúdicas. La religión, las tradiciones y fiestas populares, la misma guerra estaban envueltas y manifestadas por la más alta expresión lúdica, espontánea y lujosa, en una época en la cual por no haberse creado todavía la sociedad necesidades artificiales, el sobrante biológico y anímico de los hombres se quemaba en la lujuriente hoguera del juego.

Pueblo solo en las estaciones primitivas de la humanidad, ya cultos y perfectamente desarrollados como Grecia y Roma depositan en la cadena de la historia gran parte de sus riquezas culturales en forma también lúdica o a través y por refino de los juegos.

Aparte de los Juegos Olímpicos, tenemos en la Helad los nemeos, piticos, istmicos, los fabulosos juegos pirricos, etc. En Roma llegaron a contarse en alguna época hasta 17,5 juegos repartidos en las distintas especies: *gladiatorii*, *venatorii*, etc. Destacaron por su celebridad los *ludi romani*, *plebeii*, *apollinares*, *ceriales*, *florales megalenses* los juegos Aigutaias, capi. los juegos augustales, capitalinos, fúnebres, accios, consuales, marciales, etc.

8. Se ha dejado intencionadamente para el final el análisis de una característica fundamental del juego. Viene a constituir una de sus propiedades más específicas. *La tensión*

Tensión quiere decir inseguridad, probabilidad, todo ello como elemento *dinámico*. Es una tendencia a la distensión, a cierto esfuerzo tiene que lograrse algo.

Este elemento se encuentra en todas las manifestaciones de juego, los de representación y los de lucha. Desde una competición deportiva cualquiera en la que se ventila una Victoria indecisa, hasta un juego de azar, en mano todo de la suerte; incluso en la ejecución de un solitario con los naipes o en la solución de un rompecabezas se percibe esa emoción de la incógnita que debe ser resuelta, de la incertidumbre del resultado feliz o desgraciado. Esta emoción proviene de la tensión, es decir, de esa tendencia a conseguir algo —una distensión—, enfundada en probabilidad o improbabilidad; efectuada en forma de esfuerzo, que puede ser de muy diversa especie

---

<sup>9</sup> López Ibor: Significación psicológica del juego y deporte en la educación y la personalidad, «Atenas», Agosto, 1954.

No es la tensión propiedad exclusiva del juego. Se halla en otras muchas funciones vitales al margen de él. Por eso, aunque antes lo hemos insinuado, no puede llamarse con propiedad característica específica del juego. ero sí elemento constitutivo esencial.

«La tensión» pone a prueba la fuerza del jugador; su fuerza física y moral, su espíritu combativo, su habilidad, su ingenio, valor, espíritu de perseverancia; en definitiva, pone a prueba y revela su carácter. Puede que aquí tenga en parte su origen el refrán: «En la mesa y en el juego se conoce al caballero.» Es, por consiguiente, un elemento que presta al juego cierto contenido ético. El jugador, que siempre debe intentar ganar, o solucionar la incógnita —tendencia a la distensión—, ha de mantenerse no obstante dentro de las reglas. Comienzan a entrecruzarse aquí las grandes posibilidades que en la formación del carácter juvenil pueden encerrar los juegos.

## JUEGO Y DEPORTE

Hecho ya el recorrido por los principales elementos constitutivos del juego, vamos a intentar una definición. Como ocurre al pretender definir cualquier función primaria y simple, es menester, si se quiere evitar la tautología, más que una definición, una explicación por sus elementos integrales.

El juego se puede designar como *una acción libre, espontánea, desinteresada e intranscendente que, saliéndose de la vida habitual se efectúa en una limitación temporal y espacial conforme a determinadas reglas, establecidas o improvisadas, cuyo elemento informativo es la tensión.*

Pierre Seurin escribe en la revista *L Homme Sain*<sup>10</sup> un artículo que titula *L'éducation physique et le sport*. Delimita los campos de ambas formas de actividad, estableciendo los alcances de cada concepto, entresacando sus características de las. Definiciones dadas por los autores contemporáneos.

El deporte —dice— es:

1. *Juego*, es decir, actividad que no persigue utilidad alguna..., etc.
2. *Lucha*, contra un adversario inerte (tiempo, espacio, obstáculo, etc.) o animado (animal u hombre). El deporte tiene un objetivo: la victoria.
3. *Actividad física intensa*

Esta primera afirmación que hace Seurin, el deporte es en primer lugar juego, es la que se ha querido ir demostrando con este análisis del elemento lúdico. Por eso su examen puede sernos de gran valor para conocer a fondo el deporte.

No tenemos más que comparar las dos definiciones expuestas.

### JUEGO

1. Libre, espontáneo.
2. Desinteresado intranscendente
3. No es la vida ordinaria
4. Conforme a determinadas reglas.
5. Su elemento informativo es la *tensión*
6. ¿2...?

### DEPORTE

1. Liberal, espontáneo.
2. Desinteresado.
3. Diversión, distracción (di-vertere, dis-trahere).
4. Mas o menos sometidos a reglas.
5. Lucha.
6. Generalmente en forma de ejercicios físicos

Las cinco primeras características coinciden. Queda sin encontrar correlación la sexta del deporte, los ejercicios físicos. No hay duda. Hay muchos juegos carentes del menor ejercicio exterior; mientras hoy no se puede concebir el deporte sin la idea de algún ejercicio físico<sup>11</sup>.

<sup>10</sup> Enero y marzo. 1956.

<sup>11</sup> ¿Qué se dirá entonces del ajedrez y otros similares, considerados como deportes? Una de dos: Si ese tipo de juego se admite dentro del deporte, entonces la diferencia específica del deporte con respecto al genero juego es la lucha; y los ejercicios físicos no pasan de ser una cuasi-propiedad no del todo imprescindible. Admitiendo esta hipótesis es como

En cuanto a la quinta propiedad del juego, la tensión, ha sido puesta como correlativa a la *lucha*. No es que coincidan, puesto que la lucha entraría una tensión específica. Pero la lucha, el elemento agnóstico, inseparable hoy del deporte, se constituye en *su tensión* característica.

Hemos eliminado de la definición la *erección del juego en forma cultural*, por que consideramos este hecho más como consecuencia necesaria que como auténtico constitutivo esencial. Colocadas las características y supuesto que el juego tiende espontáneamente a regirse por reglas, éstas, y el orden logrado en el juego y las tradiciones consiguientes, habrán de constituirse en cultura. Es, pues, una consecuencia, mas que un elemento constitutivo. De todas formas libre es, quien no quede convencido por esta distinción, de incluirla entre los elementos de la definición.

La función del juego en las formas superiores reviste dos manifestaciones derivadas de los aspectos esenciales que lo constituyen. El juego es una *representación de algo o una lucha por algo*.

Representar, etimológicamente, significa volver a presentar. No es menester una repetición numérica. Muchas veces mas bien implica una sustitución psicológica en forma de reflexión consciente, o mejor, la conciencia refleja de la presentación.

Las niñas que juegan «a muñecas» o «a tienditas» son conscientes de que representan el papel de madres o amas de casa o de tenderas.

Probablemente este instinto de representación en enraíza en el afán de superación y de la afirmación del yo matizado por las tendencias a aficiones características del individuo. No cabe duda que juegan aquí un papel importante los móviles adlerianos resueltos en forma de *compensaciones*. El juego es un refugio, más a menos inconsciente, contra los impactos azarosos de la realidad, un cicatrizante de las dentelladas de la vida. Se representa algo distinto, algo más intenso a más sublime, a más peligroso de lo que en la vida común; algo de lo que se quisiera ser.

La otra manifestación de la función lúdica en *la lucha*. Este tipo de juego es precisamente el que constituye el *deporte*. Ambos aspectos, lucha y representación, pueden también unirse, de tal modo que se *represente una lucha*, o se *luche representando*, a se establezca una *competencia* por ver quién *representa mejor*.

Dos equipos de muchachos juegan al fútbol. Juego manifestado en lucha; deporte.

Ahora estos dos grupos se denominan: uno, Real Madrid; otro, Atlético de Bilbao. Luchan representando a la vez; deporte con doble matiz lúdico.

Igual ocurre con dos jóvenes que corren en *bici*. Ante un repecho inician un *sprint*. Luchan; deporte. Pero uno grita: «¡Bahamontes!» Otro: «¡Gaul!» Deporte con representación. Y otros mil ejemplos.

Antes de concluir hagamos un ultimo buceo, basados en otra elucubración de Huizinga: se ha buscado a este fenómeno lúdico, tanto representacional coma agonístico del deporte, una explicación causal. «La psicología y la fisiología se conforman con observar, y luego describir y explicar, el juego de animales, niños y adultos. Tratan de establecer el carácter y la significación del juego y de fijar el lugar que le corresponde en el plano de la vida. Su investigación científica admite que ocupa un sitio destacado en ese plano, y que incluso desempeña una función *necesaria* y aun *indispensable*.»

Pero surgen grandes discrepancias al determinar esa función biológica del juego. Se ha querido interpretar su origen y fundamento como *liberación del exceso de energía vital* (Spencer). Groos le confiere una espontánea y teleológica valoración de *ensayo para la labor seria que la vida le exigirá después*. La finalidad para Schaller no es otra que el simple *recreo*. Según otros, satisface *una necesidad de distension*, o un *afán de dominar o de competir con otros o reforzar el sentimiento del yo* (Kohnstamm). La significación biológica del juego infantil, según Carr y Stanley Hall, reside en un *estimulo del crecimiento, que acaso*

---

hemos colocado la palabra *generalmente* en la definición. Si no admitidos, entonces la diferencia específica radicaría en la *ejercitación física*, pasando la lucha a una simple propiedad.

sirve al desarrollo del sistema nervioso. El mismo Stanley Hall lo configura como *rudimento de formas. Anteriores de actividad*, presentadas según el principio filogenético de Haeckel. Buitendijk descubre en él sustancialmente *un afán primario de movimiento actualizado en los impulsos contrarios de libertad y unión*. Hay también quien considera al juego como *desviación inocua de instintos dañinos* (Peters, Groos), o como *satisfacción de deseos irrealizables en la realidad, el paraíso del como si* (Claparède).

Se pueden admitir todas estas opiniones como *explicaciones parciales*. «Si una de ellas fuese satisfactoria —afirma Huizinga—, tendría que excluir a las demás o abarcarlas y comprenderlas en una unidad superior.» Todos esos ensayos de explicación tratan el juego con los métodos de medición propios de la ciencia experimental, sin prestar primero la atención a su profundo carácter estético. La cualidad primaria del juego queda inexplicada. Frente a cada una de esas explicaciones sigue en pie la pregunta: Conforme, pero ¿en qué consiste realmente la gracia del juego? ¿por qué grita el infante de placer?, ¿por qué se encapricha el jugador con su pasión?, ¿por qué arrastra un campeonato a una multitud de hombres al paroxismo? Ningún análisis biológico explica la intensidad del juego. Y, sin embargo, su esencia, su peculiaridad consiste precisamente en su *intensidad*, en su capacidad de enajenar a alguien.

La Naturaleza también hubiera podido dotar a sus criaturas de todas esas funciones útiles de descarga de energías, distensión, preparación y compensación en la forma de ejercicios y reacciones puramente mecánicas, pero no, nos dio un juego con su *tensión*, su alegría y su *diversión*. Este último elemento, lo grato o ameno del juego, se substrahe a todo análisis o interpretación lógica. La teoría del recreo de Schaller es casi pura tautología.

De todas las explicaciones apuntadas nos acercamos sobre todo a una como a la más comprensiva, aunque no llegue a ser *adecuada*<sup>12</sup> y exhaustiva: el juego satisface una *necesidad de distensión*.

Precisamente señalábamos en él una cualidad dinámica. La *tensión*, que pretendía terminar en distensión. Aun circunscribiéndonos a la vida psíquica, aparece claro este fenómeno. Consideremos, por ejemplo, el ansia innata de felicidad que siente el hombre. La contingencia de su ser pone el sello fatídico de la limitación. El hombre no puede lograr esa felicidad perfecta que anhela. Ya existe una *tensión*. El anhelo —tendencia a una distensión perfecta— prosigue pese a esa limitación y a la tensión consiguiente. La naturaleza tiene entonces que buscar algún escape a esa progresiva tensión. ¿No será el juego uno de ellos?

Descendamos un poco del peldaño metafísico y concretemos. Ese ansia de felicidad cristaliza en multitud de vivencias distintas. Afán de mando, deseo de comodidad, ansias de amar y ser amado, inquietud científica, etc., todas ellas apetencias arcaicas, y, en resumen, una más genérica: necesidad de afirmar a propia personalidad. Nuestra contingencia pone la limitación, y la personalidad no se afirma lo suficiente; no mandamos como querríamos: no vivimos como tantas veces hemos deseado; no somos amados como hemos soñado. El desequilibrio ha producido la tensión. La naturaleza otorga entonces una oportunidad de evasión, el juego, que por medio de otra tensión de signo contrario parece acercarnos a la distensión soñada.

Pueden, pues, reducirse a *esta necesidad de distensión* muchas de las otras explicaciones causales del juego que enumerábamos, la «necesidad innata de hacer o ensayar algo», el «afán de dominar y el de competir con otros», la determinación a «satisfacer deseos irrealizables en la realidad» y quizá también el «instinto congénito de imitación».

### EL «HOMO LUDENS» Y EL «HOMO DEPORTIVUS»

Lo indubitable y definitivo es que ese fenómeno tan curioso del juego, en su doble manifestación, agonal y representacional, está íntimamente enraizado en la naturaleza humana, ha compartido con ella su historia y le ha acompañado en sus vicisitudes, en su expansión. Ha triunfado donde han triunfado las grandes culturas.

*Homo ludens* titula Huizinga su gran obra del juego como elemento de la cultura. Hugo Rahner, con su *Der Spielende Mensch*, inicia una auténtica teología del juego, arrancando, según frase textual suya, de la última página de Huizinga. Es que, evidentemente, se pueden colocar en paridad el *homo sapiens* y el *homo ridens*

---

<sup>12</sup> Entiéndase esta palabra en una significación primitiva.

de los filósofos con el *homo religiosus* y el *homo ludens*. Todo hombre es capaz de risa, y tiene que jugar alguna vez. Propiedades metafísicas ambas, inseparables de la naturaleza y que lleva el hombre escritas en su rostro, cuya boca se ensancha para reír y cuya proporción es un salmo de armonía y ritmo que nos hablan del juego eterno del equilibrio y de la estética; allí se recreó Dios en un *ludus inefable*. Si ya la Escritura nos presenta la Sabiduría creadora *Ludens in orbe terrarum*, cuando creaba de la nada las esferas del mundo, cual debió desear el deleite de su juego cuando creó exhuberancia, desprendido, carente de utilitarismos, aunque tuvo un fin concreto. De las funciones del hombre parece que es precisamente la lúdica la que le otorgó rango de Prometeo «El hombre —dice Wieland— es sano de alma y cuerpo cuando todas sus ocupaciones espirituales y corporales se le convierten en cosa de juego.» Por el juego nunca es rastrero, materialista, ambicioso. Solo cuando huye de él, o lo tergiversa. Desgraciada Humanidad cuando los tiempos sean tan hoscos y tan apremiantes las necesidades de la subsistencia que de la mirada aterrada de los hombres haya desaparecido la luz regocijante del *homo ludens*., Si la vida llegara a ser tan seria que el hombre dejase de jugar, es que estaba cercano el fin, porque dejaba de ser hombre. Aquí aquello de Schiller: «El hombre es hombre completo cuando juega.»

La afirmación que adelantamos al principio, *el deporte es una propiedad metafísica del hombre*, ha quedado suficiente probada. Después de demostrar la casi identidad de juego deporte, con la única especificación agonal en cuanto al deporte, no hay lugar a duda.

El juego es imprescindible en el hombre. Siempre que éste exista llevara en su misma naturaleza el dinamismo lúdico, manifestándose bien como lucha-deporte, bien como representación. Esta disyunción, como ya hemos apuntado antes, no supone una oposición exclusivista. Son más bien aspectos complementarios. Muchas veces se entremezclan y llegan a fundirse en un único tipo de cualidad lúdica. Hasta se puede afirmar que el mismo juego representacional no puede verse libre de algún aspecto agonal. La tensión, el elemento que más fácilmente desemboca en forma de lucha, siendo casi privativo de este tipo de manifestación, se da en todo juego, aun en el representacional. El origen psicológico, y quizá biológico, de este último se produce también o por la necesidad de distensión o como liberación del exceso de energía vital; probablemente ambos a la vez. El cauce normal *para lograr* la distensión es cierto linaje de tensión de signo liberador a compensador. El exceso de *energía* vital produce a su vez una tensión, puesto que donde hay exceso hay desequilibrio, y el desequilibrio engendra tensión. Por todas partes, pues, se descubre que esta no puede estar ausente del juego de representación. Por consiguiente, en todo tipo de juego existe en alguna forma el factor agonal, deportivo.

Aparte de esta argumentación, la experiencia histórica enseña que siempre han aparecido las manifestaciones lúdicas en su doble faceta. El juego deportivo y el juego representativo han vivido con el hombre, como dos esferas de un reloj, inseparables y perfectamente sincronizadas.

Junto al *homo ludens* y como hermano menor podríamos colocar el *homo deportivus*. También éste ha tenido que estampar su sello en los pergaminos de la Historia. Su mirada ingenua ha conocido todas las culturas, los viejos clanes y los modernos estados, los *potlach* primitivos y los decantados campeonatos modernos.

No sabemos si reconocerá en todos su autenticidad. El hombre siempre fue deportivo; hoy la sociedad entera podría casi denominarse deportiva: «nuestro-occidente deportivo». ¿Se alegrarían al conocer esto los ingenuos ojos del *homo deportivus*? Oiría también las grandes diatribas contra el deporte. Escucharía asombrado aquellas enérgicas frases: El auge del moderno deporte es signo de la decadencia de occidente, *frente* a los valores intelectuales, artísticos, frente a los valores del *espíritu* se alza hoy la estrepitosa horda de los valores materiales, el deporte.

El se palparía a sí mismo temiendo no reconocerse, y se preguntaría: «¿Frente al espíritu está el deporte? ¿Es el deporte materialista?..»

### CAPITULO III. EL DEPORTE EN LA ANDADURA HUMANA

Es difícil describir en la nebulosa manifestación primitiva de la humanidad erecciones culturales delimitadas. Religión arte-juego-o alguna.representación aparecen todavía trabados, o, mejor, como una totalitaria expresión telúrico-vital. No en forma de manifestación sintética —la síntesis supone madurez—, sino en simplicidad embrionaria.

Sin embargo, en las descripciones de los etnólogos se pueden ya descubrir rasgos inequívocos de las formas culturales.

Ante el impacto que ha aguantado el deporte, acusado de inclinar la balanza de la sociedad actual ligada aun materialismo, la mejor forma de salir de dudas es contemplar su acción a través de algunas fases de la cultura humana.

No entramos en discusiones sobre este nuevo concepto la cultura. Admitamos simplemente sus más usuales acepciones: el mejoramiento de las facultades físicas, intelectuales y morales del hombre, o bien el resultado de ese mejoramiento en el individuo y en la sociedad.

¿Ha tenido algo que ver el deporte con la cultura humana?

Una respuesta afirmativa sería el liderazgo definitivo que le redimiría de esas acusaciones.

Quizá baste recordar que los elementos estéticos. Sí esto se añade que al margen de la belleza los valores espirituales, morales y físicos rigen cualquier fenómeno en cultura, se podría admirar la capacidad de la manifestación humana deportiva.

Sin embargo, será útil y más satisfactorio usar el camino ordinario: la observación de las costumbres de los pueblos.

#### DESDE LAS CULTURAS ARCAICAS

Es ya un hecho comprobado que la vida cultural de las viejas comunidades se ve imperada por un fundamento lúdico-agonal.

Granet<sup>1</sup> describe, como base primitiva de la civilización china, un estado en que los clanes rurales celebraban las estaciones con unas competencias destinadas a fomentar la fertilidad y el bienestar. Las comunidades arcaicas tienen la firme convicción de que las solemnidades bien celebradas o cada juego o campeonato ganados acarrearán a la tribu la bendición de los espíritus y el bienestar cósmico. La fiesta del invierno, que celebraban los hombres en la «casa de los varones», tenía carácter de abultado dramatismo. En un estado de agitación y embriaguez ejecutaban danzas de animales, festines, hacían apuestas y daban pruebas de valor en temerarias porfías. En ocasiones los cadáveres que tapizan el recinto lúdico después de la fiesta daban fe de los límites de exaltación a que se llegaba.

El mismo autor hace referencia a fiestas semejantes que se celebraban en el Tibet y Japón.

Estas competencias pertenecen con todas sus propiedades a la esfera del juego, aunque la fantasía les confiera el aspecto de una lucha titánica y mortal. Aparece esto evidente cuando se comparan los torneos de que habla la tradición china en forma mística o heroica con las luchas de estaciones que aun hoy se celebran en muchas partes del mundo. El canto alternado, el juego de pelota, las adivinanzas, los *jeux d'esprit*, todo queda íntimamente amalgamado en la forma de una animada competencia.

Nada hay que demuestre más claramente el fundamento agonal de la vida cultural de las comunidades arcaicas como la descripción de la costumbre de las tribus indias de la Columbia Británica que la etnología denomina *potlach*.

---

<sup>1</sup> Citado por Huizinga.

Divídase la tribu en dos grupos. Cuando se quiere celebrar cualquier suceso importante, un nacimiento, boda, la ceremonia y rito del tatuaje, el plenilunio, etc., uno de los grupos o *clan* tiene la obligación de obsequiar al otro con grandes regalos acompañados de ruidosas ceremonias, danzas rituales y toda una serie de exaltaciones. La única recompensa que esperan es la obligación que asume el otro *clan* de demostrar en la próxima fiesta que sus obsequios y la duración a amplitud de los rituales no serán inferiores a las de su contrincante.

Terminada una fiesta comienza ya en seguida su preparación para la próxima. Las mujeres confeccionan objetos artísticos con barro, plantas, etc. Los hombres trabajan arduamente en sus cacerías, hacen sacrificios gastronómicos para contribuir a la economía del erario; todos se afanan. Va en ello el honor de su jefe, su propio honor identificado con su orgullo común del clan.

Las familias y los clanes ejecutan sus cantos sagrados, exhiben sus mascarar e inducen al hechicero a que dé rienda suelta a su condición de poseso de los espíritus del clan. Pero la entrega de regalos es lo principal. Ha llegado el momento, y el organizador de la fiesta dilapida quizás los bienes del clan entero; sus correligionarios saltan presa de un histerismo colectivo.

Sucedarán a la fiesta jornadas de gran penuria. No importa. Los espíritus les serán propicios.

En esta carrera ascendente de superación magnánima idean manifestaciones más rotundas todavía: llegan a destruir la propiedad. En medio del tradicional ritual dramático y bajo los gritos petulantes de desafío, un caudillo quiebra vasijas de cobre, destroza las canoas de su clan y arroja con gesto de potentado en una hoguera los objetos más valiosos. Los añicos y cenizas son presentados al adversario a modo de reta. Este anuncia orgullosamente su supremacía, prometiendo una exhibición mayor de desprecio a las riquezas.

Se cuenta que cuando un jefe de la tribu *tlinkit* quería perjudicar a otro, mataba cierto número de esclavos propios; el otro quedaba comprometido a matar una cantidad mayor<sup>2</sup>.

El caso del potlatch es una manifestación ya extremada y original del instinto de competencia. De ordinario éste cristaliza en formas de lucha más simples: juegos de fuerza o destreza, luchas representacionales con variados simbolismos, etc.

Todo el litoral occidental americano, lo mismo en las zonas de los viejos imperios, como en las regiones escondidas de tribus independientes, nos ofrece una sugestiva lección de su antigua historia deportiva. Una muestra entre mil son los cultos religiosos agonales de los *Shelis* (Montañas Rocosas), las costumbres lúdico-deportivas de los *aztecas*, descritas por Vaillant, y sobre todo el caso portentoso de los fabulosos *raramuris* (corredores) de la Tarahumara en Méjico.

Caupolicán fue elegido capitán general de los ejércitos araucanos porque venció a los demás caudillos en recio desafío deportivo. Sus hombros sostuvieron dos días y dos noches el pesado tronco. Concluye Ercilla la narración:

«Era salido el sol cuando el enorme  
peso de las espaldas despedía,  
y un salto dio en lanzándole disforme,  
mostrando que aun mas animó tenía...»<sup>3</sup>

Si la proposición del concurso de fuerza fue un ardid del anciano *Colocolo*, el cual confiaba en el triunfo de su candidato Caupolicán, la aceptación unánime de todos los caciques y del pueblo revela el prestigio que las formas deportivo-agonales tenían en el vetusto pueblo araucano.

En el viejo Egipto aparece el amor a los deportes en los grabados sobre los muros de sus viejos sepulcros: esgrima, lucha, tiro al arco, natación.

---

<sup>2</sup> Citado por Huizinga.

<sup>3</sup> *La Araucana*.

*Harrer* ha descrito las fiestas deportivas que celebran los tibetanos durante los festejos del Año Nuevo en Lhasa: algunas de ellas son «supervivencias de tiempos muy remotos». Lucha, levantamiento de piedra, largas carreras pedestres (auténtico *cross*, donde los corredores llegan a la meta «crispados y llenos de heridas»), carreras de caballos, tiro al arco<sup>4</sup>.

Sin ir mis lejos, vamos a recorrer algunas regiones de nuestra península; en muchas de sus bellas tradiciones folclóricas, reconoceremos los matices inequívocos de inspiración ludo-agonal.

Todo el tipismo vasco —el pueblo quizá mas conservador de España— esta salpicado de costumbres deportivas que aún hoy la mantienen su ruda sugestión. Los *horrikataris* (verdaderos especialistas del *cross*), los *aitzkolaris* (cortadores de troncos), —los lanzadores del *Satsi* o *balenka* (barra vasca); las «regatas», —de orígenes remotísimos, cuya descripción por Orixe en *Euskaldunak* nos hace recordar los juegos homéricos de la *Ilíada* los forzudos *arrijasotzales* (levantadores de piedra); el juego de pelota, etc., son el ejemplo mas vivo de una tradición agonal de riqueza sorprendente. En realidad, los mismos llamados *versolaris* no son sino protagonistas de una de las más bellas formas agonales que han existido: la poética. Sentados uno frente al otro sobre sendos toneles a la puerta del caserío y rodeados de niños, mozos y viejos del lugar, comienzan el duelo poético. En una tonadilla de línea melódica antiquísima improvisa el primero su estrofa. La responde el otro con nueva improvisación, y así continúan, alcanzando en ocasiones largas horas de encarnizada lucha de ingenio, hasta que uno de los dos se da por vencido ante la imposibilidad de entrever una nueva rima.

En la montaña cantabra y en algunas sierras de Castilla y Aragón hemos encontrado casos análogos. También en la región portuguesa, «entre Miño y Duero», fértil incubadora del vino de Oporto, se conserva aún hoy día una tradición gemela. En la vendimia, reunidos en dos grupos, generalmente por sexos, se improvisan alternativamente estrofas bien cortadas. Cuando uno de los grupos enmudece, queda derrotado.

Tienen estas costumbres gran parecido con los *opprobriaa rustica* y *fescennina* que ya Horacio describía en los vendimiadores de su tierra. En las «fiestas de boda» (*lakodalom*), que —desde tiempos remotos se celebran en la fértil *Bácska* húngara, —se hallan también manifestaciones de esta deportiva competencia poética.

Julio Caro Baroja indica en *Los pueblos de España* que los antiguos astures, en honor del dios Ares y en otras fiestas religiosas, «celebraban juegos gímnicos, hoplíticos e hípicas en que los hombres se ejercitaban en el pugilato y carrera, simulando batallas».

En la artística cerámica de Liria (Levante) se han hallado frecuentes escenas agonales. En uno de los vasos aparece un combate de dos jinetes y dos peones mientras un hombre y una mujer tañen la flauta, lo que revela sin duda el carácter lúdico de la lucha. Otro representa una escena gemela: un hombre armado de lanza lucha con otro armada de espada; un tercero toca para ellos una gran trompa y una mujer tañe la flauta. En otros vasos aparecen representaciones análogas, y, en general, se vislumbra en ellos una sociedad caballeresca que ejecuta torneos, danzas, etc.

También Caro Baroja, a quien principalmente seguimos en este recorrido por los viejos pueblos de España, indica que «era práctica relativamente usual entre los celtiberos del centro de la península es de los retos o desafíos personales», y la de combates conmemorativos; práctica también común entre los lusitanos. Cuando murió Viriato, «muchas victimas fueron inmoladas, mientras que los soldados celebraban simulados combates en derredor, cantando sus glorias. Cuando se extinguió el fuego, tuvieron jugar combates singulares sobre su túmulo. En ellos dice Diodoro que intervinieron doscientas parejas de luchadores.

En las regiones del centro de la península, Soria, Segovia, Valladolid, Palencia, Logroño y en toda Castilla la Nueva, tuvo honda raigambre una fiesta que consistía en la elección de un «rey de Inocentes», o «rey de mozos» o «alcalde de mozos», de efímera y festiva duración. En algunos lugares persiste todavía este tipismo. En obras clásicas de nuestra literatura hay escenas en las que claramente se describe la elección del

---

<sup>4</sup> Siete años en el Tibet.

«rey de mozos». El acto primero de *La elección por la virtud*, de Tirso de Molina, no es sino la reproducción de ella.

La elección recaía sobre el que más prestigio había adquirido por su fuerza, arrojo y destreza, pues a él le habían de obedecer, después de coronarle, en sus diversiones y ocurrencias chuscas. Esta elección era precedida, sobre todo en los tiempos más remotos, de verdaderos **certámenes** deportivos, luchas, carreras, etc.

También en la corte de Navarra, lo mismo que en la de Castilla, era corriente en la baja Edad Media elegir por Epifanía el *rey de la faba*.

Quizá se crea poder atribuir a estos regocijos un origen relativamente reciente, puesto que todos ellos tienen cronológica y onomásticamente un sentido cristiano. Sin embargo, por sus características, por su semejanza con otros festivales paganos —los que por ejemplo Herodoto describe entre los persas— y por las hondas analogías que sentían entre sí, hay que concederles una cuna mucho más remota. El cristianismo no hizo sino asimilar y dar sentido cristiano a sus ceremonias y certámenes. Bien claro se ve en las enérgicas oposiciones que muchas de estas algaradas encontraban en obispos y sínodos provinciales, quienes más tarde —ellos a sus sucesores— se veían en la necesidad de admitirlos, dada su raigambre, matizándolos con la mayor inspiración cristiana posible.

Entre otras fiestas análogas citemos las *saturnales*. Elegíase en el Imperio Romano durante tales festivales un rey burlesco que ejercía igualmente su potestad por convenio. En algunos lugares del Asia occidental y costas del Mediterráneo existían fiestas parecidas.

El *pünkösdi kiraly* (jefe de Pentecostés) de los húngaros es un joven elegido para todo el año como rey y director de las fiestas, después de haber vencido a todos sus contrincantes en una lucha a caballo celebrada por Pentecostés.

También con las *saturnales* hace emparentar Caro Baroja un regocijo burlesco que muy posteriormente tenía lugar en Madrid. Así la describe él mismo: «El día 11 de enero, fiesta de San Antonio Abad, San Antón, hasta muy entrado el siglo XVII, los porqueros de la villa elegían entre ellos un rey y entre los puercos otro, celebrándose con este motivo una serie de ceremonias a cuál más raras. En el cerrillo de San Blas, que es el que ocupa hay el Observatorio, había una capilla dedicada a este último santo, frente a otra ermita baja la advocación del Ángel de la Guarda. En las proximidades de aquella capilla se reunían los porqueros del concejo, a los que llenaban de cintas o campanillas, y colocaban, a cierta distancia de la puerta de ella, y *aquel puerco que llegaba antes a la puerta, en donde había una artesa llena de pienso, era elegido «rey»*».

He aquí un auténtico requisito deportivo, peregrino, ciertamente, para la elección de la figura central de una fiesta.

En general, todas estas fiestas que consisten en la elección de reyes, burlescos o efectivos, en certámenes juveniles, ya desde el «rey de la faba» de las cortes de Castilla y Navarra, hasta los célebres *zancarrón* o *mazarrón* de Burgos; los populares «rey de Inocentes», «rey o alcalde de Navidad o de Epifanía», etcétera, encuentran su explicación orgánica al ser relacionados con las de otros países en solemnidades arcaicas esparcidas por Europa por pueblos primitivos. Obsérvese la coincidencia de las fechas de estas fiestas, comienzos de año, con las de las citadas *saturnales*, por ejemplo. Su doble característica fundamental es: elección de una persona que gobierne en forma lúdica en ciertas esferas o ambiente o festivales determinados. Y como previo requisito: la competencia, generalmente deportiva —lucha, carrera, prestigio— entre los diversos pretendientes para lograr el cargo.

Muy extendida está también por Castilla, sobre todo por la zona baja de la Carpeto-Vetónica, un tipo de mascarada llamada fiesta de la *vaquilla*. «Un mozo se disfraza de toro y suele salir seguido de otros cubiertos de pellejos y con cencerros a la cintura, que son los *cabestros* y que producen la algazara de la gente. Otro mozo, u otro grupo de mozos, después de varios episodios e incidentes, fingen dar muerte a la *vaquilla* y luego beben todas cantidades de vino diciendo que es su sangre».

«Como prueba del origen pagano de este *rito* señalamos que los cánones penitenciales prescribían tres años de penitencia a los que hiciesen el ciervo o la ternera o becerro (*vitula* o *vetula*)».

A esta fiesta de la *vaquilla* y las muchas similares hay que reconocerles el sentido agonal, al margen, claro está, de otros simbolismos que más directamente quieran encarnar.

La fiesta de toros pueden tener muchos puntos de contacto orígenes con este tipo de mascarada.

«San Paciano, obispo de Barcelona, en el siglo IV escribió entre otras. Obras una en que se condenaban las mascaradas que en su diócesis se celebraban a comienzos de año y de las que el personaje principal era uno disfrazado de ciervo. Acaso, concretamente, el ciervo de épocas pasadas ha sido sustituido por —los *bous*, *del ball dels bous* de algunas localidades, como San Vicente de Llavaneres.

Bastante parecido con estas simbólicas tauromaquias muestran ciertas danzas vascas de hondo sentido religioso originaria de Soule. «Se celebran a primeros de año, y se componen de dos bandos; el de los rojos, hombres y muchachos bien ataviados que representan a varios personajes especiales (el caballo, el gato, la cantinera, el señor y la señora, el labrador y la labradora, los herradores, los caldereros...), que ejecutan siempre los mismos actos, y los negros que van armando bulla, vestidos con trajes sucios y ridículos, imitando torpemente a los anteriores». Aparece un personaje muy original disfrazado de caballo (*Zalmalzain*), que en uno de los episodios fundamentales es víctima de un simulacro de persecución a cargo de los otros danzantes. La belleza firme y dinámica al mismo tiempo de la *suletina*, con su rudeza y elasticidad, conmueve los mismos fondos de la emocionabilidad estética. En las piernas musculosas de los danzantes parecen concretarse las gigantescas aristas de sus montañas y la armonía de sus canciones. Es un espíritu que aborda toda una materia brava reduciéndola a exhalación.

En la misma costa cantábrica, no lejos de los vascos, ejecutaban también los astures y los cántabros mascaradas semejantes. «Al mozo vestido de cantinera de las vascofrancesas, corresponde en las asturianas la *Aguilander*; al señor y la señora las parejas de «damas y galanes», a los personajes extraños que dirigen la comitiva y espantan a los transeúntes, el *guirrí* principal y el *diablo*; encontramos también disfraces de animales, como el oso, y personajes como el médico, el afilador, etc. Esta mascarada se parece muchísima no solo a las de los *Perchten* germánicos, sino a las que tienen lugar en Tracia, en que se ha pretendido ver un residuo de ritual dionisiaco.

Todas estas danzas norteñas entroncan con el hilo primario y común que es el brote espontáneo de la acción representacional, del juego, de la lucha, del canto; misterioso impulso que nace con el hombre, de cariz indescifrable por más que se intente desentrañarlo. No hay sino reconocerlo, admitirlo y observar su acción. Nace en la prehistoria y cabalga a horcajadas sobre la cultura. Esta se va estructurando según las acciones de los hombres, y la actuación de éstos vibra continuamente con las notas deportivas del juego y de la lucha, del canto y de la danza. Todas estas formas penetran hasta lo más íntimo del hombre primitivo: su más arcana fibra religiosa resuena con la plenitud y el colorido plástico de esas danzas y juegos.

Enmáscárense a guisa de animales porque sus antepasados creían escuchar el latido común de la madre Naturaleza, que engendra y cría juntos plantas, flores, animales y... ellos mismos. De la neblinosa apertura de la prehistoria datan los *tótem*, animales dioses generadores y protectores de un clan. Y todavía podemos contemplar en nuestras regiones las máscaras animalescas que danzan con ritmo de súplica. Estas mascaradas *tótem* se entremezclan con las danzas de las espadas, o los «paloteados». Es la danza agonal por excelencia.

Es interesante observar la riqueza que precisamente en este género de danza existe en España. En todas las regiones, y singularmente en Salamanca, norte de Castilla, Vascongadas, Navarra y Cataluña se hallan los bailes con palos o espadas. Muchos de los bailes «charros» de bellísima factura y vigor impresionante consisten en variedades de «paloteados». Igual sucede en Vascongadas, donde el *makil dantza* y *makil txikia*, etcétera, son también enérgicos simbolismos guerreros entremezclados con ritos agrarios. En Cataluña existe el *ball de bastons*. Danza de espadas se encuentra también en algún pueblo de la provincia de Córdoba.

Es imposible sustraerse por completo en los tipismos de cualquier región, sobre todo de las más tradicionales, a las clásicas manifestaciones agonales. Danzas, cantares, folklore en general, se halla salpicado todo ello de la expresión lúdica y de variadísimas maneras de competencia. El deporte en su significación más estricta se ha paseado por los horizontes inaugurales de la cultura, y ha grabado allí su huella. Decíamos que junto al *homo sapiens* y al *homo ludens* apareció el *homo deportivus*. En híbrido consorcio, si se quiere, pero perfectamente reconocible, auténtico.

Religión y deporte, guerra y deporte, danza y deporte..., o si se quiere, todo ello amalgamado, sin precisión de contornos; así se abría a la vida histórica del mundo el *homo deportivus*.

No faltaron, sin embargo, manifestaciones exclusivas, nítidas. Recuérdense, por ejemplo, las viejas costumbres deportivas ya referidas del folklore vasco. Aun acerca de su misma danza, un buen conocedor de su tipismo<sup>5</sup> ha hecho estas afirmaciones: «El baile entre los vascos no pasa, en general, de ser un ejercicio gimnástico más o menos viril, más o menos artístico, más o menos variado. No es expresión de estados de alma, como lo son algunas danzas orientales o ballets rusos y demás manifestaciones artísticas emparentadas con ellos. El baile, entre los vascos, es sinónimo de fuerza, agilidad, e imitación de la naturaleza en algunos casos».

### UN POCO MAS EN OLIMPIA

Este breve recorrido folklórico aporta un dato expresivo: la acción del deporte en la cultura arcaica. Quizá la razón de todo un mundo primitivo envuelto en esta realidad sea suficiente para garantizar una convicción sobre su valor cultural. Pero no podemos prescindir de la contemplación de la más elocuente manifestación deportiva de todos los tiempos: Grecia. Ya evocamos algunas peripecias de aquellos Juegos Olímpicos. Pero ha sido una visión fugaz. Es curioso el fenómeno. Precisamente en el ápice de su genio creador y de su gloria, Grecia erige un verdadero culto al deporte. Aparece ya perfectamente independizado de otras manifestaciones culturales.

En todas las grandes ciudades comenzaron a organizarse Juegos atléticos como parte esencial de las festividades religiosas. Así surgieron los famosos *Juegos Píticos, Nemeos, Istmicos...* Entre todos brotaron solemnes y grandiosos los de Olimpia. Pronto adquirieron categoría nacional, e incluso quedó marcada su influencia como hito histórico cultural de primer orden en el cómputo del calendario. Fenómeno que ha admirado siempre a los historiadores ha sido el caso portentoso de la pervivencia durante doce siglos de estos Olímpicos.

Comenzaron a celebrarse hacia el año 780 a. de C.; por el 720 se habían convertido ya en panhelénicos. Todos los pequeños estados enviaban a Olimpia sus representantes, sus propios campeones, con la ilusión de una Victoria que reportaría, prestigio y gloria para sus compatriotas. Hay que sopesar la que la celebración de cada Olimpiada llevaba consigo.

Unos tres meses antes de la fecha señalada (primeros de julio) partían de la Elida los *espondroforos*. Eran los heraldos sagrados; tres a partir del siglo VII a. de C., aristócrata de la Elida. Recorrían toda la Hélade invitando a los pueblos a cooperar en la gran fiesta y proclamaban la Tregua Sagrada, por la cual todos los ejércitos que se encontrasen en guerra entre los mismos estados helenos, tenían que deponer las armas. Muy sacrosanta tenía que ser para los helenos la celebración de estas olimpiadas para llegar al colmo de suspender lo más vital; como suele ser muchas veces la guerra, en la que se defienden los más elementales intereses y aun la misma supervivencia. Posiciones estratégicas, operaciones planeadas, todo se abandonaba. El campo de combate quedaba desierto mientras los ejércitos daban escolta hasta la ciudad de Elis a los atletas.

Solo dos veces en el transcurso de once siglos fue violada la tregua. Los lacedemonios, sus transgresores, fueron castigados sin poder participar en varias de las siguientes competiciones. Sanción proporcionada.

Dos meses antes de la *parasceve* (víspera del primer día de competición) todos los participantes se reunían en Elis, capital de la Elida, a 50 kilómetros de Olimpia. Durante un mes entero se dedicaban a fuertes

---

<sup>5</sup> José Antonio de Donostia: *Txistu y danzas*.

entrenamientos y a ejercicios discriminatorios para la categoría de prueba: «niños» y «varones». Platón, en las *Leyes*, habla no de dos, sino de tres clases de competidores: los «niños», los «imberbes» y los «varones». Pero no se encuentran más datos en otros autores sobre esta triple clasificación.

Los encargados de la selección y eliminación eran los propios helanódices. Súmense a éstos los entrenadores de cada atleta y todos los funcionarios necesarios para atender a una concentración de este genero, y se observará la importancia que daban los griegos a una *fiesta* para cuya sola preparación tenían ya que gastar fuertes sumas del erario.

Olimpia, mas que una ciudad, era un conglomerado de edificios públicos, templos (más de 80), recintos deportivos, que solo en las fiestas cobraban vida. Era la ciudad sagrada, siempre neutral e inviolable. Después del Partenón, fue el lugar donde más se manifestó el genio escultórico de Grecia. Lastima que los siglos, aliados con el Alfeo y el Kladeo, hayan sido tan poco piadosos con la pulcra ciudad. Junta al hermes de Praxiteles, Fidias erigió en ella su obra maestra, la colosal estatua de Zeus Olímpico, de mas de 13 metros de altura en posición sentada.

En el centro de la ciudad se levantaba su templo, rodeado por el Ágora. Ante su rígida mole se celebraba la víspera el «juramento olímpico». Todos los que habían de participar de alguna manera en los Juegos, atletas, aurigas, eliptos, helanódices, alytes o guardias, funcionarios de cualquier rango, llegaban al templo en solemne procesión, y extendidas las manos ante la yerta majestad de Zeus Orkios, protector de los juramentos, prometían no faltar en nada a las prescripciones legales de los Juegos. De allí se desparramaban por los distintos templos para ofrecer sacrificios a Hades, Poseidón, Apolo, Ares..., los dioses olímpicos, cuya protección en las pruebas era muy codiciada. Siete días duraban los campeonatos. El primero de preámbulos, juramentos, sacrificios, procesiones. El último, la acción de gracias, *hecatombe* ante el altar de Zeus y los 12 dioses olímpicos, el gran banquete en el Pritaneo. El orden de los cinco días de certámenes fue, a partir del siglo V, el siguiente:

1. Estadio (193 m), diaulio (286) y dólico (4.400).
2. Pentathlon (carrera, salto, disco, jabalina y lucha).
3. Lucha, pugilato, pancracio.
4. Estadio, lucha y pugilato para niños.
5. Las carreras de carros en el hipódromo.

Ser alguna vez olimpionico (vencedor) era quizás la máxima aspiración de todo joven heleno. Al acabar el certamen recibía como premio la corona de laurel, y la palma; de la boca solemne del helanódice vitalicio escuchaba el nombre de su padre y de su Patria. La multitud prorrumpía en vítores. Este era el galardón que más saturaba el alma llena de ilusiones del joven griego. No obstante, el olimpionico recibía después grandes remuneraciones. Durante toda su vida era alimentado por el Estado en el *prítaneo* de su ciudad. No pagaba impuestos. En el teatro ocupaba un lugar de honor; recibía rentas cuantiosas del municipio.

Hasta 150.000 personas llegaron a concentrarse en Olimpia con motivo de los Juegos. Esta aglomeración traía consigo toda la animación que da escolta a los nacimientos festivos. Mercaderes oportunistas, saltimbanquis, titiriteros, cómicos. Cielo azul mediterráneo, colorismo oriental en los trajes, euforia serena de un pueblo que es consciente de su personalidad. Espectáculo que, sin la complicaciones modernas, resultaba ingenuamente sugestivo y grandioso.

Así considero el pueblo griego el deporte. En Olimpia le levanto el ara de su culto. Pero esto no era mas que la manifestación publica cuadrienal de una dedicación constante. La vida del joven heleno esta empapada del espíritu y la práctica del deporte. Por cauce natural, esta asiduidad tenia que desembocar en el esplendoroso estallido de los Juegos. Toda la legislación griega y los capítulos de los tratadistas políticos hablan del deporte. Platón en sus *Leyes*, en *La Republica*. Aristóteles en su *Política*, reglamentan las normas para los ejercicios físicos, a los que consideran no como meros forjadores de cuerpos fuertes, sino como parte de la educación integral del hombre.

Bolkestein ha afirmado que los campeonatos olímpicos se sustraen al concepto general de juego. «Cuando hablamos de «juegos olímpicos» recogemos, sin pensar, una expresión latina que expresa el juicio romano

sobre los campeonatos designados con aquellos, pero que es totalmente distinto del juego griego.» Después de enumerar muchas formas de agnóstica que demuestran que el afán de competir domina toda la vida griega, termina: «Todo esto no tiene nada que ver con el juego, a menos que se quiera defender la opinión de que la vida entera haya sido un juego para los griegos».

Prescindiendo de lo mucho que pueda tener de realidad esta última frase, no se puede admitir, dado nuestro concepto actual de juego, que esa competencia agnóstica que hemos de considerar necesariamente deportiva se vea ausente del círculo lúdico. El agón tiene todas las características formales del juego y pertenece, en cuanto a su función, sobre todo a la categoría de la fiesta, y consiguientemente a la esfera del juego. La explicación de la distinción terminológica que hace el griego entre juego y competencia es ésta, según Huizinga: la concepción de un concepto de juego general, que abarca todo y es, lógicamente, homogéneo, se produjo bastante tarde. Para entonces en el mundo helénico había cobrado ya la agonística un rango de tanta importancia social y una estimación tan seria que ya se perdió la conciencia de su carácter lúdico. El campeonato de toda índole y en toda oportunidad había llegado a constituir entre los griegos una función cultural tan intensa que se le consideraba «corriente» y normal y ya no se le experimentaba como juego. «Lo acontecido en Grecia no es un caso único. Sucedió también en forma un poco distinta entre los indios antiguos. Estos tienen también varias palabras para expresar el concepto juego.»

## **EL GIMNASIO**

Otra de las objeciones que se presentan contra el atletismo griego para no considerarlo como auténtico juego deportivo es su pragmatismo. Consistía en una verdadera preparación para la guerra.

Probablemente tal es su origen. Los ejercicios que se realizaban, carrera, salto de longitud con pesas en las manos, lanzamientos, lucha, pugilato, pancracio, todos eran utilísimos para enriquecer los recursos físicos para las batallas. La pista del estadio era precisamente de arena arcillosa humedecida que, en vez de favorecer, dificultaba la marcha de los corredores. Los pesos en el salto, el disco, la lucha, las carreras de carros, todo estaba orientado a las dificultades de la guerra.

¿Basta esto para convencerse del utilitarismo del atletismo griego?

La palestra y el gimnasio eran los locales donde se formaban los atletas. La primera, municipal; el segundo, estatal. Con el tiempo la palestra fue absorbida por el gimnasio, fusionándose.

Allí ocurrieron sucesos sumamente interesantes. Junto con los atletas, comenzaron a darse cita grupos de curiosos. Contemplaban los ejercicios, charlaban, discutían sobre política y filosofía. Pronto surgió al socaire del deporte una entidad que vendría a transformar totalmente el concepto de gimnasio. Los mismos atletas pasaban tanto o más tiempo en aquellas tertulias que en sus mismas prácticas físicas. Las galerías de los gimnasios fueron ampliadas y confortadas. El griego, aquel hombre dotado de asombrosa capacidad estética, empedernido conversador, que nunca tenía prisa porque no le acuciaron ni las perentorias necesidades vitales ni el enfermizo ajeteo de la moderna sociedad, encontró su asiento en el gimnasio. La cenicienta atmósfera tabaquera de nuestros casinos no nos es más familiar a nosotros que el untuoso olor del aceite gimnástico lo fue a los flemáticos helenos. Tertulias literarias de los cafés; discusiones políticas de los casinos; forcejeos de las bolsas, todo lo que integra el mundo de la polémica unido a los intrascendentes «apliques» sobre temas fútiles; todo esto, reducido a su propio mundo, se debatía bajo los pórticos circundantes del gimnasio.

Los atletas, en el período áureo del deporte griego se reclutaban entre gentes de la alta sociedad. En las Olimpiadas era riguroso el examen que los helanodices hacían del nacimiento e historial ciudadano de los participantes. Estos jóvenes cultos llegaron a fusionar en maravilloso consorcio la energética del deporte con el deporte del espíritu: la filosofía ática.

Entre ellos surgieron hombres de gran talento. Muchas de las tertulias se convirtieron en verdaderas palestras filosóficas; las bóvedas jónicas comenzaron a escuchar las preguntas que aquellos varones pacíficos hacían sobre el *arjé* o principio de todas las cosas. Tales de Mileto respondió que era el agua. Anaximandro, lo indefinido. Para Anaximenes lo era el aire. Allí Pitágoras explicó su sistema del número; y el ritmo fue exaltado a la categoría de causa primera bajo aquellos capiteles donde la euritmia lo informaba todo.

Pasaron los años; se sucedían las generaciones. El gimnasio contemplaba dentro de sí aquel hervidero ideológico en continua ascensión hacia atmósferas más claras. Presenció la dramática lucha de Sócrates contra los sofistas. El método «mayéutico» triunfó. Y un día un joven fornido, atleta destacado, fue apodado Platón, «el de anchas espaldas». El ejercicio de la palestra formó en él abultados músculos. Otra palestra más sutil, la del maestro Sócrates, engendró cimas de pensamiento. Había sido un gran atleta él filósofo idealista de la antigüedad. Lo etéreo de su pensamiento nunca riñó con sus espaldas cuadradas.

Platón fue el símbolo y la expresión concreta del milagroso equilibrio griego: deporte y filosofía. Puede, con motivo de un suceso, surgir otro completamente independiente. Con motivo de presenciar los ejercicios físicos surgió aquel ambiente de tertulia científica; ¿no pudo ser el margen totalmente de ellos y como mera consecuencia local?

Examinando con sentido común el proceso del fenómeno, salta a la vista la realidad de los hechos.

Pudo el comienzo de los ejercicios físicos ser pragmático. Pero en el momento de máximo esplendor del pueblo griego, en el supremo auge y pureza de las olimpiadas la realidad fue muy distinta.

El gimnasio se convirtió para el griego en la practica del doble deporte en el sentido de ocio. Ocio del cuerpo, armonía física, salud, estímulo; ocio del espíritu, ciencia, arte, filosofía.

Presumir que Platón y Aristóteles, y todos los filósofos y artistas y aficionados se ejercitaban con miras utilitarias es dislocar la lógica del sentido común. El mismo paseo matutino hasta el gimnasio bajo el saludo de la brisa nítida del Ponto, el ejercicio, los baños, las conversaciones al aire o bajo los pórticos, todo nos habla de aticismo (en el sentido moderno de la palabra), de asueto. Practica limpia del deporte, sin profesionalismos, sin rigideces de esclavitud física. Solo la noble emulación o la ansia del aplauso público, valores espirituales al fin y al cabo, pudieron robar terreno al mero motivo de expansión. Se puede ya invitar a quien sea partidario del materialismo del deporte, y consiguientemente del deporte griego, a pensar un poco con este resumen: El recinto específico del deporte y a la vez su símbolo, el gimnasio fue la cuna y la cátedra de la filosofía helénica.

### HABLAN AQUELLOS CONTEMPORANEOS

La literatura griega se ocupó del deporte y de la educación física. Resulta interesante conocer lo que sobre estas practicas, que llenaban gran parte de la vida griega, opinaron sus pensadores contemporáneos. Es difícil encontrar algún escritor que no se haya ocupado de ello. Entresacamos párrafos de los más ilustres.

**PLATON**, con bellas imágenes, explica lo que debe ser la educación y el papel que en ella ha de ocupar el ejercicio físico: «El hombre es el conductor de un carro que arrastran dos caballos. Uno de ellos tiene alas y busca continuamente llevar el carro por el camino del cielo, que es de donde procede. El otro, aferrado a la tierra, de donde ha salido, clava en ella sus cascos, como garras. Es preciso que el auriga logre dominar estas dos fuerzas discordes, que sujete en sus manos estas energías contrarias y que, finalmente, obligue a los caballos a llevar el carro, sin sacudidas ni choques, hasta el final del camino de la vida.» Y añade: «El cuerpo humano, que envuelve nuestra alma, es un templo en el que se aloja un destello de la divinidad. Hay que embellecer este, templo por medio de la gimnasia para que Dios se encuentre bien en él. De este modo la habitará largo tiempo y nuestra vida transcurrirá armoniosamente.»

En otro de sus diálogos se expresa así: «¿Crees que los amantes de la gimnasia buscan otra cosa que el bienestar del cuerpo? Ciertamente.»<sup>6</sup>. «El arte (ciencia) que se refiere al cuerpo no puedo nombrarlo con un solo nombre, sino que pongo dos denominaciones a esto arte que cura el cuerpo: una, la gimnasia; otra, la medicina. En lo civil pongo como correspondiente a la gimnasia el arte de legislar, y la justicia judicial a la medicina»<sup>7</sup>. «La educación útil tiene, por así decirlo, dos aspectos: uno se ocupa del cuerpo: es la ejercitación física; otro se preocupa de formar el alma, y es la música»<sup>8</sup>. «En este momento (tras las primeras

---

<sup>6</sup> *Teages*

<sup>7</sup> *Gorgias*.

<sup>8</sup> *Leyes*

letras y lecciones de cítara) es cuando los padres envían sus hijos al *pedotribo* (profesor de educación física) para que adquieran las cualidades corporales y sentido de la disciplina y no se vean obligados, por falta de aptitud física, a rechazar la guerra o la acción»<sup>9</sup>.

«Hablando de gimnasios y escuelas públicas, conviene construir tres en la ciudad, y fuera de ella otros tres recintos con terrenos deportivos suficientemente amplios para que se pueda tirar el arco, lanzar la jabalina y entrenar a la juventud. Si no lo hemos dicho bastante, lo repetimos ahora, en que se trata de establecer las leyes»<sup>10</sup>.

Es la doctrina reconocida hay por todo el mundo civilizado, exclama Valserra en su *Historia del deporte*. Las máximas modernas: «Es preciso que el cuerpo sea vigoroso para obedecer al alma; cuanto más débil es el cuerpo, más nos manda, y cuanto más fuerte, más nos obedece», y tantísimas otras semejantes, proceden del concepto que los griegos tuvieron de la educación perfecta, definida así por Platón: «*La educación es el arte de conducir al niño por los caminos de la razón. Su deber consiste en fortalecer el cuerpo tanto como sea posible en elevar el alma a su más alto grado de perfección.*»

**ARISTOTELES**, en la observación de los problemas deportivos, aplica también su realismo. Observaciones precisas, sentido práctico; Pero enemigo del puro utilitarismo y del exclusivismo físico. «Que sea necesario dar a los muchachos una educación no sólo estrictamente utilitaria, sino liberal y noble, es de todo punto evidente. Siendo admitido que la educación moral debe preceder a la intelectual y que es necesario ejercitar el cuerpo como condición previa para su cultivo del espíritu, se deduce que los niños deben ser confiados a la enseñanza del profesor y del pedotribo: uno les formará el cuerpo, el otro lea hará hábiles para los diversos menesteres...»<sup>11</sup>.

«Los lacedemonios, mientras fueron los únicos que se ejercitaron con regularidad, vencieron a los demás pueblos; pero hoy les son inferiores, tanto en atletismo como en la guerra. Si triunfaban entonces, era sencillamente porque tenían que habérselas con adversarios que no se habían ejercitado, y no porque educaran a sus hijos de una manera brutal. Es, puse, la belleza moral, no la ferocidad, la que hay que poner en primer plano. No se trata de formar un lobo ni una bestia fiera, sino un hombre honesto, capaz de afrontar cualquier peligro. Los que dejan a sus hijos exagerar en esto sentido, sin robustecerlos en la educación e instrucción indispensables, hacen de ellos en realidad unos simples peones, que no podrían rendir al Estado más que un género de servicio, y —la razón nos lo enseña— el último de todos. Que sea necesario ejercitarse en la gimnasia con mesura, todo el mundo esta de acuerdo. Hasta la pubertad, el niño debe ejercitarse en el deporte moderado, evitando todo exceso de alimentación y todo trabajo forzado, cosas todas peligrosas para su desarrollo. La mejor prueba de la que afirmo es que entre los campeones olímpicos apenas se encontrarán dos a tres que hayan logrado victoria en las dos categorías *niños* y *seniores*; los más jóvenes, en sobre entrenándose, se acaban. Pero cuando, a partir de la pubertad, se han consagrado tres años a los estudios generales, conviene dedicar el período siguiente al entrenamiento deportivo y a la sobrealimentación. No conviene fatigar a la vez el espíritu y el cuerpo»<sup>12</sup>.

«La belleza varía según la edad. Para un joven consiste en tener un cuerpo ejercitado y habituado a las fatigas, a la carrera y a los ejercicios de fuerza, y presentar al mismo tiempo un exterior agradable. Los que practican el *pentatlón* son los más bellos, ya que lo mismo son aptos para los ejercicios de fuerza que para los de velocidad. La belleza del hombre maduro consiste en la aptitud para los ejercicios propios de la guerra, unida a un aspecto amable, más capaz de inspirar respeto. El anciano es hermoso cuando puede dedicarse a sus ocupaciones indispensables, sin que hagan mella en él las miserias de la edad.» «La cualidad atlética de un hombre está en función de su talla, de su fuerza y de su velocidad»<sup>13</sup>.

Hipócrates da sus célebres consejos de higiene deportiva, tan estimados aun hoy. «Es bueno acostumbrarse a la fatiga y a la carrera al diadulo por ejemplo; pero sin forzar la marcha.» A los paseos por la sombra,

---

<sup>9</sup> *Protágoras*.

<sup>10</sup> *Leyes*.

<sup>11</sup> *Política*.

<sup>12</sup> *Política*.

<sup>13</sup> *Retórica*.

también; y a la lucha en tierra blanda, a fin de enardecerse lo menos posible<sup>14</sup>. «A los que hacen deporte en invierno conviene la lucha y la carrera a pie. En el verano, poca lucha, menos carrera: paseos a la fresca. Aquellos a quienes fatiga la carrera, deben luchar; los que se cansan con la lucha, deben correr. El que siente una parte del cuerpo fatigada, debe calentarla (masaje), pararse y reposar lo más posible. Los que en el curso de su entrenamiento son atacados por cólico por tener en su estómago alimentos mal digeridos, deberán reducir el ejercicio por lo menos a la tercera parte, y su alimentación, a la mitad»<sup>15</sup>.

Cuenta el «Padre de la historia», HERODOTO, una bella anécdota: «Llegaron donde Jerjes algunos soldados fugitivos de Arcadia. Carecían de todo y pidieron que se les diera trabajo. Fueron conducidos a presencia del rey, y entre los numerosos persas que les interrogaron, uno les preguntó insistentemente a qué ocupaciones se dedicaban los griegos en aquellos momentos.

- Celebran ahora los Juegos olímpicos y asisten a los certámenes deportivos y a las carreras de caballos —respondieron los fugitivos.
- ¿Y en qué consisten los premios que se conceden a los vencedores?—siguió preguntando el mismo que los interrogaba.
- En una corona de laurel —respondieron ellos. Al enterarse el rey de que el premio no consistía en dinero, sino en una corona de laurel, exclamó:
- Qué gente más rara es ésta. Se muestran insensibles al interés y solo combaten por la gloria»<sup>16</sup>.

En las obras del viejo historiador aparecen muchos de estos relatos. La tradición asegura que fue precisamente en los Juegos olímpicos donde quedó consagrado su talento.

Una de las páginas más sugestivas de la antigüedad deportiva es el conflicto lacedemonia sabré la Tregua Sagrada narrado por TUCÍDIDES en la *guerra, del Peloponeso*. La actuación ingenua de aquellos fieros ejércitos nos revela una muestra vivida de su veneración por los Juegos olímpicos.

«En este verano tuvieron lugar los Juegos olímpicos en el que el arcadiano Andróstenes fue vencedor por primera vez en el pancracio. El acceso al templo fue vedado a los lacedemonios por los eleos. Esta prohibición de efectuar los sacrificios y participar en los Juegos se debió a que no habían pagado la multa que los eleos les habían impuesto en virtud de los reglamentos olímpicos. En efecto, los eleos afirmaban que los lacedemonios habían irrumpido con las armas en la fortificación Phycos y colocado una guarnición en Lepreon después de haberse proclamado la Tregua Olímpica. La multa era de dos mil minas, a razón de dos minas por soldado, según prescribía la ley.

Los lacedemonios respondieron por medio de embajadores que tal condena era injusta, que la Tregua Olímpica no les había sido anunciada en el momento de enviar su infantería. Los eleos sostenían que la Tregua había comenzado ya para ellos (son, en efecto, los primeros en conocerla), y que fue en plena tranquilidad y sin esperar nada semejante, puesto que era ya la Tregua, cuando habían sido objeto de esta violencia.

Los lacedemonios replicaban una y otra vez que... ellos habían obrado de buena fe en su acción, y que inmediatamente habían concluido las operaciones. Pero los eleos persistieron en su decisión y declararon que jamás se les convencería de no haber sido injustamente dañados; que si los lacedemonios consentían en devolverles Lepreon, ellos les devolverían la parte de la multa que les correspondía, y que ellos mismos pagarían lo que correspondía a los dioses.

Mas, al no querer escuchar los lacedemonios, hicieron los eleos una nueva proposición: si se negaban a devolver Lepreon, que al menos viniesen al altar de Júpiter Olímpico, puesto que tenían gran interés, pero prestasen hay mismo juramento en presencia de todos los griegos de que la multa seria mas tarde pagada. Los lacedemonios rechazaron también esta proposición. Fueron entonces excluidos del santuario, de los

---

<sup>14</sup> *Dietética*

<sup>15</sup> *Tratado de higiene.*

<sup>16</sup> *Lib. VIII.*

sacrificios y de los Juegos. Tuvieron que celebrar los sacrificios en las propias ciudades, mientras todos los demás griegos, a excepción de los lepreatas, enviaban sus embajadas sagradas a Olimpia.

Con todo, los eleos, temiendo que los lacedemonios pretendiesen conseguir por la fuerza el derecho al sacrificio, hicieron montar la guardia con jóvenes armados; incluso los argeos y los mantineos les enviaron mil hombres cada uno, y los atenienses su caballería para que esperase en Argos la inauguración de las fiestas.

Toda la multitud que asistía a los espectáculos temía ver aparecer de un momento a otro a los lacedemonios armados... Pero éstos no se movieron; y así se les esfumo la solemnidad olímpica»<sup>17</sup>.

El origen de los Juegos olímpicos fue descrito así por el gran viajero e historiador PAUSANIAS: «Los eleos, que se remontan a los tiempos más antiguos, cuentan que Cronos fue el primero que reinó en el cielo, y que en Olimpia los hombres de aquel tiempo, cuya raza en llamada «de oro», le erigieron un templo. Después del nacimiento de Zeus, Rea puso este templo a custodia de los dáctilos ideas, como se llama a los curetes; éstos habían venido del monte Ida de Creta, y se llamaban Hércules, Peonio, Epimedes, Iasios e Idas. Hércules propuso a modo de juego a sus hermanos una carrera a pie; el ganador sería coronado con un ramo de olivo salvaje. Este árbol abundaba tanto en estos parajes, que se utilizaban sus hojas para hacer colchones y acostarse en ellos...

A Hércules, por tanto, cabe la gloria de la institución de los Juegos y de la denominación de olímpicos. Decreto que se celebrasen cada cinco años, pues sus hermanos y él eran cinco. Algunos dicen también que fue la lucha de Zeus con Cronos por el dominio del universo; otros, que Hércules instituyó estos juegos para celebrar sus trabajos. Entre los que allí vencieron se nombra a Apolo, que ganó a Hermes en la carrera y a Ares en el pugilato. Es por esto —se dice— por lo que durante la prueba de salto perteneciente al *pentatlón* se toca con la flauta una melodía pítica consagrada a Apolo...

Mas tarde, unos cincuenta años después del diluvio de Deucalión, Climenos, hijo de Cardis, descendiente de Hércules Ideo, vino de la isla de Creta e hizo celebrar los Juegos en Olimpia; allí erigió, según se dice, un altar a los curetes, y concretamente a Hércules, su ancestral. Endimión, hijo de Atlio, destrono a Climenos, y, como premio de la carrera olímpica, prometió su reino a sus hijos. Pélops, una generación después de Endimion, hizo celebrar los Juegos en honor de Zeus Olímpico con un esplendor jamás visto hasta entonces...»

Así continua la narración, pasando ya de la época mítica a la histórica<sup>18</sup>.

Un bello resumen de lo que fue la educación atlética en los mejores días de la antigüedad nos los hace Luciano De Samosata en su *Anarcasis*. Aunque el no fue griego de nacimiento, estuvo cuatro veces en Olimpia atraído por la sugestión de los Juegos; y sus obras y educación helénica han hecho de él uno de los mas ilustres representantes del ultimo periodo de la literatura griega (s.II d. de C.).

«Si nos encontráramos en los Juegos olímpicos, Istmicos, o en las Panateneas, te convencerías, ¡oh Anacarsis!, de que no hacemos mal demostrando entusiasmo por dichos espectáculos. No me es posible expresar con palabras el placer que experimentarías contemplando el valor de los atletas, el esplendor de sus cuerpos, sus admirables aptitudes, la singular destreza, la inagotable fuerza, el animo, el ardor, el invencible tesón y los terribles esfuerzos que realizan para lograr la Victoria. Estoy persuadido de que no te cansarías de aclamarlos con gritos y aplausos... »

Añade luego: «He aquí como ejercitamos en mi patria los cuerpos de nuestros hijos, ya que es esto lo que más te interesa saber. Los mandamos despojarse de sus vestidos desde el momento en que, al salir de la infancia delicada, sus cuerpos empiezan a ser mis robustos. Nuestro objeto consiste en acostumbrarlos a las

---

<sup>17</sup> *Guerra del Peloponeso*. Es interesante hacer notar que en aquella coyuntura los lacedemonios eran los de mayor fuerza militar. Pero «era tal el prestigio de la Tregua Olímpica, que multiplicaron sus esfuerzos diplomáticos sin osar recurrir a la fuerza, y soportaron la humillación de estar ausentes ten los Juegos sin rebelarse contra la decisión de los eleos». (M. Berger).

<sup>18</sup> Itinerario de Grecia, Elida.

influencias del aire y de las estaciones, a fin de que les sea fácil soportar él frío lo mismo que el calor. Les hacemos unguir con aceite y restregar su piel, para dar elasticidad a sus músculos. Hemos ideado además varios ejercicios, nombrando para cada uno de ellos profesores competentes. Enseñan a unos el pugilato y a otros el pancraccio, para acostumbrarlos a soportar con paciencia la fatiga, a afrontar valientemente los golpes y a que no traten de evitar cualquier ataque mediante la huida...»

«Ejercitamos además a esos jóvenes en ser buenos corredores, lo mismo en carreras largas, que requieren resistencia, que en las de velocidad, que requieren ligereza; y no los ejercitamos sobre terreno duro y resistente, sino sobre arena muy gruesa, en la que no es posible marchar con seguridad ni sostenerse sin esfuerzo, pues el pie se hunde a cada paso que se da en el suelo. Además, se les enseña a saltar un barranco a cualquier otro obstáculo, para que puedan hacerlo con facilidad en caso necesario. Y les hacemos practicar este ejercicio llevando masas de plomo en las manos. También los acostumbramos a competir, para determinar quién de ellos lanza la jabalina mas lejos. Debes de haber visto asimismo en el gimnasio un pequeño escudo de bronce, de forma circular, sin asa a correa. Quizás hayas tratado también de levantarlo de la arena en donde se encontraba, y te haya parecido pesado y difícil de sostener en la mano, a causa de estar también muy bien pulimentado. Pues bien: nuestros jóvenes lo lanzan al aire, y lejos, rivalizando para hacerle recorrer la mayor distancia sin que toque el suelo, ejercicio que fortalece sus hombros y hace los dedos más resistentes.»

Y termina así: «Tales son, Anacarsis, los trabajos con que ejercitamos a los jóvenes, convencidos de que se convertirán de este modo en valientes defensores de nuestra ciudad, aseguran nuestra independencia y serán siempre vencedores en la lucha contra nuestros enemigos, así como temidos por los pueblos vecinos, los cuales, bajo ese temor, nos pagaran tributo. Pero en tiempo de paz se harán todavía más dignos de alabanza, pues no se entregaran a ningún vicio para darse importancia; la ociosidad no les permitirá caer en la licencia, pues pasaran su vida dedicados a los juegos a emplearan en ellos las horas que les queden de holganza»<sup>19</sup>.

Otros muchos pensadores e historiadores griegos hablaron de sus juegos y del deporte; entre ella pueden citarse como mis destacados *Esquines*, quien atacó la inmoralidad que se iba infiltrando en los gimnasios; el greco-latino *Plutarco*; *Filostrato*; éste también insiste en combatir la relajación deportiva y el espíritu de lucha de los gimnastas de su tiempo (s. II);

*Apolonio de Rodas*, con su incomparable descripción del combate de boxeo, y el mismo *Jenofonte*, gran entusiasta del deporte sobre el que se ocupó en varias de sus obras. Quiso pasar los últimos años de su vida retirado cerca de Olimpia, teniendo así ocasión de presenciar una vez más sus idolatrados juegos.

Recuerdo especial merece él más excelso poeta de la antigüedad, PINDARO. Precisamente sus *Epinicios*, lo que ha forzado su gloria, no son sino las apologías a los olímpicos. Eran recitados al son de la lira cuando se erigían sus estatuas. Coincidió con la época del máximo esplendor de los Juegos olímpicos (s. v.).

«En las fiestas de Palas,  
las muchachas te han visto vencer,  
y cada una en silencio ha ansiado  
tu mano de esposo, gran Telisicrates.  
Igual sucedió en las fiestas de Olimpia.  
Y en los juegos de honor a la tierra profunda  
y en los bellos certámenes rudos  
de tu gran país... »

Así fue como de la arena recia del estadio brotaba también la más excelsa lira.

Se completaba el milagro griego. Helenos fueron los más grandes filósofos, oradores y poetas del mundo antiguo. Helenos también los más grandes atletas. No es exagerado parangonar ambas esferas; simplemente contemplamos la realidad histórica.

---

<sup>19</sup> *Anacarsis*.

Es posible que aquel pueblo, en su paganismo, idolatrara excesivamente la belleza del cuerpo. Su teología antropomórfica y su arte homocéntrico no le levantaban de una concepción del mundo, si no materialista, al menos física. Esto puede servir de pauta y comedimiento frente a una consideración apasionada; pero el hombre actual puede prescindir de la opinión que al griego le mereciera el cosmos y el espíritu, sin que por ello sufra detrimento la realidad histórica. Un pueblo que filosofa, que se inspira y que crea arte, y conserva a su vez una reverencia casi mística por el deporte.

Aquel *homo deportivus* que se despertó tímido en los albores de la civilización, ha adquirido la conciencia de su personalidad y se sienta en lugar preeminente en la representación de la cultura griega.

### **A VUELO DE PAJARO SOBRE ROMA**

Después de hablar del deporte griego, parece obvio continuar con su manifestación gemela: Roma. Sin embargo, como no se pretende hacer aquí una historia del deporte, ni es necesario para valorarlo analizar todas sus formas a través de las distintas culturas, vamos a prescindir de su estudio, indicando solamente dos características interesantes.

En Roma es donde por primera vez se introduce el deporte espectáculo contrapuesto al deporte puro. El hombre romano no tenía el sentido del griego. La belleza era para él cosa de un sector de la sociedad, algo así como de profesionales. Su sentido realista, ordenador, práctico, le hizo preocuparse más del derecho que de la filosofía y el arte.

Su fuerza militar no se forjó en los estadios, sino en las mismas campanas. Pronto aquel sentido de los juegos olímpicos griegos, para los cuales se preparaban con aliento todos los estados, se transformó en espectáculo utilitarista y mercantil. De la emoción limpia del agón se pasó a la crispación brutal de bajos instintos. Los emperadores y los empresarios aprovecharon esta apetencia animal de la masa y la cultivaron. Podían así ser dueños de ella.

Esquivando un complicado estudio de la evolución psicológica del pueblo romano y de la explicación de sus *ludi gladiatorii* y sus *venationes*, quede constatado el hecho. Los juegos deportivos en Roma degeneraron en el caso más abultado del deporte espectáculo, llevado a los más fuertes extremos pasionales. El grito *panem et circenses*, sucesor de los cantos profesionales del Altis, es la expresión exacta de la evolución.

No faltaron, sin embargo, en Roma, sobre todo durante la República y en los dos primeros siglos del Imperio, manifestaciones lúdicas y agonales libres de la pasión del anfiteatro y circo, más o menos relacionadas con ritos religiosos. Los *ludicriales, capitolinos*, nos presentan algunos ejemplos.

La segunda característica digna de señalarse en el deporte romano es la aparición del «profesional». Es cierto que ya en la decadencia del olimpismo griego (primeros siglos de nuestra era) surgieron los luchadores y pancracistas que cobraban por sus combates. *Filostrato* protesta contra ellos: «Su manera de vivir los lleva a comprar y vender sus victorias». Mientras los unos hacen granjería de su gloria, para satisfacer, según creo, sus necesidades, demasiado numerosas, los otros pagan para comprar una victoria fácil que su manera de vivir les negaría...» Pero el ejemplo típico es propio ya del deporte romano.

Así comienza a cargarse el concepto deporte, en singular asimilación semántica, de matices y contenidos intrusos que pueden dar explicación satisfactoria a la diversidad de opiniones que hoy acerca de él existen.

### **EDAD MEDIA**

La vida medieval tampoco se ve libre de la acción deportiva. Los torneos y las justas caballerescas son una auténtica manifestación lúdica incorporada a la manera de ser del guerrero medieval. Tampoco aquí es posible separar de él un sentido pragmático. Las justas de los caballeros eran adiestramiento para la guerra. Pero esta utilización originaria no priva al torneo de ser una producción lugo-agonal. Desde su infancia se ejercitaban los nobles e hidalgos en prácticas de gimnasia para adquirir la fuerza necesaria en el manejo de las mazas, hachas y lanzas y la soltura y rapidez para el ataque. La victoria dependía en gran parte de la «técnica». El peso de la armadura exigía al «torneador» buena condición física y concienzudo entrenamiento.

Existían auténticos ejercicios deportivos de equitación; de aquí datan las clásicas escuelas «a la brida» y «a la gineteta», específica esta última de España y más apropiada a los «juegos de cañas y toros».

Así crecía el adolescente en su castillo aspirando un caballeresco ambiente deportivo. Los combates cobraban toda la sugestión que puede encerrar una lucha deportiva.

El honor que aureolaba al vencedor en medio de aquel mundo caballeresco tenía toda la belleza idealista del campeón deportivo. Habían desaparecido los anfiteatros acotados. El profesionalismo no existía. La justa es casi una manifestación del deporte puro; aunque la rudeza y la orientación guerrera empañaron su nitidez.

Es muy interesante observar el siguiente fenómeno. La historia del deporte de cada época acusa sensiblemente las características psicológicas de los pueblos que lo protagonizan. El mundo decrepito del Imperio decadente se ve abordado por la fiera irrupción de los bárbaros. Va a suceder en Europa un fenómeno de epopéyica transformación social. A la ruptura de la unidad política sucede paulatinamente otro cambio aun más hondo. La psicología ruda y virgen del germano comienza a grabar su huella en las instituciones medievales. No era solo la ley del más fuerte, el caos anárquico de las primeras décadas.

El «bárbaro» no aporta solo el signo esquilmador. Frente a las costumbres narcisistas del imperio, los temidos bárbaros presentan la pureza de viejas tradiciones. Una savia joven recorre el mediodía de Europa. La madurez del mundo mediterráneo se cruza con la energía infantil del germano, y surge una nueva sociedad.

La joya simbólica que la dama del castillo entrega al equipo vencedor durante el banquete nocturno que seguía al torneo, se hermana con la corona de laurel olímpica. Esta ha vuelto a sustituir a las sumas de sextercios que los profesionales cobraban en Roma. El advenimiento de una nueva sociedad, que ahora atraviesa su periodo de *infancia*, hace regresar el deporte a sus primitivos estados de ingenuidad.

Fue demasiado ruda esta nueva alborada del deporte. El torneo primitivo era una guerra en pequeño; una simple variante, en escala reducida, de las guerras medievales. Luchaban de sol a sol; al concluir la lucha, había heridos, muertos, prisioneros; bando victorioso y vencido. Pero no existía el propósito deliberado de matarse o herirse, y tras el combate, los contendientes de ambos bandos se reunían en un festejo con banquete y danza. No era guerra, sino *juego* sangriento.

Sacrificaremos la entretenida descripción del ceremonial, de las armas empleadas, reglas que imperaban y aun de curiosas anécdotas que llenan la historia deportiva de estos largos siglos. Nos llevaría fuera del fin de este estudio. Bástenos saber que con el tiempo la crudeza de las luchas se fue mitigando; las víctimas se hicieron cada vez más esporádicas. Surgieron las armas «cortesés», sin punta ni filo, y se multiplicaron las reglas del torneo tendientes a evitar desenlaces trágicos. Los espectadores son cada vez más entendidos al utilizarse las *lizas* o recintos acotados (nunca con miras mercantilistas) dentro de las plazas de los castillos.

La historia de los orígenes del deporte se repite. De la brisa las manifestaciones primitivas, entroncadas con la sangre de las guerras, hasta la reglamentación minuciosa. Nueva prueba inequívoca de la manifestación cultural que el deporte representa.

No quedaron reducidas estas prácticas a las clases poderosas. Los ejercicios nobles de la *botarga* o *quintena* invadieron el mundo de los artesanos y mercaderes, cobrando un aspecto cómico de mascarada. El juego de la pelota, lanzamiento de barra y otros, no solo fueron muy populares, sino que recibieron el favor de los magnates.

El deporte fue elemento importante en la vida del medievo. Erigió una forma cultural de recuerdo indeleble en la Historia. Muchas canciones de «Juglaría» narran sus incidencias y enaltecen a sus héroes.

## NUESTROS DIAS

Nos enfrentamos con la época moderna.

Después del paréntesis renacentista y racionalista, en el cual el deporte, debido a muy complejas y discutibles causas, sufrió un bache, surge el rebrote contemporáneo con características peculiarísimas. El siglo XIX es el del nacimiento de la gimnasia científica en su triple faceta; gimnástica de fuerza alemana de *Jahn* el método higiénico naturista del sueco *Ling*, y la educación física por el deporte del inglés *Arnold*. Es la época de la resurrección del olimpismo merced al legendario entusiasmo y visión profética del barón de Coubertin. Y es ya el siglo XX el de los grandes deportes profesionales, el de los estadios fabulosos, el de las complejas organizaciones internacionales.

Alguien ha afirmado que el deporte moderno, con sus tendencias puerilistas a la mistificación espectacular, al profesionalismo y en definitiva al mercantilismo, no produce ya cultura, a diferencia de otras etapas.

En el deporte contemporáneo distinguimos claramente dos corrientes de sentido opuesto:

- El auge del profesionalismo espectacularizado.
- Resurgimiento del olimpismo.

La primera arrastra ciertamente consigo, alimenta y es alimentada por ese infantilismo de masas. Baste recordar el fácil prendimiento de tópicos, los apasionamientos aprioristas, el gregarismo, la hiperexcitabilidad irresponsable, e informándolo todo, el *sensacionalismo*. Este es síntoma de sujetos o sociedades decadentes. Es el afán de sensaciones desbordantes, que se salen de lo común. Lo habitual hasta antes al decadente o el vacío que al pletórico. Este aplica su riqueza interior al ritmo ordinario de los acontecimientos; la síntesis resulta brillante, suficiente para las apetencias humanas. Su diapason es polifónico: vibra a cualquier excitación. El vacío, o el decadente —vaciedad de peor calibre— carece de simiente que fecunde la vida ordinaria; sus apetencias exigen novedades, buscadas necesariamente fuera. La masa vacante, desierta interiormente, necesita saciedades exteriores. Ama con delirio los festejos ruidosos; llena los graderíos; grita. De vacía pasa enseguida a vocinglera.

En realidad, esta situación deportiva no es sino una faceta del fenómeno general de la sociedad. Un síntoma de este su lado decrepito. El hombre de hoy es pueril. Gregario, «snobista», sensacionalista, esclavizado por modas, por exhibicionismos. Las ciudades modernas nos recuerdan a las históricas, cuyas carcajadas se traducen en *rock and rolls* de pseudo-orquestas y reclamos de perfiles carnales. Volvemos a recordar a Huizinga, quien afirma que «gran parte de la responsabilidad corresponde a la excesiva participación de las masas semicultas en el tráfico espiritual», al desbordamiento de los diques morales y a la función directiva exagerada con que la sociedad ha obsequiado a la técnica y la economía.

Todo se ha producido como lógica decantación de una complejidad de elementos que flotan al alimón sin el organizador vinculo que los jerarquiza. De la ruptura de equilibrio al peligro, al malestar, a la angustia, al *existencialismo*. Y como apariencia de remedio, al menos calmante momentáneo, se busca la *sensación desbordante*. A un fenómeno parcial no se le puede exigir vibración fuera del tono de su tiempo. El deporte de hoy lleva la marca del suyo. Podríamos establecer paralelo entre esta situación deportiva, de tropismo sensacionalista y la de la Roma imperial. Gemela simplificación de apetencias: *panem et circenses*. ¿Síntoma, pues, de abocamiento decadente?

No olvidemos el olimpismo. Los que consideran el problema deportivo solo por su lado mercantilizado y masificado, son parcialistas. El olimpismo ha prendido con fuerza inusitada en el mundo moderno. Setenta y cuatro naciones acudieron a Helsinki, y justamente setenta y cuatro a Melbourne; numero que hubiese sido mayor si aciagos acontecimientos de ultima hora no hubiesen determinado algunas abstenciones.

El olimpismo se conserva puro, sin profesionalismo ni mercantilismo. Nos evoca sin desventaja el periodo áureo de Grecia. Esto faltó al deponer romano. El juicio del deporte contemporáneo no puede ser simplista, como tampoco el veredicto de la moderna sociedad. Hay cansancio, hay angustia y escepticismo. Pero hay también síntomas vírgenes de idealismo, hastío de escepticismos; integración y autenticidades. Nos está resultando el deporte sorprendente detector de pulsos sociales.

## CAPITULO IV. ¿MATERIALISTA?

Levando anclas tras este recorrido por las aguas de la Historia, y sin perder la impresión directa del viaje, concluimos haciéndonos eco de aquella pregunta:

¿Es materialista el deporte?

No es cuestión de casuística. Existe una formulación implícita por parte de muchos detractores.

Conviene aquilatar conceptos. Se entiende aquí por materialista no aquello que solo consta de materia—esto es lo material—. En tal caso, evidentemente, el deporte, por ser una actividad del hombre y constar éste de espíritu y materia, no sería materialista. Si no aquello que en su origen o causa, en su desarrollo y en su fin está integrado por elementos, predominantemente al menos, materiales (materialistas); la elección de una ruta que conduce a la supeditación del espíritu a la materia.

Bien claro apareció como el elemento Lúdico quizá más hondo y por eso mismo más sustancial, era la *tensión*; más acentuada todavía en el juego agonal, es decir, en el deporte. Esta tensión en seguida es reconocida como algo dinámico espiritual. Precisamente encontramos su más clara explicación por vía psicoanalítica.

Ahondando un poco más en la cualidad de esta tensión dentro del deporte, venimos a parar en lo que podría ser llamado *trance agonal*.

Antes de la llegada de una etapa ciclista la gente se agolpa en la meta. ¿Belleza estética para el espectador? Total, unos segundos de velocidad de vértigo; ráfagas instantáneas. ¿Que más?... Y para eso tanto entusiasmo. Hay, sin embargo, una belleza dramática en el *routier* que llega a la meta. Los grumos de sudor seco y los músculos crispados por la continuidad del esfuerzo son televisores de grandes panoramas dramáticos. No importa tanto el mero espectáculo visual del *sprint*. La misma belleza desde ese punto de vista contiene la carrera de noveles en circuito urbano que ha precedido a la llegada de los grandes. Entre una y otra, escasas diferencias de velocidad. Pero hay otro elemento. La estética del *sprinter* de fin de etapa es algo implícito, espiritual. Es la estética *de* contenido. Se recibe por una intuición espontánea y analógicamente deductiva al mismo tiempo. Los incidentes de la jornada, fuga, averías, pinchazos, cazas organizadas..., de todo se vislumbra en la expresión honda y quemada del coloso que llega exhausto. No emociona la velocidad de sus reflejos, la potencia de sus músculos. Es la hazaña que ha realizado, los impulsos, la lucha. Mañana se conocerá por la prensa en concreto su batalla, palmo a palmo. Pero hoy se adivina o se deduce. Eso se concreta en el vencedor, y todo eso es lo que enardece.

Aunque no se contemple directamente la acción física muscular, la emoción deportiva puede ser igual o mayor. Esto demuestra que la estética del deporte está producida por la lucha humana integral, pero principalmente en cuanto tiene de impulso anímico de superación.

«No son los músculos adamantinos ni la rapidez en las reacciones o las victorias fáciles lo que constituye la nobleza y el atractivo del deporte —afirma el Papa Pío XII—, sino el seguro dominio de las facultades espirituales.»

Un atleta, salvando un listón en 1,70 metros, puede realizar un salto más perfecto; y agrada. Pero si logra saltar 1,95 y bate un *record*, aun con una ejecución más incorrecta, produce mucha más emoción. La belleza del trance de superación (trance agonal) —fundamentalmente anímico— es deportivamente superior a la belleza física de la forma.

Aunque haya aparecido en una obra que no trata sobre deporte, es interesante la frase de un eminente pensador moderno.

«Los deportes, hartos estúpidos sustancialmente, y tales que no pueden contentar a un hombre, suscitan tan gran pasión sobre todo porque ponen a prueba la voluntad para empresas y resistencias conceptuadas

imposibles, y porque exaltan la Libertad humana sobre las barreras de la Naturaleza, sobre los determinismos físicos del yo.<sup>1</sup>

Estamos perfectamente de acuerdo con la idea que el autor quiere expresar. El hechizo del deporte radica en el esfuerzo de una voluntad y en la exaltación de una libertad.

El atleta que intenta saltar dos metros sin apoyo ninguno se ha colocado ante una empresa que en ley ordinaria es considerada como imposible. Supera las posibilidades físicas del hombre. Sin embargo, comienza a hacer uso de su libertad ejercitando su voluntad de superación. Y tras una hombrada de años de entrenamiento que han exaltado esa voluntad a cimas ciertamente elevadas, logra saltar (aquí con propiedad) esa barrera infranqueable. Ha coronado una empresa superior a las fuerzas físicas. No son las especiales condiciones de sus músculos las que Fascinan a las gentes. Esas facultades físicas mas bien humillan a los demás.

El momento en que el atleta (o mejor, el deportista) gana positivamente nuestro interés es cuando el alma, hecha voluntad, informa eso músculos y los proyecta a una vida de lucha y superación. De aquí también la indignación que produce en una masa con ansias de enardecimiento un equipó de jugadores que por circunstancias que el publico ignora se muestra apático, juega sin coraje, sin *alma*. Ha desaparecido de allí la forma sustancial del deporte, esa lucha anímica. Para reducirse a la mera *materia* del ser deportivo: las posibilidades físicas.

La presencia de un atleta perfecto podrá agradarnos como placer estético de perfección de líneas y proporciones. Solo nos arrebatará cuando esos miembros actúen aunados al impulso de un motor anímico. Entonces es *deporte*.

En el párrafo del autor antes citado encontramos una contradicción. Propiamente no radica en la idea, sino más bien en la aplicación impropia de una palabra.

Dice: «Los deportes, hartos estúpidos sustancialmente y tales que no pueden contentar a un hombre. Después admite una fuerza especial en los deportes que suscitan gran pasión».

Resulta que esa fuerza o lucha anímica o es de la esencia misma del deporte; por consiguiente, la consideración sustancial del deporte abarca también ese elemento que suscita pasión.

Comprendemos perfectamente el sentido del autor y nos atrevemos a aclararlo sustituyendo la palabra «sustancialmente» por «físicamente» y aún mejor, «materialmente» (ésta en su doble acepción común y filosófica).

O sea: «Los deportes, hartos estúpidos en su materialidad física y tales que no pueden contentar a un hombre, suscitan gran pasión» precisamente cuando constituyen el auténtico deporte: esa materialidad más el ejercicio fuerte de voluntad, y el impulso anímico en superar los determinismos físicos del yo.

El que sea partidario de la teoría lúdica ya citada de Groos puede inclinarse algo más a la hipótesis de un materialismo ontológico del deporte. Este puede servir, y sirve, de descanso. El hombre se fatiga y necesariamente debe seccionar su trabajo, bien con el cese de actividad, bien con la *distracción* o el *divertimiento*. La causa de la fatiga humana no radica en el espíritu, sino en la materia. El espíritu no puede cansarse. Parece que a veces éste acusa la fatiga. En realidad, los protagonistas son los mecanismos materiales necesarios para el acto espiritual humano, nunca el espíritu mismo.

Por eso el deporte, bajo el aspecto de necesidad lúdica de descanso, *distracción*, debe reconocer la Legitimidad de su paternidad material.<sup>2</sup> Pero el deporte no es solo eso. Es también acción positiva,

---

<sup>1</sup> A. Gernelli: El franciscanismo.

<sup>2</sup> Aunque solo se reduce a este aspecto, no por eso hablaríamos de un materialismo deportivo. Había que atender también a sus medios, sus consecuencias, sus realizaciones; como ha podido verse, éstas entrañas también realidades espirituales.

primaria, libérrima. Recordemos a Ortega y López-Ibor<sup>3</sup>. También el ser vivo, el hombre, es capaz de preguntar. Y en este activismo, libre de utilitarismos, es el deporte la más genuina manifestación. Es integralmente humano. Si abriga en su seno gérmenes letales que pueden conducir a feroz materialismo, también enarbola enseñanzas de espiritualismo.

La *forma sustancial* es el trance agonístico, de inequívoco sello anímico.

Y es capaz de acompañar al hombre en, la historia creando cultura.

## SEGUNDA PARTE CAPITULO PRIMERO

### PROFESIONALISMO Y DEPORTE-ESPECTÁCULO

Imaginémonos un viaje en un «supersónico» ideal que con velocidades fabulosas nos va colocando sobre ciudades de uno y otro continente. Es un día festivo y en todas partes se celebran competiciones deportivas. Fútbol, béisbol, baloncesto, atletismo, automovilismo, natación, hípica, carreras ciclistas... Espectáculos, la interesante: heterogeneidad de públicos, colorismo, apasionamientos. Si ese reactor tuviese, además, la virtud de poder presentarnos reunidos en síntesis todos esos espectáculos deportivos, el interés crecería hasta el colmo.

Vamos a suplir con la imaginación la impotencia sintética del reactor, y aun su incapacidad de velocidades instantáneas. Hagamos el viaje por nuestra cuenta y bástenos la televisión de nuestra memoria experimental.

En cualquier día festivo del año hemos visto competiciones de carácter internacional, nacional, regional, provincial, municipal, particular; partidos oficiales y privados. Ante públicos impresionantes y en el silencio de la afición personal. Pruebas que hagan eco propagandístico en todo el mundo y contiendas y que se diluyen en el anonimato. Así, con la imaginación más esplendorosa y las síntesis más enérgica, intuyamos un cuadro comprensivo. Eso es el deporte en el siglo actual.

Después de habernos paseado por las culturas, entremos en la realidad de hoy. Las elucubraciones de este ensayo han de tener un sentido primordialmente realista.

Y la realidad es contundente, por ejemplo, un domingo por la tarde. Aun en el descanso de nuestro hogar no podemos sustraernos a la pulsación febril de la sociedad. Mueves la manecilla de la radio, y entre tímidos compases musicales asustados resuenan las voces dominadoras, de los locutores deportivos; en italiano, en francés, en castellano... Sales a la calle, y ya las otras voces, las ingeniosas voces de la publicidad, esparcen por la ciudad los detalles de la jornada deportiva.

Si, además, ha dado la casualidad de que hoy se juega un partido Internacional, la fiebre sube ya demasiado. Cines y otros espectáculos, cafés, bares, edificios públicos, cambian sus horarios u orientan su método propagandístico en torno al acontecimiento. Peñas de amigos, retenciones familiares en el hogar, todos pendientes de la radio. Y el grito estimulante de ¡Gool!, frenesí colectivo, honra de la nación, poco metros que la voz emocionada de Rodrigo de Triana cuando exclamaba:

Fácilmente se adoptan posiciones radicales frente a este voluminoso fenómeno actual. O la indignación más irrevocable o la apología simplista. En realidad, el hecho es suficientemente complicado como para esquivar un primer pronunciamiento extremista. Consta de múltiples elementos, cada uno de ellos complejo a la vez, tales como el versátil encaprichamiento de la masa humana, entre otros.

El objeto de la discusión será siempre *el deporte*. Queda planteado, pues, «el problema deportivo».

La primera pregunta salta a la vista: ¿Pero es que eso es deporte?

Hoy día hemos de lanzar la afirmación radical: existen dos fenómenos totalmente distintos: *deporte espectáculo* y *deporte puro*.

No creo que sea necesario explicar ambos conceptos. Lo que sí intentaremos es demostrar la diferencia *esencial* de ellos.

Lo que constituye el llamado problema deportivo radica más bien en el deporte espectáculo. Solo consecuentemente, y por la relación que con éste guarda, se extiende también parcialmente a la esfera del puro.

Introduzcámonos en la marca viva de cualquier «estadio»<sup>1</sup>. Por ejemplo, en un partido de fútbol de Primera División, que viene a ser prototipo del deporte espectacularizado.

Y la primera impresión visual, auditiva y físico-táctil es el bloque compacto, enorme, casi rugiente, del público. Internamente se hallan divididos; casi todos gritan; unos con explosiones de alegría; otros mastican, lívidos, un puro o el catártico *chicle*. Algunos insultan. Pocos callan. Pero, externamente, la masa, agobiante, se percibe única.

Tarde azul; césped de impresionante belleza esmeralda; y sobre él, «los protagonistas»; digo mal: debieran ser los protagonistas, porque ellos son únicamente los que aparentan hacer deporte. Pero no lo son.

Si entendernos un poco, podemos comprobar que Fulano, la gran estrella del equipo X, no dude lo que de él cabría esperar. «Ha estado *reservón*», dirán mañana los periodistas, magos del argot futbolístico. Que el equipo y juega «a la contra». Que el gol ha sido una escapada, y ganan contra toda lógica, siendo dominados abrumadoramente en terreno y en fútbol. Y que en gran sector del público —esto no lo suponemos ya, sino que lo vemos y oímos— se encrespa y grita: «¡Eso no es fútbol!» «¿Pues qué es?», nos preguntamos entonces.

Y todavía vemos a un arbitro y unos jueces de línea que escuchan «lindezas» con rostro de mártires, que corren sudorosos hacia el sector del balón, que intentan pitar bien, y hasta pitan, y que escuchan: «Ahora, ¡s...! ¡A buenas horas! ¡Tú tienes la culpa de todo!» Etcétera<sup>2</sup>.

Cuando a la salida nos enteramos de que los jugadores del equipo Y han cobrado tanto y tanto por lograr el empate; que el jugador Fulano, que se ha reservado, es un gran internacional, pero «un poco viejo ya», a quien aquel otro club le ha ofrecido tantos millones; que hoy se han recaudado en taquilla... Que el partido no era sino una escena de las muchas que tienen lugar toda la semana, y todo el año, en el domingo social del club (reuniones, promesas, consultas, contratos...), en otras capitales de provincias, y hasta en el extranjero (proposiciones de fichajes, acuerdos con clubs, «patrones de pesca»), en los Bancos, etc..., entonces comprendemos por qué los veintidós hombres con camisola que hemos visto sobre el césped no eran los únicos protagonistas. Han quedado reducidos a simples ruedas, imprescindibles, sí, pero no únicas, de un engranaje fabuloso, máquina monstruosa movida por la fuerza hidráulica de muchos millones y de altos intereses.

Y ya estamos de lleno introducidos en el cruce inevitable de dos sucesos complementarios: el profesionalismo y el deporte espectáculo.

¿Cuánto hay en este fenómeno social, que hoy llamamos deportivo de auténtico deporte? ¿Cómo ha venido éste a cristalizar en aquél?

Dos problemas, distintos, independientes en su realidad, aunque necesariamente complementarios.

El primero es: deporte espectáculo frente a deporte puro.

Otro: profesionalismo frente a deporte aficionado o *amateur*.

El hecho social actual llamado «problema o fenómeno deportivo» entraña las dos realidades: el profesionalismo y el espectáculo.

## NACIMIENTO DEL ESPECTACULO

La espectacularidad que el ejercicio deportivo entraña trabajo como rápida consecuencia la derivación en auténtico espectáculo.

---

<sup>1</sup> Aunque esta palabra está ágilmente mal aplicada, condescendemos con el uso ya popular.

<sup>2</sup> El etcétera entiéndase, además, con eufemismo.

El deporte es un esparcimiento lúdico, un entretenimiento o distracción que importa generalmente ejercicios físicos concretados en forma de lucha a competencia. Este es su concepto actual<sup>3</sup>.

La espectacularidad del deporte radica en lo que el agón físico tiene de valor estético. Toda lucha entraña una dramática; y la dramática posee estética. El deporte es, además, dramática de fuerzas primarias, inteligibles y comprensibles para todo ser humano. Por eso, el hombre encuentra en ellas siempre una realidad de belleza, de diversa especie, según la maduración del deporte; pero siempre del género de lo elemental, de lo primitivamente humano.

Los juegos más atractivos son aquellos que llevan **competencia**, donde puede existir una victoria<sup>4</sup>.

Una vez que la manifestación deportiva se independizó del primitivo estadio confuso *religión-juego-agón-representación* y adquirió personalidad propia y delimitada —por ejemplo, en el periodo de la estabilización de los juegos griegos—, comenzó a atraer la atención con sus peculiares elementos dinámicos.

Se retiraban unos hombres a practicar deporte en la palestra o en el gimnasio. Necesariamente arrastraban consigo grupos de curiosos a admiradores. Esa lucha que entablaban entre ellos, o contra el tiempo, y el espacio (carrera, saltos, lanzamientos)<sup>5</sup>, estaba llena de una energía estética de irresistible arrastre.

Así, en cuanto apareció ya el deporte, vino como consecuencia inmediata el espectáculo. Aquí está el origen de este fenómeno que tanto nos preocupa. El deporte lleva la espectacularidad en su misma *esencia*.

Por eso, frente a todas las utopías, es menester aceptar esta realidad: el deporte puro necesariamente desemboca en espectáculo. La experiencia de los tiempos actuales lo corrobora. Una nueva modalidad deportiva que quiere abrirse paso y buscar adeptos practicantes tendrá que contar, junto a éstos, con los adeptos espectadores. La excepción podría darse únicamente en el caso de que estuviese tan enraizado en la masa algún deporte espectáculo concreto que ésta quedase poco menos que embotada para poder apreciar nuevas modalidades estéticas deportivas.

## EL PROFESIONALISMO

La **espectacularidad** del deporte despertó a los mercantilistas descubrieron rico filón en el entusiasmo popular, y el recinto deportivo quedó acotado. Ya en las fases posteriores del olimpismo griego, la entrada al estadio era mediante el pago de determinada cantidad. En los espectáculos circenses de Roma y en el anfiteatro también se exigía dinero para presenciar.

No es esto, claro está, exclusivo del espectáculo deportivo. En general, todo espectáculo que atraiga a las masas sufre la misma evolución. Ahí están el teatro, la danza, etc. También éstos conocieron sus primeros balbucesos en una manifestación popular abierta. Pero pronto la altura de su arte se encauzó hacia los recintos cuyo aforo estaba reservado a los que demostraban estimarlo.

Fue éste un proceso complejo, en el que se sumaron por un lado el afán de lucro y por otro la necesidad de sufragar gastos; conforme se perfeccionaba el espectáculo, éstos fueron subiendo.

El mismo público recibió bien esta tasa que se le imponía. Pero comenzó a ser exigente. Los empresarios descubrieron en esa exigencia una nueva escala de ganancias. Y nació el profesionalismo. Hombres de excepcionales dotes para la lucha para la carrera recibían cuantiosas sumas comprometiéndose a determinadas actuaciones. La especial preparación de estos «ases» enardecía al público, ávido de superación. Y el

---

<sup>3</sup> Primera parte, cap. II.

<sup>4</sup> Santo Tomas: I-II, 32, 6.

<sup>5</sup> Propiamente, el atleta antiguo, a diferencia del actual, nunca entendió la pureza de la lucha de un hombre solo contra los elementos físicos. Por eso no existieron ni en Olimpia ni en Roma el cronometraje —cómputo de la victoria del hombre contra el tiempo— ni los distintos *records*. Allí siempre se corría o lanzaba para ganar a otros, no para establecer marca.

espectáculo deportivo adquirió cuerpo de grandiosa institución. Así, el profesionalismo, surgido en la entraña del espectáculo deportivo, se convirtió a su vez en su gran propulsor.

Hoy, el mundo que envuelve los grandes espectáculos deportivos con sus intereses económicos, con todo el tinglado que mueve la trampa del profesionalismo, es de amplitud casi fabulosa.

## ¿QUIÉN ES QUIEN?

Segunda pregunta: ¿Que queda en el deporte espectáculo y en el profesionalismo del auténtico deporte?

«En mi tiempo no había más que atletas. Ahora ocupan el tercer lugar en el deporte, después de los directivos y el público» (Giraudoux).

Hay quien afirma que ni siquiera eso.

El deportista profesional es un hombre que tiene que asistir por obligación a los asiduos entrenamientos. Que esta jurídicamente *obligado a jugar* —¡qué paradoja!— en todos los partidos que su club le ordene, a asistir a las concentraciones, etc., durante los días que dure el fichaje. En la mayor parte de los casos vive de su sueldo de profesional del deporte y con alimenta también a su familia. El descanso le llega cuando, a fin de temporada, tiene quince o treinta días de permiso, sin entrenamientos, sin viajes, sin... ¡partidos! Es decir, su vida sería, su *profesión*, la constituye el deporte. Por eso es y se llama *profesional*.

Como en el concepto primario del deporte entra como factor esencial la diversión o pasatiempo, podríamos afirmar con puristas: *El profesional del deporte no es un deportista*.

El espectáculo deportivo no exige necesariamente que esté protagonizado por deportistas profesionales<sup>6</sup>. Por ejemplo, el atletismo, que muestra grandes contingentes de espectadores en casi todo el mundo, se conserva, a excepción de contadísimos estadios cubiertos, totalmente *amateur*. En nuestra patria, el baloncesto, el hockey, la natación... y tantos otros deportes de aficionados arrastran buen número de espectadores. Sin embargo, la idea actual del espectáculo deportivo va íntimamente ligada a los grandes encuentros de equipos profesionales. En este sentido, considerando únicamente el deporte espectáculo profesionalizado, podemos también consecuentemente afirmar: *El deporte espectáculo es sustancialmente distinto del deporte puro*.

Las formas concretas de actuación, las figuras lúdicas y las reglamentaciones han sido tomadas del deporte puro, del deporte juego. Observando solamente estas actitudes exteriores cabría afirmar su identidad. Pero como la esencia primordialmente constitutiva del deporte radica en el «trance agónico-lúdico», ausente —en cuanto lúdico— del espectáculo profesional, éste queda al margen del genuino concepto del deporte.

Hay una diferencia similar a la existente entre un simple juego de acrobacias tomado por diversión y los ejercicios del trapecista circense que se gana la vida merced a la energía de sus músculos.

Este moderno deporte espectacular profesionalizado es el que ha llamado principalmente la atención de muchos, provocando una postura de alarma. En efecto, se encuentran en todo este maremágnum del profesionalismo elementos totalmente ajenos al deporte.

«¡Cuántas veces hemos visto —exclama, indignado, José María Soler<sup>7</sup>— con nuestros propios ojos cómo se perdía a ganaba un encuentro por causas completamente extrañas a la ética deportiva!»

Ciertamente, bajo el pasional hechizo del dinero se han perpetrado en el llamado mundo deportivo verdaderos crímenes de «leso deporte». Los sucesos anormales comprobados en distintos países podrían ya llenar varias tomes. Aún está reciente el sonado caso del jugador Julinho, en Italia.

---

<sup>6</sup> Seguiremos otra vez utilizando esta terminología en concesión al uso común.

<sup>7</sup> «Nuestro concepto del deporte» *Revista de Act. Artes y Letras*, núm. 200.

La ley llamada Veto Giulio Andreotti, promulgada en 1953, como reacción a la amarga derrota de la *Squadra Azzurra* a manos de Hungría, prohibía el fichaje por cualquier club italiano de todo jugador extranjero, excepto los descendientes de italianos. Recientemente, este veto ha sido levantado por el Parlamento. Oigamos la misma narración que Francis Camoni hacía desde Roma en una crónica para *Marca*: «Esto se ha producido justamente en el momento en que un escándalo mayúsculo iba a salir a la luz del día: el descubrimiento de que el acta notarial que «demostraba» la ascendencia italiana del «as» brasileño Julinho era un documento falso».

«Esta ha sido la revelación sensacional hecha por el subsecretario de Justicia, Oscar Luigi Scalfaro, en respuesta a una pregunta formulada por el diputado socialdemócrata Bruno Castellarini».

«El 14 de septiembre de 1955, el club Fiorentina presentó *un* acta debidamente redactada por un notario y firmada por cinco testigos, en apoyo de su demanda de «importación» del famoso extremo derecho brasileño Julio Botello, llamado Julinho».

«En dicho documento se daba fe de que en 1875, en Sazzena, había nacido un tal Julio Botello. Este ciudadano italiano, siempre según el acta, había emigrado a Portugal, donde tuvo un hijo, Francisco. Al poco tiempo de nacer Francisco, la familia se trasladó al Brasil, donde se instaló definitivamente. Francisco se casó, y de su matrimonio nació un varón, Julinho».

«Ahora bien, ha quedado demostrado que la declaración era enteramente falsa... En efecto, en 1875 nació en Sazzena un tal Fiorenzo Rinaldo Botelli (y no Giulio Botello), quien no tan solo no salió nunca de Italia, sino que abrazó la carrera eclesiástica, muriendo el 20 de enero de 1953 en Chiade Brescia con una conducta ejemplar».

«Desde luego, Julinho es hijo de un ciudadano brasileño llamado Francisco Botello, quien vive todavía y habita en Sao Paulo, pero cuyo origen italiano no ha sido demostrado.

Así, pues, resulta que el fichaje de Julinho fue obtenido gracias a una declaración en la cual *se había inventado un antepasado que nunca ha existido y modificado un nombre...*

«Además, el señor Scalfaro ha dicho que tampoco había podido ser probado el origen italiano del jugador Vinicio, contratado en parecidas circunstancias por el Nápoles.

El procurador de Florencia ha pedido al procurador de la República en Lucques que intente una acción judicial contra los cinco testigos que firmaron el acta notarial que ha resultado falsa. Pero en lo que se refiere exclusivamente al derecho de los clubs en cuestión a continuar empleando los servicios de dichos jugadores, la ley anulando el Veto Andreotti les permite que éstos continúen jugando, sea cual fuere la forma en que fueron contratados. Julinho y Vinicio continuaran, pues, jugando en Italia la próxima temporada, aunque como extranjeros, en lugar de *oriundi*. Así las cosas, cabe preguntarse: ¿Qué habría pasado si la antigua ley continuara en vigor? ¡Quién sabe!»<sup>8</sup>.

Ciertamente, Julinho y Vinicio, después de haber metido en danza a notarios y testigos, procuradores generales, diputados, subsecretarios de la Presidencia del Consejo, seguirán jugando, y el público acudirá a los estadios a admirar a los «ases», olvidando los sucesos pasados. Importa el espectáculo, la fruición del momento.

A las trampas se agregan las explosiones populares, que han llegado al linchamiento, los conflictos económicos, etc. A ciento veintitrés millones de pesos ascienden las deudas que tienen actualmente los clubs argentinos de Primera División. Y hay uno, el San Lorenzo, que debe a sus jugadores un millón trescientos sesenta y nueve mil quinientos sesenta y seis pesos<sup>9</sup>. El club de fútbol italiano Lazio declaró en su Asamblea

---

<sup>8</sup> *Marca*. 10-VIII-56.

<sup>9</sup> Tornado de *Marca*, 2-IX-56.

general del 30 de abril de 1956 un déficit de ochocientos dieciocho millones y medio de liras»<sup>10</sup> Y mil casos similares, familiares de todo aficionado.

Todos estos excesos vienen determinados por esa especie de locura que por el espectáculo deportivo se ha apoderado de las masas.

### ¿NARCÓTICO PARA LA SOCIEDAD?

Muchas explicaciones se han buscado a esta exageración de «pazos» deportivos que sufre la sociedad actual. Recordemos las protestas de Ortega: «Es característico de la hora que corre la falta de público para todo lo que consiste en dramatismo espiritual —arte, letras, ciencias, religión y política superior—, y su aglomeración en estadios, cines, etc. Es que no entiende la dinámica de las luchas espirituales, y porque no la entiende, no le interesa. Necesita dramatismos más simples.»

Lorenzo Gomis ensaya bellamente: «No sé si es precisamente el *miedo a la soledad* lo que en el fondo empuja a las multitudes hacia los estadios, a sentirse todos apretados y juntos, gritadores y vivos. Mágicamente acompañados en una única pasión elemental que todos comparten, que todos pueden compartir...»<sup>11</sup>.

La sociedad quizás ha enfermado. El doliente atacado por alta fiebre pide a sus familiares que no se vayan, que no le dejen solo; tiene miedo; cuando está solo piensa en cosas tristes, delira y sufre. Quiere huir de esa soledad cruel que le torna a la conciencia de su enfermedad.

«No es un puro azar el florecimiento actual de las competiciones deportivas —afirma López-Ibör—. Como toda actividad humana, tienen un sentido. El hombre actual muestra por una parte una tremenda tendencia *solipsista*. La racionalización de la vida moderna ha fracturado numerosos contactos vitales que el hombre tenía en otros tiempos. A medida que el Estado actual, que la organización social expande más sus redes aprisionando todos los posibles contactos humanos, el hombre se aísla; pero simultáneamente actúan sobre él otras fuerzas, que le arrancan de ese aislamiento. Y entre ellas se halla la actual frondosidad de las competiciones deportivas»<sup>12</sup>.

Si hay miserias, si el recuerdo de las inquietudes personales atormenta, si el nerviosismo implacable de la moderna velocidad amenaza enloquecer a toda la sociedad, quizá acierta ella escapándose de la realidad, desfogando su tensión latente.

Decadencia espiritual. Miedo enfermizo a la soledad de la reflexión. Desfogue natural de tensiones sociales, contrapartida del solipsismo anímico... No sabemos cuál será la causa. Quizá todas ellas posean parte de la verdad.

Pero existe otro hecho que no se ha ponderado.

¿No cabría preguntar si esa proyección de las masas hacia la espectacularidad primaria, en vez de signo de agotamiento espiritual, no es sino una simple expresión más de la actual polarización extravertida del mundo?

Jung, el célebre psicólogo, investigador de la línea *introvertido-extrovertido*, admite la existencia, junto a las tendencias individuales, de verdaderas corrientes colectivas que determinan precisamente en las individualidades cauces especialmente favorables o caminos espinosos, según su afinidad o discrepancia con el tono común.

El deporte espectáculo es de signo extravertido, como lo es toda dramática de fuerzas físicas. El mundo actual, volcado en esa dirección extravertida, encuentra a ese deporte como una de sus expresiones más adecuadas. Y aquí comienza su hipertrofia.

---

<sup>10</sup> *Ibíd.*, 21.XI-56.

<sup>11</sup> «Contemplación del fútbol», *Revista de Act. Artes y Letras*, número 184.

<sup>12</sup> López Ibör: Significación psicológica del juego y deporte en la educación y la personalidad.

También sobre este punto, fundamental en la vida, de la introversión y extraversion pueden encontrarse en la Historia las alternancias cíclicas que caracterizan todas las manifestaciones vitales de la Humanidad. Rige aquí también la Ley dinámica de la respuesta al estímulo, de la reacción, que obliga a la Humanidad a caminar dando bandazos alarmantes; pero en cuya recíproca compensación radica el equilibrio de su subsistencia. Hoy, por complejas causas, culturales, o de mero instinto de conservación, o pseudo-culturales —¿las guerras?, ¿el reinado de la propaganda?...—, le ha tocado ladearse hacia el estribor de la extraversion. Bajo esta visión global pueden descifrarse muchos enigmas.

Es aventurado presumir un agotamiento espiritual cuando, precisamente hoy, se multiplica el mundo de la imprenta. No solo en lecturas folletinescas o intrascendentes. Los universitarios españoles, por ejemplo, editan hoy muchas más revistas que hace treinta años; escritas por ellos mismos, llenos de honda problemática. Y no prosperarían estas publicaciones si no hallaran eco en la juventud. No se puede admitir que el color fundamental de la actual juventud universitaria española sea la *atonía*. Si falta dramatismo fuerte, espiritual, la ausencia no radica en ellos, sino quizá en generaciones anteriores, que han sentado plaza de onrada quietud conformista. Estos universitarios «intelectuales» son minoría. Ciertamente, siempre lo han sido. Pretender lo contrario sería desconocer la estructura de la sociedad. La masa átona, borreguil, siempre se ha dado. La vitalidad de una comunidad se confronta por el pulso de las minorías. Y éstas, hoy, no cabe la duda que existen, cargadas de comezón espiritual.

La huida del hombre moderno a la masificación narcotizada de los estadios puede hallar su explicación, al menos parcial, en la psicología general de la sociedad.

Tras las grandes convulsiones sísmicas de las guerras mundiales, como un refugio de la psicología atormentada, como una evasión hacia lo primitivo, hacia lo ingenuo, acuden las masas a la región simple del deporte. Lo mismo que el individuo busca, tras la fatiga, el placer confortador de su afición arcaica, así la sociedad, tras la disnea asfixiante y neuróticos de los desastres mundiales, busca su escape espontáneo, la liberación de sus valores primitivos; conciencia de la propia subsistencia. Sus lágrimas amargas comienzan a endulzarse, al menos con la afirmación física de sus juventudes.

«Los espectáculos deportivos son hoy día el opio de la plebe; adormecen sus facultades, creando un conformismo artificial que les imposibilita para percatarse de la grave realidad.»

¿No cabría preguntarse si, en vez de narcótico, no son una dosis vitamínica que restituye a las multitudes el equilibrio físico, gastado con tantas horas de preocupaciones y luchas?

Quizá sea más natural, más humana, la actitud del que presencia satisfecho el espectáculo que la del que trama, con odios egoístas detrás del escaparate de la vida seria, disensiones y guerras entre hermanos. Posición ésta de auténtico sueño artificial, creado en la sociedad por los artificios de odios humanos, y no concedidos generosamente por el Hacedor de la Naturaleza; delirio tremendo de angustia y muerte, para el cual la evasión al terreno ingenuo del estadio, en vez de narcótico, son despertador apacible y salvador. ¿Qué es más humano, más puro, más real, más deseable? Felices los que vieron él último vuelo mortífero de la bomba volante cuando esta entregaba el relevo de su fuego a la antorcha luminosa de Helsinki o de Melbourne, la cual recorría de nuevo las naciones, todavía asustadas, convidándolas al fraternal concierto de hermandad en la lucha deportiva.

## **SIN PRECIPITACIONES NI EXTREMISMOS**

Hemos afirmado que el espectáculo deportivo profesional no es auténtico deporte.

Con esta afirmación no hemos querido demostrar nuestra repulsa hacia él.

No debemos llamarlo deporte. El ideal sería encontrar un nuevo nombre que señalase su diferencia esencial del auténtico.

Prescindiendo, pues, de este último, esa entidad o fenómeno que tenemos que seguir llamando espectáculo deportivo y deporte profesional, ¿es recomendable a la sociedad?

Indicamos antes que muy probablemente todas esas explicaciones del fenómeno poseían parte de la verdad. Por eso depende todo del ángulo en que cada uno sitúe interpretaciones, las de signo positivo. Algunos ven en esos hombres que atestan los graderíos necios papanatas, desperdiciadores de talentos espirituales. Se olvidan de que también tiene derecho el hombre a tornarse simple, elemental; y en ocasiones hasta obligación. La ausencia de inocentes puerilidades abre a veces terribles abismos pasionales. Es preferible el niño al lobo. Quien deplora la falta de trascendencia y de seriedad, recuerde con pavor que el exceso de ésta nos puede conducir a guerras demasiado penosas. «La educación colectiva —dice López-Ibör— siempre ha tendido a una moderación de las pasiones, y no cabe duda que el fútbol-espectáculo desempeña ese papel. Ya sé que algunos argüirán con las pasiones que despierta, pero éstas son evidentemente menores. Basta con que pensemos en un estadio lleno para una competición deportiva o para una competición política»<sup>13</sup>.

Resulta sobre todo pueril cierta especie, bastante extendida ya —tiene el clásico cariz del tópico—, según la cual el fabuloso progreso del actual deporte espectáculo, el fútbol principalmente, se debe a intenciones deliberadas de gobernantes; un estilo a los *panem et circenses*. Así, la masa se aquieta, y no turba con problemáticas superiores.

Basta el más elemental sentido histórico o social para reconocer que la actual latría deportiva tiene raíces más hondas que el simple deseo de unas personas. Estos podrán, a lo sumo, favorecer o poner cortapisas, según su voluntad. El ritmo social, el aire marcial o cansino, eufórico o depresivo de las masas nace de orígenes hondos y complejos. Hoy, el culto deportivo se ha adueñado en forma análoga de países de distintas necesidades e intereses políticos. Es un fenómeno universal<sup>14</sup>.

Por eso raya también en lo infantil la pretensión de una sistemática acción contra el deporte que venga a conseguir su merecida subestima; reducción de presupuestos, menos ayudas económicas y morales, etc. Así volverían las cosas a su sitio. «Es humillante esa masa de ciudadanos acotados para todo idealismo merced al embotamiento deportivo. Vergüenza de nuestra sociedad. Es necesaria una actuación enérgica; un regreso a la hegemonía de lo espiritual». Hablan así con frecuencia pseudo-intelectuales resabiados, cuya ignorancia se pregona en sus aspavientos. La cortisona con que se apuntala una naturaleza humana quebrantada no puede ser suprimida de improviso por una añoranza de juventud, de plenitud. Intentemos restablecer su vigor, pero sin quitarle insensatamente un apoyo que ahora ayuda a sostenerle. Una construcción que amenaza ruinas se restablecerá con una revigorización de sus muros, columnas, soleras; nunca quitándole los rodrgones. Estos son un síntoma de su decrepitud; no su causa. Si la actual fisonomía del deporte es síntoma de decadencia, tenemos una luz más para conocer nuestro tiempo, para poder remediarlo. Pero no ceguemos esa luz que puede estar sirviendo de evasión salvadora.

Habrà finalmente quien levante la voz en contra de esos espectáculos añorando el auténtico deporte. El deporte libre de salarios, fichajes, primas, todo ese mundo que se agita mas allá de los vestuarios, que explota la buena fe deportiva y el óbolo ingenuo del aficionado. Añora el deporte que no endiosa a simples principiantes haciéndoles perder todo lo que tenían de auténticos deportistas.

Con éstos si que nos juntamos en una voz unánime. Hagamos caer en la cuenta a la afición de la diferencia entre ambos. Eduquemos a nuestros jóvenes en la estima del deporte puro y en la *reserva* prudencial hacia el grandioso espectáculo.

Si asistimos a los espectáculos profesionales, pensemos siempre en la belleza de los *amateurs*. Pero sin extremismos infantiles.

---

<sup>13</sup> Ob. cit.

<sup>14</sup> Fútbol en unos lugares, en otros béisbol, rugby, ciclismo, hockey... Han criticado algunos escritores franceses los 120.000 espectadores que acoge el Bernabeu. Nos acordamos de los 150.000 del estadio de Río y del de los Ángeles, de los 200.000 del Yankee Stadium, de Nueva York, y del Soldier Field, de Chicago; de los 250.000 espectadores que llenaron el hipódromo de Aintree para el «Grand National de Liverpool 1957»; de las fabulosas aglomeraciones para las carreras de automóviles, y de las que arrastran, sobre todo en Francia, los ciclistas profesionales...

Porque no todo es agraz.

El deporte profesional, como hijo al fin y al cabo del deporte, trae también a la sociedad positivos valores. Mantiene y fomenta la afición al deporte puro en los jóvenes, aunque tiene peligro de ahogarlo.

Y hay poderosos clubs que, al amparo de sus fuerzas económicas, fomentan nuevas modalidades, levantan ciudades deportivas.

Recordemos que es un equipo profesional aquel de quien declaró el senador mister Francés P. Bolton ante el Congreso: «Los [Harlem Globetrotters](#)» son, probablemente, los mejores embajadores de buena voluntad que los Estados Unidos han tenido nunca en el mundo. Que de ellos afirmó Su Santidad Pío XII, entusiasmado después de la exhibición que realizaron en audiencia especial: «Estos jóvenes, sin duda, están llenos de talento.»

Recordemos también que gran parte de esas auténticas «embajadas de buena voluntad», como son los innumerables conjuntos deportivos de todas las especialidades que hoy cruzan fronteras para competir en países extranjeros, pertenecen al campo profesional.

Y recordemos con emoción que, gracias a una organización montada sobre las posibilidades de los grandes clubs profesionales, se ha escrito una de las más bellas páginas de la historia del deporte. La escribió España, y en concreto el Real Madrid en su eliminatoria con el Partizan, de Belgrado.

Sonreían, quizá con algo de malicia, algunos de los federativos internacionales asistentes al sorteo para la Copa de Europa 1955. Había tocado en suerte enfrentarse el Madrid con el Partizan; España y Yugoslavia. «No querrán aceptar los españoles...»

«—No comprendo esta perplejidad —atajó el señor Bernabéu—. El Real Madrid no tiene el menor inconveniente en luchar deportivamente con el Partizan, de Belgrado»<sup>15</sup>.

Desconocía él lo que habrían respondido quienes en España tenían la máxima autoridad. Pero éstos ratificaron su gesto<sup>16</sup>. Y el Partizan, de Belgrado, era recibido en Navidad de 1955 —tiempo de paz para los hombres de buena voluntad— con una gran ovación *deportiva* por el público que atestaba el estadio de Chamartín.

«La barrera del telón de acero, insalvable políticamente —escribía un cronista de un diario barcelonés—, había desaparecido del paso como por arte de magia al conjuro de la noble palabra *deporte*.»

---

<sup>15</sup> Así escenificaba la entrevista Federico Sáinz de Robles en Semana.

<sup>16</sup> La posterior decisión de retirarse de los Juegos Olímpicos de Melbourne, tomada por la Delegación Nacional de Educación Física y Deportes, obedeció ya a motivos especiales de luto y protesta por los sucesos sangrientos que en aquellos mismos días se desarrollaban en Hungría.

## CAPITULO II

### ¿UNOS BRUTOS QUE GANAN DINERO?

Cuando aquel señor caminaba hacia el campo de fútbol despotricando de los desafueros a que nos tiene sometidos la sociedad de hoy, insistía más que nada en un punto:

- ¡El mundo al revés! Los reyes de la sociedad, los más **brutos**. Catedráticos y artistas y hombres de cultura con sueldos apretados con que apenas vivir. Estos, por ser más brutos que los demás dando al balón, los ídolos del público y millonarios de la noche a la mañana. Y las masas atontadas siguen llenando los estadios...

El se apresuraba para llegar a tiempo. Y llovía. Y nos mojábamos. Qué más daba. Valía la pena. Seguía hablando, excitado:

- ¡Cuántas obras de beneficencia se podrían hacer con esos dineros...!

Al acercarse a la entrada del campo sacaba su localidad, que le había costado varios duros.

Aquellas frases, como explosión verbal apasionada de un hombre, no tienen más valor que las muchas que se profieren en las largas horas en que unos hombres hablamos con otros.

Pero como, al fin y al cabo, son el eco de una idea que se repite hoy mucho, y como encierran ciertamente un hondo problema de jerarquización social, vale la pena discutir sobre ellas.

Consideremos la idea fundamental.

«Más brutos que los demás, y ganan más dinero; es decir, de mejor posición en la sociedad.»

En consecuencia, la sociedad al revés. Es injusta.

Dando un poco de expresionismo a la frase, resulta: «Esos campeones no tienen más mérito que el que puede atribuirse a un caballo percherón que vence en un concurso pecuario arrastrando cien kilos más que sus contrincantes.»

Resulta, pues, que esos *cuasi caballos percherones* son ídolos de las masas y potentados en la sociedad.

## HUMANOS

El hombre está compuesto de alma y cuerpo.

La costumbre de analizar siempre las facultades humanas a través de la lente luminosa de esta distinción real ha podido acarrearlos inconvenientes: excesiva parcelación de estos dos elementos integrantes de la esencia física del hombre. Estudiamos el espíritu y sus funciones por un lado; el cuerpo y las suyas por otro.

Y, sin embargo, es tan íntima la unión de ambos, que jamás puede prescindirse, por analítico que sea el estudio, de ninguno de los dos factores. La interacción *psique-soma* llega a las últimas células epiteliales y a las más sutiles elucubraciones del entendimiento.

El hombre es una unidad sintética. Toda actividad humana hay que atribuirla al hombre, no al cuerpo o al alma. Habrá actos eminentemente intelectuales que se dicen patrimonio del espíritu, porque son específicos de éste; pero no son hijos de un espíritu, sino de un *hombre*, cuyo cuerpo influye mucho en ese espíritu. Otros dicen corporales, porque el cuerpo es su más directo y potente elaborador. Tales, por ejemplo, los ejercicios físicos. Pero estos ejercicios son hijos no de un cuerpo, sino de un *hombre*, con su alma siempre actuando en todas esas manifestaciones *humanas*.

Quien considera al deportista como un resultado de ampliaciones cuantitativas físicas no tiene idea de lo que es el deporte.

Un jugador eminente en cualquier especialidad, un internacional de fútbol, por ejemplo, es un ser que posee, entre otras muchas cosas: un excelente organismo, con gran capacidad de resistencia a la fatiga; aparato respiratorio sano, con crecido índice vital; cardiovascular a buena prueba, con los mil detalles de armonía fisiológica que esto lleva consigo; músculos fuertes, de gran potencia y velocidad contráctil, elásticos y flexibles; buena movilidad articular, armonía en el tono postural...

Aun poseyendo todas las perfecciones que un fisiólogo pudiera exigir, *con solo eso* no valdría ni para jugar en un Segunda Regional. Es menester añadirle, primero, las dotes neuro-psíquicas: perfecta coordinación motora con riqueza de reflejos condicionados, velocidad de reacción, tanto en los actos reflejos como en los voluntarios y conscientes; exhuberancia y capacidad de fijación de imágenes motoras; taqui-psíquico, es decir, de reacciones psíquicas rápidas, etc. Y, finalmente, en el terreno de predominio anímico, una serie de cualidades: talento práctico ejecutivo, al menos dentro del ámbito intuitivo de la especie deportiva; sentido de colaboración bien desarrollado y muy ejercitado; dosis no despreciables de voluntad, demostrada en la monotonía superada de los entrenamientos, etc.; cierto espíritu de obediencia practicado con asiduidad, y sometimiento de juicio al entrenador; voluntad de superación, y voluntad ejecutiva, con cierto idealismo —al menos alimentado con el amor propio, siquiera en los comienzos de la vida deportiva— necesario para mantener tensas estas voluntades; audacia, valor, decisión...

Estoy seguro que, si algún jugador lee estas líneas, asentirá enérgicamente, recordando los momentos difíciles y las largas pruebas a que se ve sometido su carácter a lo largo de su carrera profesional. El público ignora casi todo este mundo interior del jugador.

Un futbolista eminente es un hombre eminente en una actividad humana; y no precisamente en una actividad rara, sino en un campo fundamental en la vida, practicado en todos los pueblos, como es el ejercicio lúdico y la pugna física.

Hay actividades humanas más nobles que otras. El ejercicio de la virtud, el estudio, el arte, la formación del carácter moral, responden directamente a las facultades más nobles del hombre. Ellas deben ocupar el primer sitio en la jerarquía de valores humanos. La sociedad que los pospusiera o los subestimara sería una sociedad corrompida.

Pero tan absurdo como posponer esos valores a los inferiores es el denegar a éstos su origen noble. Son hijos del hombre. Por consiguiente, plenamente humanos.

Hemos traído el ejemplo de un futbolista. Lo dicho acerca de él puede igualmente aplicarse al atleta, al baloncestista, remero, nadador, ciclista, etc., destacando en cada uno las aptitudes y virtudes específicas.

Quede clara el punto principal. Quienes defienden la tesis de que el deporte profesional es una brutalidad o una aberración, y que el deportista eminente no es más que un bruto eminente, no tienen razón.

Si reconocen en él a un hombre eminente, podemos seguir cambiando impresiones.

## **MAREAS, SUELDOS E INTERESES**

¿Tergiversación de valores? Son fabulosas las cifras que la literatura deportiva ha promulgado.

Se cuenta que, cuando Kopa fue contratado por el modesto equipo S. C. O. Angers, quedó fijado en 30.000 francos el precio del fichaje. Al año siguiente almorzaba en un restaurante de lujo de París con M. Batteux. Discutieron y hubo regateos. En un papel con membrete del establecimiento, Kopa estampaba su firma para dejar constancia del compromiso previo con el Stade de Reims, por el que percibía la suma de 70 millones de francos. Hoy juega en el Real Madrid. El precio no habrá sido mucho menor.

Dicen también que cada jugador del Madrid recibió cincuenta mil pesetas de prima por haber eliminado al campeón de Yugoslavia en la Copa de Europa.<sup>1</sup> Cifra superior a la mayor parte de los premios con que se galardonan las grandes obras literarias. Vestir a Manolín con la camiseta blanca costó al Real Madrid 1.100.000 pesetas. Sobre la adquisición de Kubala por el Barcelona también se esparcieron cifras sorprendentes. En Zamora se aseguraba que el jugador Joseíto recibió la oferta milanese de tres millones de pesetas, más el sueldo mensual, y un Fiat por el fichaje. El Génova ha pagado al club de fútbol Peñarol, de Montevideo, 50.000 dólares por el traspaso del jugador Julio César Abbadie. El jugador americano de baseball Mickey Mantle ha reanudado su fichaje en el equipo Yankees, de Nueva York, por 60.000 dólares, y se calcula que en 1957 puede ganar de ocho a diez millones de pesetas. El Chelsea, de Inglaterra, ha pagado recientemente por el portero de fútbol Reg Mathews 220.000 libras esterlinas (2.400.000 pesetas), *record* mundial en el traspaso de un portero, y el Milán ocho millones de pesetas por Puskas.

¿Qué representan frente a ellos los sueldos de los catedráticos de Universidad, de los investigadores, de los grandes artistas? ¿Así paga la sociedad a sus mayores bienhechores?

Evidentemente existe gran desproporción. Pero quizá sea demasiado afirmar, como pretenden algunos, que esto es un síntoma de degeneración de la sociedad. Lo deslumbrante de estos efímeros induce fácilmente a errores pueriles. Junto a estos «astros» del profesionalismo que llenan sus arcas merced a un fetichismo de la sociedad, están otros muchos jugadores, también profesionales, que pueblan los mejores clubs futbolísticos, los de las primeras divisiones, para quienes el porvenir económico presenta colores muy distintos. Con sueldos de cinco y seis mil pesetas mensuales no se dirá que sobreaman en la opulencia. El desgaste que los exige ese profesionalismo, unido a las singulares condiciones físicas que ha de volver a demostrar cada nueva temporada, los anuncia un ocaso relativamente decrepito. Dentro de algunos años, los clubs no volverán a acordarse de ellos, si no es para recrearse con una consoladora *interview* periodística o un nostálgico partido de homenaje. No a todos cae "el gordo" de un fichaje excepcional. Esos son diez entre miles. Tengo aquí a mano unos datos oficiales de la Federación Española de Fútbol, donde consta el número de licencias que se extendieron en la temporada 1954-55. Seis mil ochocientos cincuenta y siete juveniles; 31.184 aficionados; 4.092 *profesionales*. Entre éstos solo hay un Puskas, un Di Stéfano, un Garay y algunos más. También abundan todos los años comerciantes y hombres de negocios que se topan con una operación feliz en la que se embolsan bellos millones.

Existe con todo una desproporción que no habla nada en favor de la sociedad que la fomenta. Y más aún, por el mundo de abusos mercantilistas y de codicias que encierra el profesionalismo en su seno. Muy sugestivamente describía Alfonso Barra, en un artículo publicado en *El Español*, a ese tipo característico que en el argot ha sido apodado «el patrón de pesca.» Pocos escrúpulos, mucha audacia y gran talento para los manejos encubiertos. Transcribimos: «En el terreno pelado y reseco de una barriada, dos equipos modestos se baten denodadamente por la honrilla de meter más goles que los contrarios. Entre la chiquillería que presencia el encuentro hay un hombre vestido con un abrigo de piel de camello, con las manos en los bolsillos y un puro en la boca. Él «patrón de pesca» está allí para hacer un trato. Cuando el partido concluye, avanza con paso seguro hacia un joven jugador, cubierto de sudor y polvo. —Muchacho, tengo algo importante que ofrecerte; mientras te vistes te esperaré en el bar de enfrente—. No tarda mucho en comparecer el joven, con la pupila de los ojos dilatada por la excitación y la alegría. —Yo tengo influencia para llevarte al equipo de la capital; en él puede estar el principio de tu carrera y la oportunidad de ser millonario muy pronto—. Claro es que yo he de cobrar mi parte... Si te ofrecen un contrato después de las pruebas, has de darme el setenta por ciento. La prueba resulta convincente y se firma el compromiso por cinco mil pesetas el primer año. Tres mil quinientas, un modesto pico, son para el bolsillo del padrino, y el resto para el flamante jugador, que se convierte así en profesional. El muchacho toma tan en serio sus obligaciones, que abandona poco a poco el taller y con él jornal seguro y suficiente. La necesidad cerca al contratado y las tentaciones no faltan. Como este caso son muchos los que tienen lugar al amparo de una noble actividad deportiva desvirtuada por los afanes mercantiles que la rodean en el campo profesional. De la misma manera que existen los grandes del fútbol, también hay la categoría de los todopoderosos en la especialidad de los «patrones de pesca». Son éstos los que viajan y se mueven de un país a otro, de un continente a otro, con buenas redes y tentáculos en los terrenos que pisan. Sirven de intermediarios, hablan en nombre de todos, llevan poderes y hacen gala de un cierto sentido. Al fin cierran un contrato; un «as»

---

<sup>1</sup> Datos periodísticos, sin comprobación formal

para otro club mediante una sugestiva cifra, y entonces el «patrón de pesca» se reservará el 30 por 100 del traspaso, cuantía ésta *que suele ser la habitual y la sancionada por el uso.*»

«Sucede a veces que, para embolsarse tan pingües ganancias, es preciso engañar al club contratante, exagerando las excelencias del jugador; pero los males de la operación no arruinan a nadie. Ni el «patrón de pesca» se desprestigia, pues es sabido los muchos factores que pueden influir en el fracaso de un jugador: terreno de juego, modalidades, tácticas empleadas, clima moral... Una lesión a tiempo, más o menos fingida, puede ser el carpetazo definitivo al trato. ¡Qué compensación buscan los clubs para subsanar esos malos negocios? Pues la única a mano: la taquilla»

Es una pena que las cosas hayan llegado a este punto.

Intentar una solución sería poco menos que una obra de romanos.

En Alemania hay un tope máximo para el sueldo mensual de un jugador: unas tres mil pesetas. Así, ningún jugador puede considerarse profesional del deporte. Todos tienen al margen de él sus respectivas ocupaciones. Y da la casualidad que se juega *bastante bien* al fútbol; son los actuales campeones del mundo; y concretamente, con relación a España, recordemos que en el último partido, junio 1956, en selección B derrotó a la nuestra B por 5 a 2.

Allí se extrañan de que un Samitier haya ofrecido al jugador belga Jos Vliers la cantidad de tres millones de pesetas para pasar a las filas del Barcelona.<sup>2</sup> No lo comprenden. Ojalá tampoco se pudiese comprender en España, y en Italia, y Francia, y Sudamérica...

Lo que en estas naciones, si no difícil de comprender, sí muy difícil de lograr, sería ese tope máximo de tres mil pesetas mensuales. Porque ¿quién arrebata a los clubs ya formados el derecho que tienen a utilizar los recursos de una economía financiera en beneficio del rendimiento efectivo de su equipo? En realidad, la prosperidad económica suele estar en simple razón directa con el censo de la ciudad. Y topamos aquí con otro de los peligros del fútbol hispano<sup>3</sup>: los apuros de muchos de los clubs no potentados. Frente al trepidante aumento de aforo de los estadios poderosos, muestran ellos casi todos los domingos del año grandes claros en sus modestos graderíos, muñones de una ilusión deportivamente alimentada. Ascenden las cifras de los fichajes; y ellos, traspasos, deudas..., nostalgia de ases. Y el retraimiento de su público, en aumento.

Recogemos algunas opiniones de los presidentes de clubs en unas declaraciones hechas a *Marca* por el verano del 56.

El actual del Celta, don Manuel Prieto, proponía, al igual que otros, el «establecimiento de un sistema de compensaciones.» «Los modestos<sup>4</sup> —indicaba— también llenan casi siempre los campos de los grandes equipos. Es lógico que éstos repartan algo de sus beneficios con ellos. Si los grandes abarrotan también los campos de los demás, téngase en cuenta que el aforo de Chamartín o Las Corts, por ejemplo, no es igual al de Balaidos, Riazor, Zorrilla y tantos otros; y, por si esto fuera poco, los impuestos y los gastos son casi los mismos en casi todos.»

Más explícito todavía es el doctor Gastaminza, presidente de la Real Sociedad<sup>5</sup>:

«Compensaciones con lealtad y riguroso control. Sistema de subvenciones de tipo compensatorio por los superiores organismos del fútbol o del deporte. Otra fórmula consistiría en el pago del desplazamiento y estancia de cuarenta y ocho horas del equipo visitante, a los clubs cuyo aforo del campo sea menor de treinta

---

<sup>2</sup> Carlo Soler Barceló, en "El norte de Castilla", 10 de julio, 1956.

<sup>3</sup> Continuaremos por un rato ciñéndonos al fútbol, en el cual hemos sido introducidos por Alfonso Barra; al fin y al cabo es en España y otras muchas naciones el caso típico del deporte profesionalizado.

<sup>4</sup> Refiérase, claro está, a los «modestos», de Primera División; todos, excepto cinco o seis.

<sup>5</sup> Después de redactadas estas líneas, antes de su publicación, el doctor Gastaminza ha dejado de ser presidente.

mil personas. De esta u otra forma, con medidas tendentes al mismo fin, tales como la desgravación de impuestos, podría conseguirse el mantenimiento del fútbol español.»

Pero no todos son de la misma opinión. Don Enrique Guzmán, presidente del Atlético de Bilbao, responde al periodista: «—Se vuelve a hablar de las compensaciones que hace años llegaron a implantarse. ¿Le parecería justa la resurrección de ellas? —Me parece que están bien muertas. —Entonces se habló mucho de irregularidades en ciertas liquidaciones... no sé nada de eso, pero soy de opinión de que las compensaciones no deben implantarse. Nunca fue asunto que tuvo gran aceptación. Es natural que los de campo pequeño quieran repartir los ingresos con los grandes estadios. Pero también es natural que quienes hicieron grandes estadios, a enormes expensas económicas, deseen obtener el provecho de sus propias creaciones.

A tenor parecido se expresan don Santiago Bernabéu, don Luis Casanova, presidente del Valencia, y alguno más.

Así discuten unos y otros. Es lógico reclamar una mayor posibilidad de equilibrio económico. Pero el problema es más complicado de lo que a primera vista puede parecer. El hecho es que, de seguir esta marcha ascendente de precios y desproporciones, no sería infundado una hecatombe general en gran parte de los clubs, lo que acarrearía auténtica quiebra en los mismos grandes.

## EL NOVEL

Esa fastuosa danza de millones, conscientemente cacareada por la propaganda, ejerce terrible fascinación en las mentes de jóvenes deportistas. «Un millón por la ficha, 10.000 mensuales de sueldo, las primas...» ¡Dios santo, qué panorama! ¡Y precisamente en el oficio de futbolista; el juego que deleita a las muchachadas; y luego, la popularidad, las fotos, la fama nacional...!

A los estudiantes, a quienes cuesta estudiar; a los aprendices, que han comenzado a ganar en el taller unas exiguas pesetas que anuncian un panorama de estrecheces para toda la vida; a los oficinistas aburridos en su monótona e intrascendente labor, poco lucrativa también..., este carrusel de éxitos se les convierte en la panacea de su vida. Brillo seductor de la lámpara de Aladino. Además, tan fácil. Solo jugar al fútbol; jugar bien al fútbol. «Yo soy el mejor del equipo; todos lo reconocen. Y muchos señores me han dicho que puedo llegar muy lejos.»

Ha comenzado la tentación. La primera red, débil todavía, se une en la captura del inexperto. Le han vista jugar y han prometido incluirle en el Juvenil. Salta de alborozo. La red aún es frágil, pero no interesa romperla; es seductora la voz de la sirena.

Comienza la primera temporada. Entrenamientos, viajes, partidos... Hay demasiados fichados. Aparece la envidia y la rivalidad en el interior de ese mundillo, antes misterioso... No obstante, hay muchas ilusiones; las grandes ilusiones juveniles. El horizonte, aún color de rosa.

Un día firmó un compromiso. Quedaba vinculado a aquel club por varios años. Se suceden las temporadas. Ahora juega en un filial de Primera Regional. Más tarde pasa a un Tercera División. La temporada es dura; entrenamientos disciplinados, partidos fuertes, lesiones... Por fin anuncia su *debut* en el Primera. Es un partido amistoso, de homenaje a un antiguo. Reportaje y fotografías en algún periódico. ¡Qué ilusión! Pasa esa fecha. Algunos comentarios periodísticos más o menos fríos. Vuelve al Tercera. El fútbol comienza a pesarle.

Cobra un sueldo módico, muy módico, que no aumenta al año siguiente. ¡Qué lejanos suenan ahora aquellos millones de los grandes traspasos! En la plantilla de reservas hay varios delante de él para actuar en los partidos de competición. Hay amistades, peñas, favoritismos dentro del club. “¡Este entrenador...!” El tiene mucha clase, pero no juega..., no vuelve a jugar en el primer equipo.

El horizonte se ha ido oscureciendo.

Tiene ya bastantes años. Se impacienta, sufre mucho. Quiere por encima de todo jugar, jugar en los grandes clubs. Al fin es «cedido» a un equipo de Segunda. Un pequeño resquicio de claridad. Hay una oportunidad de darse a conocer. «Ahora verán...»

Y transcurren nuevas temporadas en Segunda División. ¿Qué hacer ahora? ¿Pedir la libertad, volver a fichar? Hastío de la vida; el futbol, aquel brillante futbol con sus cabalgatas de éxitos y su horizonte cuajado de millones se ha tornado esquinado, áspero. ¡Que mundo más distinto del soñado!

Han transcurrido varios años, y el ex jugador profesional ha tenido que buscar un empleo, cualquier empleo. Esta o parecida es la historia más ordinaria de los jugadores profesionales. Los que logran triunfar son minoría. Quizá fue un estudiante que incluso dejó los estudios, soñando. Le dijeron tales cosas sobre sus maravillosas condiciones; le pronosticaron tales triunfos... ¡OH amigos que, de buena fe, sin duda, inyectáis la comezón venenosa en las almas juveniles! Con vuestras alabanzas podéis destrozarnos muchas vidas.

Siempre creemos más a quien nos alaba que a quien nos vitupera. A estos jóvenes tentados con el vértigo de los dorados espacios profesionales se les debería enseñar una ciencia especial: la de creer a la primera a cualquier crítico que rebajase sus méritos, aunque su voz se oiga entre las de veinte apologistas. Puede que entre las adulaciones sea la mica que contenga un acento de verdad salvadora.

La culpa de estas tragedias está también en la ambición de ciertos rectores del deporte profesional, que no tienen empacho en acaparar entre los jóvenes «futuros jugadores profesionales». Especulan con la ilusión juvenil, fascinan con promesas, retienen al jugador por muchos años con prematuros fichajes; y luego, si no resulta, *libre*, que quiere decir: *a la calle*.

El mismo Pablo Hernández Coronado, versado como pocos en el conocimiento de los problemas futbolísticos, afirma: No soy partidario de la formación de jugadores profesionales, y así es, en efecto: ya que están ahí, bien está que se los aproveche; pero formarlos, nunca. Me causa gran dolor ver polarizados hacia el futbol a muchachos que hubieran podido tener otra actividad, más útil desde el punto de vista social y el suyo propio, y que juego se encuentran con el porvenir cerrado, cuando tienen que dejar de jugar. La Federación debía tomar alguna medida para protegerlos contra ellos mismos; algo así como no despacharles la licencia a retenerles las cantidades de sus fichajes hasta que no hubieran demostrado su capacitación para ganarse la vida con el futbol. Es satisfactorio que se evite, mediante la ficha y reconocimientos médicos, el que un muchacho enfermo sea futbolista; mas también debe evitarse que un muchacho sano sea *futbolista solamente*»<sup>6</sup>.

La Federación Española de Futbol ya ha tornado algunas medidas en este sentido. Pero se ve que así salen contrariados otros intereses. Oigamos al señor Gracciani Brazal, vicepresidente del Sevilla: «El salto desde el equipo de aficionados al de Primera División de Liga es demasiado grande, y muy raro es el jugador que puede afrontarlo con probabilidades de éxito. Llega un momento en que en la categoría de aficionados el jugador no puede progresar más, y como no está aún en condiciones de pasar al equipo titular, ni puede ser cedido a otro club de Tercera, ahí quedan frustradas todas las posibilidades de progreso, y, probablemente, malogrado el porvenir del jugador. «¿No se establecieron estas limitaciones precisamente en favor de los jugadores? —Así parece que se razonó en su día al establecerse el sistema con el que se pretendía evitar que los muchachos jóvenes, halagados con promesas de un porvenir en el futbol, abandonasen sus habituales ocupaciones y resultaran después perjudicados al no prosperar en este deporte. Sin embargo, y teniendo en cuenta que la mayor parte de los futbolistas proceden de clases humildes, que son las más numerosas, no es de presumir que el abandonar por dos o tres años un oficio manual para vivir desahogadamente practicando el futbol, constituya un obstáculo grave para volver a ese trabajo manual si el futbol, para su desgracia, no le ofreciera porvenir».<sup>7</sup>

El problema, como era de temer, se complica. Con todo, nos inclinamos por la orientación de Hernández Coronado. Hay que defender antes los intereses de la persona que los de las sociedades. Cuanto más duren

---

<sup>6</sup> Las cosas del fútbol.

<sup>7</sup> Declaraciones hechas a *Marca*. (VIII-1956). Opinamos que la lucha por la vida es demasiado dura como para arriesgar deportivamente la especialidad de un empleo.

los jugadores dentro del campo puramente deportivo, el aficionado, más beneficiado saldrá el deporte, el jugador y el mismo profesionalismo.

Para que surja el buen jugador profesional tiene que existir antes el buen deportista; hombre con cualidades y con *afición*. «Un jugador sin afición es tan inútil como un tuberculoso, y, a veces, tan contagioso», dice Hernández Coronado. Y la afición sólo crece en las regiones vírgenes del *juego*.

Es posible que ante la actual realidad mercantilista estas divagaciones resulten utópicas. Bastante se conseguiría si con pensar en ellas se evitase por lo menos la invasión de esa terrible peste mercantilista en otros deportes que aún permanecen intocados.

Evidentemente, el mercantilismo es la esclerosis del deporte.

### CAPITULO III

## LOS PERIODISTAS Y EL PÚBLICO

De todo aficionado son conocidos los sucesos ocurridos en los partidos jugados por dos de los tres grandes del fútbol español, Real Madrid y Atlético de Bilbao, en la semifinal de la Copa de 1956.

Un incidente desagradable entre algunos jugadores contagió a parte del público de Chamartín. La jornada terminó en tono desagradable.

Al domingo siguiente el Madrid iba a devolver la visita a su contrincante.

Pero pocos días antes de la fecha, el miércoles 13 de junio, ocurría un suceso glorioso para el fútbol español. El protagonista era precisamente uno de los dos clubs. En partido nocturno de gran emoción, el Real Madrid vencía al Stade de Reims en París, proclamándose campeón de la Copa de Europa. Culminación gloriosa de una cadena de triunfos. El Partizan, campeón de Yugoslavia; el Milán, campeón de Italia, entre otros, engrosaban la lista de poderosos que sucumbieron ante el campeón español.

Hubo expectación. ¿Qué sucedería en Bilbao? Los sucesos de Madrid habían sido dolorosos. Los ánimos estaban resentidos. Pero el Madrid acababa de realizar una proeza. ¿Serían recibidos con una «bronca» por el público de San Mames, o aplaudirían éstos al campeón de Europa?

Los periodistas bilbaínos entraron en función. Varios días seguidos aparecieron notas en los diversos diarios invitando al público a recibir cordialmente a los campeones. Pero se dudaba mucho del éxito de tales ruegos. El ambiente estaba demasiado caldeado; precisamente algún periodista, con sus crónicas expresivas de comienzos de semana sobre los sucesos de Chamartín había contribuido a agrandar el fuego. Tardía apelación al buen sentido y deportivismo; soplidos de pulmón para apagar una hoguera, aventada con grandes fuelles.

La expectación de la afición española se concentró aquella tarde en San Mamés.

Y luego lo inevitable. Saltó al **campo** el equipo blanco. Una estruendosa pita se clavó en el aire caliente de aquella tarde de junio. Duró cuatro minutos y medio, hasta que salió el equipo Atlético.

Luego en el terreno no hubo incidentes.

Los cronistas de Madrid comentaron al día siguiente el hecho. Naturalmente, la tensión siguió subiendo.

Los finalistas bilbaínos tenían que presentarse de nuevo en el flamante Chamartín. Y además contra otro equipo madrileño, el Atlético de Madrid.

También aparecieron otra vez entre semana en algunos diarios madrileños artículos tendentes a suavizar las esquinas. Pero, lo mismo que los bilbaínos la semana anterior, se habían «descuidado» —no todos— en las crónicas del partido en detallar la hostilidad ambiental. Volvían a pretender apagar la hoguera, más crecida aún, con tímidos soplidos. Clara que éstos eran suficientes para testificar su filantrópica actitud periodística.

Miles de bilbaínos, en trenes, autocares y coches particulares se acercaban la víspera del gran encuentro a la crecida villa del Oso y el Madroño.

No tuvieron que aguardar al domingo. Las matriculas y el blanqui-rojo de sus enseñas los delataban ante los enfurecidos madridistas. Al día siguiente, en la explanada del Bernabeu, muchos cristales y faroles rotos cantaban ante la ciudad la epopeya de una lucha de pasiones populares cuyo feo desenlace nadie había sido capaz de evitar. En el transcurso de todo el partido se sucedieron las pitadas y broncas mezcladas con las ovaciones. En el césped, los jugadores dieron una lección a sus hinchas; el partido fue correcto.

No sabemos quién tuvo inicialmente la culpa. Ni, aunque lo supiéramos, lo consignaríamos. No es éste lugar de acusaciones. Simplemente se ha relatado uno de los muchos sucesos llamativos que tienen lugar a lo largo de los campeonatos profesionales. Sucesos en los que acaban mezclándose jugadores, árbitros, periodistas, público. Este último suele generalmente coger el último relevo de la tea incendiaria. Cuando se enardece, son terribles sus consecuencias.

La manera de ser del público no es la de los individuos. Existe un algo especial que da fisonomía particular a la masa. Por eso en el deporte se puede hablar con toda propiedad de buenos y malos públicos.

Hacemos aquí un paréntesis para constatar que precisamente los públicos de San Mamés y Chamartín son de los llamados correctos. Resalta por eso más el ejemplo narrado. El contraste entre su actitud habitual y la que hemos recordado en esta semifinal es particularmente aleccionador.

Es proverbial la caballerosidad del público bilbaíno. Son muchos los testimonios que en todos los tiempos se han dado. Por recoger uno, recordamos la afirmación rotunda de Matt Busby, entrenador del Manchester United, hecha precisamente tras su derrota ante el Atlético de Bilbao en San Mamés: «*El público, excelente.*»<sup>1</sup>

La imparcialidad de los madrileños también se ha puesto de manifiesto en multitud de ocasiones. La gran ovación que los 120.000 espectadores puestos en pie tributaron al equipo nacional francés tras su victoria sobre España en marzo de 1955 no puede ser fácilmente olvidada por quienes estuvieron presentes. La Prensa francesa se hizo ceo de ella. También los dirigentes y jugadores yugoeslavos del Partizan declararon insistentemente que «reputaban al público de Madrid como el más correcto y comprensivo de cuantos públicos extranjeros habían conocido, y para el que guardarían un profundo reconocimiento».

El gran árbitro monsieur Leafe, tras el encuentro España-Holanda (enero del 57): «El público de Madrid, agradable, simpático, cordial y muy entendido». Me gusta venir aquí, y por eso siempre que actúo digo lo mismo: «Hasta la vista.»<sup>2</sup>

Alguien rechaza este modo de hablar afirmando que en masas de individuos socialmente análogas las reacciones, a la larga, tienen que ser iguales, puesto que no hay diferencias entre sus respectivos tipos medios. Esto supone ignorancia de la psicología especial de las masas, cuya orientación puede estar determinada por un motor-idea totalmente al margen de las opiniones particulares. Aquí radica la extraordinaria importancia que adquieren aquellos que pueden ser capaces de determinar el rumbo de una masa; en el caso del deporte espectáculo, el periodista.

## PSICOLOGIA DE LAS MASAS

Se entiende aquí “masa” en contraposición a “multitud”. Esta última es la reunión física accidental de un gran contingente humano de heterogéneas características y fines. Por ejemplo, una aglomeración urbana casual por paralización de la circulación, etc.

«Masa» es la reunión física de un contingente humano aglutinado por comunidad de intereses, a por ideas *afines*, o por la obtención de los mismos objetivos. Tales, por ejemplo, una manifestación política, un público parcial de un espectáculo deportivo. El conglomerado humano se ve asociado por un nuevo factor psicológico afectivo.

Las masas tienen un modo de reaccionar *típico y específico*. No es éste un simple resultado de los modos de reaccionar ordinarios de cada uno de los individuos. Se ha cometido un atropello. Han saqueado un periódico. Un grupo de extremistas avanza irresistible. ¡Quién detiene a esos forajidos! Uno de ellos es después apresado. En el interrogatorio se descubre su miseria, su poquedad. Tiembla. «Su mujer, sus hijos...» Se echa a llorar. Qué mundo de sentimentalismos débiles tan opuesto a aquella apariencia de *Tempranillo* cuando avanzaba envalentonado por las calles. Y como éste, uno a uno, todos los de la chusma. Sin embargo, unidos, eran irresistibles. Si se suman los modos de reaccionar, los valores psicológicos de cada uno de los componentes de una masa apasionada, jamás se obtiene su resultante de fuerza y dinamismo.

La afectividad tiene un influjo decisivo en el curso de las asociaciones, en los movimientos, en la voluntad y hasta en la lógica. En las masas lo que impera son los *estados afectivos*. Tanto mayor será su irradiación a los individuos cuanto más grande sea la masa y más intensa su carga afectiva.

Pero hay un «algo» especial, característica específica. Durkheim y otros autores conceden a ese «algo» entidad ontológica. Para ellos el «alma colectiva», el «ama de las masas o de los pueblos», existe como

---

<sup>1</sup> *Marca*, 17-I-1957.

<sup>2</sup> *Marca*, 31-I-1957.

algo objetivamente independiente. Pura fantasía. Es evidente que las expresiones «alma de un pueblo», etc., no son más que simples metáforas.

¿En qué, pues, consiste este fenómeno psicológico? Responde muy bien el padre Laburu<sup>3</sup>: la psicología específica de la colectividad es un resultado de las modificaciones que sufren las psicologías de los individuos al hallarse congregados en masa.

Esta modifica la psicología individual por dos factores.

Primero, por el influjo de *lo grande*. Aun en las masas físicas inertes se da esta infusión psicológica. Las imponentes montañas nos sobrecogen. El yo es presa de un estado afectivo especial, más o menos intenso, al sentir la presencia de lo grande y majestuoso. El mar, el firmamento en la noche, determinan una actitud afectiva fácil a la sugestión.

Las masas humanas, cuanto más numerosas, más nos impresionan. Una manifestación política de cien o doscientas mil almas enardece de tal forma que es imposible sustraerse a su influjo. La contemplación de ese mar fabuloso de cabezas emociona, aun cuando no se consienta con la idea, con tal de no ser hostil.

Y he aquí el segundo factor de la masa que actúa en el espíritu del individuo: el ambiente, la idea. Basta, como se acaba de indicar, una ausencia de hostilidad, aunque no haya simpatía, para que la idea común se apodere del individuo.

Cuando estamos en presencia de un gran hombre, de acusada personalidad, somos objeto de una fascinación con proyección de su yo hacia el nuestro; es un soborno instintivo que nos hace admitir sin replica sus opiniones. Nos sorprendemos de pronto como sumergidos en su abismo interior. Su personalidad es doble, cuatro, diez veces mayor que la nuestra. Su influjo el irresistible.

Algo así ocurre con la masa humana. Son cuatro, diez, veinte mil personas; su potencia arrolladora es inmensa. No es exacto el paralelismo, porque en el influjo personal hay elementos no reducibles a lo cuantitativo; pero tiene mucho de común.

El proceso, diríamos, de despersonalización del individuo dentro de la masa es el siguiente: La masa, por la fascinación de su *grandeza*, produce en el individuo un estado afectivo especial. Ya está el terreno abonado. Viene la embestida de la idea masiva. Hay dos posibilidades:

Primera. Que el individuo sea *totalmente* hostil a esas ideas. Entonces surgen reacciones psicológicas diversas según el tipo temperamental. Por de pronto esta idea no cuaja en él. En nuestro caso concreto del mundo deportivo, sería el aficionado cuyo equipo favorito es el contrario del local.

Segunda. Que el individuo sea indiferente o favorable a la opinión de la colectividad. Entonces al recibir su ser, impresionado afectivamente, la acometida de la idea de la masa, es invadido por ésta. Inmediatamente ocurre un fenómeno: la opinión de la masa es ya también suya, personal. Al percibir entonces conciente o inconscientemente la sintonía de su yo con el espíritu de la masa se enardece. Se refuerza el estado psicológico afectivo y comienza él a su vez a ser un fuelle más que sopla el huracán de la colectividad.

Los mismos efectos del «*poder*» de la masa se han convertido en *causas* de nuevos impulsos colectivos. Circulo vicioso ascendente que nos aclara esas actitudes inverosímiles de apasionamiento que tantas veces hemos contemplado.

Tiene que resultar interesante para los no aficionados observar éticamente las reacciones del público en un partido de fútbol emocionante. Lamentamos no haber experimentado este placer por no haber sido nunca «no aficionados». Desde luego en algunas ocasiones es tal la furia, incluso en públicos llamados correctos, que en medio de la angustia que producen sus expresiones casi bestiales, opta uno al fin por reírse.

Hace unos meses presenciábamos el linchamiento más original. Jugaba el Real Madrid un partido de liga en una capital de provincia. El encuentro fue duro; sin gran juego, pero emocionante. Junto a nosotros, a la

---

<sup>3</sup> Psicología Médica.

izquierda, un «hincha» del equipo local comentaba drásticamente la poca moralidad del árbitro, vendido al Madrid. De aquí pasaba a la tesis de que todos los árbitros están vendidos a los grandes clubs. «Así, ya pueden quedar campeones.»

Dos filas más atrás, otros «hincha» expresaban algo parecido de una manera más «popular»... Se alborotaron unos madrileños que había cerca y estuvieron a punto de venir a las manos. La impidieron diversas circunstancias. Pero el «folklore» seguía. Era una de esas jornadas en que parece que todos se han puesto de acuerdo para «armar camorra». A nuestra derecha un señor del Madrid que, según dijo, era de Cáceres, en cuya cabeza había varias botellas de rioja, gritaba gesticulando sintomáticamente.

Va avanzado el segundo tiempo. Se produce un *corner* favorable al Madrid; en forma fulminante, el balón es rematado a la red. Entusiasmo ilimitado en varios cientos de madrileños. Estupor en los locales, que pronto se traduce en intensificación de los gritos. El señor culto de nuestra izquierda, en el colmo del desenfreno, ante una entrada dura de un madridista, se yergue frenético y grita con ironía insultante: —¡El equipo campeón, señores; el Madrid es invencible; el campeónísimo!

Los «hinchas» de detrás, al oír esto, sin comprender el sentido contrario de sus palabras, creyéndole madrileño, por añadidura procaz, se lanzan sobre él y le aporrean. Sus intentos entrecortados de explicación los interpretan contumacia, y arrecian los «castañazos.»

¡Pobre señor! Víctima de una masa caldeada a cien atmósferas. Tardó en hacerse la paz. Al fin, despeinado, la corbata desvenecijada y con un ojo enrojecido, no tuvo fuerzas para pedir explicaciones ni para darlas. Se calló, sentó y aguardó paciente como un reo de grave delito el fin de la contienda. Cuando en la paz de su domicilio contemplase su bufete o consultorio médico, donde siempre había sido el paño de las cuitas, se arrepentiría del ridículo papel que acababa de representar ante la gente.

Queda por notar un fenómeno curioso en el problema de las masas: con frecuencia los máximos voceadores se reclutan entre tipos de poca personalidad. Muchos factores influyen para la elaboración y manifestación del «alborotador.» Ante todo, distingámosle del *cabecilla*. Por tal se entiende el primer promotor y director ideológico del conjunto. Es el primero que introduce el ideario y el primero que sopla para que la hoguera arda. Es, por regla general, un hombre de personalidad.

El voceador, no. La masa, con su potencia colectiva, es un género de liberación psicológica para muchos yos en habitual estado de complejo. Gente impotente, sin influjo, sin ideas propias —aunque sean habladores—, palpan su inferioridad. Si son temperamentalmente irascibles y extravertidos, se liberarán a menudo con manifestaciones llamativas de genio o verborrea. Pero en ningún sitio hallan compensación tan salvadora como en el «poder» de la masa.

Él siente el vértigo de la fuerza colectiva: con la cual va perdiendo el dominio de sus propios actos. Doble fenómeno simultáneo de despersonalización y «standardización.»

El yo, al reconocerse de pronto igualado a los demás miembros, siente impulsos incoercibles de reafirmarse, y se manifiesta, al margen muchas veces de la fisonomía de su propia educación. Son descargas psíquicas motivadas por acumulaciones afectivas elementales.

Así se explica lo que nos ofrece la realidad histórica: crímenes sanguinarios, destrucciones increíbles. Los individuos más degenerados, los ínfimos, son los que mayores excesos realizan para hacer valer su poder al sentirse fuertes en la colectividad.

Cuando una masa se desenfrena, sus individuos son auténticos psicópatas; fugaces, sí; solo mientras dure el hipnotismo colectivo; pero con toda su capacidad de aberraciones.

Cualquier chispazo puede determinar una actitud concreta. Y al momento siguiente puede lograrse, mediante otro golpe psicológico certero, la conversión de la pasión masiva al extremo contrario.

No se exija lógica a la masa presa de excitación. Y menos se pretenda luego pedir cuentas a un individuo particular por lo que realizó cuando estaba absorbido por el torbellino colectivo.

## EL PÚBLICO

El sustantivo *público* tiene dos acepciones: un conjunto de personas que coinciden en unas mismas aficiones a ideologías. En este sentido se habla del público de tal periódico o revista: del público de arte, a del público taurino. Dentro de su posible volubilidad, es algo estable.

El segundo sentido es: la concurrencia de personas en un determinado lugar, espectáculo. Su carácter aquí es momentáneo, fugaz. Esta acepción entra de lleno en el concepto «masa».

En el deporte se puede hablar a la vez de ambos públicos. El que lee las informaciones deportivas en privado y discute en las tertulias, y el que se concentra en el estadio.

Ambos, que generalmente vienen a estar integrados por los mismos individuos, pero que son específicamente distintos, tienen su parte activa muy importante en el mundo del deporte profesional.

Sin embargo, hay que vindicar para el público fugaz, el público concentración, el primer puesto en la estrategia de los campeonatos. Este es aquel de quien se dice que «coacciona a los árbitros», «hace y deshace jugadores», «que gana los partidos». El público masa es el factor más potente en el profesionalismo.

Compárense los resultados de cualquier equipo en su casa, ante su público, con los obtenidos fuera. En la puntuación moral del campeonato una victoria en campo ajeno se valúa con dos puntos positivos, y una derrota en el propio con dos negativos. Esto evidencia que la victoria en propio domicilio, aun sobre un equipo superior, es considerada normal.

Algunos han pretendido explicarlo señalando que el jugador, acostumbrado a las perspectivas de su campo, automatiza más su juego, enriqueciendo los reflejos condicionados a costa de los conscientes: la que le permite en ocasiones ganar décimas de segundo en la acción. Otros creen que es el conocimiento físico del terreno, de zonas de botes amortiguados, o vivos, etcétera.

Todo esto puede que influya pero sin duda es el público el factor principal. Una psicología humana, por muy avezada que esté, no puede sustraerse por completo a la infusión afectiva de un griterío orientado pertinazmente en un sentido. El público, contra lo que se cree, pesa mucho en el concierto de los campeonatos profesionales; quizá sea el primero en el orden de eficiencia.

Pues esta entidad soberana es la que hemos visto sujeta a los más histéricos vaivenes. Capaz de realizar las acciones más ilógicas. Su desenfreno es como el desbocamiento de un gigantesco corcel; fácil a devastarlo todo.

Existen unos hombres capaces de sujetarlo por la brida y ponerlo a raya.

## LOS PERIODISTAS

Es propio, sobre todo de la gente simple o de poca formación, precisamente los más expuestos al contagio de la hipnosis masiva, la inconsciente apropiación paternalista de ideas ajenas. Oyen una sugerencia, una opinión con la cual no tienen dificultad en comulgar: al poco tiempo la espetan como propia. No es un matiz mentiroso consciente. Es un instintivo olvido de lo extra-céntrico, nacido probablemente de la necesidad elemental de afirmarse.

En este fenómeno psicológico tan sencillo tiene su origen la gran opinión que ejercen las ideas públicas. En él radica la importancia enorme que adquiere ante la colectividad el publicista capaz de pegonar esas ideas.

Invaden éstas por vía apacible el señorío del *público estable*. Conviértase ésta a la hora de la competición en *público-masa*, y aquella idea que se diluyó en la generosa multiplicación de la Prensa vuelve a juntarse de modo casi mágico; al reconcentrarse cobra un vigor inédito. Se transforma en el lema de la colectividad.

El periodista, con su idea, se ha convertido en líder, caudillo de la masa. Muchas de las acciones que ésta realice le serán imputables.

Mídase la trascendencia que tiene el oficio de periodista deportivo, a quien algunos consideran todavía en el último rango de una redacción. Esos temibles públicos que tanto atemorizan y escandalizan al timorato, están en gran parte en sus manos.

Vimos a un periodista comentar con pertinacia durante toda una semana un suceso irregular ocurrido en la primera jornada de una eliminatoria copera; y presenciamos al domingo siguiente, en la localidad de donde era titular ese periódico, la grosera bronca con que era recibido el equipo forastero, que terminó por poner en punta los nervios de los veintidós jugadores y de los tres jueces. Lo presenciamos personalmente.

Omitimos los nombres de los equipos para no delatar al periodista. A lo largo del partido hubo en el público escenas violentas. Varios hombres fueron llevados por los policías. ¿Quién tendrá más culpa? ¿Estos infelices, víctimas de una locura masiva, o el inoculador del virus que trastornó a la masa?

El público masivo es semejante a un enjambre de abejas. Multitud de seres pacíficos, trabajadores honrados. Basta que uno lance el panfleto retador para que ese enjambre laborioso se torne en el enemigo más temible. El primer aguijonazo es ya el inevitable grito de guerra. Al olor del ácido, todas las abejas se enfurecen y se lanzan a acribillar a la víctima: no hay fuerza capaz de apaciguarlas.

La masa no se para en acepciones de personas ni respetos sociales. Es ilógica, ciega, brutal.

Hay diferencias entre el público de las grandes poblaciones y el de las ciudades medianas. En éstas los periodistas son casi omnipotentes. Hay menos prensa; por consiguiente, cada uno abarca mayor público proporcionalmente. Existe un solo equipo en primera o en segunda división: los restantes son «modestos»; homogeneidad en la afición.

En las grandes urbes la obra del periodista se diluye. Son muchos los rotativos, cada cual con sus opiniones; numerosos colegas rivales. Solo los grandes prestigios pueden marcar su huella en la afición. Y aun éstos con grandes obstáculos: la competencia, la misma heterogeneidad del público.

Un buen periodista es capaz de educar a una afición entera. Hay ejemplos admirables. Indáguese en los orígenes de uno de esos públicos que tienen fama de correctos y siempre se hallará de por medio algún meritorio periodista que trabajó en silencio quizá muchos años, fiel a una moral profesional. La labor de educación popular que llevan a cabo estos hombres debería ser altamente premiada.

Un *Rönisch* desafinado es la cosa más estridente. Llega un afinador; concierta las notas, y se convierte en un delicioso instrumento. Esta es la labor que ejecutan esos críticos deportivos conscientes cuya vida de escritores es un continuo canto a la autenticidad. El desafinado fragor de una multitud apasionada se convierte por obra y gracia de su tesón en atractivo concierto de caballería.

Es esta la primera virtud que debe poseer el periodista deportivo. *Autenticidad* significa ante toda hombría para mantenerse fiel a sí mismo, a sus principios. Mostrarse siempre el mismo sin claudicación. Es virtud radicalmente humana; por eso debe colocarse la primera; porque, ante todo, el crítico deportivo debe ser hombre.

Ha de ser evidentemente hombre de *principios sanos*. Ideas claras que broten de un apasionado *amor a la verdad*. Es un hombre que da públicamente fe de los sucesos que ha presenciado. La tergiversación de la verdad cobra en él un dramatismo especial. Su apasionamiento puede ser causa de grandes daños.

A la verdad se puede faltar de muchas maneras. Con reticencias, omisiones, etc. E incluso recalcando intencionadamente la malicia de algún hecho. Si éste ha existido objetivamente, en vez de revolver las tintas, es menester suavizar, o en todo caso amonestar con autoridad, pero sin excitar rencillas o venganzas personales. Es triste lo que a veces se lee. Quienes lo escriben no debieron pecar en Adán, pues de lo contrario no se explica que tengan la desvergüenza de exacerbar tan despiadadamente.

Los principios sanos han de terminar concentrándose en una gran *estima del deporte*. Conciencia de su utilidad para la sociedad. Debe conocer los valores que encierra cada especialidad. Por encima de intereses personales y posiciones de adulación, tiene obligación de adoptar una postura generosa ante los deportes jóvenes. Precisamente éstos, por la ausencia en ellos de profesionalismo, conservan savia más vital para la sociedad. Indefectiblemente el crítico deportivo debe pronunciarse en su favor. Dígase igualmente de aquellos deportes más completos, y que, por consiguiente, poseen más recursos físicos para enriquecer a la juventud y mejorar la raza. Un crítico influyente que conscientemente se propusiese fomentar con todas sus fuerzas la gimnasia educativa y el atletismo, por ejemplo, sería un bienhechor de la sociedad.

En sus manos también está la oportunidad de hacer resaltar, según las ocasiones, las virtudes auténticas del deportista. Un hecho censurable debe ser inequívocamente repulsado. Aún recordamos con emoción la benemérita carrera periodística de un crítico deportivo que durante más de treinta años se ha mantenido fiel a sus principios y cuya labor recibe su mejor elogio en el ejemplar público que formo.

Mostró un entusiasmo en su prolongado oficio por los equipos locales, con ejemplar respeto hacia los contrarios. Ayuda a los modestos; justicia a los potentes. Siempre las acciones nobles recibían en su plana especiales elogios. Cuando algún jugador joven comenzaba a triunfar estrepitosamente y la Prensa se volcaba en alabanzas, él, con conocimiento de la psicología del joven, no le vituperaba, pero comenzaba a exigirle.

Una extensa página de apología se podría escribir sobre este hombre cuyo recuerdo me asalta constantemente cuando quiero hablar del periodista deportivo.

Sirva el anonimato en que queda para que cada cual lo aplique a quien cree poder reconocerlo en sus virtudes. Cabe señalar una última cualidad, hija generalmente de una condición cumplida. La cualidad es *libertad de espíritu*. Fácil de poseer cuando se cumple la condición: *independencia*. El deporte profesional, actualmente bastante maleado, necesita de voces enérgicas y libres; algo así como aquellos profetas del Antiguo Testamento que descubrían al Pueblo de Dios sus maldades. Críticos libres sobre todo —¿por qué no decirlo?— de las ataduras económicas.

Sáinz de Robles, en uno de sus valiosos artículos de revisión del deporte, exclama: «Tal como está el fútbol español, se impone que los cronistas, únicos capacitados para volverlo a sus cauces de normalidad y «pulcritud», queden por completo desligados de federaciones, directivas, jugadores, mutualistas, etc., etc.; liberados ya para siempre de cualquier conato de servidumbre, por correcta y bien intencionada que ésta sea. Al público no se le sirve lealmente sino con la verdad desnuda.»

Ninguna recapitulación mejor a estas insinuaciones de moral periodística que las palabras que el mismo Romano Pontífice dirigió a la Asamblea Internacional de Prensa deportiva el 10 de noviembre de 1951. «Asumís la tarea de informar y, lo que es incomparablemente más importante, de formar la opinión.»

«La primera condición para conseguir vuestro fin es tener en el fondo de vosotros mismos y manifestar públicamente con la convicción persuasiva, una sincera estima del deporte: explicar sus ventajas, sus verdaderos méritos, su verdadero valor, y hacerlo con esa sobria dirección, mil veces más elocuente y más poderosa que los peligrosos razonamientos o los ditirambos líricos...»

«No faltan ocasiones para una breve reflexión al comenzar o al terminar y, mejor aún, las ocasiones de una simple palabra que aprovecha al vuelo un incidente fugitivo, un gesto, una actitud. A quien sabe observarlos, estos incidentes más rápidos que el rayo le descubren un carácter, una inteligencia, un alma con sus cualidades no solamente técnicas, sino espirituales y morales. A veces basta para evidenciar el valor y las promesas del porvenir de un adolescente o de un joven. Subrayarlas de paso es procurar delicadamente la emulación, el deseo de cultivar los dones naturales innatos, tanto los que son comunes de todos como los que son absolutamente personales: la lealtad *fair play*, la dureza, la atención de los sentidos y del espíritu; el valor, tanto moral como deportivo; el espíritu de equipo, pero extendido a toda la sociedad de la que es miembro: familia, profesión, pueblo y patria, y, en fin, a la sociedad suprema en este mundo, la iglesia. Faltar a los deberes familiares, sociales, religiosos por la debilidad, por burla, por vergüenza, por venganza: he aquí cosas esencialmente antideportivas. »

## CAPITULO IV EL ARBITRO

Uno de los sucesos más interesantes en el deporte moderno es el fenómeno de los árbitros. En algunos deportes espectacularizados, como el fútbol, ha alcanzado categoría de auténtico mito. Lo es hoy el llamado «problema arbitral». Con este epígrafe publica el semanario gráfico *Marca* una página habitual. Se ciñe a los árbitros del fútbol. Clasificaciones por méritos, críticas, anécdotas. Con su lectura se puede barruntar la intensidad casi dramática de este fenómeno específico y singular dentro del ámbito deportivo.

Para enjuiciar con justicia el problema es menester partir de dos hechos incontrastables. En el deporte es indispensable el árbitro. El árbitro es un *hombre*.

La primera aseveración es fácilmente demostrable. El deporte es agonismo concertado. Sus resultados serán: triunfo de uno de los contrincantes y derrota del otro. Alguna regla constituir la norma discriminativa. Alguien debe aplicarla. Un juez, un árbitro.

Si unos demiurgos descendiesen provistos de silbatos y fallaran en las contiendas deportivas de los hombres, qué gran alivio para la afición. ¡Unos dioses que nunca yerran! Aún así, seguiría existiendo el problema arbitral. Es ecuación de muy complejas incógnitas. Arbitro en sí, con tendientes, público sobre todo. El árbitro, hombre, puede equivocarse, y a menudo se equivoca. Los contrincantes pueden sentirse contrariados por fallos del árbitro, o por decisiones justas perjudiciales. ¡El público...!

Un profesor alemán realizó una sencilla experiencia psicológica, que me ha hecho célebre. En plena clase, durante la explicación, conforme a un plan preorganizado, se abrió estrepitosamente la puerta del aula. Un hombre, dando gritos, cruzó vertiginosamente la sala seguido de otro, pistola en mano. Alcanzó una ventana y se tiró al jardín —era planta baja—. En el preciso momento del salto, el perseguidor disparó dos tiros, y se lanzó seguidamente por la misma ventana.

Los jóvenes discípulos estaban aterrados. El profesor, con frases enérgicas y tranquilizadoras, dio orden: «No se exciten; quédense quietos. Como a todos nos pedirán declaración del suceso, escriban en un papel ahora mismo lo que acaban de ver»

Los resultados fueron copiosos para el psicólogo. Apenas unos pocos coincidieron en una sucinta narración objetiva. Casi todos divergían. Algunos vieron un *guardia* que perseguía y mataba a un *malhechor*. Otros un *malhechor* que *hería* a un *ciudadano*. Alguien vio *tres* hombres en vez de dos...

Una esencial limitación humana nos incapacita para comprender la verdad. Ordinariamente solo percibimos aspectos parciales; precisamente solo los enfocados por nuestros particulares intereses o subjetivismos.

Aquellos muchachos no conocían ni tenían intereses por ninguno de los trágicos protagonistas. Eran lo que se suele decir «imparciales». Y muchos de ellos *vieron* sucesos sencillamente opuestos.

### JUECES DEL JUEZ

Trasladémonos a un estadio. Recordemos aquel mágico «poder» de la masa: una especie de polarización eléctrica de facultades perceptivas y volitivo-afectivas. Esa masa quiere que gane tal equipo. ¿Es capaz de observar y ver con objetividad?

Pues estas masas suelen ser los jueces del árbitro. Jueces apasionados y desenfocados en la observación. Implacables en el dictamen. Insultantes y desconsiderados en el trato. Y la que es vicio radical: ignorantes.

Con los máximos respetos para todo espectador particular, le invitamos a que «desde fuera» contemple la masa y reflexione. ¿No hay mucho de cierto en estas afirmaciones?

Posee parte al menos de la verdad don Nivario de la Cruz, actual presidente del Comité Central de árbitros de fútbol, cuando afirma que el problema de los árbitros «no es sino de cultura futbolística general. El día en

que todo el mundo entienda mucho de reglas de juego... dejará de hablarse normalmente de problemas de árbitros.»<sup>1</sup>

No sabemos si se llegaría a tanto; pero desde luego se daría un gran paso hacia la educación cívico-deportiva y hacia la justicia con esos beneméritos del deporte. Sin ellos, éste no podría existir.

Pablo Hernández Coronado, con su habitual gracejo, achaca a todos menos al árbitro las culpas del problema arbitral. «Para resolverlo sería preciso que los jugadores fueran educados; los directivos, educados y sensatos; los periodistas educados, sensatos y conocedores del Reglamento, y el público, educado, sensato, conocedor del Reglamento y desapasionado.» Y añade sobre esto último: «El público no puede ser desapasionado, pues sin la pasión que le empuja a las taquillas se queda en casa y ya no es público. Decididamente, el problema de los árbitros no tiene solución.»

«La cuestión de los árbitros no tiene remedio, porque no la tiene la de los públicos.»

«Cuando alguien tiene una duda sobre el Reglamento de los Derechos Reales consulta a un abogado del Estado; si es duda es sobre el Reglamento de Circulación, consulta a un guardia de la porra; y así sucesivamente: siempre se consulta a un técnico. Pues bien: a los técnicos del Reglamento del fútbol, a los árbitros, no les consulta nadie. Y es que nadie tiene dudas sobre el Reglamento del fútbol, la cual es más meritorio si se tiene en cuenta que ese Reglamento no lo ha leído nadie: mejor dicho, casi nadie.»<sup>2</sup>

Un articulista de *Marca* se quejaba de la falta de interés incluso: «¿Cuántos de los que llenan los graderíos de nuestros estadios se han molestado en dar una ojeada a un reglamento? ¿Se ha detenido usted en ello, amigo lector? En este mismo diario hay una sección que se denomina «Pregunte usted, que *Marca* contesta.» Si se tiene la curiosidad de leerlo, se observará que la mayoría de los consultantes se preocupan de una especie de «cotilleo» deportivo, de saber dónde, como y cuándo jugó el jugador tal, el jugador cual, y que son muy pocos, los menos, los que hacen consultas relacionadas con el reglamento y su interpretación. Y así no se va a parte alguna. Así se va, únicamente, hacia un «hinchismo» vocinglero, fanfarrón y estúpido, vivero de otros males de nuestro fútbol.»<sup>3</sup>

Es cierto que los árbitros cometen errores, muchos errores. Se dan incluso casos de inmoralidad. Unos cientos a miles de pesetas precipitadas en la debilidad humana de un árbitro han determinado en competiciones deportivas desenlaces totalmente antideportivos.

Pero aunque sucediesen muchos casos, es injusta la suspicacia apriorística. Sólo la inducción completa autoriza a una ley. Y muchos, sin embargo, se empadronan en una banderita anímica que tiene más de apriorismo irracional que de sensato y humano empirismo.

Son inadmisibles ciertos tipos de generalización. Con frecuencia, al menor motivo incidental se produce la explosión afectiva de la masa enarbolada con clarísimos conceptos; los que subcientemente alimentan la posición de esa masa. «¡Son todos unos tales!» Injusta universalización.

Sin embargo, ella explica la fácil exaltación. Esa propensión apriorística —repetimos— de las masas a suponer contaminación gremial a las más leve equivocación aclara muchas situaciones irracionales.

«Por mucho interés que tenga una afición en que el árbitro esté bien, lo tiene mucho mayor el interesado, para el que el éxito representa lo que es más que cualquier beneficio tangible: la satisfacción de su «vanidad.» su propia honorabilidad, añadiríamos a las palabras de Hernández Coronado; su mismo prestigio como árbitro, y lo que es más valioso, como persona.

---

<sup>1</sup> Declaraciones a *Ya*. 11.VTTI-1952.

<sup>2</sup> Las cosas del fútbol.

<sup>3</sup> *Marca*, 1-IX-1956.

Al echar gran parte de la culpa a la masa —no toda—, no cargamos la responsabilidad sobre ningún particular o entidad, o peña, a cargo directivo, ni siquiera sobre ese público pacífico que al día siguiente lee los periódicos y comenta; sino sobre el *público-masa* de que en otro punto hemos hablado.

Hoy es fácilmente admitido que él «instinto combativo» es la fuente principal de donde el deporte agonal toma sus energías. Según legítimos psicoanalistas, tal instinto resulta de la fusión de los instintos sexuales con los agresivos, siendo estos últimos una extraversión de los instintos primarios de destrucción. Esta extraversión de instintos destructivos, reconocibles incluso en la simple actividad muscular, produce un beneficio biológico en el individuo, que de otra forma se convertiría en el único objeto de tales energías, pereciendo rápidamente. En esta opinión se apoya la teoría catártica del juego deportivo.

La masa asistente a un espectáculo deportivo participa íntimamente de estas leyes psicológicas. Su necesaria función estimulante de los protagonistas recibe inmediatamente la respuesta en forma de comunicación de esa protagonización; la cual se reviste inmediatamente de las características exclusivas de masa. La extraversión de los instintos primarios de destrucción es una realidad en el vaho caldeado de un hinchismo, agravado por la falsa sensación de acción personal y la irresponsabilidad de lo no imputable.

¿Quién podrá frente al juego rudo y violento de tan primarios impulsos?

Para calar en la entraña de este problema es necesario ceñirla atención hacia otro fenómeno.

### LA CONCIENCIA PSICOLÓGICA

Una de las observaciones más curiosas en la prensa deportiva es el contraste de opiniones de los bandos contendientes tras un encuentro. Cualquier lunes o martes de una semana cualquiera nos trae ejemplos numerosos.

«*El entrenador del equipo X*: No merecimos perder. Aquel penalty fue injusto. La lesión de F. desarticuló a todo el equipo.

*Don Fulano de T., entrenador del Y*: El resultado justo hubiera sido una victoria más amplia. Hemos dominado todo el partido en todas las líneas. Los postes han sido los grandes aliados de nuestro adversario. —¿Y qué afirma del penalty? —Justamente pitado. Fue una zancadilla alevosa cuando ya tenía el gol en la bota.» ¿Cómo es posible tal disparidad de opiniones? ¿Por qué dicen cosas opuestas? Ambos han contemplado los mismos sucesos. Uno de los dos tiene que mentir.

No es necesario. Ambos afirman lo que han visto. La persona humana no es un mecanismo simple que registra automáticamente lo que le dan los sentidos. Estos se ofuscan con frecuencia.

En Psicología Empírica se llama conciencia psicológica a la capacidad de registro consciente y *simultánea* retención de varias vivencias, bien sean exógenas (sensaciones, etc.) bien endógenas (pensamientos, recuerdos, imágenes). Esta capacidad, que depende primariamente de la constitución integral de cada persona, guarda muy estrecha relación con la afectividad. Cuando ésta aumenta, la conciencia psicológica en igualdad de condiciones restantes disminuye. Es típico del histérico una progresiva estrechez de conciencia a medida que avanza su estado patológico afectivo; llega a invadir el campo de los reflejos. Fröbes cuenta el caso de una histérica que el ser llamada por su nombre mientras se peinaba, dejó caer el peine al empezar a hablar. No era capaz de simultanear estos dos actos: hablar y sostener el peine en la mano.

Cuando presenciamos un encuentro deportivo nuestra situación psíquica se va alejando de la normalidad a medida que aumenta la tensión emotiva. Suceden en el terreno de juego muchas cosas; cada vez vemos menos. Suele ser ordinario no contemplar más que a los propios jugadores, sin apenas percibir la marcha de juego del contrincante. En un momento dado, uno ansia solamente ver el balón en la red contraria; sólo contempla los remates de los suyos. El equipo adversario es como una masa difusa, inactiva, que tiene suerte. La experiencia más aleccionadora es presenciar un encuentro del equipo favorito en campo contrario. La primera vez, uno no aguanta tamañas sandeces, que dicen los que le rodean.

En encuentros decisivos —eliminatory, finales— la tensión sube a tal punto que el estado psicológico de la masa llega a patológico. Sugestibilidad, pasión, ceguera. Nada más cercano a los enturbiamientos de conciencia, obnubilación, estados crepusculares del histérico. En tales estados se llega a perturbaciones delirantes de la percepción y de las acciones.

Por eso la incorrecta percepción de la realidad hace que, aún lejos del calor de la contienda, los relatos sean dispares. Público, jugadores, periodistas.

A modo de ejemplo recogemos aquí algunos comentarios de uno de los partidos célebres jugados por el Real Madrid en la Copa de Europa.

El 14 de noviembre de 1956 devolvía la visita al Rapid de Viena, a quien en Madrid había vencido por dos tantos. El encuentro debió ser duro, y a punto estuvo el Madrid de ser eliminado. Un gol de última hora logro poner el fatídico 3-0 en 3-1, y forzar un desempate.

Decisiva influencia en el partido tuvo, por lo visto, la lesión del central madrileño Oliva, retirado del campo a los seis minutos de juego. Di Stéfano tuvo que cubrir su puesto; perdiendo con ello el equipo su eficacia realizadora.

De la dureza de los austriacos informó, entre otros, el enviado especial de *Marca*. Pero la sorpresa fue al día siguiente, cuando por el mismo *Marca* y otros periódicos se enteran los seguidores madrileños de que la prensa austriaca había ponderado reiteradamente la excesiva dureza de los españoles: «Las *hachas* vascas —los españoles— derribaron con su afilado corte a los *suaves sauces* —los austriacos—.» Por lo visto, añade el comentarista madrileño, hacen alusión a una especie de «siega».

En contraste, el mismo periódico publica una fotografía del defensa Lesmes irremediamente tumbado en el suelo. Oliva volvió con la pierna abierta; el portero Alonso con la mano escayolada. Hace «interviu» a tres hombres, y los tres vienen al lugar común:

*Lesmes*: «...Se han superado en dureza, que rayaba en la violencia, sobre todo su defensa y el delantero centro, que con sus terribles «planchas» era un continuo peligro para nuestra integridad física. Ahí está Oliva, que cuando sacaba limpiamente un balón, recibió uno de esos «planchazos» del delantero centro austriaco que le abrió la pierna como si le hubieran cortado con una navaja. Después se veían alentados por el público y se crecían aún más en su dureza. Cómo diría un andaluz, «¡chiquillo, aquello era una cosa mala!»

El entrenador *Villalonga*: «Ellos no han tenido ningún lesionado; nosotros, tres, pues también Atienza sufrió un fuerte golpe en la rodilla, aparte de que casi todos los demás vienen con claras señales de que si hubo juego violento no fue precisamente por parte del Madrid.»

El presidente *Bernabeu*: «... Los jugadores vieneses han sido terriblemente duros, viéndose alentados en esta actitud por el público..., que contrasta notoriamente con la conducta correctísima de los dirigentes del club austriaco.»

Impresión definitiva del historiador neutral: Verdaderamente, debió de haber mucha dureza.

Así se juzgan los sucesos deportivos.

Ante tales jueces y magistrados se presenta un hombre en muy singulares condiciones.

## EL ARBITRO

Es uno cualquiera de los aficionados que, impulsado por sus especiales tendencias, por gusto, por ascendiente entre amigos o por pura casualidad, un día comenzó a arbitrar. Le gusto, se fue aficionando, y se convirtió en árbitro habitual. Sus éxitos le han encaramado a la opinión federativa; el se ha animado, y hoy es árbitro oficial federado.

La historia de casi todos. Es un hombre. Puede equivocarse —repetimos—. Con frecuencia se equivoca. El ha procurado estudiar el reglamento. No puede evitar sus yerros. Es, como hombre, limitado. Más aún: es un deportista lleno de afición. Si no, nunca hubiera sido árbitro. «Lo que arrastra al árbitro es la afición —afirma con experiencia Nivario de la Cruz—. No tiene cuenta arbitrar pensando en el dinero, porque el arbitraje a nadie enriquece. Las percepciones podemos considerarlas signo de compensación; por viajes, por trabajos perdidos; pero nada más. Creer otra cosa es equivocarse de medio a medio.»<sup>4</sup>

«El aspirante a árbitro es un gran aficionado que siente verdadera vocación.»<sup>5</sup> Es esencial en el deporte el agonismo. Por consiguiente, todo verdadero deportista, actor o espectador, participa de la pugna, de un afán de victoria. El espectador imparcial que presencia con indiferencia afectiva una competición por solo el placer estético, degusta un elemento que existe en el deporte, mas no es integralmente deportista; le falta su especificación. Por eso afirma José María de Cossio: «Todos desean que gane su equipo, aunque juegue peor; porque asistentes al fútbol totalmente neutrales, conste que al cabo de cuarenta años de ver fútbol —aplíquese lo mismo a otros deportes—, aún no he encontrado ninguno... En ningún espectáculo se aplaude a los actores si lo hacen mal, y en cambio, en el fútbol, más veces de lo conveniente, se aplaude en un mal partido, y el que juegue bien el equipo adversario lleva hasta a la indignación y la violencia del público. Si el fútbol fuera tan solo espectáculo no sucedería esto.»<sup>6</sup>

Es tan esencial al deporte el agonismo, y, por consiguiente, el afán de victoria, el favoritismo, que con frecuencia, encuentros cuyo comienzo presenciarnos con imparcialidad los concluimos marcadamente a favor de uno u otro. Será por alguna simpatía accidental, una jugada que nos cautivó, etc. Es la derivación ordinaria en todo espectador auténticamente deportista.

Los árbitros vienen del campo neto de los deportistas. Hay que contar, pues, con esta realidad. Por recto e imparcial que sea, no puede librarse muchas veces de un acercamiento afectivo a uno de los contrincantes. Es fácil, además, que, aun sin quererlo, tenga su club favorito, por afinidades regionales, profesionales, etc.; con las consiguientes rivalidades de otros.

Todo esto, aunque sus propósitos de imparcialidad sean sinceros y fielmente ejecutados, determina un cauce afectivo involuntario con muy concretas consecuencias. Su mayor o menor estrechez de conciencia psicológica le impide una visión global de todos los sucesos. Ve claramente los que son favorables a su constelación afectiva. Se le escaparán más fácilmente incidencias contrarias a su polarización.

En un partido de baloncesto, cuando ataca nuestro equipo, vemos instintivamente la cesta y la línea de jugada que a ella conduce. Cuando acosa el contrario, nos fijamos en la «zona». En el fútbol serían la portería o el *offside*. Esto puede suceder a un árbitro inculpablemente. Volveremos a aflorar a unos dioses infalibles, sin *pazos*, sin preferencias. O, en solución puerilista, ¡unos árbitros mejores! ¿Dónde? Serán hombres al fin y al cabo. Sujetos, como éstos que hoy conozco, a las limitaciones humanas<sup>7</sup>.

Esta observación no retira nuestro decidido aplauso a la idea lanzada por «Solidaridad Nacional», y el deseo de que se extienda a otros deportes. Más todavía. Las decisiones del árbitro han de ser instantáneas, y, además, definitivas, irrevocables. Nos arrepentimos con frecuencia de acciones ejecutadas *con precipitación*, «a tontas y a locas», o, con más actual popularismo, «a lo loco». «Lo hice sin pensar; no reflexioné; no pude tener culpa...» Se equivocan tribunales competentes, de hombres sesudos; especialistas, tras largas deliberaciones. ¡Qué será un solo juez, impresionable, afectivo, sometido además a las altas presiones de trance deportivo —intrínseco —y masivo —extrínseco—? Precisamente del propio trance deportivo es de donde el árbitro puede sacar «fuerzas de flaquezas» y superar estos abultados *handicap*.

Pero *vamos a* interrumpir el tono apologista y a mirar también al árbitro por un momento con ojos serios.

<sup>4</sup> Declaraciones a *Ya*, 21.VIII-1956.

<sup>5</sup> Nivario de la Cruz: Declaraciones a *Marca*. 8-XI 1956.

<sup>6</sup> Prólogo a *Las cosas del fútbol*, de Hernández Coronado.

<sup>7</sup> La creación de una «Liga Europea de Árbitros de fútbol va camino de ser una realidad. Excelente idea promovida por el periodista barcelonés Alfredo Rueda. Sin duda aportará grandes bienes. Menos suspicacia en los públicos, y más éxitos para los árbitros en países extranjeros. «Ninguno es profeta en su tierra». No obstante, la intrínseca limitación del juez y la aberración perceptiva de las masas seguirán poniendo fuertes trabas a la utópica felicidad.

## IMPERDONABLE

Hemos buscado el calificativo más duro. Una cosa puede ser considerada intolerable. No se admite, *no* se aguanta; pero más aún luce el resquicio del perdón. Por eso, más granítico que lo intolerable es lo *imperdonable*.

Tal es el calificativo adecuado al arbitro inmoral. La sociedad tiene obligación de ser benigna, respetuosa; tiene obligación en bien del deporte colectivo, de echar a buena parte los yerros de los que ella misma escoge como jueces do acordadas contiendas; suponer su buena voluntad. El respeto a la autoridad lúdica es la mejor garantía de felicidad deportiva. Pero por estas *mismas* razones tiene que ser inflexible, casi vesánica, con los defraudadores.

Un árbitro cuya calculada fullería es descubierta y como probada, no tiene derecho al perdón social deportivo. No porque se pretende rectificar a Dios, que siempre perdona, sino por ejemplaridad. En su vida particular podrá merecer todos los indultos; una actuación deportiva debe concluir en picado. Los comités de competición, las federaciones, deberían volcarse aquí, con las sanciones mis densas, capaces de hundir definitivamente la vida deportiva de ese estafador do confianzas.

*También, los periodistas* tienen mucho que opinar en estos casos. Menos cicaterías y sensibilidades en confusiones aisladas o inculpables y más valentía en fraudes de connivencia. La recia responsabilidad del periodista es formar la opinión pública; educar. Y en el mundo del deporte, educar al pueblo deportivamente, cosa de bastante trascendencia, dadas las altas virtudes chicas que se ponen en juego. Un comentario drástico contra una equivocación arbitral, por la única razón de haber perjudicado sus propias aficiones, es síntoma de debilidad profesional. Una indignación implacable contra una comprobada mala voluntad es decisivo acierto y fuente de enérgicas convicciones. Leernos con demasiada frecuencia «tiquis-miquis» — puras ruindades—, criticando a éste o a aquel porque pitó injustamente aquella falta. Nos fijamos un poco, y comprobamos que aquella decisión arbitral perjudicó los obvios intereses del articulista. Es una perla; pero es realidad frecuente.

Piense el periodista y observe que no es muy viril su posición hostigadora desde la impunidad de una redacción cuando no obedece a más altos intereses que a sus preferencias. Fácil es ver los toros desde talanquera.

El árbitro, a quien castiga con sus invectivas, tendrá que afrontar mañana el clima duro de una masa calentada. Si lo hizo inculpablemente, simple equivocación, no ha merecido semejante trato. Si la realizo a conciencia, no tiene por qué volver a pisar un campo como juez.

Mientras no se compruebe una irregularidad voluntaria, el periodista debe interpretarle benignamente. Es de inmediato y fácil éxito ponerse de parte de la hinchada local. Pero de más altura ética, cívica, bien del deporte y prestigio a la larga del propio articulista, situarse por principio del lado de la autoridad. Si después se comprueban fraudes insalvables, entonces sí: sin perdón como deportista.

Depreciaría su alta misión de educador el periodista que se limitase a engrosar la impersonal masa de «jueces de juez.»

## FUERZAS DE FLAQUEZA

El árbitro, como actuante deportivo, se zambulle por entero en el trance agónico-lúdico o trance deportivo.<sup>8</sup> Pero por su especial función como convergencia de afectividades frecuentemente su posición se transforma en *situación de emergencia*. En ella y en la provocación refleja de reservas psicológicas radica precisamente la posibilidad de superación de actitudes anómalas.

Una equivocación sensible en partido de suma trascendencia, con el consiguiente enardecimiento de la masa, duros insultos cercanos, producen una primera alteración de ánimo. Esta obstaculiza el normal

---

<sup>8</sup> En el cap. II de la tercera parte se hace un análisis de este concepto.

funcionamiento de los mecanismos psíquicos, provocando nuevos errores. Circulo vicioso. Desde este momento solo los sujetos dotados de poderosas energías latentes son capaces de rectificar. Son los únicos aptos para el arbitraje.

Entraríamos de lleno en un estudio caracterológico si pretendiésemos una solución detallada. Pero rebasaríamos con mucho el estilo de estos ligeros ensayos.

Nos bastará esbozar algunas aptitudes fundamentales de tipología funcional. Es preferible la frialdad a la emotividad. Las razones son obvias. No es necesario que esta ausencia afectiva sea de naturaleza; vale también la superación por hábito. En ocasiones resulta incluso mejor por lo que puede suponer de acopio energético para necesarias coyunturas. Un apasionado, por ejemplo<sup>9</sup>, posee más capacidades coercitivas y de sugestión que un flemático.

En general, los máximos de su perfil psicológico deben apuntar las zonas anímicas donde se inscriben:

- Imparcialidad.
- Valor.
- Decisión.
- Sentido moral.
- Autoridad.

La primera cualidad se podrá garantizar en aquellos individuos cuya perceptividad sea según el lenguaje de los psicotécnicos, con predominio de la *objetividad* sobre el *subjetivismo*. Más receptivos que creadores o imaginativos; y en otro orden, *independientes*, autárquicos; no sugestionables.

El *valor* es fácilmente reconocible en multitud de hazañas diarias. Tiene muy hondos y complejos orígenes, de constitución y funcionalismo somático y psíquico. Va también relacionado, entre otras cosas, con la últimamente citada autarquía anímica (no confundible con la introversión). El valor ha sido objeto de largos estudios. Se afina reciamente, al igual que el tono de *decisión*, que la independencia anímica, que el influjo, que la conación, que la fuerza autoritaria, en la masculinidad. Siempre en la historia de los pueblos se reservó a los hombres la función de dirimir contiendas. La fisonomía del juez ideal nos señala la virilidad. He aquí otro requisito del tipo árbitro.

Merece un mínimo de reflexión la última condición apuntada: *autoridad*.

¿En qué consiste? Hay que distinguir la autoridad ética de la psicológica. La primera es el derecho de obligar a los miembros de la sociedad a la cooperación del bien común. La autoridad de un gobernante, del jefe de cualquier sociedad o sección, pertenecen a este tipo; a ella se refiere la frase: «Acatar la autoridad.» Es un derecho que radica en la sociedad como tal y que recae sobre determinados individuos, según la voluntad expresa de los mismos miembros o los tradicionales requisitos aceptados por los mismos como costumbre electiva.

El árbitro, por el hecho de ser designado, posee tal autoridad. En esa cuasi sociedad lúdica, donde existen unas leyes y un poder ejecutivo por común acuerdo, él manda.

Pero generalmente la felicidad de la gestión autoritaria está vinculada a la correspondencia *psicológica*, de tal autoridad. Esta es la que señalamos como condición constitutiva de la aptitud arbitral. Hay personas «de gran autoridad», aunque no sean autoridades. Se trata de un don psicológico que emana de toda la personalidad. Autoridad intrínseca; a diferencia de la extrínseca designación por la que se recibe el poder de hecho. Es la que llamamos *autoridad psicológica*.

En su determinación actúan una inmensa complejidad de factores que recorren un vasto terreno desde aptitudes físicas —nunca despreciables— hasta las más intensas cualidades de carácter, morales, intelectuales. El dominio de sí mismo, la firmeza, la energía, conación, inmutabilidad, atención distribuida,

---

<sup>9</sup> Según el esquema de Heymans-Le Senne, bastante distinto en su acepción del sentido vulgar.

ciertos imponderables de humanismo y bonhomía sin blanduras..., son parte de los ingredientes reconocibles. Pero siempre queda un alga especial, volátil, impalpable, lo más específico de la autoridad psicológica.

Vemos actuar a un hombre. Afirmamos: «Tiene autoridad.» Nos será difícil concretar con precisión por qué. Pero se impone.

La repetición frecuente de “actos de autoridad” en quien posee condiciones, garantiza su estabilidad y su incremento. Es útil al árbitro el ejercicio asiduo de estos resortes, y en ocasiones convendrá hacerlos bien patentes para convencimiento de los demás y afirmación propia.

Muy bien respondió en este sentido el árbitro de baloncesto Luciano Sánchez a las impugnaciones que le hacían algunos de los protagonistas de un final del Campeonato de España 1956, Aismalíbar-Real Madrid. Recordemos los sucesos.

Son los segundos finales del encuentro. Aismalíbar gana por un punto. El griterío emocionado del público en casi ensordecedor. El cronómetro está llegando al 60. En esto, un jugador del Madrid, Alcántara, en objeto de un personal que, al unísono, pitan los dos árbitros, Rivadeneira y Sánchez. En medio de intenso entusiasmo, los jugadores del Aismalíbar se abrazan, porque, simultáneamente al silbido, se había producido —aunque débilmente oído— el disparo de fin de encuentro.

Unos, que habían pitado antes de concluir. Los del Madrid, claro está. Otros, los del Aismalíbar, que el fin del partido fue antes de que pitaran. El consiguiente alboroto. Luciano Sánchez se dirige a la «mesa», donde le informan que el silbido fue antes de concluido el encuentro. Ordena la ejecución de los dos tiros. Arrecian las protestas. Al fin, Alcántara «tira» la «doble». Logra una «cesta». Empate. Prórroga. Victoria final del Madrid. Los comentarios vinieron después, y entre ellos, el benemérito y gran jugador internacional, Kucharski, se permite rebajar a los árbitros. Luciano Sánchez no se asusta ante la personalidad de Kucharski, y responde a las preguntas del periodista<sup>10</sup> con *autoridad*: «—Me extraña que Kucharski, que tiene bien probada su ecuanimidad, diga que «la decisión de los árbitros fue totalmente injusta». Quede bien claro que ni correcta ni enconadamente protestaron contra los árbitros. No pudo por ella haber coacción de ninguna parte. Tampoco lo hubiera consentido. Son muchos los partidos trascendentales que he arbitrado, y saben perfectamente que no soy un «bisoño» para dejarme llevar por grito más a menos.

«—Pues Kucharski dice que no tenéis «talla» y que siempre estáis expuestos al fracaso. «—Eso tiene gracia. Sé perfectamente, por un directivo de la Española, que al llegar a Madrid preguntó quiénes iban a arbitrar, y cuando le dijeron que uno de dos era yo, se mostró complacido. Llevo muchísimos años arbitrando, y aparte de la infinidad de partidos regionales, nacionales, de las organizaciones del Movimiento, etcétera, que he dirigido; en los seis últimos años he actuado en todas las semifinales y en cinco finales —algunas a petición de ambos clubs—, tres Castilla-Cataluña y encuentros internacionales de la F. I. S. E. C y de la F. I. S. U. No he tenido ningún fracaso, y si, en cambio, bastantes felicitaciones de jugadores y directivos, y se me ha concedido la categoría de internacional, único que la posee de los no madrileños ni catalanes. Creo que no es un mal historial. Ni puede empañarlo la decisión de una «mesa», a aunque hubiera sido de uno mismo, hasta el extremo de considerarse por ella que uno no tiene talla.»

Sin caer en la presunción, es acertado y contundente sentar bien los hechos. Es también condición señalada para la función arbitral esta positividad en las reacciones. Ante las contrariedades hay dos grandes géneros de respuestas: unos se amilanan, se inhiben, o adoptan escapes marginales, más o menos patológicos. Son las reacciones de orden negativo. Otros echan mano de sus reservas, se crecen, aceptan la realidad de frente; se encaran con ella. No precisamente los «gallitos» o fanfarrones, posición falsamente positiva, que responde en realidad a una compensación lateral, sino los hombres claros, firmes, con escasez de complejos derrotivos en sus hábitos.

Este linaje de sujetos halla en trances ariscos un estimulante. Es sabido que nuestra actual manera de responder es la síntesis de multitud de hábitos de conducta, complejos más a menos superados, con sus correspondientes compensaciones. No calculamos la huella que puede dejar en la personalidad una

---

<sup>10</sup> Marca. 2-VII-1936.

determinada respuesta huidiza en periodo evolutivo; inaugura quizás un cauce definitivo. La reiteración de actos análogos con análogas reacciones cristalizará en una nueva manera.

Los educadores han de abrir desmesuradamente los ojos para encauzar todo este dinamismo. Constituye una de las dos coordenadas de la conducta: herencia (*maduración*) y *aprendizaje*.

En el problema concreto del árbitro aplicaremos la ley general. Junto a la importancia de la herencia constitucional, el medio, o —con término más moderno— el *aprendizaje*, puede facilitar mucho la formación de hombres especialmente capacitados. Es fácil inculcar en muchachos dotados de natural nobleza un sentido definitivo de justicia, aplicada a trances deportivos. «Yo no voy a favor de nadie» «Pitaré todo lo que vea» «No me importa lo que opinen» «No temo a nadie» «Seré justo. Seré justo». La repetición interna y convencida, con la consiguiente decisión volitiva, crea en el propio muchacho un clima psicológico moral que, traducido en actos, llega a adueñarse de la zona del automatismo psicológico. Ya está el sujeto apto.

En las situaciones especialmente difíciles, la pedagogía es idéntica. Repetimos que hay que partir de bases temperamentales idóneas. Nunca naturalezas depresivas o propensas a manías. Ha llegado la «situación de emergencia» —un irreprimible estallido de la masa—. Todas las reservas de la personalidad entran en función. Su poder autárquico logra una especie de aislamiento. Un foso rodea el castillo. Así puede tomar decisiones personales. La más directa, en un psiquismo sano y valiente, es la autoafirmación. La emergencia afectiva actúa a guisa de sublimación. Se ha salvado el hundimiento psicológico. Podrán repetirse los errores; pero no como víctima del naufragio.

La recapitulación nos dicta una fórmula dominante. Aptitud y moralidad en el árbitro. Buenos ojos y positividad en los periodistas. En el público: tendencia a la objetividad<sup>11</sup>; menos acritud en su juicio; también *buenos ojos* y positividad. Todo lo cual se resume en un concepto: *educación deportiva*.

Es un disparo en el blanco el simpático retruécano de Hernández Coronado: «La solución de la cuestión arbitral no puede buscarse a través de los Colegios de Árbitros, sino de los colegios de Primera Enseñanza»<sup>12</sup>.

---

<sup>11</sup> No se puede hablar de objetividad absoluta.

<sup>12</sup> *Las cosas del fútbol*.

**TERCERA PARTE**  
**CAPITULO PRIMERO**

**EDUCACIÓN Y DEPORTE**

«Los pedagogos que se dedican a la juventud hace tiempo que han notado que jara su labor en la época moderna no son completamente satisfactorios los medios antiguos. No es que haya cambiado el tipo eterno del joven: ha cambiado el mundo que le rodea.»

**TIAHAMER TÓTH.**

En la rugosa región de los Cárpatos había ida el novel maestro Borsa a consultar al «viejo del bosque»

En el atardecer corpulento, las hayas retorcían sus músculos otoñales.

Borsa regresaba ya a su casa. El disco incandescente que hendía la montaña enrojecía su cara angulosa. Borsa descendía por los vericuetos como un autómatas. Sus ojos no se filaban en los cantos que pisaba; miraba hacia dentro. Todo su ser, como la luz monótona de la tarde, permanecía inmanente.

Era como una idea hegeliana hecha carne por los montes de Rutenia.

La respuesta lacónica del «viejo» se repetía indescifrable. En sus oídos, en su pecho, en su mente, resonaba el mismo disco. ¿Qué significaba aquel misterioso trípico? «Vive. Vuelve a nacer y da tu doble vida».

Borsa, el maestro venerable, sigue enseñando a las nuevas generaciones de las aldeas cretinas de la sierra. No ha olvidado el consejo antiguo del «viejo». Cincuenta años de enseñanza. La experiencia le ha saldado las virutas de la vida. Borsa venerable sabe mucho. Pero el trípico del «viejo del bosque» sigue indescifrable.

Si fuese «vive y da tú vida», estaría claro; pero «vive, vuela a nacer, y da tu doble vida», incomprendible, cien veces incomprendibles.

Una noche sueña: Un anciano de barba blanca, cuyos sabios consejos, por aburridos, no quieren escuchar los niños, comienza, al conjuro de un misterioso elixir, a perder estatura; va decreciendo, decreciendo, y queda convertido en un ser de la misma altura que los niños, pero con barbas blancas. Se pone a jugar con ellos: un niño más. Ríen todos, corren y saltan. De pronto, el niño de la barba anciana llama a los demás. Empieza a hablar. Le hacen corro. Las bocas abiertas de los compañeros detienen la respiración para escuchar mejor. Y el niño anciano se remonta por las rutas de viejas experiencias y habla, habla. Su voz y su mirada son de niño, pero su ciencia es de sabio. Habla, habla sin cesar, y enseña.

La luz de la mañana que despierta al anciano Borsa, es pálida. Mucho más potente, como un foco candente, fulgura en su interior la chispa que descifra el enigma. Borsa venerable siente latigazos en su pecho, palpitations jadeantes. Llama a sus hijos; pero su voz se clava en las paredes de la habitación. Está frenéticamente alegre. El pecho le atenaza. Llama de nuevo; ahora, el sonido se agarra a las paredes de la glotis y no sale. Siente frío en la nuca. ¿La muerte? Sigue frenéticamente alegre. Quiere enseñar, enseñar a todo el mundo. Tiene un secreto nuevo, él, el viejo maestro. Los golpes de la aorta van cediendo; un escalofrío. Palpa una sensación de vacío, palpa su propio acabarse. Entonces, como un profeta iluminado, se yergue, y con esfuerzo sobrehumano explica su secreto para que lo oigan sus hijos. Una ráfaga de aire helado de la sierra corta sus últimas voces. Caer encogido sobre el lecho, como un pájaro muerto en invierno.

¡Pobre Borsa venerable! Solo los silbidos del viento llevaron al cielo pálido su secreto descifrado. Cuenta la leyenda que este secreto quedó vagando por los aires, y ya solo es dado recibirlo a aquellos que son especialmente señalados desde lo alto.

Por eso, dicen, el arte de educar se ha convertido en uno de los más difíciles.

## EDUCACION Y VIDA

Hay un problema fundamental del que se derivan la mayor parte de los obstáculos con que se encuentra el pedagogo.

Este podrá dar ciencia, podría dar ideas, incluso el ejemplo de su propia vida. Pero siempre hay un hiato imposible de disimular. Su tiempo ya pasó. El mundo de la juventud que tiene delante es distinto del suyo. Quizá sea ésta una de las verdades más difíciles de comprender. Nunca queremos convencernos de que nuestro tiempo ha pasado.

Repasemos ante todo las ideas fundamentales que sobre el concepto de *educación* se han dado.

Todos los pedagogos, excepto, en cierto modo, los partidarios del concepto cultural-filosófico de la educación (Spranger, Litt, Sturm), convienen en distinguir perfectamente esta de la *instrucción*.

Educar es algo mucho más vital que instruir.

Se señalan claramente dos grados en el modo de concebir la educación.

El primero es el mejoramiento del individuo, mediante el desenvolvimiento de sus aptitudes en lo objetivo. Según esto, se habla de educación de realidades, económica, política, patriótica, social, artística, estética, de una educación del sentimiento, de las pasiones, del corazón, etc. El objetivo es el perfeccionamiento de las concreciones del hombre; de sus facultades, en cuanto que son humanas o en cuanto que tienen un contacto con las formas concretas del mundo exterior.

Un segundo grado, más excelente, más completo, que absorbe toda la concepción del primero, asimilándola y enriqueciéndola, es la que mira directamente a la unidad del ser viva hombre; y, en paridad con el desenvolvimiento teleológico de cada órgano biológico sometido al fin superior del «uno», subordina todos los aspectos formativos del individuo al fin próximo y, ulteriormente, el supremo de éste. Al considerar al hombre como ser racional y reconocer en él la supremacía del espíritu, ordena toda su actividad conforme a la jerarquización de valores: espíritu, cuerpo; y por encima de esto, pero apoyándose en ello, atiende primordialmente al fin integral del *hombre*, y por él, a su fin supremo.

Así se comprende esa definición, que puede parecer parcial, pero que apunta directamente al fin primordial de la educación. «El fin de ésta —dice— es espiritualizar los más bajos, sensuales, instintos del hombre.» (*Tihamer Tath.*)

Bajo esta luz entiéndanse las célebres opiniones:

«Educar es enseñar a hacer buen uso de la libertad.»

«Educar es enseñar a vivir bien.»

La fusión de ambas nos da una fórmula feliz:

«Es enseñar a vivir bien haciendo buen uso de la libertad.»

Vivir bien; es decir, de acuerdo con el fin último del hombre, haciendo buen uso de la libertad, porque, como el hombre es un ser libre, solo mediante el ejercicio de esta facultad, y gracias a él, cumple con su fin.

Esta enseñanza ha de efectuarse no a modo de invasión de una fuerza exterior —la del educador— que se impone al educando, sino provocando el recto desarrollo de sus energías potenciales. Para presentar cualquier objeto de ciencia, fe, alegría, es menester suscitar las fuerzas embrionarias que se alejan en el educando, capaces de asimilar estos objetos.

El cultivador solo riega, endereza y poda. La fuerza vital del desarrollo se suscita en la misma planta.

Las síntesis elaboradas por el educador han de servir únicamente de riego a estímulo; de guía que conduzca y enderece; de norma prudencial que puede.

El niño sobre todo, y también el adolescente y el joven y el hombre, son determinados en grado superior al que se cree por impulsos minúsculos. Todos imitamos constantemente en nuestro proceder físico y psíquico. Aún el hombre que se crea de más personalidad e independencia lleva en todas sus acciones la impronta de otros sujetos, y hasta en plena madurez es susceptible de recibir muchas intromisiones subconscientes y semiconscientes de los demás.

El moderno concepto social de la educación (Nartorp, Kriek), pronunciados ya por Fichte, Pestalozzi y Schleiermacher y aun por los mismos Platón y Aristóteles, saca de esta realidad una de sus más fuertes pruebas psicológicas. Y así, concluyen: «Todos educan a todos continuamente». Nadie puede sustraerse al *espíritu objetivo* del ambiente, que, en definitiva, es la resultante de los *espíritus subjetivos* de los miembros de la sociedad que lo engendra.

Para enseñar a vivir a un joven, primero hay que *saber vivir*. Después no hace falta más que el contacto con él, cuanto más continuo, mejor. El enfrentarse juntos, educador y educando, con las cosas de la vida, en el trabajo, en el juego, en el descanso, va ejerciendo una osmosis, más que ideológica, *vital*, que concluye con la reproducción anímica en el educando de su maestro. Un concepto de la vida idéntico, un reaccionar ante los problemas, salvadas naturalmente las diferencias de la personalidad.

Esta osmosis no significa invasión usurpadora de personalidad. Se produce por la presentación ante las facultades dinámicas y llenas de capacidad del educando de los objetos asimilados y plenamente integrados en el educador. Las posibilidades gemelas de asimilación se determinan hacia los objetos en análogas formas. De ahí que educa mucho más el ejemplo de vida que la pura doctrina.

*Saber vivir* es asequible. Pero cada uno vive en su tiempo. Basta un intervalo de veinte años para comprobar que el mundo que rodea al joven ha cambiado. Intentar vivir en este nuevo mundo es factible. Pero no ya como joven, sino como mayor. Este es el problema. Solo las almas enriquecidas con un don especial de adaptación y con lo que podemos llamar «humildad de **generación**» son capaces de salvar el hiato. Y estas almas son pocas.

La segunda parte del anciano consejo decía: Vuelve a nacer.

El avance ideológico y social de mundo no es manso y continuo, sino intermitente. Hay épocas en las que diversos desencadenantes sociales hacen precipitarse los acontecimientos. Y la sociedad se transforma en poco tiempo con velocidades inusitadas. Entonces, quince y veinte años pueden suponer una imitación superior a cien años en época normal. La historia está llena de esos dislocamientos.

El problema que hemos planteado se agiganta cuando llegan esas alteraciones de la corriente del tiempo. La generación de los maestros se lleva las manos a la cabeza: «¿Dónde vamos a parar con esta juventud?» En el fondo late una cosa: falta de «humildad de generación». No intentes detener a la juventud. Retírate tú, si has pasado, y cuando ellos desfilen ante ti, obséquialos con tu consejo sabio —lo necesitan— y ponte a mirar con expectación; ya verás como también ellos hacen grandes cosas.

Este es quizá problema fundamental en la educación. Las otras cuestiones, ideología, técnica, son fácilmente subsanables, a no ser en el aspecto que roza con él. Muchos hablarán de escollos tremendos al querer compaginar permanencia y asimilación moderna. En realidad no es más que una faceta del único problema de la adaptación.

El conocimiento intelectual científico de *el niño, el adolescente, el joven* no es el nudo gordiano. Cada vez se descubren más recónditos misterios y se escriben valiosos libros.

La pega radica en el conocimiento *vital*. El adolescente de hoy, con los problemas de hoy, con la fantasía y afectividad incubadas en la actual canícula. Conocimiento fundamentalmente vedado al adulto; porque la fuente de mayor ilustración psicológica acerca del prójimo, la analogía, se torna aquí equivocidad. Pueden

existir tales diferencias de mundos, sobre todo en esos periodos de desenlaces vertiginosos, que no queden apenas puntos comunes de referencia.

El problema se agudiza. Este conocimiento *vital* entraña una *comprensión*, que abarca también las proyecciones afectivas y aún osmóticas del pedagogo.

El educador no puede convertirse en un asalariado que encuentra en el ejercicio pedagógico la solución de sus necesidades.

El acceso al templo sagrado de la educación no se determina por simples actos voluntarios, sino por condiciones psicológicas. El educador, evidentemente, *nace*. La aptitud específica para su obra se ha engendrado en una capacidad natural de *volver a nacer*.

Se ha engrandecido la técnica de la orientación profesional. Pero aún es incipiente en cuanto a descubrir pedagogos. El don excelso que éste ha de poseer no es alcanzado aún por el detector frío de los tests o de las oposiciones.

Tampoco es mera cuestión de corazón. Este es imprescindible, pero no basta. Radica en un problema principalmente psicológico.

Vamos a detenernos en una explicación. Precisamente los problemas que encuentra el deporte y la educación física en la educación actual se relacionan muy íntimamente con este otro fundamental de la aptitud educacional.

## DOS TIPOS PSICOLOGICOS

Los psicoanalistas han levantado el telón que cubría muchos de los impulsos eficientes de nuestro obrar. Las teorías de los *complejos* y de las *compensaciones* de Freud y Adler (súper-compensaciones), si bien exageradas e ingenuamente omnivalederas, nos transportan no obstante a un escenario fecundo de auténticas realidades. Muy bien afirma el doctor Oliver Brackfeld<sup>1</sup>: «la vida es un juego de compensaciones». Diariamente lo experimentamos. Lo sorprendemos en nosotros mismos, y por analogía o por sincera espontaneidad, lo descubrimos en los demás. El examen genuino de las causas de nuestro obrar, es decir, de nuestras tendencias, nos descubre el yo arrastrado por multitud de complejos que gritan hasta enronquecer, buscando en nuestra actividad consciente las respectivas saturaciones. Todos nacen del principio fundamentalmente egoísta de la satisfacción del «yo» (podría admitirse una «libido» freudiana, pero rebasada al estilo de Yung). La denominaremos egocentrismo, utilizando término de más recia consistencia.

No hay por qué asustarse de oír llamar las cosas por su nombre. Las innumerables acciones que diariamente ejecutamos impulsados por tendencias arcaicas, de un modo también al menos semiconsciente, las paliamos con razones confesables. La sociedad está llena de un argot de *razones confesables*, el que ordinariamente empleamos, el que fundamenta nuestras formulas diarias: actuamos siempre por amistad, por altruismo, por deber, por amor de Dios. Cuando, en realidad, multitud de nuestras obras son hijas legítimas de un furibundo tropismo hacia el yo.

Una de las piedras de toque para discernir direcciones psicológicas fundamentales es el sentido primario de las reacciones espontáneas ante la novedad.

La posición de las personas mayores ante las nuevas manifestaciones juveniles nos describen inmediatamente dos tipos psicológicos opuestos: el *estático* y el *dinámico*.

Tipo estático es el que juzga de la vida según sus concreciones estáticas. No mira a la vida misma, sino a sus consecuencias, a las instituciones que ésta deja al concretarse en cada estadio de su continuo fluir. Los convencionalismos y las realidades, hijas únicamente de necesidades específicas de un tiempo dado, de estructuras sociales parciales, son para ellos la única realidad posible, el patrón de sus juicios y valoraciones.

---

<sup>1</sup> *Teoría del psicoanálisis*, C. G. Jung. Prefacio a la ed. esp.

Han vivido su tiempo de asimilación en una época, y en ese momento la vida a través la geometría de un prisma limitado y caduco. Para ellos ésa ha sido y es la geometría única de la vida. Otorgan a ésta el color de a lente de su época.

Llegan los nuevos tiempos. La vida sigue su marcha progresiva. A nuevas necesidades sociales, a nuevas exigencias económicas, a nuevas apetencias humanas, se adapta la vida con renovadas instituciones. Los prismas son distintos. Los cobres han cambiado.

Se avecina el drama interior del hombre estático. Sus ojos contemplan cosas raras. Las nuevas estructuras danzan con extraños visajes. No son los mismos de antes. «Todo esto es erróneo; el mundo anda equivocado; la juventud, enloquecida». Es como aquel viejo músico que, al ver un nuevo instrumento, pidió que hicieran con él la escala. Sonó limpia a cromática. Él la interrumpió bruscamente: «Está desafinado». Y no quiso escuchar más. Era del tiempo de la escala diatónica.

A estos hombres les falta la dimensión metafísica (en su sentido más arcaico); no avizoran más allá de lo físico, lo primeramente perceptible, lo aparente.

Se proclaman a sí mismos «tradicionalistas»<sup>2</sup>, porque han oído que la verdad es inmutable; y así, encastillados en su verdad subjetiva, se convierten en críticos demoleedores de las aberraciones modernas. Empedernidos abogado del imperio del fósil. No se dan cuenta de que tradición no es concepto *estático*, sino *dinámico* —*de tradere*, llevar, traer—. Es llevar esa verdad inmutable a las necesidades de cada tiempo, emitida por la onda que convenga, según los receptores de cada época.

Frente a ellos se alza el tipo *dinámico*. Capta la verdadera entidad. Discrimina perfectamente, ya en su tiempo, lo fundamental de lo accesorio. Da valor a lo vital, a lo dinámico, a lo energético (reviniendo a diversas filosofías). Y la institución y el convencionalismo sufren la crítica justa de su mero oportunismo.

Con el advenimiento del tiempo joven no se turba. Contempla la evolución. Aguarda serenamente antes de adoptar una posición crítica. Como tiene sentido común<sup>3</sup>, lo primero que se le ocurre es opinar que quizá en su tiempo sucedió lo mismo; más aún, *que* lo lógico es que haya sucedido así. En el estudio de la Historia distingue lo esencial de lo accidental; para él se convierte en *magistra vitae*. Por eso no lo asustan las nuevas aguas, el rodar virgen de los acontecimientos.

El tipo psicológico estático es el tipo prematuramente Senil; sin dar a la palabra un significado biológico, sino puramente anímico. Esa senilidad le sobrevino al apoyarse en la materia muerta, en la escoria inerte que deja el incendio de la vida. E inmediatamente, al rozar con lo nuevo, surge el complejo.

En todos los contactos con nuestros semejantes juegan un papel preponderante los complejos. Los impulsos primarios de afecto o aversión, simpatía o antipatía, que nada más tropezar con una persona sentimos, son producto de los complejos. No sabemos por qué, cogimos afecto o antipatía a una persona desde el instante en que la conocimos. El proceso fue sencillo.

Toda nuestra personalidad, el instinto de conservación, es teleología misma del ser vivo, toma sus precauciones ante cualquier estímulo exterior. Es como un ejército en campo, ha, de variadísimos recursos, que adopta sus posiciones según los movimientos del enemigo. La norma de la aceptación o del rechazo es el mismo ser vivo. En el vasto terreno anímico, esa norma será él yo. Instintivamente, con reflejos afectivos, intelectuales, sorprendentemente rápidos, mi persona reacciona ante él estímulo externo. El centro de polarización sen la conveniencia a disconveniencia con mi «yo». Según esto surgirá espontánea la primera *afinidad* anímica, la *conformidad*, *consonancia*, *simpatía*, *compatibilidad*, o sus contrarias: *disconformidad*, *disonancia*, etc.

---

<sup>2</sup> Excluimos expresamente todo sentido histórico político.

<sup>3</sup> Es una facultad totalmente ligada al tipo psicológico dinámico. Pero no debe confundirse, como es corriente, con *ecuanimidad*

¿En qué orden de cosas coloca cada individuo la conveniencia o inconveniencia de otro valor o con su yo o mejor dicho: ¿a qué aspectos del yo se dirige su ojeo espontáneo para deducir<sup>4</sup> la conveniencia o inconveniencia del estímulo ajeno? Varía muchísimo, según la idiosincrasia. Aquí está el punto de diferenciación de unos individuos con otros. Depende de infinidad de factores, constitución, carácter, educación, jerarquización de valores, etc.

En este sentido empleamos aquí la tan usada palabra compleja. Vienen a ser las variadísimas reacciones cuasi-instintivas que adopta la personalidad para procurar adaptar el mundo a su «yo»; no su «yo» al mundo. Cuando una de estas reacciones concretas se repite con frecuencia y crea un hábito, a la causa ya patente de esa reacción y, por consiguiente, de ese hábito la llamamos «complejo» y «compensación» al mismo hábito de reaccionar<sup>5</sup>.

El hombre tipo estático, igual que el dinámico, es decir, todo individuo, al ponerse en contacto con cualquier fenómeno inédito su experiencia, sufre inmediatamente esa reacción de adaptación.

Pongámonos ya en el caso de la arribada de un fenómeno moderno. Cada uno lo refiere a su compatibilidad con el yo. El «yo» del estático está informado por sus ideas herméticas. Esas ideas han polarizado en su sentido toda la afectividad, las apetencias de la persona. Evidentemente, el nuevo fenómeno, de estructura totalmente distinta a los fenómenos de su tiempo, choca con ese hermetismo, no ya solo ideológico, sino universalmente anímico. E inmediatamente surge la primera intuición de ese individuo con respecto al fenómeno. Es de signo negativo.

Si es un hombre intelectual, acostumbrado al raciocinio y a regirse por principios, más que por impulsos, no tendrá gran valor ese primer impulso intuitivo. Conferirá entonces la nueva experiencia en el terreno frío de la lógica con sus principios. Comprobará que no casan. Su opinión, ya intelectual, será la misma.

Ese fenómeno nuevo moderno no ha sido aislado; vuelve a repetirse. Es no ya el suceso, sino la vida toda moderna, que parece informarse con los principios impulsores de esos fenómenos. La reacción de su personalidad se repite una y otra vez. Comienza a crear hábito. Sus ideas lo confirman en lo mismo. Y el hábito de reacción se refuerza con el veredicto del entendimiento.

Ya tenemos a un hombre con un clarísimo complejo contra lo nuevo. Comienzan entonces sus *compensaciones* psicológicas. Se refugia en el clima salvador de su ortodoxia. Cada vez lo estima más. Y al comprobar una y otra vez que él no *transige* con lo moderno, lo anatematiza definitivamente<sup>6</sup>.

He aquí lo que hemos llamado *complejo de senilidad*.

Es muy frecuente; demasiado, por desgracia. Con estas características tan acentuadas no; pero un asomo de complejo de senilidad se filtra en cualquiera irremisiblemente con el polvillo del tiempo.

El tipo dinámico puro estará totalmente exento de él. Se comprende fácilmente por qué, y por eso no nos detenemos en analizar su proceso. Pero ¿no habría que buscar con el candil de Diógenes para encontrarlo? Igual que el estático puro, sería hartamente difícil hallarlo. Toda tipología dicotómica tiene el peligro de deslindar bruscamente los caracteres. Puede representarse por una línea recta que, según la figura, va de *A* hasta *B*.

---

<sup>4</sup> Hablamos en términos analógicos. Esa respuesta intuitiva no viene precedida por una deducción lógica; es un proceso simplicísimo de reacción teleológica.

<sup>5</sup> Por no coincidir exactamente con las acepciones que a estas palabras dieron Freud y Adler, los verdaderos estructuradores de la teoría del complejo y compensación, no creemos cometer un error científico. Máxime al poder comprobarse que esos términos Freudianos, incorporados ya al lenguaje común, han sufrido cierta evolución semántica, adoptando actualmente el significado que aquí creemos expresar. Por motivos históricos —afirma Rosenthal en el prólogo a su traducción del *Psicoanálisis aplicado*, de Freud—, por el carácter tentativo de sus primeros avances teóricos, Freud recurrió a palabras del léxico cotidiano para designar conceptos psicológicos altamente elaborados que, desde su comienzo al poco tiempo de su evolución, ya no coincidían en absoluto con las connotaciones, principalmente afectivas, que su uso común implica.

<sup>6</sup> En el fondo hay una voz que le echa en cara; tú no *entiendes* lo moderno; esos otros sí; tú tienes espíritu viejo; y eso es lo que más le exaspera.

Los puros, comprendidos entre *AA'* y *BB'*, son los de características marcadas, totalmente opuestos. Pero entre ellos pulula la inmensa mayoría de los mortales, con participación de ambos; entre *A'* y *B'*.

Todos tenemos, pues, algo de estáticos. Sobre casi todos se cierne el peligro macilento del complejo de senilidad. El tiempo nuestro *pasado*, *nuestra época* de jóvenes, puede mucho en nuestro afecto. Así debe ser. Mas enseguida ha de venir la discriminación: qué es de nuestro antiguo tiempo lo que vale para el actual y qué la que hemos de olvidar, al menos como educadores?

Volvemos a lo mismo. Vale nuestra experiencia de la *vida*; vale la *vida vivida por nosotros*. Todo lo demás, accesorio, convencional, solo en lo que tenga también de vital debe subsistir. Vivir, decíamos antes, es fácil. Es adquirir experiencia recta. Asimilar un concepto justo de la vida. El educador ha de ser *recta*, de buena vida. Transmitirá lo que ha vivido, tal como la haya vivido.

La segunda parte del tríptico es más ardua. Volver a nacer. Es como un olvidarse de todo lo pasado, excepto de la misma vida. Recuerdos, romanticismos..., todo debe ser clausurado, porque nada de eso le interesa al educando. Sirva de regla práctica para que el educador indague si hay en él algo del elemento estático, examinar si habla con frecuencia del tiempo pasado, de «su» tiempo.

«Antes no se hacía esto». «En nuestro tiempo». Al muchacho no le interesa. Costará convencerse de ella, pero es la realidad. Como a nosotros las historietas de los ancianos; solo nos entretienen en cuanto tienen de interés objetivo, no por el valor afectivo que el viejo pone en ellas.

Al joven, de la antiguo sólo le interesa lo *vital*, y esto por la capacidad que tiene de adaptarlo a lo actual. El muchacho sólo vive en el tiempo presente, y a lo sumo, si va siendo bien educado, en el futuro.

Más que mirar al pasado, hay que apoyarse en él. Conocerlo, sí; pero para usarlo como trampolín. «Vuelve a nacer». Secreto pedagógico que estriba en una «humildad de generación» a un don especial que hay que impetrar del Padre de las luces.

Las descripciones de los dos tipos psicológicos pueden quizá ser interpretadas por entendimientos superficiales en este sentido: «Toda repulsa de lo nuevo está inspirada por un espíritu estático. Toda aceptación, por el dinámico».

Dedución infantil que no dejará de tener adeptos. No es la repulsa concreta de un hecho concreto lo que revela un tipo estático, sino una actitud habitual mediante la cual una especie de reacción instintiva lo coloca apriorísticamente frente a toda novedad. La más sana personalidad dinámica puede compaginarse, y se compagina muchas veces, con la in-admisión de muchos modernismos.

En ocasiones, esta posición inflexible revelará la autenticidad de un dinámico. Como el viejo estático tiende a aferrarse a su época, el novel estático se embriaga con ridículas innovaciones, hijas de una inseguridad vital. Por eso no se lanza a sorber de lo hondo de la corriente, sino del artificio aparental de las aguas. Al igual que un fanatismo de la pseudo-tradición, existe un fanatismo del *esnobismo*, del brillo de la novedad.

Los educadores han de ser reclutados entre los *dinámicos*. Su delicada misión les exige hacerse jóvenes con la experiencia de maduros. «Volver a nacer» sin matar la vida anterior. Ha de dar la rica vida que necesita el educando, en forma de vida joven, la que entiende el educando.

## LA ARRIBADA DEL DEPORTE

El problema del deporte, aunque no lo parezca ya, sigue siendo insignificante para muchos educadores, en el sentido de no otorgarle sino un acceso ridículo en el templo de la educación. Hoy ya no lo dirán de palabra, porque pedagogos ilustres han escrito a su favor. Pero su criterio sigue cerrado con siete llaves.

Hay quien se engaña también creyendo que con aumentar un poco el tiempo dedicado a él, ha demostrado poseer gran comprensión de las modernas necesidades de la psicología *infantil* y *adolescente*.

Hacer que un colegio o universidad o escuela profesional asimile para su educación el fenómeno deportivo no es comprar material, organizar campeonatos.

Asimilar a la educación el problema del deporte es estudiarlo; ver el lugar que ocupa en la personalidad del muchacho de hoy; descubrir sus valores educativos; aplicarlos.

El eterno problema, es fundamental en la pedagogía, la adaptación real al mundo nuevo del educando, el climatérico «vuelve a nacer», brotará una y otra vez a lo largo de estas páginas.

Hoy, desde los primeros años conscientes, el chico advierte a su alrededor formas variadísimas del fenómeno deportivo. Desde las emisiones radiofónicas, repetidas con síntomas de gravedad social, páginas deportivas en diarios y revistas, discusiones, aglomeraciones en estadios, grupos juveniles reunidos en cualquier espacio inverosímil para jugar al fútbol o pelota, hasta la percepción de sus propios impulsos, incoercibles muchas veces —porque, además de la tendencia individual innata, cada generación lleva su ritmo—, toda la realidad social de hoy la ve el joven vestida con los colores deportivos. Esta *cantidad* de deporte y la *intensidad* del mismo graban en la psicología juvenil una huella muy fuerte.

Así se presenta el niño al educador. Esta es la generación adolescente que hoy abre sus ojos grandes ante los mayores para que le enseñen. Sería muy triste que fueran defraudados. Ellos no sabrían explicitar su desengaño. Pero éste se patentizaría con el doloroso fenómeno de la huida.

Protestan los mayores de la emancipación precoz de los niños. La culpa radica en ellos. No han sabido educarlos. Y los jóvenes han adoptado instintivamente una respuesta colectiva, espontánea, sin reflexión, porque han sido defraudados.

Nadie es tan hijo de una época como el niño. Los adultos, con su experiencia de la vida, con su fuerza, pueden emerger un poco de la corriente arrolladora. El joven no; beberá las sales de los terrenos por donde juegue el torrente de su tiempo.

Entre ellas, hoy es una de las principales el deporte.

Hace ya algún tiempo que ha llegado. Pero sus manifestaciones álgidas se dan ahora.

## EN ESPAÑA

Ha sido recibido de muy diversas formas.

Algunos acusaron como primera reacción biológica un susto. Les pareció monstruosa esa exaltación. «Es una aberración de la actual sociedad» «Limpiemos esas cabezas locas» «Démosles nuestra sociedad» Y obraron en sentido contrario. Estos son los que habrían firmado sin duda aquel antiguo lema de los latinos: «La letra con sangre entra» Son más listos que Dios. Porque el Sumo Hacedor dio leyes naturales y hace que el cosmos se rijan por ellas. Estos pretenden enmendarle la plana; quieren ir contra la Naturaleza.

Muchas veces son guiados por un simple espíritu de comodidad. Personalmente siempre he tenido la convicción de que los atacantes de los modos naturales de los jóvenes son fundamentalmente comodones y egoístas. En el fondo nos topamos también con el tipo estático.

Nadie niega el exceso actual del deporte; ni, mejor dicho, del espectáculo a que el deporte ha dado lugar; ni que uno de los peligros de alocamiento juvenil sea éste. El remedio está en el estudio concienzudo del fenómeno. Por qué el deporte cautiva a la juventud actual. Qué elementos positivos aportan. Como debe ser combatida su exageración.

Prívesele al joven, eso sí, de una deficiente formación, sin principios, de la que se derive un insensato dejarse llevar por los acontecimientos. Un bagaje sólido de ideas fundamentales, hechas propias, entre las que se cuente la jerarquización de los valores eternos y de los valores de su época, será el más *firme* antídoto contra cualquier envenenamiento.

El estudio del deporte nos conducirá a la más ferviente afirmación de su utilidad para la juventud. Si la sociedad actual lo sobreestima, no por eso se ha de privar al joven, por un ingenuo sentido de contrapeso, de lo que necesita, máxime si lo apetece con mayor avidez por ser hijo de su tiempo.

Otros lo han recibido con una sonrisa. «Bienvenido el deporte», han dicho. Pero era sonrisa forzada. Es la amabilidad que encuentra el visitante recomendado; no conoce a nadie; escaparates de cumplimento.

Las alabanzas de pedagogos ilustres, o la obligatoriedad como disciplina escolar han conseguido abrirle muchas puertas. Pero no es conocido ni estudiado. Al auténtico deporte se le mira como intruso. Solo se admite cordialmente una sombra esquemática. ¿Dónde están en España los gimnasios escolares, las piscinas y las canchas cubiertas?... Todavía son muy frecuentes, desoladoramente frecuentes, frases como: «Ahora no le dejan practicar tal deporte porque tiene que estudiar mucho» Se nos suben los colores a nuestra cara de españoles al tener que dar estas explicaciones a las insistentes preguntas de extranjeros sobre el atraso de los deportes olímpicos en España.

Personalmente he conocido este caso. Un joven universitario, buen futbolista, decide practicar el atletismo. A las órdenes de un buen entrenador logra en sólo dos meses once segundos una décima en los cien metros. Repite dos veces la marca; sus todavía incorrectas salidas y desigualdad de ritmo en la carrera pronuncian una cercana marca por debajo de los once, en cuanto se perfeccione. Están próximos los campeonatos nacionales. De pronto recibe una carta de su padre, residente en otra ciudad. Prohibición absoluta de seguir practicando atletismo. Se exponen al señor, por varios conductos, las razones. Entre ellas la más fuerte es la seriedad de su hijo, que no pierde un minuto en toda la semana, interrumpiendo solamente el estudio por cuatro horas semanales que dedica al entrenamiento y que benefician incluso a su mismo rendimiento intelectual. Pero su respuesta es irrevocable. El equipo regional acude a los campeonatos nacionales absolutos y a los del F. de J. con la baja de su mejor velocista. Y el atletismo español, que busca ávidamente hombres velocistas que bajen limpiamente de los once, pierde a una gran promesa.

Como este caso, cientos. ¿Qué me importa a mí el atletismo español?, Respondería su padre. Ciertamente, estamos pagando nuestros egoísmos en muchos ordenes de la vida.

Tras una conferencia que en cierta ciudad dio un entrenador extranjero de atletismo, se planteó la discusión de las causas de la languidez en España del rey de los deportes. Falta de pistas suficientes, inconstancia temperamental, frialdad en el ambiente... Estas y otras explicaciones salían a relucir. No apareció la verdadera causa, la que motiva los demás obstáculos. Es ésta la incompatibilidad de la actual estructura social de nuestra patria con este tipo de acción deportiva. No me refiero a la estructura en la legislación, sino a lo que podríamos llamar estructura consuetudinaria. Pongo algún ejemplo.

La vida social universitaria española está conformada de tal manera que dificulta notablemente al universitario la practica de estos deportes fundamentales. El que entienda un poco, en seguida comprenderá que una ejercitación esporádica semanal no conduce a nada. Esto favorece la inconstancia, el abandono, de aquí el poco interés, la falta de popularidad, y, consecuentemente, la exigua multiplicación de pistas e instalaciones. Menos al que hay alguna organización nacional que con copiosos esfuerzos ha logrado encender un poco la llama olímpica.

Se celebraban unos campeonatos regionales absolutos de atletismo. Entre los clubs participantes había uno de un colegio de segunda enseñanza que acababa de federarse. En la primera jornada, sábado por la tarde, este club se coloca en según de puesto, detrás del indiscutible campeón. Hay euforia en los muchachos. Al día siguiente, domingo, a las once, tiene lugar la segunda jornada. Pero esa misma mañana son citados los alumnos de sexto curso del citado colegio a uno de los ejercicios de Reválida. La decisión de los catedráticos ha tenido lugar en la misma mañana. Naturalmente, todos los chicos acuden al examen. Más de la mitad de los atletas del novel club no pueden presentarse a la pista. Hasta aquí nada hay ilógico, al menos en el proceder de los alumnos. A nadie se le ocurrió exponer a los catedráticos el problema. Se habrían llevado las manos a la cabeza. Creo que a casi todos los españoles nos habría parecido ridículo. Y, sin embargo, cosas análogas se han hecho en otras naciones y no han chocado. Allí se respetan más unas instituciones a otras; y las de primer rango no necesitan hacer caer el peso de su autoridad para demostrar su supremacía. Y no por eso está allí la ciencia más baja que en España.

Late en el fondo un simple problema de educación. Las costumbres sociales están en función de la educación del pueblo. Habrá, por consiguiente, que resignarse al paso lento que las evoluciones educacionales de la masa imponen. Ya han comenzado a realizarse en este sentido obras interesantes. Los Juegos Universitarios, y sobre todo los Juegos Nacionales Escolares (organizados *por el* Frente de Juventudes), son organizaciones de muy dilatadas repercusiones sociales. Pongo por encima a estos últimos porque llegan *mucho* más al individuo que los primeros, y se realizan en *una* época de *mayor fuerza asimiladora en la juventud*.

Esta cuestión educacional se confunde en gran parte con un simple problema de caracterología nacional. Hay una frase de Ortega y Gasset muy significativa, todo español reacciona ante la novedad que le viene de fuera como ante un enemigo.

¿Por qué el español, siendo tan despreciador de sus propios valores<sup>7</sup> y tan caballero con los extranjeros, no admite sin embargo innovaciones llegadas de fuera, encerrándose en un hermetismo ancestral? ¿Tendríamos que reconocer una primacía del tipo estático en nuestro pueblo? ¿Es que nuestra conciencia de una historia teo-céntrica justifica un alejamiento de los tesoros naturales?

La tentación casi fascinadora de tema tan apasionante nos llevaría lejos de nuestro asunto. Pero es posible que volvamos sobre él. La juventud que llega viene marcada por una experiencia osmótica deportiva. Grandes sectores de la sociedad revelan un frenesí por el espectáculo profesional. Los adolescentes lo acusan. Hay que curarles de él. El remedio está, no en una privación, sino en un saneamiento. Menos locura de espectáculo, más deporte puro, cuya acción es aun muy deficitaria.

España también tiene derecho a explotar las grandes riquezas sociales que encierra una sabia educación física.

---

<sup>7</sup> Entre otros mil casos semejantes se puede recordar la oposición y desprecio de que era objeto Ramón y Cajal cuando enviaba en sus primeros trabajos sobre histología cerebral a catedráticas de Valencia, Barcelona y Madrid, y la aprobación entusiasta del gras Kölliker en el Congreso de 1880. en Berlín, y del resto de los congresistas. Esta historia se ha repetido con harta frecuencia.

## **CAPITULO II**

### **VALORES EDUCATIVOS**

Aunque ya han sido delimitados los campos del deporte puro y del deporte-espectáculo, y se ha afirmado su diferencia esencial, es menester insistir de nuevo en ella. Es demasiado intenso el confusionismo actual de conceptos. Para evitar falsas interpretaciones conviene anunciar el estudio por separado del influjo en la juventud de ambos fenómenos: el deporte como tal y el espectáculo profesionalizado.

No vaya a suceder, después de tantas explicaciones, lo que a aquel joven que discutía con una madre de familia. Se quejaba ésta de la excesiva afición al deporte de sus hijos. Cuando él comenzó a insistir en su valor educativo, recibió esta respuesta:

«Los gritos soeces y la pasión de esos campos de fútbol no creo que sean educativos.»

Tratamos en este capítulo de los valores del deporte puro.

Para buscar claridad usaremos un método analítico que producirá excesiva parcelación. No existen unos beneficios físicos, morales, etc., enclaustrados y con ruptura de relaciones. La educación deportiva en una toda integral y progresivo. Pero accedemos a una clasificación artificial a ultranza para mayor inteligencia.

### **LAS CUALIDADES FISICAS**

#### **EDUCACION FISICA**

La utilidad más fácilmente salta a la vista en el deporte es el desarrollo y perfeccionamiento de las condiciones físicas.

Una de las opiniones más aceptadas acerca del juego de los niños es la ya citada *teoría del ejercicio previo* (Groos, Stern), de base teleológica: el juego de los niños, lo mismo que el de los animales, es tan impulso primitivo donado por la naturaleza como adiestramiento físico para la vida futura. «Inconsciente curso preliminar autodidáctico para futuras actividades más difíciles» (Stern). Este auto-didactismo se concreta como forma principal en el adiestramiento físico. Esta forma lúdica evoluciona con la edad hacia el juego deportivo.

Hace tiempo que ha entrado de lleno en la sociedad el concepto de *educación física*. Abarca ésta la gimnasia educativa más el deporte en todas sus facetas: competición deportiva, educación deportiva, entrenamiento deportivo, juego deportivo y, en general, la dilatada extensión del comúnmente llamado deporte *amateur*.

Algunos, profesores de gimnasia exclusivamente, quieren, hacer equivaler el concepto de educación física al de gimnasia. Y contraponen ambos al deporte.

Visto el problema bajo la tradicional concepción esquemática, es evidente la inexactitud de tal división. La educación física, según su concepto, ha de abarcar todo lo que pueda ser reconocido como educativo dentro de los ejercicios físicos. Por consiguiente, abraza también el deporte.

Así la ha definido *Seurin*: Un elemento del sistema general de educación que utiliza como medio principal los ejercicios físicos. Que se puede completar con la de Píga Sánchez-Morate: «El conjunto de medios dinámicos y psíquicos que permiten, con el concurso de agentes físicos de los cuales el movimiento es el más importante, hacer producir al cuerpo humano el máximo de rendimiento físico, intelectual y moral, con la mínima de fatiga»<sup>1</sup>.

Abraza dos aspectos: El desarrollo y perfeccionamiento directo del potencial físico del individuo; con la cual contribuye, como fin remoto, a su desarrollo y mejoramiento integral.

---

<sup>1</sup> *Fundamentos metodológicos para una nueva educación física*, II Congreso Latino de Educación Física. Madrid, junio, 1956.

La contribución ya directa por medio de ese ejercicio físico al perfeccionamiento integral del individuo tornado también como *fin* inmediato. Es decir, los bienes que, además de la físico, aporta *directamente* a la zona del espíritu.

Modernamente existen tendencias, derivadas de la escuela austriaca de *Gaulhofer* y *Streicher*, que pretenden borrar las diferencias entre deporte y gimnasia, para terminar en lo que ha sido denominada *gimnasia natural*.

Movimiento de profundo valor pedagógico y que anuncia una síntesis feliz de tantos elementos considerados como dispares. «Al lado de las actividades» realizadas en el interior del gimnasio —explica Gutiérrez Salgado—, tanto con los denominados «grandes aparatos» como con los pequeños útiles portátiles, a bien sin ayuda de ellos, incluyen como factor constitutivo de la mayor importancia aquellas materias que sitúan al hombre en plena naturaleza, solicitando de él los mis variados esfuerzos. Son fundamentalmente estas disciplinas, la marcha, la natación, el patinaje y el esquí, y a ellas añaden los deportes tales como el baloncesto, el balón-volea, el balón prisionero y el atletismo. Toda esta amalgama de medios se interrelacionan muy estrechamente y no se practican aisladamente.» Tomando de las reacciones espontáneas y acoplamientos determinados par la vida, pretende conseguir un «movimiento natural», lo más rico posible, que lo capacite para actuar con la mayor variedad física en la misma vida.

Según esta idea, la gimnasia escolar ha sido dividida por Gaulhofer en cuatro grandes partes:

- a) El trabajo que tiende a la *performance* —no a la más alta posible, al máximo, a la que pudiéramos llamar deportiva, sino a la *performance optima* de cada individuo<sup>2</sup>.
- b) La educación del movimiento y actitud naturales.
- c) Los ejercicios para compensar los defectos físicos; y
- d) El movimiento erigido en arte.

Prescindiendo de este movimiento educacional, con cuyo espíritu comulgamos, seguimos la disertación utilizando para mayor claridad la tradicional parcelación de conceptos.

Son distintos los beneficios que se obtienen con la gimnasia y con los deportes.

Antes de discutir sobre este tema será útil acantonar las distintas modalidades deportivas. Acertadamente las ha señalado así Seurin:

1. *Competición deportiva*. —Es la forma más conocida— y la más característica —del deporte. Intervienen aquí la eliminación y selección. Este es precisamente uno de los fines del olimpismo. El juego y la lucha tienen aquí una forma estrictamente codificada y se desenvuelven en forma de, encuentros organizados. Los reglamentos fijan con la mayor precisión las condiciones de su desarrollo, su duración, notación, etc., de forma que se permita establecer la comparación entre los únicos elementos variables: la valía de los concurrentes. El deporte de competición determina «el campeón».
2. *El entrenamiento deportivo*. —Comprende el conjunto de ejercicios preparatorios para la competición deportiva. Su objetivo es la *puesta en forma*, la *performance*. Esta no es sino el resultado de una serie de ejercicios físicos, primero de tipo general, orientados luego hacia una adaptación orgánica especial, según el esfuerzo pedido en cada especialidad. Es la resultante más equilibrada y eficiente de condición física, ejercitación, estilo y técnica.
3. *El juego deportivo*. —Es la práctica de ejercicios deportivos reglamentados en los que el fin de la *puesta en forma* es sustituido por un espontáneo deseo de recreación. Por ejemplo: jugar al baloncesto con equipos improvisados y sin fijar la duración. La forma está reglamentada; no la competición. El juego deportivo es el que más se acerca al concepto de deporte.
4. *La educación deportiva*.
  - a) La iniciación y entrenamiento con vistas a preparar al individuo para la práctica deportiva en general. Sentido restringido.

---

<sup>2</sup> «Los ejercicios dirigidos hacia la performance, utilizables en el marco escolar, se dividen en: marcha, juegos de equipo, ejercicios de defensa, deporte de invierno, natación y ejercicios de base.» (Según Gutiérrez Salgado: *Rev. Esp. de Educación física*, febrero, 1956.)

- b) La utilización de los diversos aspectos del deporte: iniciación y entrenamiento deportivo, juego deportivo, competición deportiva, con miras a una educación integral. Sentido general.

La educación deportiva es, pues, la educación por las actividades deportivas.

Esta educación, más la gimnasia educativa, forman la educación física<sup>3</sup>.

Hay que notar, no obstante, que la educación deportiva rebasa en cierto modo, en cuanto a sus elementos de formación moral y espiritual, el espacio de lo que muchos conciben como educación física. Esto se comprobará a lo largo de este capítulo.

## SALUD

En nuestra memoria están todavía esos colegios cuya única contribución a la educación física consistía en abrir campos de fútbol donde los chicos, a sus anchas, corrían tras el balón. Ese desahogo y ese esfuerzo eran considerados como el máximo fruto que se podía sacar del deporte.

Aun hoy, en algunas mentalidades no caben otras aplicaciones. Sin embargo, ya han abierto brecha a la popularidad las ideas científicas sobre la educación física. Las leyes que ordenan obligatoriedad en centros de segunda enseñanza y en universidades han constituido un rotundo avance en el progreso social.

Si se pudieran constatar estadísticamente los casos de salud arruinada por omisión de educación física, muchas gentes se llevarían las manos a la cabeza.

Las actividades físicas defectuosas, transformadas en hábitos, provocan compresiones y desplazamientos de los órganos torácicos y abdominales capaces de afectar su funcionamiento y, por consiguiente, de provocar deformaciones orgánicas y aun de acelerar la vejez<sup>4</sup>.

A muchos padres de familia, cercados de prejuicios contra «esos ejercicios físicos de ahora que roban tiempo de estudio a los chicos», les convendría oír estas frases aleccionadoras del doctor Jiménez Díaz: «La evolución en la manera de vivir del hombre ha desplazado a éste de la Naturaleza y ha creado una alteración del hábito humano que no tendría la importancia trascendental que reviste si no fuera porque es al tiempo base de una patología en la que las *anomalías de la postura, del tono y de las formas* juegan un papel esencial. ¡Cuántas veces en los procesos más diversos la raíz de la persistencia del mal, o de las molestias, deriva exclusivamente de esto!... La patología del aparato respiratorio con ese conjunto de afecciones: el enfisema, las bronquitis crónicas, los estados asmáticos, etc., que forman la parte más frecuente de ella, es, en gran proporción, consecuencia directa de alteraciones de la forma del tórax y su función que habrían podido ser corregidas a tiempo por una gimnasia inteligentemente ordenada.

Las «enfermedades de la adaptación», cuya creciente importancia va abriéndose camino, habrían podido ser evitadas, en una buena medida, interviniendo en un adiestramiento armónico de las funciones musculares. En el capítulo amplio y a veces enmarañado de los reumatismos crónicos, afecciones dolorosas del tronco y de las extremidades, etc., uno de los factores etiológicos más importantes, a veces decisivo, es la postura incorrecta, que acarrea el uso vicioso de las articulaciones y de los músculos. Y así podríamos seguir mencionando ejemplos demostrativos de *la trascendencia terapéutica y profiláctica de una educación física* «que sirva para aproximarse el hombre al ideal de constitución y destreza, que evita las deformidades y, a su través, las consecuencias patológicas de éstas, y crea una mayor rapidez de acomodación y una mayor soltura de respuestas»<sup>5</sup>.

La enfermedad es el resultado de una larga serie de pequeñas faltas cotidianas acumuladas unas sobre otras. (*Hipócrates.*)

---

<sup>3</sup> P. Seurin: «L'Education physique et le sport», *L'Homme Sain*, mars, 1956.

<sup>4</sup> Mario Gonçalves Viana: «L'Education physique au service de la santé»; *L'Homme Sain*, juin, 1956.

<sup>5</sup> Prólogo al libro *Gimnasia Educativa*, de Luis Agosti.

Sabemos que el hombre no se ha completado cuando nace. Las facultades, funciones, capacidades, irán apareciendo a su debido tiempo. Dependerán de la conjunción de dos factores:

1. El valor potencial constitutivo de cada individuo.
2. La estimulación de la función en periodo de evolución.

Y en la omnímoda interacción psicosomática todas las facultades dependen mutuamente unas de otras. Un armónico funcionamiento fisiológico determinará una facilitación del trabajo a todo el desarrollo psíquico.

La salud no es solamente (contra lo que fácilmente se piensa) un simple estado negativo de ausencia de enfermedad. Es un estado de equilibrio funcional entre todos los órganos del cuerpo; en efecto, como lo subraya Alexis Carrel, *el cuerpo sano vive silenciosamente. No le oímos, no le sentimos juntar*<sup>6</sup>.

«Si el físico influye en el espíritu, es evidente que educar físicamente implica una educación psíquica: educar el cuerpo implica educar el alma»<sup>7</sup>.

La profilaxis social que con los casos de tuberculosos y otras enfermedades evitadas realizó Ling en Suecia con su gimnasia, podría parangonarse a la que han conseguido para la humanidad célebres bacteriólogos. Es sabido que a los pocos años de popularizarse en la nación su método, el índice de mortalidad juvenil descendió asombrosamente.

Un instrumento tan poderoso de sanidad social exige estudio apasionado: edades, métodos, aplicaciones específicas; también sus peligros, inadaptaciones, sobreentrenamientos, *surmenages* etcétera. Del mismo Jiménez Díaz son estas palabras, que siguen al párrafo antes citado: (Esta educación necesita ser muy inteligente y mesurada; si perjudicial es el abandono de los medios de equilibración estática y dinámica, no deja asimismo de serlo el fetichismo del deporte y del ejercicio que crea el desequilibrio opuesto.)

## EDAD Y ARMONIA

Se pregunta qué es más útil y, por consiguiente, mas digno de fomento y dedicación: el simple juego espontáneo, la gimnasia o el deporte.

En la infancia el juego libre ocupa toda la vida del nene. Al entrar éste en los años colegiales sufre bruscamente un cambio en la ordenación de su vida. Desde el día en que tuvo acceso como alumno al centro educacional, una larga parte de su vida quedó encerrada bajo el signo hosco de la disciplina, la seriedad, el deber— más o menos tamizado según el método pedagógico—. Las horas de recreación de estos primeros años de niñez han de ser empleadas en el juego espontáneo: no está reñida esa libertad con un inteligente encauzamiento de los misis juegos. A medida que el niño crece, parte del tiempo recreativo va dando entrada paulatinamente a los juegos deportivos. Simultáneamente, la gimnasia educativa se habrá apropiado de un margen adecuado dentro del horario escolar.

Antonio Cervera señala los siete años como edad inicial aproximada en las clases de gimnasia, «edad en que la silueta apunta lo que ha de ser el adulto». Gimnasia todavía muy suave, evitando los saltos, peligrosos por la inconsistencia de los huesos, los ejercicios fuertes de suspensión, contracción, etc., que pueden forzar sus débiles músculos; y con una atención especial a los ejercicios correctivos de incipientes deformaciones, a los que fomentan la descongestión del riego sanguíneo cerebral propio del trabajo intelectual.

El profesor italiano *Miguel Bartoli* presentó en el II Congreso Latino de Educación Física un trabajo titulado *Los muchachos y el deporte*. En él estudia el problema de la edad de la iniciación física.

«Según Gorkin, las costumbres contraídas entre los nueve y los once años son conservadas por toda la vida como reflejos condicionados». En esta edad «la coordinación de los movimientos voluntarios armonizan ya en un elevado grado de autonomía».

---

<sup>6</sup> Mario González Viana: Ob. cit.

<sup>7</sup> Ibíd.

El doctor Macek, partiendo de estas premisas, ha llegado a la conclusión de que es oportuno dirigir a los niños entre los nueve y los once años al estudio de la técnica ejecutiva más correcta de algunos deportes, como la natación, el atletismo ligero, es gimnasia artística, el *hockey*, el fútbol y el juego de pelota a mano, continuando siempre el trabajo de preparación física general.

En cuanto al agonismo, señala Bartoli es diversidad entre el método checoslovaco de Macek, completamente enemigo de la competición para estas edades, y el inglés, que admite ya desde la niñez campeonatos.

No se trata de bizantinismos. La estimulación de una función en es coyuntura adecuada de su evolución conduce al esplendoroso desarrollo del órgano, y a la perfección de su funcionamiento. Todo tardío aprendizaje cristaliza en resultados acotados, inarmónicos.

Hay en el cerebro células que presiden ciertas coordinaciones cuya capacidad de desarrollo queda encapsulada en determinado periodo. Es vano intentar reavivarlas en edad pasada.

De once a dieciséis años —dice el profesor *Dehoux*—, el espíritu de análisis y de método, asegurado por la memoria muscular en estado brioso, asegura las bases de la habilidad... «La facultad de adaptación nerviosa se vuelve lenta después de los dieciséis años, precisamente cuando la fuerza muscular inicia su gran desarrollo. Así, debutar a los dieciséis años en el aprendizaje de coordinaciones complejas, en concreto de la gimnasia y de ciertos ejercicios deportivos, es haber dejado pasar la hora en que se afinan fácilmente los reflejos de base sin los cuales los progresos futuros son casi imposibles»<sup>8</sup>.

«Dejar inactivos algunos de nuestros órganos en el periodo en que se revela su función, puede equivaler a ponerlos en camino de degeneración»<sup>9</sup>.

Hay que respetar siempre un margen a diversidades de climas, idiosincrasias, maduraciones fisiológicas. La norma general es:

1. Tránsito paulatino del juego libérrimo infantil al ejercicio deportivo reglamentado.
2. Una suficiente asimilación, ya a los once años, de movimientos y sincronizaciones fundamentales. De forma que el *adolescente* ven ya repartido el tiempo dedicado a diversión física entre: gimnasia, juego libre, juego deportivo y entrenamiento deportivo dirigido.

Un sabio régimen educacional deberá lograr la fusión de Varios: las aficiones del muchacho serán entonces tales que *juegue libremente* practicando *entrenamiento deportivo*. Con lo que, usando el refrán, «mata dos pájaros de un tiro». Ambos beneficios, el del juego y el de la competición deportiva, le son imprescindibles.

Los bienes concretos que aporta la espontaneidad del juego deportivo son más directamente de orden psicológico. Abarca en general los múltiples beneficios del juego, considerado éste como una necesidad humana, intensificada en el periodo evolutivo<sup>10</sup>.

El juego deportivo posee todas las virtudes puras del juego es una prueba a través de la cual se afirma el «yo». Se presenta siempre con matiz de proeza en la que la actividad propiamente lúdica y la de la lucha están íntimamente trabadas. Supone la realización de un esfuerzo, la improvisación de una forma, una especie de superación de sí mismo al abordar un obstáculo o vencer a un adversario...

Pequeñas contribuciones que acumulan bienes humanos de gran estima.

Las ventajas *físicas* del juego deportivo se derivan más bien de su aspecto deportivo.

---

<sup>8</sup> L. Dehoux: «Attendre l'heure, non la laisser passer». *L'Homme Sam*, juin, 1956.

<sup>9</sup> L. Dehoux: Ibid.

<sup>10</sup> Primera parte, cap. II.

## SIEMPRE BASE GIMNASTICA

La lucha es específica del deporte. Por consiguiente, donde quiera que éste aparezca, asomará inconfundible la competición deportiva.

La preparación para ésta se halla en el *entrenamiento*. Hay que hacer notar que su fin específico no mira tanto a la salud cuanto a la perfecta forma física, *performance*. De ahí su inferioridad, desde el punto de vista físico con respecto a la gimnasia educativa. Esta no atiende a la formación del «campeón». La selección de sus ejercicios apunta a objetivos que concluyen en el más perfecto desarrollo del organismo humano. No mira sólo su presente, sino su porvenir. La espléndida *puesta en forma* de un deportista bien entrenado para su especialidad supone, ciertamente, una fase actual de plenitud física; pero la orientación concreta de sus ejercicios a rendir el máximo durante el actual periodo deportivo no cobra la garantía que ofrece la gimnasia en orden a una perfecta salud, entendida ésta en su perfección ontogenética.

La gimnasia educativa es superior en general a los ejercicios deportivos bajo el aspecto puramente físico. Estos la rebasan ampliamente en valores espirituales.

Por otra parte, un buen deportista científicamente dirigido debe contar en la historia de su preparación con grandes dosis de la más excelente gimnasia.

Estas son las fases de ejercitación física que exige cualquier especialidad deportiva:

1. *Preparación física general, a ejercicios de formación*, según la terminología de Seurin<sup>11</sup>. Independientes de todo objetivo ulterior u orientación particularista.
2. Gimnasia preparatoria (pre-atletismo, pre-natación, pre-fútbol, etc.) Aquí comienza a intervenir el preparador especializado. Pero solo sobre una base de auténtica cultura física debe erigirse el deportista.
3. Entrenamiento deportivo. En el cual a su vez hay una serie de ejercicios genuinamente gimnásticos, pero destinados ya a una mayor eficiencia en la **especialidad**. (Gimnasia de aplicación.)

Como se ve, todo deportista ha de poseer larga experiencia gimnástica. De esta manera se puede y debe lograr la celebra *armonía, de Ling y Coubertin*. Se evita la deshumanización del deporte que subordina el hombre al *record* o al triunfo, y se espiritualiza la mecánica de la gimnasia con los alicientes de la superación agonística. La gimnasia debe practicarse siempre, para garantizar el éxito del deporte, con seguro fundamento, y, prescindiendo de él, por su valor intrínseco.

De un gran preparador de atletismo son precisamente estas frases: “La cultura física es demasiado importante en sí misma para que sea preciso repetir que sus ejercicios han de efectuarse con conocimiento de causa y no por el mero hecho de que facilitan la preparación atlética<sup>12</sup>.”

Tema interesante sería el estudio de la relación e influjo, que por vía estética ejercen las prácticas gimnásticas y deportivas especialmente rítmicas en el mundo psíquico y nervioso. Los especialistas que se ocupasen en investigaciones de esta índole no perderían el tiempo.

La singular euritmia en las reacciones, equilibrio dinámico, mejoramiento rítmico y otros fenómenos sintomáticos que, aunque rudimentariamente, hemos observado en practicantes de gimnasia especialmente rítmica y deportes profundamente estáticos como el baloncesto, incitan a interesantes sugerencias.

Aunque en estudios generales se ha rozado a veces este campo, faltan trabajos directos sobre materia tan sugestiva.

---

<sup>11</sup> Una necesaria distinción en educación física; ejercicios de formación y ejercicios de aplicación. II Congreso Latino de Educación Física. Madrid, 1956.

<sup>12</sup> Giovanni B. Mova: Atletismo práctico.

## LA FATIGA

Es asunto sobre el que todo deportista, y, por consiguiente, todo educador ha de poseer conocimientos. Idea fundamental es que los efectos de ésta no recaen solamente sobre el órgano o aparato que ha soportado el exceso, sino sobre todo el organismo. Cuando la fatiga llega a cierto grado, se traduce en fenómenos generales que no perdonan órgano ni función alguna. Sobre todo los ejercicios muy dinámicos, que afectan a casi la totalidad del sistema muscular, como la natación, la «carrera» —por consiguiente la mayor parte de los deportes usuales—, si duran el tiempo suficiente, se traducen en un estado llamado fatiga general.

«Muchas han sido las teorías —dice el doctor Formoza Alonso— para explicar su mecanismo: aumento de las sustancias producto del metabolismo muscular (ácido láctico, pirúrico, etc.); disminución del aporte de oxígeno del organismo; insuficiencia córtico-suprarrenal o insuficiencia hepática..., pérdidas de sodio, cloro y potasio por el sudor, etc.»

Su sintomatología se concreta principalmente en respiración frecuente y profunda; gran velocidad e intensidad en las contracciones cardíacas, obnubilación de la conciencia, etc. Estos signos —dice Agosti<sup>13</sup>— exteriorizan la incapacidad que «el sistema porta-oxígeno» —concepto funcional, integrado por los sistemas respiratorio, circulatorio y sangre— tiene para satisfacer el consumo necesario para un esfuerzo tan dinámico.

Debe el profesor poseer recios conocimientos científicos. Sobre esta materia, y «estar prevenido —añade el mismo Angosti— contra el error de forjarse ilusiones simplistas de fisiología casera.»

Remitimos a los tratadistas de la materia. No obstante, apuntamos algunas ideas fundamentales, útiles para todo deportista, resumidas de las opiniones de los especialistas.

La fatiga momentánea no supone ningún perjuicio para la funcional de un organismo sano. Este fácilmente se recupera, sin que quede huella alguna. El peligro radica en fatiga asidua. Se realizan una serie de esfuerzos; el aparato circulatorio, el respiratorio, sistema nervioso, hígado, acusan los síntomas de fatiga. Comienza inmediatamente la recuperación. Si antes de que ésta haya logrado la total normalización funcional —por ejemplo al día siguiente de un esfuerzo absoluto prolongado— vuelve el organismo a sufrir otro exceso, y esto se repite varios días, comienza a decantarse un sustrato de estado parásito habitual de fatiga, que consume energías asombrosas al hacer poner en juego fuerzas supletorias de la naturaleza. Este es el camino del agotamiento.

Una inteligente dirección capta en seguida los primeros sin tomas y pone en práctica el remedio más rudimentario y eficaz: el reposo.

La diferencia entre el progresivo agotamiento y la feliz mejora física del entrenamiento está aquí; cuando éste se efectúa racionalmente, los intervalos entre las prácticas son suficientes para una total recuperación. Entonces, el progresivo aumento de capacidad vital, la facilitación del riego sanguíneo, si mismo enriquecimiento de la composición sanguínea estimulado por el ejercicio, la ganancia moderada de las suprarrenales, etc., va preparando el organismo para esfuerzos superiores, sin mermas de su rendimiento biológico. Este, por el contrario, se declara en quiebra cuando el organismo se ve sometido a esfuerzos de graduación irracional.

Existen tres tipos de reposo. El primero es la pausa que se realiza dentro del mismo ejercicio, cuya perfección está en función del mayor ritmo posible en el movimiento y la duración máxima posible de los intervalos de inacción muscular. La precocidad de aparición de la fatiga está directamente relacionada —supuesto el ritmo— con la duración de las pausas de reposo, de tal modo que cuando la amplitud de éstas es suficiente para permitir la recuperación del músculo, se llega a un estado de «equilibrio» que Asher llama «momento de infatigabilidad del músculo», en el cual, como ocurre en el corazón, la fatiga no aparece. De ahí que en todos los ejercicios donde es posible el ritmo —correr, nadar, remar, trepar, etc.— son preferibles las tónicas en que las contracciones se encuentran la suficientemente espaciadas: paso largo en

---

<sup>13</sup> Gimnasia educativa.

carrera, brazada y palada prolongadas en natación y remo; por eso se debe huir de los estilos de excesiva frecuencia; por ejemplo de la «boga picada en el remo»<sup>14</sup>.

Este primer tipo de reposo apunta directamente a lograr la mejor economía local en el músculo.

El segundo es el que se exige entre prueba y prueba, a entre las distintas jornadas de entrenamiento. Depende del grado de fatiga general a que se llega en cada ejercicio deportivo. Un atleta Joven que se prepara para los 400 lisos y que realiza dos horas de entrenamiento entre gimnasia, progresiones, sprints, etcétera, no debe hacerlo todos los días de la semana, excepto en contadísimas temporadas intensivas. Depende de todas formas de la naturaleza de cada individuo. La norma es garantizar entre jornada y jornada la total recuperación con la ausencia absoluta de cualquier síntoma retardado de fatiga.

Como se ve, este segundo tipo de reposo tiende a evitar la fatiga generalizada.

El tercero se refiere a los obligados descansos de temporada, necesarios para un perfecto restablecimiento total, principalmente del sistema nervioso, el cual entre el desgaste directo en los ejercicios, la fatiga «subjetiva» con el nerviosismo de las competiciones, y las repercusiones resultantes de cualquier cansancio de los que aparecen a fines de temporada, ha ido sufriendo un sordo desgaste.

Distinguen los tratadistas el esfuerzo absoluto del esfuerzo relativo. El primero es el que tiene lugar en los ejercicios donde la contribución muscular, orgánica y anímica se lleva al máximo. En una carrera de velocidad el individuo desarrolla una gran cantidad de energía muy superior a sus posibilidades de recambio gaseoso, lo que sólo es posible contrayendo lo que se llama la deuda de oxígeno, merced a la cual el sujeto, después de la carrera, elimina el anhídrido carbónico acumulado en la sangre y neutralizado mediante la «reserva alcalina», y, al mismo tiempo, verifica el aporte de oxígeno necesario para re-sintetizar el ácido láctico acumulado en sus músculos. Es decir, que este tipo de esfuerzo sólo puede ser mantenido breve tiempo y requiere a continuación una fase prolongada de recuperación para equilibrar la deuda.

En el esfuerzo relativo, como el consumo de energía es menor, el aporte de oxígeno permite equilibrar total o parcialmente el desgaste del ejercicio. Si se logra ese equilibrio, que solo es posible al cabo de cierto tiempo, sobreviene una sensación de alivio en todo el organismo, que ha sido denominado segundo aliento; éste permite la prolongación del trabajo en buenas condiciones. A veces ese equilibrio no se llega a alcanzar, aumenta entonces la deuda de oxígeno, hasta que llega un momento en que no se puede continuar al sobrevenir una especie de derrumbe de todas las fuerzas: punto muerto.

El entrenador debe intentar lograr el advenimiento más rápido posible del segundo aliento, y evitar la aparición del punto muerto.

Es muy complejo todo el proceso de la presentación de la fatiga, y los mismos especialistas declaran la gran dificultad de comprenderlo plenamente. Sin embargo, son suficientes muchos de los conocimientos fisiológicos para extraer de ellos algunas normas prácticas seguras que deben ser reglas de oro para todo deportista.

A las ya anotadas añádanse: la mayor eliminación posible de ejercicios «estáticos» por la deficiencia de la irrigación sanguínea en el músculo; preferencia por el trabajo «dinámico» con las convenientes pausas de relajación y reposo.

El cuidado en la coordinación, por lo cual debe darse la menor entrada posible a los músculos supletorios, que, aunque complementan el déficit de los fatigados, actúan con menos coordinación, lo que produce un consumo económico mucho mayor.

Facilitar el funcionamiento perfecto del circulatorio y respiratorio, evitando cinturones y vestidos apretados que puedan entorpecer la eficacia del retorno venoso y provocar estancamiento sanguíneo en la musculatura. Así mismo la educación del funcionalismo respiratorio y circulatorio debe hacerse de una manera coordinada

---

<sup>14</sup> Agosti: Ob. cit.

y fisiológica. Los antiguos ejercicios respiratorios —ingenuos y unilaterales— deben ser sustituidos por otros más dinámicos y funcionales, como la carrera y otros parecidos; pues es conocida la inutilidad de una gran capacidad pulmonar cuando no va acompañada de un proporcionado desarrollo circulatorio y hemático, con los que forma el sistema «porta-oxígeno».

Y como regla final, una gran estima y confianza en el deporte y la gimnasia. La preocupación no debe traducirse en miedo a desconfianza en las propias posibilidades. Sabido es que la sugestión es capaz de acelerar a retardar la fatiga, no solo subjetivamente, sino incluso provocando reacciones de adaptación a la frecuencia del pulso y las respiraciones.

La educación física educa el físico en todo su hondo sentido. Es decir, contribuye eficazmente en la canalización de su desarrollo y constitución. La célebre frase da función «la función el órgano», indicando la relación íntima de cause a efecto entre la actividad y el desarrollo del órgano, es un descubrimiento aúrico de las ilimitadas posibilidades de la Educación Física. Es ésta, además, estimulante de la composición sanguínea del aparato circulatorio, del sistema muscular y nervioso y hasta del funcionalismo endocrino.

«Al actuar el ejercicio sobre las glándulas de secreción interna, como ya hemos visto ocurre con las suprarrenales, se entrevé la posibilidad, no descabellada, de que la Educación física llegue en sus efectos hasta modificar las características constitucionales, naturalmente dentro de las posibilidades delimitadas por la herencia. Esto tal vez nos explicaría los cambios profundos que todo educador físico ha podido observar en algunos alumnos, especialmente cuando inician su educación en la adolescencia»<sup>15</sup>.

## VALORES MORALES

Subíamos hace años, mochila al hombro, por las laderas grises del Aitzgorri, el macizo más alto de las Vascongadas. Era en el mes de agosto; una y media de la tarde. Desde Aranzatzu, de donde partimos a la mañana, íbamos sin probar bocado. Éramos doce muchachos, todos de edad aproximada. Al pasar por la campa de Urbía, tres compañeros, cansados, habían preferido quedarse allí. «Os esperamos a la tarde», nos dijeron.

El sol apretaba; nuestros hombros chamuscados manaban continuamente. Nuestro propósito había sido llegar a comer a la cumbre; y, vencida la tentación silbarítica de Urbia, subíamos enérgicos y alegres.

A las tres menos cuarto el silencio de la ascensión penosa comenzó a dejar paso a las canciones, a los comentarios y risas. Era la euforia de la cresta ya cercana; los últimos repechos cortantes de la mole se avistaban muy próximos.

Un grito de júbilo taladró la altura. Era una voz sonora con armónicos todavía de niño, de un joven de dieciséis años, el primero que coronaba la cumbre. Era un mediodía de azul intenso desusado en el país vasco.

La primera mirada de todo el que iba llegando era hacia el Norte. Impresionante barranco, que a pesar de la barandilla metálica, casi fascinaba con vértigo definitivo. Visión dilatada. Los verdes valles vascos, los pueblos de Cegama, Segura..., y más al norte toda Guipúzcoa con montes de juguete y caseríos de mentiras. Al fondo, brumosa y soñadora, se adivinaba más que se veía la faja azul del Cantábrico.

Los que han coronado las cordilleras de su Patria saben de alegrías puras que no tienen semejanza con otros goces. Desde allí se aprende una geografía nueva. Los nombres de los picos, de las ciudades y de los ríos no fatigan, porque surgen como vivencias en el organismo arrugado de la madre tierra.

Aquella tarde, durante la comida fría y austera, tuve una intuición, confusa pero al mismo tiempo clarísima, como son todas las intuiciones. No supe entonces analizarla. Después de los años en el silencio del estudio he podido trabajosamente concretarla en conceptos.

---

<sup>15</sup> Agosti: Ob. cit.

En todos los rostros barnizados de sol adusto encontré un denominador común. No era el color. Algo más profundo. Las leyes fisiognómicas nos han dada la clave. Expresión levantada de las comisuras labiales, con una proyección de plenitud a la vez impática y simpática, clásica elevación espiritual de párpado superior; mirada recta y larga, pero inmensamente profunda en su misma juventud, como queriendo abarcar en única proyección de dentro afuera todas las experiencias de la vida. Ojos de idealismo viril.

Todos sin excepción denotaron aquella tarde en sus expresiones el síntoma contundente del acto y la decisión noble, la sinceridad en la actitud, la capacidad de lo mucho, todo envuelto en el sentimiento simple e ingenuo de la propia pequeñez ante lo sublime, pero sin humillación, sino con la espontaneidad y alegría del que tutea a lo sublime.

Después de esta traducción de la intuición a los conceptos hemos procurado siempre comprobarlos en ocasiones semejantes. Nunca ha fallado. Extendido el radio de observación de lo semejante a lo análogo, los resultados han sido sorprendente.

El montañismo es un deporte; de los más duros. Los efectos en el alma juvenil del acto capital del montañismo, que es la coronación con esfuerzo físico de la cumbre, los hemos buscado en los actos capitales, análogos, de otros deportes. Y los resultados han sido plenamente satisfactorios.

### EL TRANCE DEPORTIVO

Sería interesante un examen simultáneamente psicotécnico y moral del deportista en el momento inmediatamente posterior al acto capitalmente deportivo, coma es un gol, a cesta a *ser* favorable, a *sprint* batido; a simplemente la coronación de una bella jugada. Por lo que nos es dado deducir tras una inducción de exámenes psicoanalíticos en diversos muchachos, son sin duda estos momentos, después de los trances de espiritualidad directa, los que más alejan a la personalidad de las bajas tendencias y de los impulsos secretos hacia el mal.

Por otra parte, como es sabido que la repetición de actos crea el hábito, calcúlese la importancia que tiene colocar si joven en una situación continua de trances deportivos.

Invitamos a cualquiera que haya practicado el deporte con ilusión, a que haga un auto-análisis recordando su situación anímica en esos momentos descritos que podemos denominar *trances deportivos o agonales*.

Midamos además el proceso con que se llega a esos trances y sus consecuencias. Esa situación anímica no es lograda por una sugestión externa o por una divagación de la fantasía que suena en sedentario reposo, sino *por una actividad plena y total* de la persona, lo que garantiza su sana legitimidad frente a lo intruso. Por ser precisamente producto de una actividad total, física y anímica a la vez, y al mismo tiempo espontánea y natural, las tendencias e impulsos, la naturaleza toda, ha tenido ocasión de desfogar su sobrante biológico; y a ese estado de equilibrio tónico no seguirán en sujetos normales compensaciones de desfogue nervioso u orgánico; como pueden seguir a las situaciones *intensas* obtenidas únicamente con la elucubración intelectual.

Y aquí conviene notar la diferencia entre este trance logrado por la *practica* del deporte puro y el que resulta de la asistencia al deporte espectáculo; si éste puede ser también saludable por suplantar al yo egoísta y tendencioso por el yo animoso y estético, sin embargo, por no provenir de la actividad propia, sino artificialmente logrado, por acción de fuera adentro, no crea hábito de acción personal. En el momento y mientras duran las secuelas afectivas de ese trance, es provechoso. Pero no tiene ninguna influencia en el obrar ordinario. Incluso aporta los inconvenientes propios del habituarse a los estados anímicos producidos por coacción exterior: debilitamiento de la personalidad; aumento de la vida pasiva sobre la actividad. Todo lo cual evita directamente el deporte activo puro.

Esto demuestra la realidad eminentemente educadora —en su sentido integral— del *acto* deportivo. Fundamentalmente purificador.

El argumento no es metafísico ni físico; tiene la fuerza de la inducción experimental montada sobre psicoanálisis individuales.

## SENTENCIAS ILUSTRES

Las opiniones que a los educadores clarividentes ha merecido la práctica del deporte en orden a educar las cualidades morales se inclinan en este sentido. Es un plebiscito que, naturalmente, corrobora los hallazgos científicos.

Vuillermet, en su obra *la juventud y los deportes*, escribe un capítulo que titula: *El deporte, escuela de voluntad*. De él son estas frases:

- «El deporte exige una preparación metódica...

Este esfuerzo físico reglamentado talla y esculpe en nosotros el ser que llegara a tener la habilidad para saltar... manejar con destreza la raqueta o la barra, recoger un balón y dispararlo contra la meta; pero puede también —es decir, va creando la potencia capaz de— elevar al hombre que siguiendo fielmente el reglamento, los métodos, los ejercicios, se prepara para realizar un ideal moral.»

- «El deporte exige no solo esfuerzos, sino esfuerzos perseverantes... La constancia es la piedra de toque de la voluntad...»

«El joven que se dedica a la práctica del deporte... el que tiene como fin llegar a ser, si no un campeón, al menos un buen jugador, se fija un objetivo, una meta, y para alcanzarla efectúa actos que insensiblemente desarrollan en él, con las fuerzas musculares, las cualidades de *atención, sangre fría, serenidad, prontitud* en el golpe de vista y decisión.»

Incluso admite los beneficiosos influjos del deporte en la *inteligencia*. Muchos defienden la opinión contraria, reputando el auge deportivo como barrera a la expansión de ideas grandes en la juventud y a su entusiasmo por ellas.

«El ejercicio físico tiene de bueno que enseña a la juventud a respirar y le ayuda a digerir bien, cosa de capital importancia. No es muy importante que los tórax de nuestros jóvenes aumenten centímetros; pero si le es para su cultura intelectual y sus progresos escolares que las arterias hagan afluir a los lóbulos de sus cerebro, una sangre rica debido a una asimilación y una oxigenación más completas. En ella les va su porvenir.

El ejercicio físico nos hace luchar contra la pereza corporal, que ejerce sobre la inteligencia una influencia funesta. Nuestras percepciones se renuevan poco, nos sumirnos a gusto en una triste monotonía, nos dejamos invadir por el enojo y el fastidio. Y esta manera de ser, tan triste, cuya experiencia hemos sufrido todos más o menos, tiene su origen en la vida pasada.»

«El gran desarrollo que en estos últimos cincuenta años han adquirido los estudios de las vías nerviosas, nos muestra como, cerca de la vía de la movilidad directa, existe la vía extra-piramidal, que en cada segmento del encéfalo recoge los influjos de las vías sensitivas y sensoriales; los estudios sobre las vías extra-piramidales nos han demostrado también que los más altos centros extra-piramidales se hallan en la corteza cerebral frontal, en las áreas que parecen destinadas al ejercicio y expresión de la más alta y noble función psíquica, el pensamiento. De aquí la íntima adherencia entre pensamiento y movimiento.» (M. Bartoli.)

Tihamer Toth, hablando del esculptismo, en cierto modo una modalidad del deporte, dice: «A los jóvenes que viven entre las comodidades de la capital, el esculptismo les comunica *vigor varonil, fuerza de resistencia, espíritu de renuncia*, y los acostumbra a *las alegrías sencillas e inocentes*. Es esto gran ventaja desde el punto de vista de la educación espiritual, pues harto sabemos que los planes más hermosos del director espiritual suelen estrellarse justamente contra la increíble blandura, la espantosa pereza y la indiferencia de los estudiantes, quizá porque en torno de nosotros, pululan hombres a media hacer, hombres incompletos, desorientados, sin ideales, que ni confían en los hombres ni creen en Dios, que son incapaces de tomar decisiones y obrar, y que más que vivir vegetan»<sup>16</sup>.

---

<sup>16</sup> «Formación religiosa de jóvenes».

«El pedagogo es testigo de que el cuerpo vigorizado en la severidad de una prudente gimnasia, es pies capaz de vuelos espirituales».

Y trae el texto de la Sagrada Escritura: «Un cuerpo robusto vale más que inmensas riquezas».

Y dejando citas innumerables, oigamos palabras textuales que el educador por antonomasia, el Papa Pío XII, dijo en su alocución a los deportistas italianos el 20 de mayo de 1945: «El deporte, moderado y cuidadosamente ejercitado, fortifica el cuerpo, lo hace sano, presto, válido; pero para realizar esta obra le somete a una disciplina y lo esclaviza realmente. Entrenamiento en el cansancio, *resistencia en el dolor, hábito de continencia y de templanza*, condiciones todas indispensables para el que quiere alcanzar la victoria. El deporte es un antídoto eficaz contra la molicie y la vida cómoda, despierta el *sentido del orden y educa* en el *examen* y en el *dominio de sí mismo*, en el *desprecio del peligro*, sin jactancia ni pusilanimidad. Así veis que van más allá de la sola robustez física, para conducir a la *fuerza y La grandeza moral*...

Y como si le pareciese que aún había explicitado poco los valores morales del deporte, añadió: «El deporte es una *escueta de lealtad, de valor, de sufrimiento, de resolución, de fraternidad universal*, virtudes todas ellas naturales, pero que procuran a las virtudes sobrenaturales un fundamento sólido y predisponen para soportar sin debilidad el peso de las graves responsabilidades».

### VALOR Y NORMALIDAD

Al deportista se le exige por descontado, como una de sus características, el valor. «¡Eres un cobarde! Gallina! », se oye gritar al público cuando un jugador mira más la bota del contrario que el balón. Suponen que sin valor no hay deportista.

Hay algunas modalidades que cuentan con él como con su condición específica. El progreso en tales deportes establece una relación de proporción directa con las dosis de valor de sus practicantes. Tales el *automovilismo*, el *alpinismo*, el *boxeo*, *lucha*, *vuelos sin motor*, *saltos artísticos*, en *natación*, *esquí*, *motorismo*, etc. Pero en general todo deporte es lucha. La lucha exige valor. En la fisonomía moral del joven deportista se aprecian los síntomas inequívocos de una ejercitación *habitual* de los recursos del valor. Cuantas veces ya en niñas se advierte la desaparición de miedos fútiles y morbosos a insectos, sombras, etc., desde el momento en que han comenzado a practicar organizadamente ciertos deportes. Esto va íntimamente ligado también a la desaparición de rarezas infantiles, tendencias torcidas, fobias, psicosis<sup>17</sup>.

La práctica del deporte ayuda a centrar la psicología del niño en los carriles que le conducirán a un estado adulto de *normalidad*. Quizás no se estime en su justo lugar el valor que en la educación tiene el factor *normalidad*. Es cien veces preferible un joven *normal* de talento medio, que un raro listo. Solo en una filosofía que predique la supremacía de la sociedad sobre el individuo podrá ponerse en duda. Pero en la escala humana de valores el individuo es primero. No es éste para la sociedad, sino viceversa. De ahí que debe buscarse la perfección de la persona antes que un, rendimiento social por excelente que sea que perjudique al individuo. A la larga, al mejoramiento del individuo sucederá la prosperidad del Estado.

Entra una persona en un centro de educación. Los alumnos están en recreo. Chicos de diez, doce, catorce años corren por todas partes; todos los campos y pistas están ocupados; partidos cruzados, pelotas que saltan. En un rincón del patio hay un niño que no juega. Si esa postura es habitual, ya se puede opinar, sin temor a juicio temerario, que es un muchacho raro. Uno de los más claros indicios para deducir alguna anomalía en

---

<sup>17</sup> Hutchings denomina «acarofobia» (de *acaros*, insecto) el miedo a los insectos; y Brachfeld parece admitirlo en la categoría de los complejos. La «acrofobia» u «orofobia» (miedo patológico a las alturas); la «aigmofofia» (miedo a los objetos puntiagudos); la «eremofobia» (miedo a la soledad), incluso la «algofobia» (miedo patológico al dolor), y sobre todo, al «argofobia» (miedo neurótico al trabajo, al esfuerzo) (Brachfeld), y tantas otras anomalías psico-neuróticas más o menos frecuentes, reciben con la práctica de los ejercicios deportivos una especie de corriente liberadora que tiende a normalizar los mecanismos reactivos y disipan puntos vulnerables y minusvalías de decadencia anímica. Sólo con la conocida acción de limpieza y «desbrozamiento» (Noguer Moré), que con los ejercicios musculares se efectúa en los caminos nerviosos, se explicarían notables resultados definitivos de normalización psíquica. Añádanse a esta las consecuencias logradas por vía anímica directa, con a puesta en juego de tantos mecanismos psicológicos de firmeza, decisión, etc.

el carácter de un muchacho es su poca afición al juego, y hay día el deporte. Esto, junta con las manifestaciones de misantropía, son los más indiscutibles sintonías con que pueden encontrar los educadores noveles.

No hay que confundirlo con la falta de afición al deporte par puro complejo de inferioridad física; aunque también puede tener sus peligros. Aun en medio de una mala educación recibida, incluso en la depravación moral colectiva producida par cualquiera de las infinitas causas, se puede adivinar en una juventud el deportista. Hay en él ciertos rasgos inequívocos; detalles de altruismo —aunque esté muy ahogado—, de cierto espíritu de superación, capaz de vibrar con toques especiales, y sobre todo síntomas inconfundibles en la línea del valor.

Igualmente, en una juventud piadosa resaltan pronto en medio de las virtudes sobrenaturales, y coma base y complemento de ellas, el arrojo varonil y el vigor natural del deportista. En el mismo perfeccionamiento funcional a que da lugar el ejercicio físico se encuentra parte de la explicación. Con este perfeccionamiento y la más ajustada coordinación motora, el individuo encuentra que su organismo le obedece con más fidelidad; los mecanismos están más expeditos; como si hubiesen «engrasado» todas las células del neuro-motor. Automáticamente se halla más pronto para abordar empresas de riesgo; y, sobre todo, los mecanismos psíquicos de la decisión se robustecen al ser respaldados por una conciencia de seguridad. Cualidad importante en muchas órbitas de la vida.

## SUFRIMIENTO

Podíamos titular este apartado «escuela de resistencia en el dolor», o «habito de esfuerzo». Resulta emocionante leer cualquier narración de una etapa ciclista en la que ha habido «batalla». Se han despegado uno o varios «ases». Los demás, ques estaban vigilantes, se lanzan en su persecución. El pelotón se estira.

Entremos en el drama interior de uno cualquiera de los corredores. Ha pinchado cuando iniciaba la caza de los fugitivos y queda rezagado. Inicia de nuevo la persecución; va muchos kilómetros en solitario. Comienza la subida del puerto y logra adelantar a varios. En ci descenso cae aparatosamente, rompiendo la máquina. Espera del coche-repuesto. Ve pasar ante si como saetas dos, cinco, veinte corredores.

Cambia de máquina. De nuevo en marcha. Agotamiento, dolor, aplanamiento. Sigue pedaleando automáticamente. Su compañero de equipo que le ayudó, le anima. Él le aconseja que marche adelante; ya ha «trabajado» bastante por él. No se preocupa ya de perseguir, ni de alcanzar. Solo piensa en la llegada; las horas se le hacen dolorosamente eternas. Al fin, como en visión comatosa, la pancarta de la «meta». Multitud bullanguera de ciudad, agolpada en las aceras. Le miran sin admiración. Los ases ya entraron. «Este, qué rezagado viene».

Al pisar con los pies el suelo, apenas puede andar. A la mañana siguiente, en un salto de treinta puestos hacia atrás en la general, toma la salida de la nueva etapa. ¡El que pensó llegar ayer en los escapados!

Cualquier profesional del ciclismo tiene en su alma deportiva muchas historias de éstas. E igual que los profesionales, en su plano, los *amateurs*.

Y como los ciclistas, los atletas, los motoristas, futbolistas, boxeadores, montañeros..., casi todo deportista sabe de momentos de desaliento, de adversidades imprevistas, de instantes de dolor que hay que solucionar imperiosamente sobre la marcha.

El joven que practica el deporte de la mejor manera que debe ser practicado, sin el agobio de la obligación profesional, no se encuentra generalmente con estos obstáculos tan imponentes o imperiosos a la vez. Pero la esencia misma del deporte lleva en su entraña la superación necesaria de la adversidad y del desaliento. Y en la concepción actual, con esfuerzo de voluntad y en forma de lucha.

Hay que notar qua el carácter de voluntariedad que tiene el deporte da a estos esfuerzos físicos y morales una belleza superior y unos resultados en el carácter que lo eleva sobre cualquier sentido disciplinar con matiz de coacción.

El pelotari joven que solo por el afán de la victoria, por no retirarse de un partido noblemente concertado, aguanta su «clavo» y ve restadas sus facultades al no poder «atrasar» la pelota, y con todo permanece enérgico en la cancha, dibuja una estampa de belleza moral y valentía. Cada golpe a la pelota es un trallazo de dolor. Y sigue impertérrito hasta el fin.

Precisamente por hacerlo con naturalidad y por ser eso la habitual en el deporte, no se valora ese acto en su justa medida. Es una auténtica escuela donde se aprende sin percatarse.

El entrenamiento diario de un atleta que intenta en cada competición superar su propia marca es una verdadera mortificación física y moral, voluntaria, hecha con sencillez, sin petulancia. La gimnasia de aplicación va creando un cuerpo fuerte, flexible, armónico, avezado al dolor, al esfuerzo. Es un tesoro inapreciable en esta vida mortal donde el esfuerzo es la condición indispensable para la subsistencia, y el dolor es el rédito diario del capital de la misma vida.

Un joven preparado sin estridencias a esta admisión paulatina y fácil del sufrimiento es un ser óptimamente apto para entender los esfuerzos de la idea y valor reparador y sobrenatural del dolor.

Vuillermet, citado ya anteriormente, tiene un párrafo muy oportuno:

«La preparación para el deporte, en la parte que tiene de penosa, ¿no puede ser un entrenamiento, una preparación para el cumplimiento de nuestro deber?... El deber es austero. Para subir las pendientes abruptas y rocosas hay que sufrir fatigas, hay que amoratarse las rodillas, sudar a mares y algunas veces verter algo de nuestra sangre. ¿Que importa ya el sufrimiento al alma que ha comprendido su deber? »

Cuadra aquí magníficamente la convicción con que el actual Pontífice contó a los deportistas italianos la célebre anécdota de Pío XI: «¿Y cómo podríamos en esta ocasión dejar a un lado el ejemplo de nuestro gran predecesor Pío XI, que fue un maestro del alpinismo? Leed de nuevo la narración, tan impresionante y de tranquila sencillez, de aquella noche pasada toda, después una ardua ascensión de veinte horas, sobre un estrecho saliente rocoso del monte Rotta, a 4.600 metros de altura sobre el nivel del mar, con un frío glacial, en pie, sin poder dar un paso hacia ningún lado, sin poder dejarse vencer en un solo momento por el sueño, pero en el centro de aquel imponente entre los más imponentes escenarios alpinos, ante aquella grandiosa revelación de la omnipotencia y de la majestad de Dios.

«¿Qué resistencia física, qué tenacidad moral supone una posición semejante y qué preparación debieron ser aquellas audaces empresas para él, a fin de transportar luego su intrépido valor al cumplimiento de los formidables deberes que le esperaban?... La idea que el sacerdote alpinista se había hecho del deporte consistía en saturar sanamente el cuerpo para hacer descansar el entendimiento; afinar los sentidos para adquirir mayor intensidad de penetración en las facultades intelectuales; ejercitar los músculos y acostumbrarse al *esfuerzo* para templar el carácter y formar una *voluntad fuerte y elástica* como el acero». (Discurso de Pío XII a los deportistas italianos, 20 de mayo de 1945.)

### **VOLUNTAD, INTREPIDEZ, CARÁCTER**

Mucho se ha hablado en concreto sobre la fortificación de la *voluntad* y el temple que se puede lograr con el deporte.

«Los ejercicios físicos adaptados juiciosamente procuran al adolescente el claro conocimiento de lo que es capaz, y este conocimiento se revela con una voluntad más firme, con una comprensión más segura, con un valor más elevado, con una mayor audacia, guiada, no obstante, por la prudencia».

Así se expresa Ling. Aunque la voluntad se forma, según la opinión más general de los psicólogos, con ejercicio específico de sí misma, es decir, «queriendo», o según otros robusteciendo los «motivos» (Lindworsky), y por consiguiente todo mecanismo exterior es un simple *auxiliar* en esta formación, no obstante al deporte puede caberle en este rango de auxiliar un puesto de primera línea.

Habitúa al individuo a continuos actos de volición, incluso sobre obstáculos difíciles. El Papa Pío XII afirmaba rotundamente en un discurso del 9 de octubre de 1955 sobre el deporte: «El vigor de la voluntad en el deporte agnóstico puede decirse que es el elemento determinante del buen éxito, mientras es, al mismo tiempo, el fruto más conspicuo que el joven puede lograr».

El padre Poyd señala que hay sistemas pedagógicos, como el de Müller, Sandow o Clorke, que han de mejorar con seguridad la voluntad al mismo tiempo que los miembros del cuerpo.

Del propio Müller son estas palabras: «La práctica de los deportes ejerce una acción a la vez física y moral, y desarrolla en los niños y jóvenes ciertas cualidades de carácter, tales como la intrepidez, la serenidad, la decisión».

Evidentemente, todo ello va íntimamente unido. Por eso no pueden tratarse acantonadamente estos temas. Están estrechamente relacionados. Todo este conjunto de valores humanos se sintetizan en un linaje de virtud, de tipo genérico, difícil de precisar; algo que podíamos denominar «virtud del *tono*». Esta palabra en la ciencia griega tuvo un significado hondísimo<sup>18</sup>.

Aun quedan en el argot moral expresiones significativas. «Tensión del espíritu, **tonificarse**», etc., nos revelan ese mundo maravilloso del alma, de variadísimos matices, pero que se resuelve al proyectarse en acción positiva en una síntesis eficiente cuyos resultados decantan las excelencias genéricas de la tensión.

Cuando concebimos la juventud no, la imaginamos activa, pujante, tensa, *tonificada*. Pocas cosas tan tristes como una juventud lacia, que se arrellana macilenta en la fatigosa respiración de cines, bares y pseudo-ritmos. El alma se distiende y se enerva. Mueren las bellas ambiciones, los hálitos de idealismo, la pureza, la virilidad.

Frente a esta visión de marasmo surge la luminosa, la fuerte, la viril, la que es capaz de acordes estridentes porque se desborda en armónicos. Es la visión de los que corren, saltan, nadan o bogan o superan aristas montañosas con un cable tenso, mas tenso que la «cordada» que los sujeta sobre el abismo; el cable tonificado de su espíritu, que se ha acostumbrado a mirar hacia arriba.

## IDEALISMO

Si alguien recusa esa juventud que se enardece alocada en un dramatismo de fuerzas demasiado simples, las luchas deportivas, presentémosles la otra, la de los bronquios sucios de nicotina y nervios polarizados por muecas venéreas.

A la primera será fácil levantarla a dramatismos elevados.

---

<sup>18</sup> La filosofa estoica, de tanta influencia en la historia del pensamiento humano, consideraba al mundo poseído de un espíritu interno que actúa en el desarrollo armónico del cosmos, siempre en dirección centrípeta. Cada ser, a su vez, cada planta, cada animal y, sobre todo, cada hombre, es llevado a su máxima perfección, a la plenitud y madurez de su existencia en virtud de una fuerza propia interna, que actúa en el «sinegéticamente» (de *συν εχειν* = *continere*). Así, se efectúa *λαοχεισις* o «edificación» de cada ser. El punto culminante en este desarrollo esta en la máxima unión. Entonces, al llegar a ser *unum* perfecto, es cuando únicamente el hombre, en virtud de su *conscientia*, llega a *sapiens*. Los pasos para esta progresiva formación del individuo son:

1. *συν εχειν* (*sin ejein*) = *continere*, tener con.
2. *τονς* (*tones*) = *tensio*, tensión.
3. *έξις* (*gexis*) = *tenor*.
4. *ενσς* (*genesis*) = *unificatio*, unificación.

Solo así, en este *unum* final, queda definitivamente constituido el individuo. El tono o tensión representa, pues, uno de estos estadios dinámicos que desembocan en la perfección integral del individuo. Esta concepción, en cierto modo panteísta, no materialista, de la Stoa, refleja con sorprendente afinación esa tendencia impresa por el creador en todos los seres vivos a la perfección intrínseca con la paulatina concentración y compenetración de sus facultades. En el hombre es signo de mayor plenitud la máxima unión de sus potencias. En el niño todo está desconectado; sus sensaciones son casi aisladas; también su actuar anímico revela una marcada diferenciación en las facultades.

Al menos entiendo de dramatismos. Lo único que se puede esperar en la segunda es el olor letal de sus narcisismos.

La narración simple y patética que ha hecho cualquier deportista genuino de algunos de sus momentos dramáticos resulta más elocuente que todas las ponderaciones.

Así relata Jorge Ferrera en su deliciosa obra *Cumbres pirenaicas* una de las escaladas peligrosas: «En estas condiciones avanzamos, ambos a la vez, unos diez metros, hasta que al fin logro colocar un «pitón» algo sólido. «Pero con la urgencia del momento me he desviado algo horizontalmente, hasta situarme en un punto donde me es imposible seguir. Mi compañero se ve obligado a retroceder a su vez hasta el inseguro pitón.

«No me es posible, dada la precaria situación en que me hallo, asegurarle debidamente ni asegurarme yo, y en esta situación, en extremo delicada y difícil, después de recuperado el pitón y avanzando otra vez hacia el otro, superando a pulso una pequeña «balma» a techo de cueva, es cuando una mano se le desprende de la roca, iniciando, como una puerta sobre sus goznes, un giro sobre el vacío, a su espalda, sobre la otra mano que ya no resiste la tracción. Al tensar yo la cuerda, esta queda sujeta milagrosamente entre dos bloques, la que evita, en los precisos instantes, que se precipite en el vacío...

«Lentamente, agotado, haciendo un esfuerzo supremo, continúa hasta situarse de nuevo en el último «pitón». «El avance del cabeza de cuerda va acompañado del tintineo del material metálico. La verticalidad no es excesiva, pero la lisura de la roca, antes cubierta de hielo, presenta graves problemas de estabilidad. En un momento dado, solo la punta de un pie aprovecha una pequeña incisión en la peña, mientras el otro presiona suavemente; las abiertas manos, palpando ligeramente, buscan ávidas algún relieve que la vista no percibe. Sin hallarlo, y con la sola adherencia que presenta la piel de las manos sobre la roca, el cuerpo se endereza lentamente para intentar análoga maniobra, pero llega un momento que, a quince metros a más del compañero que asegura, y sin ninguna clavija entre ambos, la situación es sumamente precaria.

«Lentísimamente, pues cualquier movimiento brusco puede provocar la caída, una mano se separa de la roca, llega hasta los pitones, extrae de entre ellos uno minúsculo, de pocos centímetros, con una anillita, y lo apunta a una rendija que más parece un trazo hecho con carbón de dibujo».

«Luego, el martillo. Lentamente es levantado; poco a poco queda el pitón más sólido; dos golpes más y el pitón salta de la roca que lo sostenía e inicia un vuelo hacia el helero. Tensión nerviosa y repetición de la suerte.

Esta familiaridad con los peligros, la lucha, la superación, hace obra de cincel que modela y rompe las adherencias que deforman el esqueje anímico. El espíritu se libera de pequeñeces y se torna fácilmente idealista, con la capacidad estética de lo sublime y la facilidad a la renuncia. «Después de la ascensión, el éxtasis de la cumbre, la paz y el descanso». Pasan los minutos mientras observamos los valles que se pierden hacia el Sur, entre un poco de bruma de horizonte.

«¡A veces, sin darnos cuenta, deseamos lo imposible! Permanecer siempre en las cimas. Mas he aquí que, meditándolo bien, comprendemos que es precisamente el contraste de nuestra vida en la ciudad lo que nos permite advertir detalles insospechados, invisibles para los que no lograron realizar tal ideal. La lucha que es preciso entablar cada vez para conseguir un nuevo espectáculo y un nuevo descanso es lo que estimula nuestros deseos y nos permite afrontar los pequeños contratiempos y las mayores dificultades...

«Atardece, y, al desaparecer la claridad que todo lo inunda, junto con nuestro rápido sumergimiento en el valle, nos ponemos a repasar las impresiones del día».

«¡Qué formidable es en primavera la alta montaña! ¡Y qué estupendo el esquí, practicado en ella! «Saturados de visiones y sensaciones, regresamos con algo más que llevábamos al subir, algo que nos hace sentir mejores, incluso algo satisfechos de nosotros mismos». «Acaba la nieve, y el suelo aparece cubierto de hierba. Algunas florecillas asoman tímidamente su corola. «Cojo un pequeño clavel silvestre de suave fragancia y claro color de topacio. «Medito. Él tenía, como sus hermanos, una humilde vida. Vino la mano

del hombre y, aun admirándolo, le arrancó la vida. Pero pienso que todavía puedo hacer algo por él. Será más glorioso que sus hermanos».

«Mañana subirá conmigo a la cumbre<sup>19</sup>. Libros enteros se podrían recoger de páginas deportivas idealistas, símbolo y expresión real a la vez de otras páginas mucho más numerosas, las que a diario escriben en el libro vivo de sus experiencias personales miles de deportistas».

La acción catártica que esencialmente lleva en si el *juego*, más la depuración que se realiza en el espíritu siempre que éste se ve sometido a *lucha*, se coaligan en el deporte. Este ejerce en el alma un constante saneamiento, lima y catalizador a la vez; que desinfecta y estratifica las vivencias.

Tampoco se trata aquí de pregonar una panacea pedagógica. Puede existir una acción purificadora intensa que no cristalice en resultados definitivos por ausencia de elementos positivos. Para colorear una superficie es menester primero limpiarla. Pero con eso solo no se logra el pretendido color. La acción detersiva del deporte «en la persona humana *dispone* y hasta *predispone* a ésta para la aceptación de doctrinas espirituales y ascesis dificultosas».

Estas coronarán el edificio completo que pudo construirse merced a sólidos cimientos. Estos solos no bastan. Pero supuesto un simultáneo cultivo espiritual, entonces la purificación deportiva se enriquece y se torna a la vez en fragua y en ascesis positiva. Esta disciplina del físico aclimata la voluntad, el corazón, el alma en una palabra, a la obra del espíritu.

La objeción más fuerte que sufre esta teoría es la del gran número de deportistas viciosos y hasta degenerados; las feas lecciones de carácter que dan a veces famosos deportistas.

En cuanto se busca la claridad, cae la acusación. En primer lugar, volvamos a la distinción rotunda entre profesionales del deporte y auténticos deportistas. Esas sonadas lecciones han surgido casi siempre en el campo del profesionalismo o totalmente ajeno al círculo del puro deporte.

En cuanto al número de viciosos, es mucho menor del que pueden pretender los detractores. Estableciendo la comparación de tantos cientos entre deportistas y no deportistas, es mucho más elevado el de los últimos. Un cronista deportivo escribía con grandes dosis de verdad: «La inmoralidad física de los jóvenes deportistas tantas cuantas veces he podido observarlo, me ha producido el efecto de ser temporal, individual, aislada; no endémica, colectiva y sistemática como se encuentra tan frecuente entre los no deportistas».

## PARA LA VIDA SOCIAL

El gran introductor del moderno deporte en Inglaterra era un eminente educador: Thomas Arnold. Su labor en el colegio de *rugby* fue inspirada e impulsada por estas ideas: «El mundo del deporte es un microcosmos; una miniatura de la sociedad humana. Una asociación deportiva es una sociedad en pequeño; un equipo de futbol, un diminuto ejército. Hay jefes, pero no tiranos ni dictadores, y la autoridad del que manda queda siempre sometida a aquellos que se la confiaron».

En efecto, hay en el deporte jefes y jueces; hay sociedades, reglas, leyes; adversarios y colaboradores; lealtad, sumisión... Thomas Arnold, ya en la primera mitad del siglo XIX, supo descubrir las energías sociales que se encerraban en aquellas formas lúdicas al alcance de todos.

Basta oír las narraciones que los mismos muchachos hacen de las incidencias de un partido, basta leer los reglamentos, adentrarse en la vida interior de cualquier sociedad deportiva, para convencerse de que late ahí, inconsciente y espontánea, una auténtica escuela de virtudes sociales.

Como en el capítulo que trata del deporte en la adolescencia se hablará de estos valores educativos, concluimos estas escuetas sugerencias señalando una particularidad: Este aprendizaje de la vida social se realiza por el camino de mayor fuerza asimiladora. Por la vida misma. El deporte es un mundo importante

---

<sup>19</sup> Jorge Ferrera: Ob. cit.

en la vida del joven. Allí *vive* la mejor parte de su tiempo. Y así, viviendo, se adiestra para la trascendente *vida social*.

Como recapitulación sintética de esta parcelada enumeración, sírvanos el feliz párrafo de Sánchez de Muniain: «El deporte tiene valor humanístico<sup>20</sup> respecto del cuerpo, respecto del alma y respecto de la sociedad entera. Respecto del cuerpo, porque éste se robustece en su ejercicio. Respecto del alma, porque en la adquisición de la destreza corporal se ejercitan las virtudes morales, y porque la euforia somática del deportista da pábulo a una libérrima y pujante actividad anímica. Finalmente, respecto de la sociedad entera, porque la limpieza en la observancia de las reglas del juego, la corrección al ganar y perder y el trabajo disciplinado y humilde en equipo son una escuela excelente de educación política. El buen deportista está mas preparado para una democracia orgánica que el hombre de *café*. De ahí que el sacar una adolescencia sana, deportiva y alegre, es inmensamente más importante que embutir en sus cabezas las asignaturas de cualquier bachillerato, aunque esta afirmación le parezca extravagante a cierta canija tradición pedagógica española, agostadora de juventudes»<sup>21</sup>.

---

<sup>20</sup> Humanístico es todo lo que le perfecciona al hombre y en cuanto le «perfecciona» (S. de Muniain).

<sup>21</sup> Libertad, felicidad, humanismo, *Rev. de Ideas Estéticas*, Julio 1955.

## CAPITULO III LA IGLESIA Y EL DEPORTE

### UNA ANTIGUA ACUSACIÓN

Hay tópicos liberadores de ignorancias. Es fácil estereotipar conclusiones que casan con la parcialidad personal y cuya popularidad las *tiene* además asegurada.

Ya relata el cuento que aquellas tres hermanas mayores, cínicas y descocadas, echaban la culpa de todos los defectos a la Cenicienta. Soberbias y relamidas, impecables ellas y hermosas como odaliscas, crearon una pseudo-ciencia; maravillosa filosofía que halla siempre *con* rotundidad el «porqué». Habían descubierto la caja de Pandora, y descansaron petuiantemente como en un séptimo día. ¡Oh, diosas de la creación!

El endiosamiento es el mayor enemigo de la ciencia. Porque al perder la humildad, deja escapar dos cosas fundamentales: la ingenuidad de nuestra eterna adolescencia, cuya conciencia nos hace siempre interrogar «por qué», y el verbiqúi sincero de la autocrítica. Es cómodo ante lo que ignoramos dejar a un lado la sincera investigación —puede llegar a escocernos—, y asentir a una explicación facilitona.

La Iglesia está acostumbrada a servir de cómodo blanco en la historia de las incógnitas de los sucesos humanos. Ella carcomió desde el silencio conspirador de las catacumbas la esplendidez conquistadora de Roma. Hundió al mundo en un ostracismo intelectual, popular *ignorancia* en su egoística dominación de los siglos medievales. Se opuso con celotipia al resurgir artístico y literario del Renacimiento. Fue la enemiga acérrima de la ilustración y de las nuevas filosofías que derrocaban su cátedra. Protestó enfurecida contra la expansión liberal de las ciencias y anatematizó el progreso... La Iglesia ha sido la portadora del signo oscurantista. La enemiga encarnizada del progreso. Contraria al esplendor humano.

Así se leyó en historias y en biografías, en filosofías de las ciencias, en discursos políticos, tratados sociales. Muchas veces han sido grandes sabios, hombres sesudos y profundos filósofos quienes, llegado el caso, se han tragado con ingenuidad la pepita de la más asombrosa credulidad. En el fondo, estas parábolas son los *cock-tails* irrisorios que funde el calor del corazón. El motor de las ideas humanas es en definitiva el corazón.

Ha sido sugestivo volver del revés esas acusaciones citadas y muchas más. Frente a la carcoma conspiradora de la iglesia romana, la realidad de ser doctrina de hermandad que hizo posible la fusión de inconciliables antagonismos entre bárbaros y romanos. Al ostracismo intelectual del medioevo se opone la llama de toda la ciencia de la antigüedad que se conservó milagrosamente encendida en los monasterios, mientras rudos combates esquilaban Europa.

No somos los llamados a responder a acusaciones que entrañan grandes problemas de perspectivas históricas y culturales. Historiadores y filósofos se van abriendo camino con la verdad. Sin embargo, hay un capítulo dentro de la acusación que pregona la enemistad entre la Iglesia y el progreso humano. Es el que la enfrenta con el deporte. No es nueva esta idea. Data de los primeros lustros de la moderna renovación olímpica y deportiva. Aunque hoy no es tan ingenuamente admitida, oscurece aún y causa confusión en muchos.

Entre sus pregoneros descuella por su personalidad el benemérito restaurador de los Juegos Olímpicos, Pierre de Coubertín, el cual, con ligera improvisación, llegó a decir: «Hacia la mitad de la Edad Media, el instinto deportivo encontró otro enemigo..., éste fue la iglesia... Esta se acordó de esa fuente de pecado que la Sagrada Escritura denomina tan sugestivamente el orgullo de la vida». Estas palabras no solo se aplican al deporte, sino que incluso lo definen, lo explican, lo esclarecen con una claridad deslumbradora para los piadosos cristianos, tentados de tomar al pie de la letra el texto sagrado... La iglesia rechazo, por supuesto, todo «orgullo de la vida» porque veía en él un peligroso precursor de la libertad de pensamiento. Ser palabra fue demasiado oída, y determino una suerte de desequilibrio del ser humano, cuyas largas consecuencias se han manifestado hasta nosotros»<sup>1</sup>.

---

<sup>1</sup> Notes sur l'Education publique.

No tenemos por qué suponer estas palabras demasiado intencionadas. Las podremos achacar más bien a falta de objetividad en la perspectiva histórica. El prestigio de Coubertín y de otros pensadores dejó estela. Muchos han aplaudido sus opiniones. La lógica aparente de los sucesos es clara.

Al esplendor griego, donde el atletismo fue elevado a la dignidad de un culto, sucedió la enorme amplitud de los festivales deportivos romanos. Fueron también grandiosos. El Estado votaba amplios presupuestos. En el año 51 la subvención para los *Ludi Magni* ascendió a 760.000 sextercios. El atletismo del Imperio no alcanzó ciertamente la pureza del griego; fue siempre utilitario y en decadencia, llegó a la degeneración. Pero ahí quedó en la Historia como institución famosa que ocupaba gran parte de la vida del romano. Estos regocijos llenaban más de sesenta y cinco días al cabo del año.

Llegó la invasión de los bárbaros, y tras ella la Edad Media. El deporte, en el sentido actual, se sepulta y sufre un colapso de doce siglos. La única manifestación con matiz deportivo, los torneos y justas, no fue bien vista por la Iglesia. Los obispos llegaron a negar sepultura eclesiástica a quienes morían en ellos. Había sido precisamente Constantino el Grande, primer emperador cristiano, quien había mandado arrasar el circo de Nerón, y el emperador Teodosio, otro cristiano, abolió definitivamente los Juegos Olímpicos. Tuvieron que llegar los nuevos hombres, los hijos del progreso y de la ilustración, para volver a presentar a los ojos del hombre las riquezas que se encerraban en su cuerpo.

Juan Jacobo Rousseau rehabilitó la dignidad de la carne, preconizando el retorno a la Naturaleza. Basedow, admirador de la pedagogía de Rousseau, restauró, en 1774, en su escuela de Dessau, el *pentatlón*, los cinco ejercicios de salto, jabalina, carrera, disco y lucha. En Italia, Pestalozzi, el célebre heraldo de la educación atrayente, había hecho una tentativa semejante.

En Alemania surgieron los discípulos de Basedow, como *Guts Muths* y *Ludwig Jahn*, este último con una concepción aguerrida y atlética de la gimnasia. Simultáneamente, por *Henrik Ling*, el gimnasta poeta, fundaba en Estocolmo la célebre escuela sueca de gimnasia con sus seguidores y perfeccionadores *Hjalmar Ling*, *Viktor Balk*, *Elin Falk*, *Elli Björkstén*, *Niels Buick*, etc. Mientras tanto, también a comienzos de siglo, el español afrancesado *Amorós* montaba en París la Escuela Normal de Gimnasia Civil y Militar.

En Inglaterra *Kingsley* inició en 1850 los célebres movimientos deportivos de Oxford y Cambridge, pero ya había sido precedido por *Arnold*, quien con sus aforismos «el deporte es un microcosmos», etc., se abrió camino entre la sociedad asombrada fundando su Colegio de Rugby.

Pronto son acogidos estos métodos en América con pasión y gran ostentación. Todos estos movimientos simultáneos determinaron un auge definitivo de los valores físicos que se constituyen en una especie de conquista de la civilización laica sobre la cristiana. Este es el argumento histórico. Se suelen también blandir otros doctrinales.

La Iglesia, dada su doctrina de represión del cuerpo, castigo de éste, sometimiento servil al espíritu, etc., se enfrenta directamente contra la ideología del deporte, que fomenta el ejercicio físico para el más perfecto desarrollo y funcionamiento del cuerpo. Evidentemente, reforzados mutuamente ambos argumentos, no queda escapatoria posible. Agradable todo para los tendenciosos. Pero no deja de ser una agradable fantasía.

## LA REALIDAD HISTORICA

Tuvieron que ser emperadores cristianos quienes acabaran con el circo romano y los juegos de Olimpia. Pero el deporte de Grecia y los juegos agonales del circo no fueron destruidos por cristianos. Cuando Constantino y Teodosio dieron sus ordenes, no solo se puede afirmar que el deporte romano y griego estaban heridos de muerte, sino que habían perecido ya hacia siglos.

Los espectáculos que se deparaban en el circo eran la degeneración de unas antiguas bellas costumbres que nacieron en las primitivas palestras. Demostración de la bestialidad de un pueblo corrompido. Constantino, cuyo corazón sangraba aún ante el reciente recuerdo de las matanzas de cristianos, mandó arrasar aquel infernal recinto. No era una puñalada asestada al deporte, sino a una trágica y vergonzosa mueca suya.

La abolición de los Juegos Olímpicos tuvo un signo parecido. Del esplendor y frescura de los tiempos de Pindaro no quedaba ya ni sombra. Vimos cómo ya en el siglo II se quejaba Filostrato de los abusos de los profesionales que solo combatían por espíritu de lucro y compraban y vendían victorias. A medida que pasaban los años la inmoralidad iba en aumento. La orden de Teodosio puso fin a una triste decadencia.

Tras el confucionismo social producido por la invasión de los pueblos del Norte, viene la Edad Media. La Iglesia preside todas las manifestaciones sociales. Es el periodo del gran «colapso» deportivo; así lo han denominado. Sin embargo, ese «largo» de la sinfonía de la Historia nos trae acentos muy distintos, y entre dos hemos de reconocer las inequívocas tonalidades deportivas.

Los torneos y justas tienen todas las condiciones para ser incluidos dentro del deporte. Eran los auténticos grandes juegos agonales de las cortes y castillos. La institución de la caballería es el hecho que domina toda esta época. Los donceles, desde los siete años, se entregaban a ejercicios físicos, característicos según la edad, para merecer el añorado galardón de ser armados caballeros. Aprendían a domar un potro salvaje, a correr con pesadas corazas, franquear empalizadas, lanzar la barra, manejar lanzas. Ruy Velázquez, nos cuenta la leyenda de «Los siete Infantes», levantó para celebrar sus bodas al otro lado del río un tablado. Los caballeros mostraban su destreza clavando en plena marcha su lanza con la mayor potencia posible. ¿Que es esto sino un verdadero encuentro deportivo? El pequeño de los infantes, Gonzalo, arroja con energía el bohordo; quiebra el tablado, causando la admiración de todos y la fatídica envidia de Ruy Velázquez, que determinó la muerte de los siete infantes.

Cualquier romance, cantar de gesta o leyenda de la Edad Media está amenizada con las descripciones coloristas de tales certámenes. Los ejercicios más o menos bélicos de equitación caballeresca se fueron transformando en torneos. La Iglesia, lejos de reprocharlos, los fomentó. Los obispos, junto con los príncipes, presidían estos juegos bélicos.

Del primitivo sabor rudo, cuando los torneos se desarrollaban con fiereza —aunque con lealtad— y no era infrecuente que apareciesen varios muertos sobre la liza, se pasó al ejercicio moderado, con armas «cortesés» y minuciosamente reglamentado. Se llegó en la suavización a que se considerase vencedor al que lograba derribar del caballo al contrario, y aún después bastaba romper el arma del adversario.

Pero a esta moderación obvia que tuvo lugar en los siglos XII y XIII sucedió el fenómeno en parte contrario. La caballería fue degenerando en una especie de bandolerismo de altura o en jactancia ridícula. Paralelamente, en los torneos sobrevinieron los abusos; apareció el profesionalismo. Las justas se convirtieron en desenlaces de odios personales; muchas veces eran auténticos duelos. Entonces es cuando la iglesia tuvo que intervenir, prohibiendo ciertos géneros bastardos de justas, y llegó a negar la sepultura eclesiástica a quien muriera en ellas. Hubo ya prohibiciones a fines del siglo XII y XIII por los papas Alejandro III e Inocencio III, y en el XIV, Clemente V amenazó con la excomunión a los que practicasen en la práctica de estos juegos sangrientos.

Junto a estas formas bélicas, existieron las manifestaciones cinegéticas, desde la cetrería hasta la caza de «liebres, conejos, perdices con *nieve*, jabalí, etc.», como bellamente lo pormenoriza Gabriel Maura en *Rincones de la Historia* («Los deportes y solaces en el siglo XIII»). Entro tanto, en todos los pueblos y ciudades iban tomando cuerpo las instituciones lúdicas de la plebe. Se jugaba a los bolos, a la pelota, al lanzamiento de barra.

Los eclesiásticos no permanecían hoscós, sino que se interesaban por aquellos deportes y a veces tomaban parte en ellos. En Auxerre todo nuevo canónigo quedaba obligado a dar a sus cofrades un balón. La partida ofrecía la mezcla más singular de ejercicios piadosos y deportivos. El juego comenzaba con el canto de la secuencia de la misa de Pascua: *Victimae paschali laudes*, y terminaba con un baile en círculo, cogidos todos de la mano, en el que intervenían los canónigos. En 1396 las reglas del juego se codificaron en la *Ordinario de Pila facienda*. Esta *pila* o balón era de tamaño considerable. Cada nuevo canónigo tenía a gala superar a los antecesores. Fue preciso restringir este celo; un reglamento de 1412 limitó el tamaño del balón, que por otra parte no podía ser tan pequeño que se pudiese coger con una mano<sup>2</sup>.

---

<sup>2</sup> Vuilleumiet: La juventud y los deportes.

En España aparece junto a estos crímenes universales la típica fiesta de los toros, con sus «juegos de rejón, palos y cañas», que, en frase del caballero de Alcántara, *Pedro Messía* (s. XVI) «es el ejercicio con que mejor se ejercita en la paz el valor de la nobleza. En él brilló con carácter de primerísima calidad, junto a la valentía y la destreza, el *arte*».

En todas las regiones de la Europa medieval se encuentran pujantes estas prácticas deportivas. Pero con una extraordinaria particularidad: «Durante la Edad Media se retornó nuevamente a las formas primitivas del deporte» (Agosti). No constituyó, pues, un «colapso» deportivo. En una Europa nueva, que nacía; en la génesis de las jóvenes nacionalidades con instituciones sociales totalmente inéditas, el deporte, lejos de morir, tornaba a su primitiva manifestación. La lucha y el lanzamiento del martillo o del peso clásico, tal como aparecen representados en un capitel románico del siglo XII en la abadía de Santo Domingo de Silos, volvieron a reproducirse en la nueva sociedad.

El pueblo medieval participó en los juegos deportivos. Hoy se ha extendido el *deporte*; pero hay demasiado *espectáculo*. Es certera la afirmación de Muniáin: «En las fiestas o juegos la gente participa como pueblo; en los espectáculos, como masa»<sup>3</sup>. Por eso, hasta se puede admitir que el pueblo medieval fue más deportivo que el de nuestros días; entendiendo el concepto en su más pura acepción: la *lúdica*. *Vedel* nos ha descrito magistralmente en *Ideales de la Edad Media* ese espíritu festivo de «ludismo» epopéyico. El mismo pueblo era protagonista.

La inanición deportiva coincidió precisamente con otro movimiento cultural: el Renacimiento. Su más típica característica es el antropocentrismo, por consiguiente, la admiración de todo esplendor humano, «el descubrimiento del hombre», según *Burckhardt*.

Sin embargo, la modificación de las costumbres se desarrolló de tal forma, que los nobles se fueron trasladando de las lizas a los salones de corte. «La vida cortesana acabo con la caballescaca —escribe Valserra—. Seguirá con las pompas del absolutismo real un largo periodo de incuria física, de sedentarismo fofo y cortesano, que costará mucho vencer. En Francia juzgarán los bolos en tiempo de Luis XIV demasiado viles y la pelota demasiado violenta. En 1675 había aún en París ciento catorce trinquetes; en 1780 solamente diez».

Es cierto que en la misma concepción renacentista puede buscarse el germen de la posterior renovación física, y quizá su lenta evolución hizo madurar los tiempos para el definitivo resurgimiento atlético. Pero no es menos cierto que, mientras las clases altas se entregan a la molicie y al lujo, únicamente el pueblo, menos influido por los cambios culturales, conserva la tradición de sus juegos viriles. Su actitud fue en realidad el único hilo tenue que ligo el antiguo esplendor con el moderno resurgir. Y era precisamente la iglesia la que en los pueblos y aldeas mantenía patriarcalmente el sano rescoldo. Los curas presidían los concursos de bolos y birlos y ellos mismos intervenían muchas veces, como el célebre cura de Tournaville, en Normandía.

Llega el siglo XIX, y con él los pioneros del lema deportivo. Los citados *John, Ling, Arnold, Amorós, Kingsley*, sanean los aires de la jadeante Europa y los pulmones de la juventud comienzan a esponjarse. Triunfa al fin con su lógica y con sus experiencias la nueva idea, y con la inyección olímpica de Coubertín y el enriquecimiento de las técnicas hay se pasma el mundo ante la pujante realidad deportiva.

Pero demos al César lo que es del César.

*Nada hay nuevo bajo el sol*. Todo inventor no es más que, o un feliz  *sintetizador*  de conocimientos, o un simple descubridor, como su nombre lo indica (inventor,  *invenire*  = encontrar). En la historia de cualquier innovación se encuentran siempre los precursores, que a veces resultan ser los verdaderos inventores. Sin hacer ninguna investigación a fonda, se hallan antes del siglo XVIII muchos pregoneros de las excelencias del ejercicio físico; entre dos, católicos e incluso eclesiásticos.

Los humanistas *Guarino Veronese* y *Vittorino da Feltre* (siglo XV) incorporan a la práctica de ha enseñanza el ejercicio físico. Continúa la misma línea *Muffeo Vegio* con su obra «De educatione

---

<sup>3</sup> «Teatro y vida espiritual», en *Espiritualidad seglar*, mayo 1955.

liberorum et eorum claris moribus». *Girolamo Mercuriale* (siglo XVI) compila su célebre tratado «De arte gymnástica», verdadera enciclopedia del ejercicio físico». *Luis Vives* entendía, y lo hacía constar, que «los ejercicios y juegos son una necesidad para el organismo humano, y que deben practicarse en todas las estaciones del año: al aire libre en el buen tiempo, y al abrigo de las intemperies en la estación rigurosa». Es autor de un libro sobre el juego de pelota. *Francisco Rabelais* critica la excesiva importancia dada a los ejercicios mentales abstractos, y propone como remedio en *su Gargantúa* un completo programa de cultura física. *Jacobo Sadolet* (1547-1592), cardenal y humanista italiano, exaltó el valor de la gimnasia como medio educativo de la infancia en su obra *De liberis recte instituendis*. *Juan Komensky (Comenius)*, célebre humanista y pedagogo checo, habló en su *Didáctica* de la utilidad de los ejercicios corporales para los escolares. También *Montaigne* defendió la necesidad de unir la educación física a la intelectual. *Locke* proponía el deporte griego como ejemplo a seguir. *San Felipe Neri* fomenta las largas excursiones campestres amenizadas con música y poesía.

En los centros escolares de los jesuitas, ya desde el siglo XVI, se estimulaban los juegos al aire libre, los deportes, en que participaban divisiones enteras. Bien clara aparece en las ordenanzas de los superiores, sobre todo de San Francisco de Borja, y en las monografías de los colegios españoles y en los de la *Flèche* y *Glermout*, en París.

Todas estas opiniones fueron esporádicas. Sin una realización intensiva. Quizá sean estimadas de poca altura. Pero a la verdad, ¿qué diferencia hay entre un *Arnold* o *Ling* y un *Vives*? La comparación no es ridícula. *Vives* encendió la tea en un desierto, y *Arnold* logro hacerla penetrar en un bosque; y ardió. Se puede continuar arguyendo que *Arnold*, *Ling*, *Jahn*, *Coubertín*... se entregaron a su ideal con toda el alma, con verdadero sentido de vocación. Por eso lograron que la llama prendiera. *Vives* y *Comenius*, después de exponer su doctrina, no se movieron. Diremos entonces que ni siquiera se molestaron en encender la tea. Es que vieron de antemano el desierto de lado que les circundaba. No se pretende quitar el mérito a los gloriosos innovadores. Pero es menester reducir las valoraciones a equidad.

Si es descabellado pretender averiguar lo que habrían hecho *Comenius* y *Vives* en el siglo XIX, no la es tanto reconocer que los hombres hacen triunfar sus ideas cuando pueden aventarlas con brisa propicia. Se plantea aquí el problema de sí los hombres hacen a las épocas, a las épocas a los hombres. Hay bastante de reciprocidad. Los grandes hombres sintetizan enérgicamente los gérmenes latentes que, bien por sucesión o por contraste, una época cede a la siguiente; y al presentar su idea o su obra determinan la aparición de la nueva época. Al resurgimiento del esplendor físico le había llegado su hora a fines del XVIII y XIX. Los hombres intuitivos, dotados especialmente por la naturaleza, actuaron como en todos los órdenes de la historia humana, y la sociedad secundó.

No se pretende encontrar aquí la afirmación de un determinismo histórico. Admitimos la libre espontaneidad de los hechos y de los valores humanos. Pero la ley vital de la evolución y los contrastes hace grabar por los campos de la Historia su rodillo inevitable. Entrando ya en el siglo XIX, vemos que, junta a los célebres promotores de los nuevos sistemas, surgen innumerables teóricos contemporáneos de renovación física. El dominico francés padre *Didón* se convierte en uno de los más atrevidos promotores del movimiento deportivo. Organiza en su colegio de Arcueil una de las primeras asociaciones atléticas, y se hace famosa su enérgica consigna: «*Citius, altius, fortius*». Más rápido, más alto, más fuerte». *San Juan Bosco*, que precisamente fue excelente acróbata en su juventud, completamente al margen de los movimientos renovadores, recalca por propia intuición en sus *biricchini* la idea continua de los juegos y los ejercicios físicos. En Inglaterra, un pastor protestante funda los *muscular christians*.

No son laicos o eclesiásticos, sino todos, indiferentemente, los que se aprestan, con más a menos contradicciones, al movimiento. Hoy día, el florecimiento deportivo en centros educacionales de la Iglesia es maravilloso. Las Universidades católicas norteamericanas coronan una de las actuales cumbres en el deporte mundial. En todas las naciones, la iglesia le secunda con entusiasmo.

## EL CASO DE ESPAÑA

Si precisamente España, por ser nación católica, y probablemente la más atrasada de Europa en educación física —al menos hasta hace pocos años—, ha dado motivo en los últimos tiempos para identificar la

reacción antideportiva y anti-gimnástico con el pensamiento católico, no serían inútiles algunas reflexiones sobre las *maneras* españolas y su posible relación con la idea católica.

La frase: «Ante toda novedad que le viene de fuera, el español reacciona como ante un enemigo», responde a una realidad<sup>4</sup>. No se puede dejar de admitir cierta calidad de reaccionarismo español<sup>5</sup>. «Algo hay en los senos vitales del español, acaso en el mismo fondo racial ibérico, que le lleva a considerar hostil lo que no le es propio». Así se expresa Lain, recogiendo una secular opinión desde Trogo Pompeyo. «Si les falta enemigo extraño, lo buscan en casa», decía de los iberos el antiguo historiador. Menéndez Pidal une al *individualismo* hispano lo que él llama *exclusivismo*. «Cada uno propende a mirar la opinión por el adoptada como la única aceptable; las que de ella se apartan, si es en cosa accesorias, se las desprecia sin la menor curiosidad benévola, y si discrepan en algo capital, se las condena como intolerables»<sup>6</sup>. Este extremismo, llevado a la exageración, determina en gran parte el ser histórico español. Así, Donoso: «El carácter histórico de los españoles es la exageración en todo».

A éstos se une la visión certera del alemán Beinhauer: «El español, dada su temperamento apasionado —he aquí un tópico que da en el hito—, propende a los extremos». Baste recordar la historia política —Las *dos Españas*—, cultural, religiosa. «Los incidentes de esa pugna de tendencias (internas) consume gran parte de la energía histórica del pueblo español» (Menéndez Pidal).

No cabe duda que en la especificación progresiva de este fanatismo temperamental ha tenido su parte la religión. Algo de la arrogancia despreciativa del español está enraizado en su consciente convicción religiosa como pueblo. A lo largo de los siglos ha ido sabiendo que profesa la fe verdadera. Primera exteriorización antológica: la acción de gracias.

La repetición de estos actos engendra conciencia habitual de esa dicha anímica. El proceso psicológico centrípeta —siendo centro el «yo»— es vía ordinaria de todo fenómeno anímico. Tendemos a asimilar todas las cosas al «yo». Lo que en un principio se estima como bien *recibido*, se va transformando en bien *poseído*, y concluye en bien *personal*.

Son conocidas las semejanzas entre los comportamientos y reacciones psicológicas de las colectividades y de los individuos. La sucesión de las generaciones de un pueblo con la posesión de determinados privilegios determina una singular moda psicológica. Se manifiesta en sus instituciones, en sus costumbres, literatura, folklore, en el concepto que cobra de la vida.

Un pueblo consciente de su fe privilegiada la revela en su psicología. Así, el antiguo pueblo hebreo, que se sabía conservador de la ley verdadera, ostentó una peculiar manera de ser, en la que el tono dominante era la altivez y la intransigencia<sup>7</sup>.

La *definitiva* fisonomía espiritual del pueblo español se fraguó en la Reconquista. Luchó, con más o menos ímpetu, según las épocas, por un ideal sublime, sobre todo tras la reacción anti-almorávide. Era consciente de que defendía los más nobles intereses de la creación. Su concepto de la vida se identificó con el cristiano. Unió su esplendor imperial a esta conciencia de adalid heroico. Se supo después atacado y vejado por fuerzas extranjeras debido a su integridad católica. Y se determinó, por así decirlo, un hábito de reacciones y compensaciones. El pueblo español se tornó engreído. Esta conciencia de rectitud y superioridad la trasplantó a todos los órdenes de la vida; se convirtió como en su según la naturaleza. Y así quedaba concretada una de las características definidas de la idiosincrasia española. El español tradicionalista se hizo receloso de lo extranjero; en muchas cosas, este recelo le resultaba provechoso (pureza de fe y costumbres); pero le extendía a minucias y a problemas intrascendentes. Se aposentaba en un extremo.

---

<sup>4</sup> Es curioso anotar la acepción que a la palabra «novedad», da el clásico diccionario español de Covarrubias *Tesoro de La Lengua castellana o española* (1616): «Novedad. Cosa nueva y no acostumbrada. Suele ser peligrosa, por traer consigo mudanza de uso antiguo».

<sup>5</sup> La significación más directa de reaccionario es la de «opuesto a toda novedad».

<sup>6</sup> *Historia de España*. «Los españoles en la Historia».

<sup>7</sup> No nos referimos aquí ya a la intransigencia ideológica, sino a la psicología, que se trasplanta a otros órdenes de la vida.

Y, naturalmente, frente a extremistas surgieron en el mismo suelo los extremistas contrarios. Y como ambos bandos, prescindiendo de sus idearios, conservaban sus netas características españolas, absolutos e intransigentes, no pudieron convivir. Por eso, en España, las ideologías no han sabido enfrentarse sino en lucha a muerte. Este encastillamiento, así como ha aportado grandes bienes de orden espiritual, ha cerrado también las puertas a otros adelantos. El ideal hubiera sido mantener el equilibrio: firmes o inquebrantables en lo sustancial; flexibles en la inmensa variedad de riquezas que puede ofrecer el comercio humano.

Esta interpretación no pretende abarcar la etiología de la idiosincrasia española. Solo un simple brochazo, un detalle del complejo cuadro. El desprecio de los españoles por las cosas de España, la supervaporización de lo extranjero, parece estar reñido con esa arrogancia. La ley del contraste es definitiva en la vida, y lo es en la psicología de los pueblos. Junto al hidalgo, siempre existió el villano; junto al noble, el pícaro. El doble tipo, diferenciado en la clásica sociedad española, se fusionó dentro de las nuevas burguesías. No es propio del que todavía conserva líneas espirituales de la hidalguía española este desprecio por lo propio. Esto arranca del villano o pícaro. Sancho vio perfectamente que eran molinos. El carácter del español moderno en sus derivaciones de Sancho ha visto la realidad inferior de su patria, y como su realismo no es constructivo, la desprecia.

Aparte de esto, actúan aquí las concepciones políticas de reacción a lo tradicional, extremistas también, como hemos indicado, por ser españolas. La existencia de un reaccionarismo vital español es indudable. Y con él, la instintiva repulsa de ciertos progresos de color exterior. O puerta cerrada, o, en el extremo opuesto, sacrificios a Moloc.

Si la idea religiosa ha ejercido tanta influencia en la determinación de esta faceta caracterológica, a ella, en última instancia, parece que hay que echarle gran parte de la culpa. La conclusión es pueril. Si una persona, por enterarse de que le ha tocado la lotería, adopta un tren de vida con el que dilapida los millones del premio, más todo lo que tenía, no por eso tiene derecho a culpar a los millones, sino a sí mismo. La cristalización en esa forma definitiva del carácter español ha sido determinado por complejos factores de psico-genética social, que ladearon la posesión de esa idea religiosa en un sentido concreto. Los fariseos eran los sacerdotes de una ley santa; y ellos, engreídos, se corrompieron. El fenómeno psicológico del fariseísmo es frecuente en la Historia: España ha producido un poco de él.

Este somero apunte caracterológico no cae en la divagación; nos alumbró un poco las incógnitas del problema deportivo español. ¿Por qué tanto retraso? Responder con simplicidad sería... simplismo. El deporte es un aspecto más del complejo problema social-cultural de España. Desde Larra y Ganivet hasta nuestros actuales Pidal, Lain Entralgo, Calvo Serer, García Escudero, López-Ibor, se han hallado copiosas y eruditas explicaciones; todas necesarias, y aún más, porque se trata de algo perentorio en el hallazgo del último ser histórico español. Por tanto, la solución al problema, tan trivial al parecer, de nuestro deporte reviste todas las complicaciones del problema de la antropología cultural española contemporánea. Religión, temperamento, emergencia económica, educación popular..., todas ellas hallan su puesto como factores influyentes. Por eso, una pedagogía deportiva va esencialmente vinculada a una sociología nacional.

## LA DOCTRINA

Junto a las impugnaciones históricas han aparecido los argumentos doctrinales. Estos son más peligrosos todavía, porque no se basan sobre hechos concretos cuyo simple descubrimiento es convincente, sino que se valen del confucionismo ideológico. «La Iglesia pregona la decadencia de nuestra naturaleza, viciada por el pecado original, incita al creyente a menospreciar su cuerpo, castigarlo, reducirlo a esclavitud. Por consiguiente, doctrinalmente, debe ser contraria a todo esplendor corporal, a toda educación física». En muchos, si no aceptación de esta teoría, se da al menos

La iglesia, en primer lugar, pregona como un dogma de fe la «resurrección del cuerpo». Este, modelado por el Hacedor, será un día «glorioso» y participará de la eterna felicidad. San Pablo nos exhorta a que «glorifiquemos y llevemos a Dios en nuestro cuerpo». El Concilio de Trento anatematiza la herejía luterana, que profesa la corrupción integral de la naturaleza humana después del pecado de Adán. Llenos están los viejos volúmenes de apologistas y padres de la Iglesia griega y latina, de las refutaciones de las teorías gnósticas, las herejías eucráticas, maniquea y otras que predicaron el *odio del cuerpo*, considerado como

«principio del mal» (Gnosio), instrumento vil (Basilio), condensación de las pasiones (Valentín), creación de un dios malvado (Manes).

La concepción cristiana ha mirado siempre al cuerpo con máximo respeto; le reserva honores aun después de muerto. Distingue la filosofía cristiana el alma del cuerpo, pero su estima del hombre que la que ríos pueden legar las filosofías materialistas o las teorías evolucionistas o nihilistas; y el hombre es todo el compuesto: el espíritu y el cuerpo. La supremacía que otorga la filosofía católica al espíritu sobre el cuerpo es fácilmente mal entendida. Se la ha tirado de exclusivamente distraccionista. Sus divagaciones metafísicas enfilan el espíritu hacia los eternos universales; lo real, lo concreto, queda relegado; y entre lo concreto, lo físico, lo material, se ve reducido a despreciativa opresión.

Tampoco han entendido la Escolástica quienes así afirman. Su epistemología pone del principio realista: «*Nihil est in intellectu quod prius nos fuerit in sensu*: no hay nada en el entendimiento que antes no haya estado en los sentidos». Por consiguiente, todo perfeccionamiento corporal redundaría en beneficio del mismo conocimiento intelectual. La filosofía escolástica puso como centro a Dios. Pero el hombre no es despreciado. Él, y en concreto su experiencia, incoada por los sentidos, es la base de todo razonamiento. Lejos del sano realismo de Santo Tomás están las divagaciones idealistas. La metafísica casuística de los siglos XIV y XV es ya una manifestación decadente de la escolástica. Es injusto juzgar a la por su periodo menos auténtico.

Las geniales síntesis de los grandes pensadores de la Iglesia han colocado siempre al hombre, con su cuerpo y su alma, en el proscenio de la visión cósmica. La ley que le dicta sus relaciones con Dios y con el mundo no es un cerco tenebroso, negativo, que coarta su vitalidad. Si en la historia de los moralistas católicos ha habido algunos que han interpretado esta ciencia bajo un signo negativo, evidentemente se han equivocado. Quizá acabamos de salir de una de estas épocas.

La ley divina positiva, expresión de esa norma que la Naturaleza nos dicta con elocuencia, comienza con un mandato positivo, que comprende todos los demás: Amar a Dios sobre todas las cosas. Antes de toda prohibición, antes de todo imperativo negativo, el hombre escucha una orden que le limite a obrar. Su cuerpo y su alma deben actuar, no inhibirse. La actuación más bella dictada por el amor.

Es cien veces más humano y más divino todo lo que entraña afirmación. Por eso, el hombre ha de buscar este camino con todas sus facultades, con el alma y con el cuerpo. Su meta en la eternidad es la realización definitiva de un rotundo sí, el resultado de la voluntaria aceptación libre de una andadura positiva que desembocará en Dios.

Antes del «no matarás, no fornicarás» está él «amaras a Dios», que se concreta en vivirás plenamente tú mismo y cooperarás a la vida de los demás; serás íntegro en tu cuerpo y en tu alma, para ganar pronto a Dios. La religión es luz que invita a mirar, no tinieblas que impiden la visión.

## **LA MORTIFICACION CRISTIANA Y EL DEPORTE**

Se asustan algunos cuando oyen hablar de las disciplinas y cilicios, o cuando escuchan los relatos impresionantes de ayunos y vigias de aquellos padres del yermo.

A San Pablo ermitaño, un cuervo le traía todos los días medio panecillo para su sustento; el día en pie fue visitado por San Antonio Abad recibió uno entero. ¿Es posible que un hombre mantenga su cuerpo con semejante mezquindad? Y las asperezas de San Jerónimo. Y la incomodidad fabulosa de Simeón estilista, o de San Alejo, el que vivió treinta años debajo de la escalera de su casa...; y en nuestros tiempos, los ásperos claustros de cartujos y camadulenses, y las terribles austeridades físicas para los delicados cuerpos de monjas de clausura...

Parece confabularse todo contra el mismo ser humano, contra la vida. Así, aparece el signo pesimista de la religión, condensado en esa negra palabra: *mortificación* derivada de *mors*, «muerte». Otro rápido recuerdo histórico puede aportar claridad.

La primera comunidad cristiana, la de los convencidos «hermanos» de las catacumbas, vivía tiempos heroicos. Con más o menos saña, según los emperadores, eran víctimas de las persecuciones. Cuando éstas se recrudecían, la sangre cristiana tenía la arena del circo. Íntegros y ardientes en su nueva fe, soñaban con la más plena realización de sus creencias: morir por Cristo. No buscaban esta muerte por mero capricho o fetichismo colectivo. Era la lección más positiva y recia que podían dar a aquel Imperio pagano. La más activa realización del mandamiento supremo: Amarás a Dios sobre todas las cosas. Ser cristiano se fue haciendo sinónimo de ser hombre que daría su vida por Cristo. El martirio era la coronación normal de su vida.

Llegó el Edicto de Milán, y con él aquel culto heroico de catacumbas afloró a las plazas públicas y se extendió por el Imperio. La vida del cristiano perdió su tensión heroica y se hizo más fácil. El ansia de martirio no encontraba satisfacción, y el fervor, dirigido por el Espíritu Santo, excogitó un método supletorio, un martirio en vida: comenzó la peregrinación a los desiertos. La austeridad, la soledad y la penitencia suplirían la tensión heroica del martirio. La carne recibió ásperos castigos; no por el odio del asceta a la carne, sino por un amor intenso a Dios y un afán de ser martirizado. Se había hallado un linaje de muerte semejante al martirio: la mortificación. Así se mantenía cimera la virtud.

Vino la evolución natural: a los eremitas siguieron los cenobitas, y a éstos, la intuición genial de San Benito; y fue fundada la vida monástica. Surgieron las normas reglamentadas de perfección cristiana; las reglas de las Ordenes monásticas. Se sucedieron, según las necesidades de cada tiempo, las Ordenes mendicantes, y toda la variedad posterior de Ordenes y Congregaciones religiosas, hasta nuestros contemporáneos institutos seculares.

Esta es la somera historia de la perfección cristiana reglamentada. Inmenso arsenal de ejemplos y formas de austeridad que ha dado origen a la riquísima gama de ascéticas que presenta la Iglesia Católica. Como se ve, la idea luminosa que preside estas ascéticas —uno de cuyos puntos es la mortificación— es el mayor acercamiento a Dios, por medio de una especie de martirio en vida. Motor positivo y poderoso que es capaz de arrancar de las débiles voluntades humanas las acciones más heroicas.

La mortificación no es fin, sino medio. San Pablo había dicho a los cristianos de Efeso: «Despojaos, en lo que respecta a vuestra vida pasada, del hombre viejo corrompido por concupiscencias engañosas... y revestios del hombre nuevo, creado, según Dios, en justicia y santidad verdadera». Hubo ascetas que interpretaron el hecho de esta expoliación como el logro de la **perfección**. No calaron bien a San Pablo, cuya teología es precisamente de una contundencia positiva inigualable; afirmación sobre la realidad divina de Jesús. San Pablo emplea en sus cartas la expresión «en Cristo Jesús» ciento sesenta y cuatro veces.

Los ideales cínicos, estoicos y neo-pitagóricos proyectaron sobre la ascética cristiana una sombra de pesimismo. Restricción de los deseos, ausencia, negación. Los primeros ascetas cristianos no se sustraen del todo a esta filosofía estoica. Clemente Alejandrino se entusiasma con la ausencia de necesidades; su afirmación «Dios nos ha dado un derecho de gozar, pero solamente hasta el límite de lo necesario», y otros principios análogos, denuncian la infiltración de estas filosofías.

Frente a esta concepción, ladeada hacia un pesimismo casi fundamental, se alza la luminosa doctrina de los grandes teólogos, coronada cimaramente por la alegría vital de San Francisco de Sales: «De nada serviría renunciar a sí mismo, para quedarse ahí; los filósofos de antes lo hicieron admirablemente; mas esto de nada les ha valido. Hay que renunciar al hombre terrenal para fortalecer el celestial». He aquí la interpretación exacta del «hombre viejo y hombre nuevo» de San Pablo. Tratase, pues, de matar el egoísmo bajo —rubrica Michael Müller— para erigir sobre esos fundamentos un edificio espléndido. Se puede —siguiendo la comparación de San Francisco de Sales— arrancar el muérdago parásito, podar los brotes superfluos del tallo; pero no está permitido mutilar la Naturaleza. Los cirujanos tienen a veces que agrandar la herida y cortar la carne sana. «Alabo su sistema —dice Francisco—, mas no es el mío».

La catarsis es una condición; pero en manera alguna la esencia de la perfección. El fin de la mortificación —dentro de su límite de pura condición— abarca, pues, un doble sentido: sojuzgar los bajos instintos, las tendencias corrompidas de la naturaleza, para que la gracia de Dios actúe sin trabas, colmando las

capacidades que la misma naturaleza *obediencialmente* posee. Es la poda que permite el aprovechamiento de la savia.

Segundo: Crear un hábito de mecanismos psicológicos por el que se facilite el dominio espontáneo de los elementos nobles del espíritu sobre los inferiores, y con ese dominio establecer el equilibrio estable de nuestras potencias. Este equilibrio desemboca en una plenitud total del ser. La soberanía del espíritu. Entre las varias fuentes que contribuyen a este definitivo equilibro, una es la integridad física, de la cual es salvaguardia la misma mortificación. Esa integridad física contribuye a la integridad total, de la que resulta el equilibrio: de ahí fácilmente hacia la perfección.

El ideal, más a menos explícito, del deportista moderno es, aparte de la distracción a divertimento que halla en él como juego, lograr una plenitud física, que redundará en su plenitud integral. Pero en la realización de esta plenitud física tienen lugar una serie de fenómenos psíquicos de dilatadas consecuencias. Actos enérgicos de superación de la laxitud corporal y de la fatiga, esfuerzos continuados, ejercicios frecuentes de decisión, superación de variados estados de ánimo, y en muchas ocasiones voluntarios sometimientos disciplinares.

Los ascetas cristianos combatían la soberbia del espíritu con la fatiga corporal, práctica intensa de trabajos manuales, etcétera. Para orientar la voluntad hacia los actos intensos de espiritualidad, para decidirla a la práctica interior de la religión más profundamente viva, obligaron al cuerpo a ejecutar los movimientos exteriores correspondientes, aplicaron los miembros a la representación externa de los sentimientos y de las convicciones del alma. Pues bien —afirma *Hennin*—, los ejercicios físicos tienen un efecto más directo. «Tienden a hacer cultivar *el esfuerzo por el esfuerzo*. Este punto es capital en la cuestión de las relaciones de estos ejercicios con la educación de la voluntad».

Mientras en el ejercicio de su profesión manual, el obrero busca con razón el mínimo de esfuerzo para el máximo de rendimiento, el deportista actúa por actuar y se sobrepasa por lujo. «Por deporte, por *sport*»; es nuestra frase admitida. Como a una obra capital, se entrega a la esgrima, al fútbol, al béisbol. Sin otro objetivo que vencer la resistencia del agua y dominarla, nada o gobierna su yola. Coge la «bici» o la moto, o se calza los esquís, ávido de velocidad. Así despliega el deportista todas sus energías de arrestos e impulso. Se ejercita en el dominio de sus músculos, en la inhibición de sus nervios, en la coordinación de movimientos y reflejos, en el propio endurecimiento. Muchas veces se esfuerza por satisfacciones de amor propio individual o colectivo. Un trofeo, un elogio público. Pero también le atrae la satisfacción íntima de afirmar su potencia, el placer de la acción viril. Este entrenamiento continuo de la energía determina un acrecentamiento del vigor del espíritu. He aquí un fruto conseguido igualmente por una suerte de analogía entre deporte y mortificación.

Si a alguien realmente no ha de espantar la palabra mortificación, es al deportista. Esa lucha continua contra los segundos y los centímetros que emprende un atleta es auténtica ascesis. La voluntad termina imponiéndose. Bello triunfo del espíritu sobre las limitaciones físicas.

La religión cristiana, aun en su parte más dura, está inspirada por el signo auténtico de la alegría. Nunca ha actuado contra esa afirmación exultante de plenitud física que es el deporte, ni puede actuar. La iglesia no riñe con el esplendor humano; y el vigor del cuerpo está henchido de ese esplendor. «No puede ser deshonoroso un juego —se refiere *Giraudoux* al deporte— en el que la cara se ilumina de alegría cuando el tiempo se aclara, cuando el sol sale, cuando el viento se calma... Felizmente, conservamos ciertos reflejos que nos obligan a no imaginar un alma grande sin un cuerpo bello. Los héroes muertos en nuestras guerras desfilan en nuestro pensamiento en forma de atletas».

Dios haya perdonado a esos ascetas que presentaron nuestra bella religión siempre morada. Durante el periodo más largo del año, la liturgia busca el color verde, el de la alegre esperanza; y en las más grandiosas fiestas e reviste de blanco. Dios se regocija cuando ve nuestras iglesias nutridas de juventudes vigorosas, que de allí se esparcen por los campos de deportes. Él ve con mejores ojos a los que son más buenos, sean sanos o enfermos. Pero ¿no es una garantía de sanidad moral ese esfuerzo noble e ingenuo lleno de belleza? La austeridad a que voluntariamente se somete el deportista le adiestra para empresas de grandes renunciaciones.

espirituales. Quien se ha habituado a contemplar los horizontes comprende mejor el dilatado septentrión de la virtud.

La Religión cristiana ama la alegría y la belleza; y «en realidad —dice hermosamente Lili Álvarez—, la advocación profunda del deportista es la belleza... Ligereza, presteza, agilidad, flexibilidad, robustez, destreza, significan armonía, equilibrio de miembros y cuerpo... El deportista que tiene dos dedos de sensibilidad siente esta su revelación íntima con la estético, percibe que su dominio es el de lo bello y hermoso. Y que puede dilatar en él su vida con anhelo superior».

Queda, no obstante, un punto que es necesario aclarar. La energía voluntaria desarrollada en el deporte no es del *mismo orden* que la actividad moral propiamente dicha. Puede que esta energía sea orientada hacia la práctica de un bien moral, pero ya ha de ser dirigida. En sí, el deporte es *amoral*. Sus *consecuencias* son las que resultan buenas o malas, según su utilización.

Podemos preguntar a un deportista, en el momento en que corre por la pista o disputa un balón, por qué realiza esos esfuerzos. O no entenderá la pregunta o responderá que, aparte del afán de victoria, goza sobre todo de una singular alegría de vivir. Todo el que practica el deporte, no por *snobismo*, sino por gusto, conoce bien esta jugosa sensación de bienestar físico, síntesis feliz de salud, equilibrio, energía. Es la exaltación íntimamente sentida de la potencia corporal. En este armonioso desarrollo energético, el atleta degusta un amor especial a su cuerpo, que es como la poesía exprimida del ejercicio físico

Y aquí va la distinción capital, según Hennin: sí la acción o la *actividad del deportista* puede ser moralizadora, su *estado afectivo*, el que acabamos de analizar, difícilmente lo será. En sí, como la misma actividad, es *amoral*; pero fácilmente halaga la sensualidad. Es un estadio que sigue inmediatamente a la actividad deportiva, suavemente lisonjero, que puede viciar los buenos efectos del desarrollo de la energía voluntaria. Situación placentera, consciente de la gallardía y morbidez, contraria al mismo esfuerzo físico. Es la compensación física que espontáneamente busca la naturaleza, tras el sacrificio que exige la actividad deportiva. Por eso, la práctica de los ejercicios físicos, cuyo fin es la exageración deportiva, desarrolla en definitiva la degeneración de gustos y costumbres. Los gimnasios griegos terminaron convirtiéndose, tras el esplendor de los primeros tiempos, en escuelas de vicios contra naturaleza.

Este *estado afectivo*, como lo hemos llamado, es fácilmente subsanable, si se insiste en los valores del esfuerzo y de la pura actividad, sublimando luego los estados anímicos. La infusión simultánea de la estima racional de los ejercicios y sus altos valores espirituales prepara la recta concatenación de los mecanismos psíquicos, concretados en un estado final de austeridad o renuncia anímica.

Los impulsos y actos enérgicos del deportista disciplinan su carácter y llevan con más facilidad a una integridad física, garantía ordinaria de la integridad moral, sobre todo en los jóvenes. Su mismo desfogue los libera de atenzadoras tendencias, hijas exclusivas de la etapa evolutiva. La cultura física es un sólido y amplio fundamento para erigir copulas doradas; pero aclaremos, con Vuillermet, que *por sí solo no es una moral*, ni una auténtica educación.

## PÍO XII Y EL DEPORTE

La Iglesia no solo puede, sino que debe adoctrinar a los fieles sobre todos los problemas de la vida. Jesucristo es la luz del mundo. El Papa es su Vicario en la tierra.

Cuando, en la pasada guerra mundial, el actual Pontífice Pío XII salía de su palacio del Vaticano y descendía a los suburbios para atender a las víctimas humildes, su blanca figura dibujaba en exacta reproducción la escena de aquel otro Hombre, su predecesor y Maestro, que curaba a los enfermos y atendía a los necesitados. En la persona de Pío XII se hacía entonces, como se ha hecho siempre realidad el pensamiento de la Iglesia, que es atender a las necesidades humanas. Preocupación honda por el hombre, cualquiera que sea, poderoso o humilde.

Podemos hablar de Pío XII como del Papa humanista, en el sentido más universal de la palabra. No hay problema del hombre que no le haya preocupado. El Vaticano se ha convertido en la casa de todos. Ahí se

dan cita los científicos y los artistas, los comerciantes, los funcionarios, industriales, militares, gobernantes, periodistas... Y un día, el Papa estudia su problema y habla a los neurólogos, a los ferroviarios, al Congreso Internacional de Comunicaciones, a los industriales o a los artistas del cine, a catedráticos, asociaciones juveniles, o se extasía ante una exhibición de arte dramático, a cuyos actores habla después y felicita personalmente, o recibe la visita del ciclista Bartali, o del campeón español de fútbol, el Atlético de Bilbao.

Pío XII ha percibido los calibres más recónditos del mundo de hoy, y a despecho de retrógradas censuras, se adentra en sus problemas interiores. Pío XII ha conocido el deporte y se ha preocupado de él. Aparte de otras alocuciones más breves o particulares, entre las que podemos anotar la que dirigió el 6 de julio de 1956 al campeón de España de fútbol, Atlético de Bilbao, tenemos presentes nueve discursos suyos sobre el tema:

7 de abril de 1947, a los jóvenes universitarios franceses. 26 de septiembre de 1948, a los alpinistas de Italia. 7 de octubre de 1948, al Congreso Interamericano de Educación Católica. 10 de noviembre de 1951, a los críticos deportivos. 9 de noviembre de 1952, al Congreso Nacional Italiano de Deporte y Educación Física. 16 de mayo de 1953, a los representantes del Comité Olímpico Nacional Italiano. 30 de junio de 1954, a los participantes en el XIII Campeonato Mundial de Gimnasia. 9 de octubre de 1955, al Centro Deportivo Italiano en el décimo aniversario de su fundación. 22 de noviembre de 1956, a los participantes en la XVI Olimpiada moderna, en Melbourne.

De la abundancia del corazón habla la boca; un cuadro tan completo de discursos no puede ser producto de un superficial afán de complacer. Sus mismas obras predicán que es amigo del deporte, como lo es de todo lo humano. Recordemos las muchas audiencias deportivas; a los ciclistas de la Vuelta a Francia (1947), a los piragüistas españoles del S. E. U. que en el Año Santo (1950) hicieron la travesía a Roma en piragua; su amistad con el ciclista Bartali, a quien recibía con su traje deportivo; la cordialidad con que recibió también a los peregrinos catalanes de la Unión Ciclista Santa Coloma que fueron en “bici” hasta Roma en el mismo Año Santo, 1950; la exhibición de entrenamiento rítmico a cargo de los Harlem Globetrotters en la Sala Clementina de Castelgandolfo. Sabido es que, preguntado Su Santidad si deseaba alguna cosa, respondió: «Si, que repitan el juego». Los simpáticos negros, unánimemente, cuando regresaban de Castelgandolfo en su autobús, afirmaban, impresionados: «El hombre más grande que hemos conocido».

Se puede encontrar materia abundante para escribir un amplio tratado. A todo el que quiera enterarse a fondo del pensamiento del Papa sobre el deporte le remitimos el texto mismo de los discursos, donde hallará un prolijo arsenal de ideas. Recogemos esquemáticamente las principales, procurando ser lo más sobrios en los comentarios a los textos.

### **ESTIMA SINCERA DEL DEPORTE**

El Papa se ha percatado de dos cosas: de la importancia indudable que tiene el deporte en la sociedad actual y de sus valores intrínsecos. «En la ondulación constante de la Historia —dice el P. Pastor—, el afán deportivo está hoy en lo alto. Es un hecho, y el Papa lo conoce y calibra perfectamente».

*«Con la llegada de este siglo, el deporte ha adquirido proporciones tales..., que constituye un fenómeno típico de la sociedad actual»* (octubre 1955).

Se complace en enumerar concretamente los deportes que todos conocemos *«gimnasia de salón, gimnasia escolar, ejercicios a cuerpo libre, ejercicios con instrumentos, carreras, saltos, escaladas y gimnasia rítmica, marcha, equitación, esquí y demás deportes universales, natación, esgrima, lucha, pugilato y otros muchos aún, entre los cuales están los tan populares del fútbol y el ciclismo»*.

No se recata en afirmar, al saber la designación de Roma para los Juegos Olímpicos de 1960, que *«la noticia ha sido recibida por Nos con agrado»* (octubre 1955).

Conoce los altos valores que se encierran en la práctica de los deportes; los enumera prolijamente y los repite en uno y otro discurso:

*«El deporte bien entendido es actividad de todo hombre, y no solamente perfecciona el cuerpo como instrumento de la mente, sino que hace de la misma mente un más delicado instrumento en la investigación y en la comunicación de la verdad» (julio 1945).*

Bien se puede acusar aquí de ser más papistas que el Papa a esos rígidos escatimadores de los minutos estudiantiles para todo lo que no sea puro estudio.

No se queda parco en la enumeración de las virtudes que pueden ser fomentadas con el deporte:

*«Las virtudes propias de la actividad deportiva son, entre otras, la lealtad, que prohíbe el recurrir a subterfugios; la docilidad y la obediencia las órdenes sabias de quien dirige un ejercicio de equipo; el espíritu de renuncia cuando es necesario quedar en la penumbra para ventaja de los propios «colores» la fidelidad a los compromisos, la modestia en los triunfos, la generosidad con los vencidos, la serenidad en la fortuna adversa, la paciencia con el público, no siempre moderado; la justicia, si el deporte agonístico va unido a intereses financieros libremente pactados, y, en general, la castidad y la templanza, ya recomendadas por los mismos antiguos».*

Pero aclara inmediatamente:

*«Todas estas virtudes, si bien tienen por objeto una actividad física y exterior, son genuinas virtudes cristianas, que no pueden adquirirse ni ejercitarse en grado eximio sin un profundo espíritu religioso y —añadimos— sin el frecuente recurso a la oración» (octubre 1955).*

*«Con una acción positiva... tenderá a desarrollar las facultades de la inteligencia y de la voluntad, especialmente en las competiciones agonísticas: la primera, adiestrando a los jóvenes en la reflexión, en el raciocinio, en una previsora economía de las fuerzas, en la intuición de la táctica de los adversarios para saber aprovechar el momento apropiado en el empleo de las propias reservas de energía y de destreza. Más, difícil es la educación de la voluntad, cuyo vigor, en el deporte agonístico, puede decirse que es el elemento determinante del buen éxito, mientras es, al mismo tiempo, el fruto más conspicuo que el joven puede lograr para su vida de hombre y de cristiano» (octubre 1955).*

*«El deporte, bien dirigido, desarrolla el carácter, hace valiente al hombre, generoso en la derrota y condescendiente en la victoria; afina los sentidos, da penetración intelectual y centra la resistencia de la voluntad» (julio 1945).*

A los deportistas italianos:

*«El deporte es un antídoto eficaz contra la molicie y la vida cómoda, despierta el sentido del orden y educa en el examen y dominio de sí mismo, en el desprecio de sí mismo, sin jactancia ni pusilanimidad, etc»<sup>8</sup>*

Estos encomios de los valores deportivos no se engendran por un mero afán de agradar, son producto de un auténtico:

## CONOCIMIENTO DEL DEPORTE

Pío XII se ha detenido a estudiarlo, conoce sus problemas internos, aquilata conceptos, y hace incluso apreciaciones acertadas de lo que podríamos llamar problemas de la técnica y los estilos.

- *«Conviene que los dirigentes estén bien formados, no solo espiritual, sino también técnicamente, ya que la orientación técnico-científica del deporte se considera hoy como una exigencia necesaria. Sépase en primer lugar distinguir entre la simple gimnasia y el atletismo, y entre éste y el agonismo. La gimnasia busca el desarrollo normal y la conservación de las fuerzas físicas; el atletismo propiamente dicho tiende a la superación de lo normal; pero sin competición con otros y sin ir a parar al acrobatismo, que es mas, bien una fría profesión; el agonismo, por el contrario, pretende llegar por medio del*

---

<sup>8</sup> Puede verse este párrafo íntegro en el capítulo anterior.

resorte de la emulación a los límites extremos que pueden tocar las energías físicas sabiamente empleadas».<sup>9</sup>

- «Entre las múltiples actividades del deporte es también conveniente distinguir los ejercicios en los cuales prevalece la fuerza de aquellos otros en los que predomina la agilidad de los músculos o la destreza en el uso de los instrumentos o de las máquinas. Ahora bien, la moderna orientación técnico-científica exige justamente que, sobre todo, se proceda con cautela en la admisión de los aspirantes a cada uno de los tres tipos de deportes, de manera que no sufran daño por causa de una elección irreflexiva, o por desproporción en su constitución física, o por pasar antes de tiempo de uno a otro ejercicio. Igual prudencia es necesaria para asignar o permitir cada una de las tan numerosas especialidades del atletismo y del agonismo. El cuidado de examinar previamente los sujetos, de encauzarlos hacia las especialidades y de seguirlos en el progresivo ejercicio de las mismas, toca principalmente al médico, que hoy día dispone de tantos medios de investigación y de exploración, y cuya asistencia no debería nunca faltar en una asociación deseosa de procurar el bienestar de cada uno de sus miembros».
- «Es superfluo advertir la necesidad que hay de recurrir a la técnica en la preparación y ejercicio de los sujetos idóneos. La sociedad de una asociación deportiva que quiera verdaderamente conseguir su fin próximo no admite actualmente el que se proceda de autodidactismo y de empirismo, como se hacía en el pasado, cuando el deporte se distinguía poco de la simple diversión. Existe hoy una técnica en cada ramo del deporte que no sólo facilita la obtención de buenos resultados, sino que llega allí donde la pura afición, aun animada de buena voluntad, no podrá llegar nunca. Sin embargo, el empleo de la técnica, aunque sea un elemento necesario, especialmente en los campeonatos, no es ni todo ni lo mejor. La técnica, en el deporte como en las artes, no debe servir de estorbo al desarrollo de las fuerzas espirituales, tales como la intuición, la voluntad, la sensibilidad, el valor, la tenacidad, que son, en definitiva, el verdadero secreto de todo éxito. No basta el sujeto fisiológicamente perfecto, ni la observancia escrupulosa de todas las normas técnicas acumuladas por las experiencias de los maestros, para tener una victoria digna de admiración y capaz de suscitar entusiasmo. El frío tecnicismo no sólo impide la consecución de los bienes espirituales que el deporte se propone, sino que, aun cuando conduzca a la victoria, no satisface ni a quien lo practica ni a quien asiste para gozar de él. Esto quieren decir las muchedumbres de los estadios cuando a veces deploran que los equipos en lid no juegan de corazón, porque, en general, cuando se trata de una actividad humana, el punto de partida y la meta de llegada deben ser siempre el elemento psíquico; en otras palabras: el espíritu debe predominar sobre la técnica. Servirse de la técnica, pero hacer prevalecer al espíritu, será la norma fundamental de vuestro centro, al educar deportivamente a los jóvenes» (9 octubre 1955).

Se comprende que de un estudio sincero del fenómeno y de un convencimiento de sus utilidades broten espontáneamente esas apologías, y que aun exhorte paternalmente a que el deporte, como portador de beneficios, sea difundido.

«Es necesario fomentar la difusión del sano deporte, incluso entre la juventud de clases más pobres, como ya loablemente el centro<sup>10</sup> se ha propuesto desde el principio. Si estáis persuadidos de que el deporte temple y fortifica los cuerpos, educa el espíritu y lo prepara a más altas victorias, no podéis permitir que numerosos grupos de jóvenes se vean privados de estos bienes a causa de su pobreza» (octubre 1955).

## CONCEPTO CRISTIANO DEL HOMBRE

El Papa presenta ante este cuadro de los valores intrínsecos y extensión social del deporte la doctrina pura de la Iglesia. Es plenamente consciente de que “en el campo de la cultura física la concepción cristiana nada tiene que recibir de los demás, sino más bien enseñarles.”

La eterna concepción cristiana del cuerpo y del alma, como anteriormente ha sido expuesta aparece nítida en sus discursos, sobre todo en el de noviembre de 1952. Soberana estima del cuerpo; su íntima unión con el alma; la primacía de ésta en el compuesto humano. Insiste de nuevo en el valor del deporte en el

<sup>9</sup> Esta distinción entre atletismo y agonismo no pretende reflejar una incompatibilidad entre ambos, sino señalar los dos aspectos que entraña la lucha atlética, como agon y como superación.

<sup>10</sup> Se refiere al Centro Deportivo Italiano, a quien se dirige..

perfeccionamiento de ambos, más directamente del cuerpo. Pero advierte, sin lugar a dudas, la condición que el deporte tiene de puro medio, nunca fin. He aquí los párrafos fundamentales:

- *“En realidad, la Iglesia ha dedicado siempre al cuerpo humano una solicitud y un respeto que el materialismo nunca le ha manifestado, aun en su culto idolátrico.*
- *“Y es natural, por que éste no ve y no reconoce en el cuerpo mas que la carne material, cuyo vigor y cuya belleza nacen y florecen para después, en seguida, ajarse y morir como la hierba del prado que acaba en la ceniza o en el pasto.*
- *“El cuerpo humano es en sí mismo la obra maestra de la creación. El Señor le había destinado a florecer aquí, en la tierra, para abrirse luego inmortal en la gloria del cielo.*
- *“No fue Dios, sino el pecado, el que hizo mortal al cuerpo humano; pero si por causa del pecado, el cuerpo, hecho polvo de la tierra, debe un día convertirse en polvo, el Señor, sin embargo, le sacará de él para llamarle nuevamente a la vida.*
- *Aunque estén reducidos a polvo, la Iglesia honra y respeta los cuerpos que están muertos pero que luego han de resucitar.*
- *“El Apóstol San Pablo nos conduce a una visión todavía más amplia: ¿No sabéis —dice— que vuestro cuerpo es templo del Espíritu Santo, que está con vosotros y lo habéis recibido de Dios, y que por tanto, no os pertenece? Habéis sido comprados a precio; glorificad, pues, a Dios en vuestros cuerpos (1 Cor., 6, 19) (noviembre 1952).*

### **EN EL COMPUESTO HUMANO, EL ALMA TIENE LA PRIMACIA**

- *“La sana doctrina enseña a respetar el cuerpo, pero no a estimarlo más de lo justo. La máxima es ésta: cuidado del cuerpo; divinización del cuerpo no; como tampoco divinización de la raza y de la sangre y de sus principios somáticos o de elementos constitutivos... Al cuerpo no le corresponde la primacía en el compuesto humano, sino que le toca al espíritu, al alma espiritual.”*
- *“En realidad, ¿de qué serviría el uso y desarrollo del cuerpo, de sus energías, de sus bellezas, si no estuviera al servicio de algo más noble y duradero, como es el alma?”*
- *“El deporte que no está al servicio del alma no será más que un vano agitarse de miembros, una ostentación de caduca hermosura, un efímero placer. En el gran discurso de Cafarnaum, queriendo arrancar a sus oyentes de sus bajos sentimientos materialistas y elevarlos a una concepción más espiritual, Jesucristo formuló un principio general: “El espíritu es el que vivifica; la carne de nada aprovecha”. Estas palabras divinas, que encierran una máxima fundamental de la vida cristiana, valen también para el juego y el deporte. El alma es el factor definitivo y determinante de toda operación externa, de la misma manera que no es el violín el que determina el desprendimiento de las melodías, sino la pulsación genial del que le toca, sin el cual el instrumento, aun el más perfecto, quedaría mudo.*
- *“De esta misma suerte, el factor principal y determinante de los ritmos armónicos en la gimnasia, de los movimientos ágiles y calculados de los juegos, los fuertes estrujones de los músculos en la lucha, no es el cuerpo, sino el alma; si ésta lo dejara, aquél caería como cualquier otra masa inerte.*
- *“Poned, pues, vuestro gozo en el correcto ejercicio de la gimnasia y del deporte. Llevad incluso en medio del pueblo su benéfica corriente, a fin de que florezca cada día más en salud física y psíquica y se vigoricen los cuerpos al servicio del espíritu; sobre todas las cosas no olvidéis, finalmente, en medio de la frenética y embriagadora actividad gimnástico-deportiva, aquello que vale más en la vida: el alma, la conciencia y, en la cumbre suprema, Dios” (noviembre 1952).*
- *“Vivid, pues, con plena conciencia de que el más alto honor y el más alto destino del cuerpo consiste en ser habitación de un alma que brille por su pureza moral y que esté santificada por la gracia de Dios” (mayo 1945).*

Por consiguiente, dice el Papa, en noviembre de 1952:

*“Una exigencia del orden religioso y moral, fundada en la misma escala de valores, prohíbe, en caso de conflicto, sacrificar a favor del cuerpo los intereses intangibles del alma. Verdad y probidad; amor, justicia y equidad; integridad moral y pudor natural; obligado cuidado de la vida y de la salud, de la familia y de la profesión, del buen nombre y del honor verdadero, no deben quedar subordinados a la*

*actividad deportiva, a sus victorias y a sus alegrías. Lo mismo que en otras artes y oficios, así también en el deporte es ley inmutable que el éxito feliz no es una garantía segura para su rectitud moral”* (noviembre 1952).

### **EL DEPORTE ES UN MEDIO, NO UN FIN**

Este es un tema fundamental en todos los discursos del Santo Padre. En medio de sus alabanzas, del estudio de los conceptos, le preocupa el daño que puede recibir la sociedad, y sobre todo la juventud, de un endiosamiento del deporte.

- *“El deporte no es un fin, sino un medio, y como tal debe estar dirigido para llegar al fin, que consiste en la formación y educación perfecta y estructurada de todo el hombre...”*
- *“Con un lamentable vuelco moral, algunos jóvenes dedican apasionadamente todo su interés y toda su actividad a las reuniones y manifestaciones deportivas, a los ejercicios de entrenamiento y a las competiciones, poniendo todo su ideal en la conquista de un campeonato; y no dedican más que una atención distraída y aburrida a las importantes necesidades del estudio o de la profesión.*
- *“El hogar doméstico para ellos no es mas que una fonda donde están de paso casi como extraños”* (mayo, 1945).
- *“No se trata de considerar y estimar el cuerpo y el alma dentro de los límites del deporte y de la gimnasia, sino colocar estos últimos en el mucho más amplio marco de la vida, y de examinar entonces qué valor sea conveniente reconocerles. Bajo la guía de la recta razón natural, y, mucho mejor, de la conciencia cristiana, cada uno puede llegar a la norma cierta de que el entrenamiento y el dominio del cuerpo ejercidos por el alma, la alegría por la conciencia de la energía que se posee y por las empresas deportivas llevadas a feliz término no son ni el único ni el principal elemento de la acción humana. Son ayudas y accesorios ciertamente dignos de aprecio; pero no valores indispensables de la vida, ni necesidades absolutamente morales. Elevar la gimnasia, el deporte, la rítmica con todos sus anejos a objetivo supremo de la vida, sería en verdad demasiado poco para el hombre, cuya grandeza primaria la forman aspiraciones, tendencias y dotes mucho más elevadas”* (noviembre 1952).
- *“En cuanto a la actividad profesional, trabajo intelectual o trabajo manual, el deporte tiene como fin procurar una relajación para permitir volver a la tarea con un vigor renovado de voluntad y con los resortes reparados. Sería un contrasentido, y a la larga resultaría víctima el bien común, si, contra toda razón, el deporte viniese a ocupar el primer lugar en las ocupaciones personales, de forma que el ejercicio de la profesión o del oficio terminase por dar la impresión de una desdeñada interrupción en el negocio principal de la vida”* (noviembre 1951).
- *“Al servicio de la vida sana, robusta y ardiente; al servicio de una actividad más fecunda en el cumplimiento de los deberes del propio Estado, el deporte puede y debe estar también al servicio del cristiano”* (mayo 1945).
- *“La competición física se convierte de este modo casi en una ascesis de virtudes humanas y cristianas, y en tal debe convertirse, por muy duro que sea el esfuerzo exigido, a fin de que el ejercicio del deporte se supere a sí mismo, consiga uno de sus objetivos morales y sea preservado de desviaciones materialistas, que rebajarían su valor y nobleza”* (noviembre 1952).

Así resume y concreta el Papa los fines del deporte, considerado siempre, en el plano general, como medio:

- *“El deporte y la gimnasia tienen como fin próximo educar, desarrollar, fortificar el cuerpo desde el punto de vista estático y dinámico.*
- *“Como fin más remoto, la utilización, por parte del alma, del cuerpo, preparado así para el desarrollo de la vida interior y exterior de la persona.*
- *“Como fin incluso más elevado, al contribuir a su perfección.*
- *“Por último, como fin supremo del hombre en general y común a toda forma de actividad humana, acercar el hombre a Dios.*
- *“Establecidos de este modo los fines del deporte y de la gimnasia, se deduce de esto que en ellos se debe aprobar todo lo que sirve para conseguir los fines indicados, naturalmente en el lugar que a ellos conviene; se ha de rechazar, por el contrario, cuanto no conduce a aquellos fines o aparta de ellos o sale fuera del lugar que les está asignado”* (noviembre 1952).

## ATENTOS A UNA REALIDAD

El desequilibrio de nuestra naturaleza trae el pecado es un hecho. La cultura física ha de tenerlo presente. Por huir demasiado de morbosos extremismos de miedo y ocultación, también hay peligro de caer en las más absurdas ingenuidades. No estamos entre ángeles, sino entre hombres pecadores. Es una realidad.

- *“Siento otra ley en mis miembros que repugna a la ley de mi mente y me encadena a la ley del pecado que está en mis miembros.” El Apóstol San Pablo expone dramáticamente su lucha interior.*
- *«No se podría describir más al vivo el cotidiano drama de que está entretejida la vida del hombre.<sup>11</sup> Los instintos y las fuerzas del cuerpo se hacen valer y, sofocando la voz de la razón, prevalecen sobre las energías de la buena voluntad desde el día en que su plena subordinación al espíritu quedo perdida con el pecado original.*
- *“En el uso y ejercicio intensivos del cuerpo hay que tener en cuenta este hecho. Del mismo modo que hay una gimnasia y un deporte, que con su austeridad concurren a refrenar los instintos, así hay otras formas de deporte que los despiertan, ya con fuerza violenta, ya con las seducciones de la sensualidad.*
- *“También, bajo el punto de vista estético, con el placer de la belleza, con la admiración del ritmo en el baile y en la gimnasia, el instinto puede inocular su veneno en las almas. Hay, además, en el deporte y en la gimnasia, en la rítmica y en el baile, un cierto desnudismo que no es necesario ni conveniente. No sin razón, hace algunos decenios dijo un observador del todo imparcial: “Lo que interesa a la masa en este campo no es la belleza del desnudo, sino el desnudo de la belleza.”*
- *“Ante una manera semejante de practicar la gimnasia y el deporte, el sentido religioso y moral pone su veto.*
- *“En una palabra: el deporte y la gimnasia no deben mandar y dominar, sino servir y ayudar. Es su oficio y en ello encuentran su justificación.” (noviembre 1952).*

## CONCLUSIONES PRÁCTICAS

Puestos los principios, descende a multitud de casos concretos, útiles muchas veces para todos, practicantes y aficionados del deporte. Otras se dirige en particular a los mismos deportistas, al público, a los periodistas, a los educadores.

- *“Toda acción humana cae bajo las prescripciones de la ley natural, de los preceptos positivos de Dios y de la autoridad humana competente: triple ley que, en realidad, es una sola, la voluntad divina manifestada de diversas maneras. El Señor respondió brevemente al joven rico del Evangelio: “Si quieres entrar en la vida, guarda los mandamientos. Y ante la nueva pregunta,” ¿cuáles?”, el Redentor lo remitió a las bien conocidas prescripciones del Decálogo (Mat., 19, 17-20). Así que se puede también decir: “¿Queréis actuar rectamente en la gimnasia y en el deporte? Cumplid los mandamientos.*
- *“Dad ante todo a Dios el honor que le es debido y, sobre todo, santificad el día del Señor, puesto que el deporte no exime de los deberes religiosos. “Yo soy el Señor tu Dios”, decía el altísimo en el Decálogo. “Tu no tendrás otro Dios que a mí” (Ex., 20, 2.3), esto es, ni siquiera el propio cuerpo en los ejercicios físicos y en el deporte; sería como una vuelta al paganismo.” (noviembre 1952).*

Por eso se dirige paternalmente a los jóvenes deportistas, y les habla con claridad, con la sinceridad que dicta el gran amor, preocupado de las repercusiones amargas que pueden traer las disensiones familiares.

- *“El cuarto mandamiento, expresión y tutela de la armonía establecida por Dios en el seno de la familia, recuerda la fidelidad a las obligaciones familiares, que deben anteponerse a las supuestas exigencias del deporte y de las sociedades deportivas” (noviembre 1952).*
- *“El deporte no deberla comprometer la fidelidad de los esposos ni las santas alegrías de la vida familiar. Tanto menos debe extremar sus exigencias cuanto que las duras necesidades de la existencia, el dispersar forzosamente el padre, madre, hijos e hijas parta el trabajo cotidiano, hacen ya sentir*

---

<sup>11</sup> Se refiere el Papa a la frase citada de San Pablo.

*demasiado su peso. La vida de familia es tan preciosa, que no se puede negar uno a asegurar esta protección.*” (noviembre, 1951).

- *“Los jóvenes deben persuadirse de que el ejercicio del deporte no debe impedir el cumplimiento de los deberes del propio estado, de estudiante, de trabajador, de profesionista, sino favorecer su observancia al menos indirectamente, como recuperación de energías; que nada dispensa al deportista del respeto a la ley moral común, en su triple objeto: Dios, familia y sociedad, y el hombre mismo.”*
- *“Con relación a este último —inicia aquí el Sumo Pontífice un párrafo valiosísimo sacado de la moral del quinto mandamiento, el cual, por ignorancia y por fanatismos, sufre hoy fuertes embestidas en el mundo del deporte— es lamentable el error de quienes querrían un derecho sin límites a disponer del propio cuerpo, y, por tanto, a someterlo a riesgos evidentes, a fatigas agotadoras, o bien, con el fin de obtener lo que las propias fuerzas no pueden dar, a tomar sustancias gravemente perjudiciales, como los estimulantes fuertes, que, además de hacer daño al organismo, quizá irreparablemente, son considerados por los peritos algo así como un fraude. No es pequeña tampoco en estos casos la responsabilidad de los espectadores, organizadores y escritores que exaltan el riesgo tremendo y exigen de los atletas esfuerzos inhumanos”.* (octubre, 1955).

Este conocimiento precisamente de la influencia directa que ejercen y aun de la participación de público, organizadores, críticos, hace que su consejo se extienda en particular a cada uno de ellos. Especialmente se ha preocupado del problema de *los periodistas*.

Aparte de muchas alusiones en otras alocuciones, el 24 de noviembre de 1951 pronunció un discurso para ellos solos con motivo de la audiencia a los participantes en la Asamblea Internacional de Prensa deportiva.

Ya han sido insertados en el capítulo “Los periodistas y el público” algunos párrafos fundamentales. Por lo demás, al crítico que se interese por conocer la moral concreta periodístico-deportiva dictada por el Papa, le remitimos al texto original.

Así resume las condiciones del crítico deportivo:

1. Sincera estima del deporte. Para eso ha de conocerlo de verdad.
2. Destacar los rasgos educativos de los ejercicios y de los que los ejecutan. Y, viceversa, vituperar los anti-educativos y antideportivos. *“...Subrayarlas de paso —las acciones auténticamente deportivas y los valores personales— es provocar delicadamente la emulación, el deseo de cultivar los dones naturales innatos, tanto los que son comunes a todos como los que son absolutamente personales...”* *“Faltar a los deberes familiares, sociales, religiosos por debilidad, por burla, por vergüenza, he ahí cosas esencialmente antideportivas”* (noviembre 1951).
3. *“Hacer que el deporte, tanto en la vida privada como en la vida pública, ocupe el lugar que le corresponde y se atengan en él a la medida que le asignan la dignidad del hombre, sus deberes superiores y el bien común.”*
4. Para eso debe conocer el fin del deporte; de ahí, lo colocará en su puesto. Y el Papa les resume de nuevo los fundamentos trinales que ha explicado en otras alocuciones.

Pero sobre todo, les inculca la idea de la trascendencia de su misión, la gran responsabilidad que asumen cuando comienzan a ejercer su profesión.

- *“Asumís la tarea de informar, y, lo que es incomparablemente más importante, de formar la opinión.*
- *“No os consideréis, señores, como simples reporteros, exclusivamente encargados de anunciar los partidos y los encuentros, de señalar sus tantos y de proclamar sus vencedores, de hacer, por decirlo así, de este reportaje superficial un género literario sui generis por el colorido chillón del estilo, por la variedad, a veces feliz —no siempre—, frecuentemente audaz y aun forzada del vocabulario técnico, inteligible solo a los iniciados.*
- *“Vosotros pensáis mas bien en la influencia que podéis ejercer y que de hecho ejercéis, y es en este aspecto donde sentís comprometida vuestra responsabilidad”* (noviembre 1951).

También en alguno de los discursos se ha referido y dirigido el Papa:

## AL PÚBLICO DEPORTIVO

Recordemos el párrafo que le dedicó en el discurso pronunciado ante los representantes del Comité Olímpico Nacional Italiano el 16 de mayo de 1953:

- *“Y ahora nuestra palabra se dirige también al público que suele asistir en gran número a los concursos gimnástico, deportivos. Nótese la profunda diferencia existente entre los antiguos estadios del paganismo y los de las ciudades cristianas. La civilización latina realizó ya un gran progreso cuando, merced al cristianismo, se abolió en los espectáculos públicos la barbarie de los ludi gladiatores.*
- *“Pero en este campo la perfección cristiana quiere subir siempre más arriba y llegar a aquella templanza que, mientras eleva la dignidad del hombre, no impide la honesta alegría que se exige en el estadio. La moderación cristiana pide, ante todo, que el atractivo del estadio mismo no sirva de obstáculo al cumplimiento de los deberes religiosos, especialmente en los días festivos. Ella hace que el estímulo sea noble: la lucha con los rivales, respetuosa; el disgusto por las alternantes desilusiones, indulgente, tolerante y en ningún caso tal que mueva a violencia. El tono mismo de la voz que se eleva recia desde el estadio de una ciudad cristiana debe resonar de un modo diferente que el grito descompuesto de un estadio pagano; por dignidad y por corrección de lenguaje debe ser tal, que no contraste demasiado con el tono solemne de los coros y de las aclamaciones que de los mismos estadios y por el mismo pueblo suben hacia el cielo en ocasión de solemnidades civiles y patrióticas y de actos religiosos.”*

## SIEMPRE HUMANO

No falta el detalle de la delicadeza paternal. Precisamente en el discurso más importante sobre el deporte, el de noviembre de 1952, después de hacer su apología, después de demostrar con su preocupación por el problema la importancia que él le concede en el mundo de hoy, se vuelve compasivo hacia los físicamente débiles, hacia los enfermos, y como temiendo haberlos herido, los consuela; aprovecha entonces para recalcar una doctrina importantísima, la de la supremacía absoluta del alma; ésta va íntima, esencialmente unida al cuerpo: fortalecer éste es favorecer aquélla. Pero un cuerpo raquítrico y mutilado puede albergar un alma grande.

*“ No queremos terminar esta consideración sin dirigir una palabra a una particular categoría de personas, cuyo número se ha aumentado desgraciadamente después de las dos despiadadas guerras que han afligido al mundo; a aquellos, es decir, a los que defectos físicos o psíquicos hacen inhábiles para la gimnasia y el deporte, los cuales, por tanto, con frecuencia, en especial los más jóvenes, sufren amargamente. Mientras hacemos votos por que el adagio antiguo mens sana in corpore sano se realice cada día más en la presente generación, es deber de todos el detenerse con particular y compasiva atención en aquellos casos en los que la suerte terrena es adversa. Con todo, la dignidad humana, el deber y su cumplimiento no están ligados a aquel aforismo. Numerosos son los ejemplos que presenta la vida de todos los días, además de aquellos diseminados a lo largo del curso de la historia, los cuales demuestran como nada prohíbe el que un cuerpo enfermo, mutilado, pueda albergar un alma sana, a veces grande, hasta genial y heroica. Todo hombre por enfermo que esté, y por lo mismo inepto para cualquier deporte, es, sin embargo, un verdadero hombre, que cumple, aun en sus defectos físicos, un particular y misterioso designio de Dios. Si él abraza voluntariamente esta dolorosa misión cumpliendo (a voluntad del Señor) y llevado por ella, estará en disposición de recorrer con mayor seguridad el camino de la vida, trazado para él sobre sendero pedregoso y cubierto de espinas, entre las cuales no es la última la renuncia forzosa a los goces del deporte. Será su particular título de nobleza dejar sin, envidia que los otros gocen de su fuerza física y de sus miembros y aun participar generosamente de su alegría, como, por otra parte, en maternal y cristiana correspondencia, las personas sanas y robustas deben ejercitar y demostrar al enfermo una comprensión íntima y un corazón benévolo. El enfermo “lleva el peso” de los demás, y ellos, que en la mayor parte de los casos, si no en todos, tienen no sólo los miembros sanos, sino también —no la dudamos— su cruz, gocen en poner sus energías al servicio del hermano enfermo. “Llevad los unos las cargas de los otros y así cumplid plenamente La ley de Cristo” (Gal., 6, 2). “Y si padece un miembro, juntamente padecen todos los miembros; y si se goza un miembro juntamente se gozan todos los miembros” (1 Cor., 12, 26).*

Así, con este dilatado sentido de humanismo, rubrica su preocupación por el problema deportivo el Vicario de Cristo.

Todas estas páginas —que podían extenderse mucho más— no son sino un canto a la honda dimensión humana de nuestro Pontífice. Fiel expresión de lo que ha sido siempre la Iglesia Católica. Mira hacia Dios, pero anda en la tierra y vive con el hombre. No es negativa, no es hosca, no huye, no me inhibe. Hasta en el tiempo de las persecuciones la primitiva Iglesia salía a la calle en busca del hombre. Se ha creído mal que los cristianos andaban escondidos cobardemente en las catacumbas. No; vivían en las calles, en continuos peligros; en las catacumbas se reunían para el culto... y para enterrar a los mártires. La Iglesia siempre amó al *hombre*, y lo buscó; como su Maestro Jesucristo. Así lo confesó el Papa Pío XII al recibir a los deportistas italianos: “*Sentimos gran satisfacción siempre que nos encontramos en medio de escogidas falanges de especialistas en todos los ramos del saber que tienen por objeto el hombre* (9 noviembre 1952).

## CAPITULO IV

### LA ADOLESCENCIA Y EL DEPORTE

El objetivo de este capítulo no es otro que cooperar a la comprensión del siguiente. Es una premisa que ha de ayudar a deducir las consecuencias prácticas.

Es interés nuestro cerrar estas páginas con un sentido realista. Y hablando de educación, la realidad es la que se pasea a diario por los centros de educación.

El fin intrínseco de éstos es educar al alumno. El centro de educación en toda su actividad debe pues mirar a él antes que a nada. Los medios que conduzcan a ese fin se han de buscar, por consiguiente, leyendo las necesidades del alumno.

El alumno es un ciudadano en ciernes que se presenta al centro educacional para recibir allí la formación humana. Viene con todas las necesidades propias del hombre, con todas sus características esenciales.

Del estudio del deporte dedujimos claramente que el fenómeno deportivo es una propiedad esencial del hombre. El pequeño ciudadano exige que esta necesidad le sea satisfecha en ese centro donde se ha de formar hombre integral.

Pero precisamente en el especial estado evolutivo en que se encuentra, esta necesidad reviste singulares características.

Aquí el eterno dualismo “seriedad-juego” tiene su aplicación rotunda. En el niño, en el adolescente, en el joven, cada cual con señaladas características, la necesidad del deporte se torna imperiosa, impetuosa. Es la mitad de su mundo, el paisaje psíquico de su liberación. El escenario de lo atractivo, de lo libre, de lo impune, contrapuesto al de lo arduo, lo obligatorio, lo punible.

Pero aun hay más. Añadidas a las del joven universal, están las características del joven de hoy. Ya apuntábamos que nadie más que el niño y el joven es hijo de una época. Los adultos pueden sustraerse más fácilmente al influjo de su tiempo. El joven, no.

Hoy, como hemos descrito antes, como se ha enunciado prolijamente en cientos de escritos, nace rodeado de deportes, asimila la vida contaminada de deporte, y forma sus categorías sin poder prescindir de las alcarras deportivas.

Ocurre además otro hecho. El adolescente de hoy, por ejemplo un alumno de enseñanza media, vive agobiado por un exceso de estudio. Quizá él, faltando a su deber, no estudie mucho; pero siempre gravita sobre sus hombros, frágiles aun, el fardo de un exceso de asignaturas. Aprender; memoria y más memoria. Está sometido a una disciplina rígida orientada demasiado todavía, por desgracia, en un sentido punitivo. No halla goce espiritual en sus actividades estrictamente académicas. Todo esto se agrava cuando se topa con profesores que exigen con métodos psitacistas; y está atravesando precisamente los ciclos de las grandes transformaciones fisiológicas, psíquicas, morales. Ha descubierto su “yo”: siente necesidad de afirmarlo; y surge una tendencia a la emancipación. En el terreno físico, una “entelequia” nueva le domina y le obliga casi materialmente a acciones que antes no necesitaba realizar. Golpea a sus compañeros porque su fuerza se lo exige; se cansa insólitamente. Su fantasía se torna cada vez más enriquecida, soñadora; su imaginación es un reactor. Nacen los rosados panoramas de una afectividad nueva.

Todo esto ligado a un impulso avasallador de libertad; a un sentimentalismo, hipersensibilidad, suspicacia... Y precisamente en las ciudades modernas, donde aprende también su inteligencia, de manera tumultuosa, desordenada, secretos de la vida; todo incompleto, en laberíntico amasijo.

Esto, y mucho más, es la realidad de cada muchacho, que impertérrito bajo la sombra de la férula se sienta en los escaños de la clase. No es extraño que su salida a los recreos sea volcánica, acompañada muchas veces de mugidos como de rabia o de liberación.

La necesidad de juego se ha multiplicado por los factores abultados de la vida moderna.

¿Por qué hacéis eso? —preguntaba un profesor a varios muchachos que en un recreo entre clase y clase se dedicaban exclusivamente a darse patadas por turno.

—Es que... esto es bárbaro.

No sabían la explicación, ni la causa, ni la finalidad. Era un desfogue espontáneo, primario, un poco a la bruto, pero también *a lo varón*. Juego simple, sin complicaciones, de movimientos físicos, que desata todas sus compuertas... excesivamente reprimidas por unas necesidades disciplinares no excesivamente delicadas.

### PAISAJE NUEVO Y MISTERIOSO

La adolescencia es el periodo de los grandes descubrimientos del “yo”. Es el siglo XV de la historia de la persona humana. Sucesivamente van asomándose los nuevos valores de la personalidad. El niño —“que no es un adulto reducido en un tanto por ciento, sino un ser completo a quien le corresponden leyes que no son adecuadas para los adultos” (Zampetti)— Cede el paso al hombre. La conciencia personal el sentido de responsabilidad, el ansia de libertad, el honor, la lealtad, el erotismo, los fenómenos sexuales....

Pero no es un asomarse tímido y ruboroso. Muchos de estos nuevos valores son como toros encajonados sosegados, dormidos; en cuanto se levanta la puerta, saltan arrolladores, incontrolables. Despertar de potros sin domar.

El primer grito de la conciencia de su “yo”, y por consiguiente de su libertad individual, es estentóreo, histérico. Cuando disgustos familiares a provocado la tendencia a la emancipación, consecuencia inmediata de este fenómeno, por el desconocimiento asustadizo que tienen muchos padres de la psicología de la adolescencia.<sup>1</sup>

Resultará útil un repaso esquematizado de los aspectos principales que ésta presenta<sup>2</sup>... Se ha tratado este tema copiosamente, resumimos, siguiendo la línea principal que desde *Mendousse*, pasando por *Schopen*, *Spranger* y *Gemelli*, hasta *Debesse* han aceptado los autores.

Las alteraciones de la adolescencia se pueden concretar en cuatro grandes capítulos

1. *El crecimiento somático.*
2. *La revolución de la afectividad.*
3. *Las novedades psicológicas.*
4. *El nuevo mundo moral.*

El mundo interior y exterior que contemplará el adolescente al cabo de pocos años será totalmente nuevo.

### EL CRECIMIENTO SOMÁTICO

Es la más palpable, lo que toda persona se imagina cuando le hablan de un adolescente. Se alarga el esqueleto, aumenta la estatura. Vemos muchachos de quince años que en diez meses crecen doce centímetros. Los segmentos del esqueleto, con ritmo de alternancia, se estiran y engrosan paulatinamente. El equilibrio del cuerpo del niño se rompe: aparecen las inarmonías características de esta época: muchachos zanquilargos. Se quiebra la sincronización de movimientos. Los andares y modales zafios que tanto exasperan a las madres, no son sino producto de la época. Es el último *sprint* del esqueleto. Puesto que después de la adolescencia, en la primera juventud, este crecimiento casi se paraliza.

---

<sup>1</sup> Spranger señala la “tendencia a la autonomía” como uno de los tres puntos cardinales de la explosión de la adolescencia.

<sup>2</sup> Usamos aquí “adolescencia” en su sentido más genérico, abarcando los periodos sucesivos, que los especialistas llaman pubertad, adolescencia propiamente tal y primera juventud. Aproximadamente desde los doce a los dieciocho años

Gemelli, utilizando datos precisos de observación, afirma que “los dos máximos del crecimiento” en el varón tienen lugar a los once-doce años (iniciación puberal) y a los quince-dieciséis (fase resolutive de la adolescencia). En las niñas, de ocho a nueve y de doce a trece. En cuanto al peso: varón, once-doce; catorce-quince. Mujer, doce-trece y catorce-quince. Estos son, por consiguiente, los periodos de mayor actividad biológica.

El *corazón* casi se duplica entre los trece y dieciséis años. Aumenta la presión arterial. Se operan grandes transformaciones en el metabolismo. Las formulas de intercambio que se adopten tras este periodo serán las que han de determinar las leyes fisiológicas particulares.

Aumenta el peso: la fuerza muscular se triplica entre los doce y dieciocho años. El cuerpo, al cabo de la adolescencia, ha pasado de un estadio infantil al de adulto. Se ha delimitado y precisado el *tipo morfológico*.

A todos estos fenómenos ha precedido y acompaña un suceso más específico: *La pubertad*. El timo cesa en su labor de retención, y se da libre curso a la expansión de las glándulas *sexuales* de secreción interna. Aparecen los caracteres sexuales secundarios: vello barbudo, voz, estilización de los rasgos morfológicos.

Esta súbita invasión trae consigo la aparición de una *crisis*, incluso en sentido fisiológico. Tiene su correlación en el plano psíquico. Suele coincidir su punto álgido con el momento de la quiebra de la armonía física.

Periodo sumamente delicado, aun somáticamente. Las energías que otrora se repartían en la nutrición celular equitativa, ahora se concentran en las nuevas labores de las células reproductoras y de los órganos de crecimiento. Surgen con más agudeza los peligros de desnutrición, desasimilación. Hay que vigilar especialmente la alimentación y los ejercicios físicos, que pueden regular las inarmonías y vigorizar las nacientes estructuras.

## REVOLUCION DE LA AFECTIVIDAD

Lo más sugestivo en la adolescencia es el dislocamiento del mundo interior. Es difícil dar a cada fenómeno el puesto que le corresponde como causa o efecto con relación a los otros. Muchas veces son simples eslabones de sucesión, y casi siempre con funciones complementarias.

La primera novedad afectiva es la arribada e intromisión en el mundo del impulso sexual. Más que un verdadero nacimiento tiene lugar un despertarse, puesto que una primera y tímida casi pubertad ha tenido lugar en edad precedente, hacia los nueve años.

El amor sufre las consecuencias de una reorganización de los procesos afectivos en los que ese impulso sexual adquiere calidad de informador. Comparece éste con los caracteres fundamentales de un instinto, “esto es, como un impulso primitivo, a un tiempo inconsciente y orientado.” (Nosengo).

Esta emergencia del instinto es acompañada o matizada con la presencia de la SENSUALIDAD. “El instinto sexual, sobre todo en los muchachos, transporta a los dominios de la conciencia como una marea de erotismo.” “Modificará poco a poco todo el complejo de la vida afectiva, de modo que si a los doce o trece años no ocupa más que un puesto limitado en la sensibilidad, tres o cuatro años después toda la *afectividad*, al igual que el organismo, está ya sensualizada.” Esto trae recias repercusiones en toda la vida del adolescente.

A todo esto se añade el enriquecimiento complejo de la sensibilidad y a aparición temible de una:

HIPEREMOTIVIDAD. Se avecina el reinado despótico del sentimiento. La inteligencia ve reducido su campo de influjo. Las emociones juegan un papel preponderante. Los vaivenes del sentimentalismo mueven el timón provocando peligrosos bandazos. Es la época de la irascibilidad caprichosa e ilógica. A veces la agitación emotiva llega hasta paralizar la actividad de la voluntad. Los oleajes caprichosos de sentimiento y emociones determinan una hiper-excitabilidad, con toda la comparsa de temores, suspicacias, etc. Estas tres formaciones de la vida afectiva son condicionadas por la nueva regulación hormonal y el neurovegetativo.

Súmame también el enriquecimiento de la IMAGINACIÓN.

Transcurren largos minutos, y hasta horas, en un delicioso sonar despierto. El plácido “sueño artificial” que produce un estado afectivo intenso se refuerza con la exhuberancia de imágenes, favorables todas al deseo afectivo. Las aulas de los colegios se nutren de muchachos que, inmóviles, con el libro delante, miran hacia el infinito con la proyección paralela de sus ojos, aunque la dirección sea hacia el libro. Disfrutan de un sugestivo nirvana real; han huido a su mundo interior, el mundo atrayente de la afectividad e imaginación, servidores obsequiosos del “yo”.

El poder de representar mentalmente persona o cosa llega a veces a tal grado, que se borran los límites entre imaginación y realidad. Las chicas sobre todo pueden vivir a solas con sus sueños en medio del mundo real en grado notable de aislamiento.

Los adolescentes aman lo desconocido, la novedad. Sienten ya inclinación por novelas de aventuras, que pronto ceden el paso a los balbuceos de un lirismo romántico. Tras Robinson, Herman o Mireya.

Es el momento de las primeras creaciones. La imaginación del adolescente crece con insólitas posibilidades en el orden de la invención y de la expresión, y “sirve de trampolín a los progresos intelectuales” Esta síntesis anuncia *la imaginación creadora*, de suma trascendencia para el mundo definitivo de la personalidad.

Explosión de sentimientos, emociones, imaginación. Todo ello produce ese especial estado afectivo, que con razón ha dado nombre a esta época: *La edad del sentimiento*. Añádase el carácter de interioridad con que se reviste esa afectividad, la tendencia a peligrosos autismos, los confusionismos entre amor y amistad, el instinto sexual y sensualismo ya citados. La adolescencia es como una enfermedad por la cual han de pasar todos. Las crisis serán más o menos agudas y duraderas.

El educador debe ser un medico especializado en esa enfermedad. Su ignorancia acarrea males definitivos. Y es hasta frecuente, por desgracia, toparse con hombres que exigen a todo trance al adolescente una capacidad de reflexión y discurso, un equilibrio y una serenidad de adultos.

Les será utilísimo conocer a fondo este cuadro sintomático. Pero todavía lo será más saber descubrir el remedio general a todas esas dolencias. Es un rico filón que hay que buscar y explotar en la misma naturaleza del adolescente.

### ***La capacidad espontánea de autocontrol***

Son las respuestas que en el campo psico-volitivo produce la misma naturaleza como reacción y contrapeso a los vaivenes afectivo-sensuales. “El aflujo de emociones encuentra su contrapartida en un *autocontrol* que aumenta al compás de la capacidad de inhibición y de frenar la afectividad.” Así lo aclara el pedagogo italiano *Nosengo*. “La voluntad se robustece. La acentuación emotiva y el correlativo ejercicio de autocontrol se extienden visiblemente también a la zona religiosa de la adolescencia con particulares y característicos efectos.”

Es éste un tesoro existente en la misma naturaleza adolescente. *Autocontrol fortalecimiento de la voluntad, de espontánea determinación*, cuya exploración y fomento *crystalizará* en armas de fuerza decisiva en la batalla de la personalidad. Todo cuanto pueda favorecer este autocontrol debe ser inmediatamente aceptado y aplicado. No hay que confundirlo con las sugerencias o hábitos del obrar provocados exteriormente. El autocontrol es de brote intrínseco, reactivo, teleológico.

## **LAS NOVEDADES PSÍQUICAS**

Aquí es donde el muchacho se topa con el hechizo del nuevo y misterioso paisaje. Toma conciencia de él, lo reconoce. Sobreviene una capacidad inusitada de autorreflexión, el encuentro consigo mismo y la conciencia del “yo”. Así Gemelli: “Los caracteres psíquicos del púber pueden resumirse en el descubrimiento y en la afirmación del “yo” personal.” Deseo de autonomía, reacciones de oposición; típica mentalidad egotista.

Intentando favorecer una comprensión lógica de los fenómenos, establezcamos el orden que podríamos llamar ontológico en el desencadenamiento de las “pasiones” psíquicas adolescentes. El fenómeno ontológicamente primero es la *autorreflexión*; ésta produce simultáneamente un inédito *descubrimiento del “yo”*. El adolescente cobra conciencia de sí. Este hallazgo se concreta en el descubrimiento de la propia finitud, la deprimente limitación de sus realidades; en antítesis con sus ilimitadas *posibilidades*. Automáticamente compara su “yo” limitado con las realizaciones de *los otros* (hombres célebres, compañeros con habilidades, etc.). Y con la tensión dinámica al sentir la diferencia de potencial, surge el deseo incontenible de salvar ese abismo.

La primera afirmación de su yo, la más asequible en una u otra modalidad, es la *tendencia a la autonomía*. El muchacho quiere ser, en expresión de Laín, *gerente* de sus propios actos, de su propia realidad. Y esta gerencia o tendencia a la autonomía cobra las dos modalidades típicas: ansias de *libertad* y afán por realizar *acciones originales*.

Gemelli escalona la evolución de la libertad con sugestiva síntesis: “Esta actitud que gradualmente va afirmándose y adquiriendo precisión, que en la infancia tenía un contenido puramente afectivo, y en la niñez tomaba el carácter de autosuficiencia intelectual, en la pubertad toma el carácter de aspiración ardiente a la *autonomía* y en la adolescencia se *concreta* en una forma más precisa de afirmación, de necesidad de *libertad*, que aparece a los ojos del adolescente como el sumo bien.”

Como alborotadora comparsa de esta culminación del proceso psíquico, brotan las citadas alteraciones fisiológicas, sentimentales, afectivas.

Las *anomalías de las tendencias* de que hablaba Mendousse, y las *oscilaciones de la situación psíquica del joven*, descritas por Stanley, son, según Spranger, *simples aspectos de la afirmación del propio yo entre luchas y contrastes*. En definitiva, marcan el alumbramiento de las nuevas energías y valores del hombre desorbitados con el cariz morbosos del periodo. En la tendencia a la originalidad en las acciones, están latentes las posibilidades de un poder de creación. Coartar a *priori* esas “excentricidades locas”, como las llamamos los mayores, suele ser a menudo una forma carnavalesca de disfrazar nuestra ignorancia con careta de prudencia.

Quizá uno de los mayores placeres que el joven halla en el deporte es este amplísimo marco para la originalidad de sus acciones. Cada jugada en un partido tiene un matiz inédito, y aunque imite actitudes de los “ases” ya estereotipadas, su ejecución lleva siempre el sello de la originalidad; siempre hay algo nuevo. El primer latigazo de autonomía misantrópica del adolescente evoluciona pronto hacia una *autonomía en relación con los demás*. Sigue siendo egotista, pero se fusiona ya, a su manera, con el instinto social. Estos *demás* no son cualquiera: han de ser sus compañeros. Tiende a afirmarse ante los “suyos”.<sup>3</sup>

Esta necesidad de contar para algo con sus camaradas se da en todos los adolescentes, incluso en los introvertidos. En cada uno, según sus condiciones nativas, esta relación tomará el matiz de su más acentuada disposición: mando, influjo, trato, ingenio, etc. Los tratadistas dedican capítulo aparte a los sentimientos sociales. Por la amplitud de problemas que crea y la trascendencia futura, lo merece. Pero no constituyen un género al margen del *egoísmo*. Reconocemos con Gemelli que “los sentimientos sociales del adolescente y del joven no son impulsados por motivos altruistas; no el dolor ajeno, ni el deseo de prestar ayuda al débil, impulsan al adolescente y al joven hacia otros; la constatación de la *propia* debilidad es la raíz de estos sentimientos”.

Paralela a la citada reacción de *oposición* surge la que podríamos llamar de *imitación*. Una de las formas típicas del amor adolescente es el sentimiento apasionado por un adulto cuya personalidad se le impone de manera fascinadora. Es la época en que eligen sus héroes reales. Instintivamente imitan todas sus maneras de actuar, sus reacciones, asimilan sus ideales. De aquí la importancia trascendental del prestigio personal del educador en esta época. Esta reacción o tendencia a la imitación tiene su arribada ya antes de la

---

<sup>3</sup> Los *suyos* de su nueva vida no son ya sus padres y hermanos, sino sus compañeros. La emancipación ha traído como consecuencia la búsqueda del nuevo círculo de su persona; corazones gemelos, “sus amigos”. Es el instinto social primario del hombre. La subsiguiente evolución hará girar pronto la dirección del vector: de corazones gemelos a corazones complementarios. Lo cual no significa incompatibilidad de ambas calidades, que de hecho coexisten.

adolescencia, hacia la tercera infancia. Pero sigue con su marcada intensidad *durante* todo el periodo siguiente.

Incluso este impulso de imitación no es sino una nueva variedad de la necesidad que tiene el adolescente de adaptar el ambiente a él mismo, en vez de adaptarse él al ambiente. Todos estos fenómenos se concretan en un definitivo amor de sí (amor propio); nunca tan *vivo* como en la adolescencia. Se ha vertido hacia dentro, se ha conocido, se ha comparado con otros; se ha ido adentrando en el mundo interior. Y ama definitivamente este mundo; se ama a sí mismo. Este amor no se limita a la *autocontemplación* sino que necesita sentirse más y más repleto. Necesita perfeccionar, hipervalorizar el objeto de ese amor, la propia persona. Necesita oportunidades de superación de *records*. Quiere verse sobre los demás, al menos en alguna especialidad que sacie la conciencia de su afirmación.

Cuando las crisis de la adolescencia son muy marcadas, es decir, cuando reciben en el lenguaje común el nombre de crisis, hay que buscar generalmente su origen en la ausencia de oportunidades con que ha contado el muchacho para esa afirmación definitiva de su yo. Cuantas veces chicos díscolos, rebeldes o caprichosos vuelven ante el asombro de sus padres totalmente “curados” tras un verano en el que han tenido ocasión de saciar esos impulsos tremendos de afirmarse, por ejemplo en vida de campamentos, concentraciones deportivas, etc. Por eso la vida del adolescente necesita ser variadísima, pujante en posibilidades y situaciones.

### EL NUEVO MUNDO MORAL

Se ha oído la llamada de nuevos valores. “El reclamo de los valores vitales” intitula Debesse uno de los capítulos fundamentales de su obra *La adolescencia*. En efecto, el adolescente, como fenómeno paralelo a esa nueva vida que siente bullir dentro de sí, oye el reclamo de los valores vitales del dinamismo universal y ama participar en él. La sociedad, la cultura, la política, el arte, la religión.

Lo que hasta ahora ha aprendido de labios de otros, va a comenzar a vivirlo, con más o menos intensidad según el temperamento y la oportunidad de comprensión. En esta época afloran las preferencias por una u otra familia de valores. En esta selección espontánea tiene positivo influjo la educación, el saber presentar, valorizar y motivar posiciones.

La vida moral en suma, la noción de ley, de obligatoriedad, no en forma de conceptos abstractos, sino como percepciones íntimas, van a dar a su futura actuación un sentido más personal, más hondo. No es que antes estuviera ayuno de toda idea de deber o de toda noción de virtud o vicio y de pecado. Aparecen ya desde la niñez; se aprenden con la inteligencia. Solo que ahora todo ese mundo moral va a formar parte íntima de su ser. Comienza la aventura moral de su vida. Podrá sentir, como brotando desde dentro, grandes capacidades de gloria y de infinito. Y percibirá los palpables abismos, llenos de pendientes lúbricas, interiores, personales, de la inmoralidad.

La adolescencia es la primera época de las intuiciones. Las facultades anímicas actúan más fusionadas; conocimientos en forma de golpes emocionales; o estados cenestésicos inundados como de claridad intelectual. Todo percibido en el interior: conocido en la estrecha sensación de la experiencia íntima.

El desfile no es rítmico, sino lleno de vaivenes. El honor, la mezquindad, la nobleza, las desviaciones sexuales, el afán de integridad, el amor, la desidia... danzan con alboroto de reclamos. No son conocimientos claros, sino como “pasiones” personales, mitad intelectuales, mitad afectivas. Malos ejemplos o falsos métodos educacionales pueden determinar abusos definitivos con vivencias ladeadas.

Uno de los más característicos *impulsos-conocimientos* es el deseo en crecimiento de la *integridad*, en sus variados aspectos. Como siempre, la actividad más racional es colocar al adolescente en situaciones donde pueda desarrollar personalmente, al vivíroslos, estos impulsos rectos de integridad, lealtad, nobleza. Esta colocación exige del educador una gran actividad, con conocimiento de cada caso particular, y de *la mayor variedad posible de recursos*.

La labor de la educación es eminentemente positiva. Como lo es la del que riega y endereza la planta, aunque ella misma crezca, o la del guía de una expedición alpina, aunque anden éstos por sus propios medios. La ignorancia puede ser el terrible pecado de omisión del educador; y puede cometerlo por dos capítulos: por desconocer el sujeto, o por carecer culpablemente de recursos. Se rechazan innovaciones; se desprecian divagaciones abstractas por presumir de realismo frente al fetichismo de los que adoran los libros. Ambos extremos son nefastos. “En la ignorancia de la actitud que debemos tomar nos envanecemos de no recomendar ninguna” (Le Gall). Es una reacción natural de defensa propia. Cosa frecuente es vituperar aquello que no se alcanza. Un muchacho que en un principio siente no poder ir a los toros por falta de dinero, más tarde afirma que no le gustan, y quizá termine hablando mal de la fiesta.

“Entre una naturaleza infantil y la meta educativa a que el educador debe conducirla, éste no dispone de otra libertad que la de realizar su tarea o no realizarla. Cuando el punto de partida de un viaje está fijado, y determinado también su punto de llegada, ¿dónde queda la libertad del guía? ¿Qué derecho tendría de marchar caprichosamente a la ventura cuando la línea recta es su único deber?”.(Le Gall).

Educar es *estudiar, conocer* y *actuar*. Claro que el mismo Le Gall añade: “El viaje de la educación, como el viaje de la instrucción, no son nunca viajes tipos. Cada niño impone un itinerario y un ritmo de marcha.”

Por eso al conocimiento de la adolescencia hay que añadir el de la *tipología* de la adolescencia. Y aun sobre éste, la mayor variedad posible en la *psicología diferencial* de la adolescencia. Entonces entra en funciones el estudio personal, práctico, de *cada uno* de los adolescentes. Antes no.

Todo esto no es más que parte del primer acto: *estudiar*. Queda el estudio de la otra vertiente, necesaria para el cauce educacional: los recursos.

## EN LOS CAMPOS DE DEPORTE

Nos encontramos en presencia de uno de estos recursos. El proceso que aquí intentamos provocar en el educador no puede ser más sencillo. El *conocimiento por* —el estudio— de los dos problemas, adolescencia y deporte. Y, tras una *deducción lógica, las actuaciones* concretas.

Conocer la *adolescencia*, repetimos, no es conocer *los adolescentes*. Pero es necesario para entender a éstos saber de aquélla. Se enfrentan ahora adolescencia en general y deporte en general; deben sufrir después la revisión que exige cada caso particular. Pero aunque son planos generales, sustratos de cada emergencia problemática, sépase que están estructurados también de la misma realidad.

Por eso, en vez de plegar con pura y ordenada lógica las aplicaciones que el deporte va sugiriendo a cada uno de esos apartados hechos en el estudio de la adolescencia, es preferible presentar el cuadro real. Las conclusiones no surgirán tan ordenadas, pero aparecerán con la vitalidad y flexibilidad de la sugerencia.

Tal como presenciamos el deporte, en esos campos donde juegan los chicos, observamos:

1. Propensión, hoy día, el juego de *acentuado movimiento físico*; es decir, al deporte actual. Como necesidad física de acción. Como desfogue de sus íntimos estados sentimentales, de sus solipsismos. Como demostración de sus facultades físicas.

El crecimiento somático desmesurado exige al adolescente nuevas adaptaciones. Aquella ya citada teoría del Groos acerca del juego en la que afirma que “su objetivo es el ejercicio de las facultades que han de servir después para las actividades más importantes de la vida”, adquiere en esta nueva época su específica modalidad; le exige más movimiento. El intercambio fisiológico que se adopte ahora determinará las formulas para toda la vida. La teleología del ser pide una espontánea dedicación a las formas de comportamiento que garantizarán la conveniente adaptación somática.

Hemos recordado que la fuerza muscular se triplica entre los doce y los dieciocho años. Este aumento ha de ir acompañado de proporcionales actuaciones que garanticen su acoplamiento equilibrado al resto del funcionalismo. Este acoplamiento le facilita el deporte. Así ha sido dispuesto providencialmente. Por eso

toda la juventud del mundo hace deporte; y por eso en la historia de los pueblos hemos contemplado las instituciones deportivas como necesaria consecuencia de esta estructuración vital. Pero hoy la **actitud** de nuestros chicos en los campos de juego nos hace reflexionar más. ¿Es exagerada su postura?

Recordemos: Su vida de estudio; los planes recargados; la indigestión de asignaturas. Por otro lado, la velocidad y precocidad de la vida moderna; su agitación. Su excesiva variedad y su frivolidad *demasiado madura*. Es peligroso el exceso de ejercicio físico en la adolescencia. Hay gran desgaste de energías en las labores fisiológicas del crecimiento y elaboración de los gérmenes vitales. Por eso es necesario el control. Ambos extremos son fatales.

Las inarmonías que aparecen en estos años encuentran en el deporte un eficaz control y remedio; y la época de capacitación y asimilación por la que atraviesa todo el ser le hace aptísimo para poder recibir de la ejercitación física definitivos refuerzos funcionales y hasta orgánicos.

El niño pide más agua en verano que en invierno; y si se halla en medio de una caravana en un sofocante desierto, su angustia se ingenia para buscarla de cualquier modo. Vamos a intentar comprender esa postura juvenil actual. No reduzcamos al campo del capricho lo que quizá brota necesariamente de un hondo instinto de subsistencia colectiva.

Oigamos lo que dice sobre la ejercitación física una autoridad como el doctor Noguier Moré: “*Mejora la respiración...* No existe buena salud sin buena respiración... Los habitantes de las ciudades son los que suelen tener más comprometida su función respiratoria. Nada rebaja tanto la potencialidad respiratoria como el sedentarismo, y más aun cuando se acompaña del predominio de la actividad mental sobre la física; es frecuente y muy propio de los intelectuales y sedentarios en general el llamado *signo del suspiro*, especie de protesta o llamada de atención de la función respiratoria incompleta...”

Y hoy resulta que nuestras juventudes, cuando piden más movimiento y actividad física, más son recargados con un exceso intelectual.

“*Regulariza la circulación...*” “*Duval* afirma que puede llegar hasta *centuplicar* la cantidad de sangre circulante por el músculo activo que por el que está en reposo...” “El músculo cardiaco adquiere un desarrollo proporcionado al de la musculatura de fibra estriada del cuerpo, de forma que se posee un corazón tan fuerte cual lo es, a su vez, toda la musculatura orgánica. La vida sedentaria y el quietísmo determinan con frecuencia esas *debilidades* de corazón...”

“*Equilibra la nutrición.* Los efectos descritos sobre la respiración y la circulación repercuten de manera inmediata y poderosa sobre la nutrición. La mayor riqueza de oxígeno de la sangre influirá muy favorablemente en las oxidaciones celulares, tan a menudo alteradas en la vida sedentaria, y mejoran todavía los fenómenos nutritivos por la mayor eliminación de ácido carbónico —que a su vez estimula también el centro respiratorio— y otros elementos...”

“Como pequeña síntesis..., empieza por ejercer influencia sobre el músculo y seguidamente sobre los aparatos o sistemas circulatorio, respiratorio, cutáneo, renal, hepático, suprarrenal, etcétera, mejorando a través de ellos toda la nutrición del individuo.”

La difícil coyuntura de la adolescencia reclama espontáneamente especiales desvelos en la nutrición, circulación, respiración, y los busca. La vida moderna le impone sedentarismo, artificiosidad, desgaste irregular. Es lógica la compensación.

Pero aun hay más. Añade el doctor Noguier: “La gimnasia <sup>4</sup> *equilibra el sistema nervioso.*” “Suprime o evita las *hiperemias o congestiones nerviosas* que se producen por el sedentarismo, como dolor de cabeza, vértigo, mareos, etc. Desbroza, por así decirlo, los agujeros y conductos de salida de los nervios espinales, en los que el hábito de la vida sedentaria acostumbra a crear un “ambiente” recargado de grasa y no pocas veces

---

<sup>4</sup> El habla específicamente de la gimnasia; pero vale su doctrina, en general, para toda cultura física, puesto que citamos los argumentos que se apoyan principalmente en el valor del *trabajo muscular*.

de pequeñas inflamaciones celulíticas...” “El trabajo muscular mejora también las *zonas terminales de los nervios*, o sea las placas motrices, en el seno mismo del tejido muscular... al mejorar el recambio nutritivo del propio músculo..., etc.” “Los diversos conductos nerviosos, intra y extramusculares, reciben asimismo bienhechora influencia de esos hábitos de la gimnasia por el verdadero “desbrozamiento” que realizan de los diversos caminos, aferentes y eferentes, con lo cual se facilitan las vías de transmisión. He aquí explicado el milagro que suele realizar el entrenamiento en los diversos ejercicios musculares, y que *permite multiplicar fantásticamente el rendimiento con la mínima fatiga.*”

Estamos en el siglo de la neurosis, de la psicastenia. En el periodo de los glaciares el hombre tuvo que refugiarse en las cavernas. Su cuerpo se vio sometido a la terrible prueba del frío. Hoy es el espíritu el que sufre la prueba del agotamiento intelectual, moral y psíquico. ¿Vamos a impedirle que busque la contrapartida? El adolescente, además, sufre su gran crisis psíquica y neurótica. Crisis sobre crisis. Es muy fácil diagnosticar desde el sillón de cincuentón una enfermedad de locura en la juventud. ¿Por qué, en vez de regañar, no bajas donde ellos y les examinas y terminas comprendiendo que necesitan muchas cosas que los mayores no hemos sabido darles? Llámala, si quieres, enfermedad —otros prefieren denominarla característica singular de la época—. Trátales entonces como a *enfermos*; no les insultes y repruebes porque dejaron que el bacilo se les introdujese. Ellos no tuvieron la culpa.

Más bien levántate y busca, estudia los germicidas; aquello que puede llevarles a la curación. Y oírás a los sabios que dicen: “La adolescencia masculina se caracteriza, entre otras particularidades, por un desarrollo intenso de la musculatura que sobrepasa ya espontáneamente la del otro sexo, pero que despierta en el joven adolescente una *desmedida afición por la gimnasia y los deportes de toda clase*, para los que muestra aptitudes que no suele presentar en otras edades: teniendo en cuenta ese anhelo *expresivo de una necesidad de Naturaleza, convendrá la práctica de la gimnasia y los deportes hasta el máximo que permitan las fuerzas físicas* del varón adolescente, evitando de manera rigurosa el exceso.

“La mayor sensibilidad, la mayor facilidad para los reflejos automáticos y la sensación de *autodominio* que produce la cultura física, se traducen siempre por una verdadera *elevación de la moral individual*, obteniendo además mayor alegría, más tendencia a la actividad, más decisión, más euforia, más fe en sí mismo, más claridad mental, más audacia, más espíritu de empresa, etc., y, como corolario, una natural tendencia a la generosidad, a la pureza de miras e incluso a la castidad...

Esa elevación de tono alcanza, como hemos visto, desde los reflejos medulares más simples hasta los reflejos psíquicos más elevados” (Noguer More).

Necesita el joven esa elevación y *tonificación* de su psiquismo. El deporte *bien dirigido* —ésta es la labor del mayor— le servirá de poderosa ayuda para descubrir y desarrollar aquella maravillosa fuerza que late en su interior: *la capacidad espontánea de autocontrol*. El arma decisiva en la batalla de la personalidad. “La educación física sirve incluso como auténtica profilaxis de la incontinencia” (Gemelli). No es necesario repetir la trascendencia que para toda la vida tiene en la adolescencia ganar este combate.

## **2. Liberación.**

*Schneersohn* afirma; “La esencia del juego reside en la *libera-auto-revelación*, en la *espontaneidad* y en la libertad *natural*.” En la primera de las tres características debe referirse al juego a partir de la pubertad, que es cuando el muchacho se descubre a sí mismo y es capaz de tener auténtica auto-revelación.

Cuanto más dura es la vida, más abismal y “demoníaca” es la entrega al juego. Esta dureza puede llegar a sobrepasar cierto límite, y entonces el niño y el adolescente pierden sus cualidades lúdicas. Es el caso de esos niños de familias desgraciadas cuya vida les ha sido tan adversa desde temprana edad que han olvidado jugar, si es que no han llegado a ignorarlo. Subsiste el afán de liberación; éste no se pierde, antes se aumenta. Pero se han perdido las otras calidades, y el juego con su colorido fantástico se ha esfumado. Entonces la liberación busca otros campos y es capaz de lanzarse por la pendiente de la vida negra.

El juego es signo de normalidad. La juventud busca hoy con un ahínco extraño la liberación deportiva. Al menos lo busca; no se han traspasado los límites. Pero ese ansia es síntoma de que los panoramas reales de la vida son inquietantes. El mal no está en el deporte, sino en las causas que provocan su fácil exaltación.

La vida, repetimos, es demasiado seria. Hay síntomas de senilidad. La acusan los individuos y se revela en el seno de las familias. La generación adolescente lo barrunta. Por eso la dualidad orteguiana viene a convertirse, en el caso del adolescente de hoy, en casi dilema. El chico enfrenta verticalmente los dos mundos: el del trabajo obligatorio y el del Juego. Él, aunque sabe intelectualmente que este segundo es secundario en su vida, lo acepta siempre que puede.

Recordemos la tendencia a la emancipación, una de las formas que reviste el egoísmo adolescente. Cuando éste sale maltrecho al comparar su realidad con las infinitas posibilidades, se evade, se independiza. La solución de muchas crisis de adolescencia está en suplir ese déficit comparativo que instintivamente capta el muchacho, o en evitarlo disimulando el desnivel realidad-sueño. En ambas actuaciones tiene ancho camino el deporte. Suple el déficit en los que por sus aptitudes físicas pueden descollar en alguna modalidad deportiva. Lo disimula provocando con los valores lúdicos y agónicos esa vida de satisfacción, de *felicidad*, necesaria providencia en la psicología juvenil. Las neurosis juveniles son en gran parte un producto de la *angustia* provocada por las íntimas palpaciones abismales. El juego deportivo es el sanatorio psiquiátrico de la adolescencia.

Personalmente hemos observado el nacimiento y desarrollo progresivo de una neurosis en un muchacho normal de catorce años a quien sistemáticamente se le privó, como castigo, de toda recreación deportiva durante un periodo largo de tiempo. Como, además, era estudioso, al finalizar el curso acusaba síntomas de *surmenage*.

### 3. *Rectitud y amistad.*

El adolescente aplica instintivamente en sus juegos deportivos un sentido incipiente de lealtad, justicia, sumisión a la ley. Algo de esto parece descubrirse también en el juego *infantil*. Pero es de características totalmente opuestas. La seriedad que el *niño* pone en el juego y la sujeción estricta, por ejemplo a las leyes de la compra-venta (juego a *tiendas*), etc., obedece al fenómeno del “mimetismo” del niño, puramente instintivo. Hace lo que ha visto hacer y como lo ha visto hacer. Asimila el mundo de los mayores al suyo propio, a su *mundo*; a ese cosmos infantil, eternamente incomprendido, porque ni él lo entiende, ni el adulto —la memoria es débil—. “Si nos preguntamos si el niño se cree realmente que su sombrero de papel es un casco romano, haremos una pregunta sin sentido, porque está hecha desde el mundo del adulto. Para el niño es simultáneamente un cucurucho de papel y un casco de acero” (*López-Ibor*). Y aun nos atrevemos a rectificar: es “su cucurucho de papel y su casco de acero.”

La seriedad y la fidelidad en el juego del niño son fenómenos de leyes cuasi-mecánicas. La lealtad y la seriedad del adolescente son distintas. Son ya la lealtad, la rectitud y la seriedad del adulto. Específicamente no hay distinción. Existe únicamente esta diferencia: ese sentido de nobleza aun no ha chocado con la vida; no se enfrenta todavía con los egoísmos brutales. Es una nobleza virgen. Aquí radica precisamente su incalculable valor. Esa lealtad tiene ante sí un corazón limpio; como una pradera recién nevada donde puede uno acapararse el placer de calcar únicamente sus huellas.

Esta nobleza, que quizá en otras manifestaciones serias de la vida no aparezca tan nítida —en su vida seria su alma ha sido ya prematuramente baqueteada—, en el juego deportivo halla el lugar de su aplicación. Como todas las fuerzas vitales, puja por encontrar los poyos donde concretarse, y en el deporte no hay contaminaciones, porque, para ser juego, los mayores no lo mancillan con sus intereses.

Es difícil calificar la trascendencia que puede cobrar para la educación del hombre el deporte enfocado en este sentido durante la adolescencia. Es la época en que siente la llamada de los valores vitales, el mundo moral, la noción de ley, la integridad, y es cuando oye también sirénidos reclamos, recios aldabonazos en el mundo bajo de sus pasiones. Un hábito de situaciones leales, de actos de justicia, de sometimiento a la ley, que tanto le atrae ahora porque se le presenta sin mancilla, creará una personalidad recta, integra. Esta asimilación la efectuará además en el mundo de su agrado, no en el de la obligación, lleno, a su modo de ver, de tópicos y

móviles convencionales que aún no ha sentido. Creo personalmente que, por encima de sus bienes físicos, sus curas afectivas y psíquicas, es éste el campo donde más ilimitadas posibilidades educacionales tiene el deporte.

El juego deportivo es, además, el clima apto para las amistades. No compartimos la opinión de los que afirman que el compañerismo entre adolescentes nace de ordinario en el patio de juego, no en la clase. Tan eficaz para la amistad es la convivencia en el trabajo, en lo arduo, como la compañía en el terreno lúdico, y aun quizá más. “*Contubernales in periculis*”, decía Cicerón. Pero es evidente que en el juego es donde se manifiestan esas amistades. En él, sobre todo en el deportivo, se producen las escisiones en grupos y en él se revelan los espíritus universales, los retraídos, los temperamentos pasivos, los dominadores. En la sociedad primitiva y simple de los grupos de juego (equipos) comienza a nutrirse el sentido de equidad y de sociabilidad, de convivencia, cesión mutua, ayuda al compañero; y lo que es más: surge ese preñuncio de una realidad molesta que acompañará al hombre hasta la tumba: los adversarios. En el deporte se habitúa a superarlos sin humillarlos, a vencerlos sin vejarlos y sin posos de rencor.

Se dice desde antiguo que en la mesa y en el juego se conoce al caballero; porque son situaciones donde asoman con libertad las tendencias veladas por las formas sociales. En el juego surge la espontaneidad del sujeto con todas sus aristas. Se conocerán bien pronto sus innatas disposiciones para con la sociedad.

#### 4.- *La felicidad.*

Dice Zampetti, refiriéndose al juego de los niños que, aunque se le prive de todos los aditamentos que se le pueden entremezclar para volverlo educativo y útil, aunque quede éste abandonado a su primitivismo, mantiene su principal valor: llenar un papel imprescindible en la vida del niño. “Así como las vitaminas constituyen un estímulo importantísimo en la vida del organismo, el juego lo constituye en la vida *neuro-psíquica*.”

Schneersohn descubrió que “la neurosis infantil surge como consecuencia de un déficit en los juegos y que ésta puede ser curada salvando dicho déficit”.

“Es que hay un elemento positivo —prosigue Zampetti— que arraiga en la esencia del puro juego de los niños no influenciado por los adultos: la *felicidad*. El niño, después del cariño que debe rodearle, halla su felicidad únicamente en el juego.” Es éste un valor ya en si altamente educativo. Lo que Zampetti dice del juego en los niños se puede aplicar con sus variantes al deporte en adolescentes y jóvenes.

La “avitaminosis” producida en su complejo psíquico por la ausencia de este es un hecho. Pero es más patente todavía el altísimo valor educativo que el juego deportivo lleva en su entraña: el encuentro con la felicidad. No será una felicidad tan abismal, tan absoluta como la que halla el niño. Este en el juego se olvida de todo y vive un mundo apartado, de realismo y de ensueño, blanco y rosa al mismo tiempo. La felicidad del adolescente es más insomne. Las realidades de la vida actúan ya prolongadamente, y perviven en el mundo de la felicidad lúdica, como sueños que perturban su paz. Su placer en el juego es totalmente real, no es ya blanco y rosa. Pero junto a estas características, y por ellas precisamente, es más intensa, se torna ya casi consciente, y por eso se le hace más imprescindible. Como si a su organismo le faltasen las vitaminas, su psiquismo se pondría en trance de morir sin la corriente liberadora de esa felicidad lúdica.

Entre las dispares experiencias y positivos avances de la moderna Pedagogía, ha surgido una nueva ciencia filial, la Ludo-pedagogía, cuyos primeros postulados concreta así su máximo impulsor Zampetti:

- a) Amparar el derecho del niño al juego.
- b) Crear situaciones para la realización de juegos colectivos e individuales mirando a proporcionar al niño la *felicidad*, evaluando ésta como *providencia automáticamente educativa*.
- c) Investigar tratamientos de conducta o aprendizaje por medio de la esencia del juego, etc.

El primero es clarísimo. Habla aquí el autor de un *derecho*. Luego si éste existe, ha de facilitarlo aquel a quien corresponda. Estos son, evidentemente, los padres y los educadores en primer lugar; y después, la

sociedad, el Estado. Todo estriba en demostrar y concretar la amplitud de este derecho. Tarea ardua, porque la sociedad adulta desprecia —aparentemente puede parecer lo contrario— a la infantil.

El fin del segundo postulado señala los horizontes dorados: el sueño antiguo y moderno de la humanidad. Las nuevas generaciones de adultos bendecirían con toda el alma a esa nueva ciencia y a su inventor si éstos lograsen que sus años de infancia y adolescencia transcurrieran en el nirvana azul de la felicidad. Sin embargo, no es una cosa tan difícil. Está cerca de nuestras manos. Sabemos positivamente que en el juego y en el deporte encuentra el niño y el adolescente la felicidad. ¿Por qué no aprovechar estas energías? ¿No se podrían transplantar, aunque sufran alguna merma, esos valores a otros órdenes de la vida del joven? Nos encontramos ya dentro del tercer postulado de la ludo-pedagogía: investigar tratamientos de conducta o aprendizaje por medio de la esencia del juego.

No se nos crea alucinados con la simplicidad de los que han propugnado una conversión del trabajo obligatorio en juego. El juego siempre ha de ser juego. Y en eso consistirá su fuerza esencial, en que no sirva para ninguna otra cosa. Esa es su máxima providencia educativa.

La intuición y los desvelos de Maria Montessori, con sus aciertos y sus fallos, no son un cohete solitario consumido en los espacios en señero esfuerzo, sino la iniciación de una poderosa traca de atómicas energías. No deben calibrarse sus métodos con el rigor de lo absoluto, sino ser admirados en lo que tienen de invención, de sugerencia.

Hay mucho camino por andar: el alma del adolescente es un misterioso mundo, profundo como una larga cueva, de la cual se han descubierto ya bellos tesoros, pero quizá estemos todavía a la entrada.

### ELEVACION ESPIRITUAL

Cerramos el capítulo con unas impresiones sugeridas por la lectura del libro de Nosengo, *El adolescente y Dios*. Para conocer las ayudas que el deporte puede aportar a la elevación espiritual bastaría recordar lo dicho antes<sup>5</sup> y aplicarlo al momento del adolescente. Pero, aparte de que siempre este caso concreto reviste singulares características, puede ser sumamente interesante oír opiniones personales de muchachos.

Estas sinceras exposiciones son una prueba más de la positiva influencia que principalmente el deporte de contacto con la naturaleza ejerce en orden al acercamiento a Dios. El padre Fullat ha defendido la tesis de que “la práctica del excursionismo es una solución a la crisis de la adolescencia”. Tras la fatiga nerviosa del trabajo o estudio semanal, sedentario, deprimente, cohibido entre las paredes de una clase, es cien veces más saludable un sano cansancio muscular y el sedante de la paz de la naturaleza que la nueva agitación de las diversiones cosmopolitas. Nerviosismo sobre nerviosismo, agitación sobre agitación. Angustia final, crisis, neurosis.

Es de sencilla lógica la deducción de un influjo sedante y curativo de los descansos semanales en contacto con la naturaleza. Sobre todo cuando va unido al esfuerzo deportivo, tal como en el montañismo principalmente, o en el ciclismo deportivo, caza, remo, deporte de vela, vuelos sin motor, esquí, etc. Pero es interesante investigar una de las vías principales de ese aporte de paz y bienestar. La fácil predisposición a elevarse a Dios. La encuesta que recientemente ha hecho Nosengo venía formulada por la siguiente pregunta: “¿En qué circunstancias te ocurre *más frecuente y espontáneamente* pensar en Dios?”

No se le interroga —explica el mismo autor— en qué circunstancias, simplemente, piensa, sino en cuáles con más frecuencia. Las respuestas han dado los siguientes resultados:

“Cuando se ha hecho algún mal o se está para hacerlo, en el momento del remordimiento, de la necesidad de perdón, 17 por 100. En ocasiones de dificultades, contrariedades, crisis luchas, temores a necesidades, 16 por 100. Ante los sublimes espectáculos de la naturaleza, en el campo, etc., 12 por 100. En la paz, en la calma, en el recogimiento de la soledad (en la iglesia, en casa o en otra parte), 12 por 100. Por la noche, antes de ir a la cama, en la oscuridad, por temores, haciendo el examen, pensando en la vida futura, 10 por 100.

---

<sup>5</sup> 3.a p., cap. II: “Valores educativos del Deporte, y cap. II “La Iglesia y el Deporte”.

En los momentos de tristeza, desaliento, dolor, de abatimiento, desgracia, turbación, 7 por 100. En las alegrías, en las grandes alegrías, 6 por 100. En la iglesia o pasando delante de una iglesia, durante la Misa, cuando suena el órgano, 5 por 100. Etcétera... Sigue enumerando gran diversidad de circunstancias que dan el 2 ó el 1 por 100, entre las que se encuentran “oyendo sermones, en las tentaciones, al hacer buenas obras”, etc.

Examinemos los resultados.

Solo superan a la contemplación de naturaleza dos grandes grupos de circunstancias:

- 1) El remordimiento de algún mal, ansia de perdón; y
- 2) Las ocasiones de dificultades, contrariedades, crisis, luchas, etc.

Como se ve, este segundo abarca un sin fin de situaciones heterogéneas, corrientísimas en la vida, cada una de las cuales aislada daría un resultado muy inferior al 12 por 100. Por otra parte, el primer grupo no habla de situaciones exteriores, sino de estados íntimos que pueden sobrevenir en los más diversos momentos y circunstancias, provocados muchas veces por esas mismas situaciones.

El resultado, por consiguiente, es sorprendente; coloca al contacto o presencia de la naturaleza a la cabeza de *las coyunturas* propicias a la elevación a Dios. Testimoniado por los mismos protagonistas, los adolescentes.

Más aún, el otro grupo de situaciones que le iguala en el 12 por 100 tampoco concreta circunstancias exteriores: paz, calma, recogimiento, soledad. Sin duda, gran parte de él habrá sido nutrido por la misma presencia de la naturaleza.

Momentos tan frecuentes en la vida y tan propicios a la elevación espiritual como tristeza, desaliento, dolor, abatimiento, desgracia, turbación, aún todos juntos, no suman el tanto por ciento. No he logrado saber con qué género de estudiantes ha sido realizada la encuesta: de ciudad o de zona rural. Sin embargo, todos los síntomas inducen a sospechar en un ambiente del primer tipo. Esto elevaría el resultado de la prueba a proporciones realmente insospechadas; puesto que un gran porcentaje de los estudiantes de ciudad ignoran experimentalmente el campo y el monte.

No producirá extrañeza, sin embargo, a quienes tengan experiencias vitales de este contacto con la naturaleza. Oír que casi el cien por cien, sobre cualquier otra circunstancia, perciben el “sentido de Dios”, o *sienten a Dios* ante la visión de los montes o los valles, cordilleras o firmamento, en la rúbrica lógica de su sentir personal.

Así se expresan los mismos chicos: “Hace pocos días me retire al Terminillo a esquiar... En un momento dado, hechizado y atraído por el esplendor de la nieve, me aparté sobre una pequeña cima aislada para pensar. Me solté los esquís y me senté mientras el eco de las voces de mis compañeros se perdía a lo lejos y todo ser viviente desaparecía de mi vista. Miré a lo lejos y con atención a la extensión nevada mientras mi mente vagaba. Pensaba, y, mientras pensaba, sentía que mi mente se ligaba a Dios. De niño he oído siempre hablar de este Ser Supremo, que había creado el mundo, que lo gobernaba, que era Bondad Infinita; pero mi mente de niño no llegaba a hacer de esto un conocimiento lógico ni la respuesta a un porque.

Intenté entonces aquella mañana llegar, con mis conocimientos, con mi lógica y con mis fuerzas a la explicación de la existencia de Dios. Pensé en aquella nieve, en aquellas montañas, y pensé si pudiera haber existido un hombre capaz de hacerlas, y rechacé esta idea coligiendo mis conocimientos del Etna, donde la fuerza humana nada puede contra la naturaleza, donde se ve palpable la fuerza de Dios en las cosas.

Miré el sol esplendoroso, y pensé que un hombre no podía haber sido. ¿Quién, pues? Sin duda, uno que estaba sobre todas las cosas: ¡Dios! Había alcanzado el punto: solo un ser divino, superior, poderoso para poder crear un mundo, un sol, y promover un tan grande y perfecto orden, podía ser el Creador.

Feliz con mi conclusión, me calcé los esquís y volé por la pendiente, contento, satisfecho, instruido.” (E. M.) “En el pasado julio me encontraba en la playa del Adriático, feliz por el aprobado y más despreocupado que

de ordinario. Una mañana, después de la misa y la comunión, me fui a la playa muy pronto, cuando todavía estaba desierta. Viendo el mar extraordinariamente tranquilo, decidí hacer una salida en yola: solo, sobre mi flotador, me alejé fácilmente de la playa viendo cómo poco a poco se hacían más pequeñas las personas sobre la playa y más ancha la extensión del mar. Contemplando todas las magnificencias del mar, de los Apeninos, de la naturaleza y del cielo, fui de improviso sacudido por el pensamiento de la inmensidad de Dios y de mi extrema pequeñez en comparación con Él. En la extraordinaria llanura marina, suspendido sobre aquel flotador, me sentí extraordinariamente mezquino.

Luego me vino a la mente la extraordinaria figura de Dios, de Su Reino, de los Angeles y de los Santos...; me pareció no estar ya en tierra, sino elevado misteriosamente cerca de Dios; creí verlo en su verdadera semblanza, conocerlo finalmente en todo su misterio. Después de un rato me repuse, como si volviese de un desmayo, comencé a remar para volver hacia la orilla. Durante el trayecto de vuelta llegué a comprender los pensamientos que se habían arremolinado en mi cabeza poco antes. Pude así más vivamente darme cuenta de que me había encontrado en la presencia casi sensible de Dios.” (E. B.)

“Estaba de veraneo y me encontraba feliz después de los exámenes. Una noche, la peor de mi vida, la pasé despierto enteramente. Sumergido en la sombra de mi alcoba sentí de pronto nacer en mi alma el remordimiento de haber transcurrido catorce años de mi vida, no digo haciendo el mal, pero sí completamente negligente. Apenas despuntó el alba, salí solo y subí al monte; allá me puse a observar la vida que comenzaba en el valle y las bellezas de la naturaleza. La suavidad de la escena y la belleza de la Naturaleza me habían calmado un poco el espíritu, cuando de improviso aquella inmensa soledad desapareció y me sentí envuelto en una presencia que con las palabras no seré nunca capaz de definir. Sentí con claridad que una mano descendía misericordiosa a mi corazón para mitigar la herida que se había abierto en la noche y que me había hecho sufrir tanto. Comprendí que Dios mismo había bajado junto a mí y dentro de mí con Su Majestad y Su Bondad. De este modo fue como conocí a Dios, y ahora confieso que querría con frecuencia revivir aquel instante dulcísimo.” (M. D. P.)

El alpinismo, el montañismo, es un deporte que se tiene relegado porque se desconoce. Difícil será encontrar una persona que haya oído hablar de Dios que ante el cuadro grandioso contemplado desde una cima no piense en Él. Y cuántas veces a este primer recuerdo sucede un fuerte sentimiento, un deseo, una decisión, un acto definitivo, fuerte, de fe, de esperanza y de amor; todo provocado sin violencia, espontáneamente, bajo la paz inmensa que cantan los espacios naturales.

Nos olvidamos de los métodos primitivos y universales por buscar quizá inverosímiles soluciones. Enseñemos al niño a *contemplar* el mundo sensible; pero con paz, con fruición. Es la clásica, la eterna vía de levantarse Dios; el camino que recorre el orden lógico de la estructura anímica del hombre.

Recordemos a San Buenaventura en su célebre *creatura mundi...* “La criatura mundo (el mundo de la creación) es como un libro en el cual reluce, es representada y conocida la Trinidad creadora.” “Coloquemos abajo, en el fondo, el primer peldaño de la ascensión, poniéndonos todo este mundo sensible como un espejo a través del cual nos levantamos hacia Dios, artífice sumo.” “De esta forma, de lo que es visible se alza el alma a intuir la potencia, la sabiduría y la bondad de Dios como ser viviente, inteligente y totalmente espiritual.”

“Todas las criaturas de este mundo sensible conducen al alma del contemplativo y del sabio a Dios sempiterno; ellas son sombras, resonancias y como pinturas de aquel primer principio potentísimo, óptimo, de aquel eterno origen y plenitud...”<sup>6</sup>

Ya nos enseñaba el Libro de la Sabiduría la escuela para subir hasta Dios.

Si deleitados con la belleza, el fuego, el viento, el aire sutil,  
el arco celeste estrellado, las olas impetuosas.  
el sol, la luna.  
llegaron a computarlos por dioses,

---

<sup>6</sup> Itinerarium mentis in Deum.

aprendan cuanto más hermoso es su Dominador.  
El es el autor mismo de la belleza que los ha creado.  
Si su belleza y su potencia les ha llenado de admiración,  
deduzcan ellos cuánto más poderoso es  
El que las ha formado.  
*Porque de la grandeza y belleza de las criaturas  
se puede por analogía conocer a su Creador*<sup>7</sup>.

Y anatematiza rotundamente, con la energía de la palabra del Espíritu Santo al culpable de esta ignorancia.

Vanos son todos los  
hombres que han ignorado a Dios,  
y los que por los bienes visibles no han sido capaces  
de conocer a Aquél que es<sup>8</sup>.

Saquemos a los muchachos cuanto es posible del estridente artificio de las ciudades. El maquinismo enseña sus entrañas de materia. Necesitan ellos el hábito de leer en el libro abierto de Dios. Enseñémosles y hagámosles sentir con Lippert por qué “los poetas y los santos, todos los seres capaces de atención apasionada”, saben que la creación habla una lengua secreta....

“Ante el espectáculo de una naturaleza que mil fuerzas de disgregación trabajan por destruir, las victorias pacientes o instantáneas de la vida, del espíritu y del amor nos sorprenden. Ellas se imponen con la fuerza y la lozanía de una revelación. El niño que queda en cada uno de nosotros se asusta y admira.”

Bien merece cualquier esfuerzo un beneficio semejante. Habituarse al joven, en la época en que determina sus aficiones y costumbres, a un ejercicio noble y puro sobre todos.

Hábito logrado, además, con un entusiasmo vivido. “Los que una vez sintieron la atracción de las cumbres, éstos, siempre volverán a ellas.” (Ferrera).

Hábito de levantarse fácilmente a Dios; el logro soñado por todo educador cristiano. Hábito que puede regenerar a las juventudes.

Cuando se logre que éstas, en vez de llenar salas de espectáculos, se esparzan los domingos por campos de juego, praderas y montañas, fácilmente se conseguirá que el día festivo vuelva a ser el día del Señor.

Porque el Dios que se contempla en las montañas no es, como alguno ha objetado, un Dios naturalista y racionalísticamente concebido, el Dios de los filósofos y de los místicos naturales, contrario al de la Revelación. Será el Dios que el educador haya sabido hacer comprender y sentir. Bajo la pureza de los vientos es fácil encarnar el ser divino; es fácil vivir a Dios; con la energía con que lo integraba el joven *Heini*, protagonista de aquella arrebatadora novelita de Weisser, *Luz de las cumbres*. Heini era puro, fuerte y enérgico, como sus montañas del Tirol; era espiritual e idealista, como la elevación de sus picos, entre cuyas cortantes aristas descansó su cuerpo despeñado cuando subía buscando la más alta flor *edelweis*, para Santa Maria.

Símbolo de la raza fuerte que ama a Dios en las montañas.

---

<sup>7</sup> Cap. XIII

<sup>8</sup> Ibid.

## CAPITULO V EN LOS CENTROS DE EDUCACION

### ESCUELA Y FAMILIA

A las premisas que encabezan el capítulo anterior añadamos: El centro de educación forma *hombres* para hoy, o un mañana, *inmediato*. Quienes lo rigen han de conocer al *hombre* y el *tiempo actual*, y con él las lógicas previsiones de un *futuro*.

El centro de educación reconocido por la sociedad tiene derecho a exigir a quienes les envían sus hijos un voto de confianza. Primero acerca de su buena voluntad; en segundo lugar sobre su visión acertada de las necesidades humanas del futuro ciudadano. El profesional de la educación, que a su vocación natural ha añadido estudios y una dedicación de por vida a la tarea, en igualdad de condiciones sabe más que el simple padre de familia, cuya capacidad natural de educar que la naturaleza, como a padre, le otorga, no es amparada por ninguna tradición institucional o conocimientos de profesión. Los casos particulares que desmienten esta hipótesis no hacen sino confirmar la regla.

Ridícula y hasta absurda es la posición del educador que se ha habituado a blandir como argumento definitivo de su actuación las frases: “Así lo quiere la familia” “¿Qué dirán si hacemos esto?”.

Es cierto que en el contrato el padre de familia pide y exige que a sus hijos se les dé lo que por la estructura ordinaria de la sociedad cada familia privada no puede lograr. Deben, por tanto, los educadores conocer esos minuciosos deseos y procurar atenderlos con desvelo. Pero las obligaciones y responsabilidades del educador son mucho mayores de lo que pueden sospechar las gentes.

Como profesionales, deben ir en vanguardia de la ciencia pedagógica; han de conocer con precisión de especialistas los fenómenos del periodo evolutivo; conscientes por todo ello de que quienes deben dar la pauta son ellos. Ha de vencer la convicción científica a la cómoda complacencia.

El educador tiene casi tanta obligación de formar el criterio de los padres como el de los hijos. Una visión dilatada avizora en seguida la transcendencia que para la formación definitiva del chico tiene la homogeneidad de criterios entre escuela y familia. El centro educacional, respetando honorablemente las opiniones de los padres, debe aceptar como normas generales de actuación los principios derivados directamente de sus propias convicciones pedagógicas.

Quizá éstas sean incomprendidas muchas veces. No debe temer esa incompreensión cuando está incubada en la ignorancia. La escuela debe ser más avanzada que la familia; como lo es la ciencia del medico sobre la del cliente. Este ha de ser escuchado y atendido; pero pretender la prevalencia de su criterio clínico sobre el del especialista sería aberración. Aunque, repetimos, en casos aislados pueda tener razón.

Tendrá que enseñar con frecuencia, ante muchos ojos atónitos y hasta escandalizados, que el niño viene al centro para que le ayuden a formarse *hombre*, no para que hagan de él un futuro ingeniero a medico. Tendrá que demostrar prácticamente, con sacrificios de largo e incomprendido plazo, que el *centro de educación* no puede restringir su labor a la *instrucción*. Esta es más cómoda, más fácil, y por ende más vistosa. Pero no se puede especular con la ingenuidad confiada de muchas gentes. Será preciso luchar cada vez más con los problemas de multiplicación del trabajo, y encima soportar las censuras de quienes les reputan desviados y abogan por el regreso a fórmulas y métodos antiguos más simples, que para más ironía les resultarían más cómodos. Pero la vocación del educador es de sacrificio y exige sobre todo autenticidad.

Concretando, recordaremos esas frases oídas con insistencia: “Lo que me interesa es que saque el curso adelante..., que apruebe los exámenes..., que pase la Reválida...” Pobre aspiración para un padre de familia que no sabe reconocer en el centro educacional otros valores más elevados. La primera obligación del centro es orientar, con respeto y discreción, a ese padre equivocado. Aprobar o sacar nota en exámenes es de suma importancia y casi fin específico del que es apellidado por la sociedad “estudiante”<sup>1</sup>. Pero no es el único. Ni el primero.

---

<sup>1</sup> El fin específico propiamente en *estudiar*. El cual forma *parte* del fin genérico: colaborar activamente a su propia formación integral.

Habrá quien disienta. Quizá para él la labor educacional ya la realiza con sus hijos él en casa; los centros de enseñanza son simples centros de instrucción. La postura justa de los educadores con respecto a tales hombres sería el rechazo inflexible de sus hijos. No deben admitir la colaboración de quien les niega su más específica y preciada cualidad.

“La moderna especialización exige más estudio; la agitación y necesidades cada vez más complicadas de la vida roban tiempo, y éste resulta insuficiente para la preparación profesional. ¿Hemos de dejar a nuestros hijos perder ese tiempo precioso en deportes y actividades extras?”

Quien haya leído anteriores capítulos habrá encontrado respuestas anticipadas a esta objeción. Nace de una visión pobre y acuartelada de la vida. Instrucción y educación jamás debieron divorciarse. No puede vivir una especie fuera del género. Para eso, quien afirma: “En el colegio, instrucción; la educación, en otro sitio” es posible que tenga la desgracia de pertenecer a esa caterva de sinecdoquistas que tantos males nos trajo desde antiguo a nuestra patria.

En la educación, además de la instrucción, hay *vida*. Por eso también hay *deporte*. El educador se enfrenta ante él libre de prejuicios. Quiere conocer el problema y lo estudia.

### SELECCION

El deporte posee grandes valores humanos, y entraña también grandes peligros. Una valoración desmesurada, la calibración desequilibrada de sus distintos aspectos pueden producir daños considerables en la psicología juvenil, lo mismo que perjuicios físicos. Como vivimos en la época deportiva, y el niño ha de toparse con el deporte por cualquier senda, es menester enriquecerle con categorías ordenadas. Aun solo por esto es fácil colegir la obligación grave que pesa sobre todo educador de conocer el problema deportivo; sus valores, peligros, métodos, posibilidades.

Conocidos éstos, no queda sino la aplicación lógica de los principios. Esta tendrá que verse condicionada por las limitaciones concretas de cada institución. La diferencia de posibilidades hace que de idénticas convicciones puedan derivarse realizaciones muy distintas.

Insinuamos aquí norma que puede ayudar a modo de sugerencia. La agrupamos en dos temas:

- 1) Selección de deportes.
- 2) Organización.

El fin es siempre el mayor provecho integral del muchacho. Es sabido el papel importantísimo que juega en la vida del hombre la imaginación. “Los juegos —afirma López Ibor— son manifestaciones de la vida y actividad de la fantasía. Los juegos físicos, los deportes, son modos de expresarse la *fantasía motora*.” Teniendo esto en cuenta, y recordando otra vez las numerosas posibilidades que encierra el deporte en el mundo físico, psíquico, moral, social y hasta intelectual, habrán de ser escogidos con preferencia aquellos juegos y ejercicios deportivos cuya dimensión llegue al mayor número de calidades de la persona. “Los juegos más completos —añade el mismo López Ibor— son siempre los que podríamos llamar *multívocos* y *polifónicos*, porque apelan a diversos registros del teclado personal.”

Es equivocada la posición de algunas personas que al discutir sobre la pre-valencia de un deporte u otro presentan como argumento definitivo sus mayores beneficios físicos. Es regresar al eterno equivoco; concepción meramente física del deporte.

*Revista* publicó, en julio de 1955, tras un original ensayo que titulaba “Diccionario del deporte”, el cuadro que transcribimos en la página siguiente, cuadro sinóptico en el que se especifican los beneficios físicos y morales de los principales deportes.

No estamos conformes con algunas de las aplicaciones que hace, y notamos principalmente la ausencia de beneficios que clarísimamente reportan, y en mayores dosis que otros señalados, deportes completos, como el atletismo, baloncesto, natación...

Por eso signamos con una cruz las casillas vacías que opinamos debieran haberse llenado. No obstante, pese a estas discrepancias, publicamos el **cuadro** de J. J. T., porque opinamos que fundamentalmente está bien estructurado y se presta sobre todo a fecundas sugerencias.

Evidentemente, el reducido esquematismo anula multitud de matices. Los mismos títulos son sumamente concisos y parciales. Por ejemplo, al afirmar que «*desarrolla* los músculos», puede referirse a muy distintos tipos de desarrollo, traumático (boxeo, rugby, fútbol), elástico (patinaje, esgrima), de mero abultamiento masivo, etc. La *resistencia* puede ser de tipo muscular, orgánico (con la ampliación de la capacidad del «aporta-oxígeno»), etc. Análogas observaciones pueden hacerse respecto de los *reflejos musculares y nerviosos*, del tipo de *valor*, de la *confianza en sí mismo*. Puede ésta concretarse en las propias fuerzas físicas o destreza útiles para la defensa propia, como en el boxeo o judo; sin embargo, el esquí, el automovilismo, alpinismo, etc., engendra un linaje de confianza más hondo; no un descanso en él yo físico o brutal, sino un recreo psicológico en las posibilidades comprobadas del yo integro.

Hemos llenado con profusión las casillas correspondientes al atletismo, que ostentaban vacío inexplicable. Es cierto que la variedad de sus especialidades aporta beneficios distintos, pero hay un denominador común que abarca todas las posibilidades anotadas. Aportación lujosa al enriquecimiento de los *reflejos musculares y nerviosos*. Más aún; es especialmente recomendable a muchachos lentos en quienes se quiere avivar la velocidad de estos reflejos para cualquier deporte; se les coloca bajo la dirección de un entrenador de atletismo antes de inducirles a ningún otro ejercicio. Por supuesto que dicho entrenador debe ser competente. Damos por descontada esta cualidad al hablar de cualquier deporte; de otra forma sería imposible caminar.

También justificamos la inserción de la *destreza*; hay sobre todo ejercicios —pértiga, vallas, altura, disco— para los que son necesarios altos grados de esa cualidad. Nos ha producido sobre todo extrañeza la ausencia de la *resistencia*, máxime encontrándola en otros deportes, como natación, y sobre todo tenis. Cualquier especialidad técnica, incluso las aparentemente más tenues, como la carrera de velocidad y el peso, exigen una preparación mínima directamente encaminada a enriquecer las capacidades de resistencia, al esfuerzo, a la fatiga, a la violentación física.

Por el contrario, no debe ser admitido como beneficio reportado por el atletismo la *fuerza*, al menos genéricamente. Solo es mercancía especialmente cultivada en los lanzamientos y en el llamado “atletismo pesado”.

Quizá se encuentren más motivos de desacuerdo en ese otro beneficio subrayado: *el espíritu de equipo*. Perfectamente perceptible en los deportes de conjunto; pero en el atletismo..., ¿qué colaboración especial ha de aportar un saltador a su equipo sino la de salvar el listón a la mayor altura posible, cosa que coincide plenamente con su aspiración personal, sin tener que ceder ninguna ventaja propia?

Cualquiera que haya participado un poco en los preparativos internos de un equipo de atletismo comprobará la superficialidad de esta creencia. Adiestrase el atleta concienzudamente con sacrificio mayor al de cualquier otro deportista, porque trata y tiene obligación de batir *siempre* su propia marca, no de ser simplemente un gran jugador. Llega una competición. Supongamos que, especializado en fondo, tiene todas las probabilidades de ganar, de quedar por ejemplo campeón nacional, incluso de batir el *record*. Entonces el director técnico le ordena, quizá en el mismo día, participar antes en otra prueba de medio fondo, para la cual también sirve; los puntos que obtenga con la probable clasificación de ambas sumarán más que con la victoria única. Corre en las dos pruebas; gana puntos para su equipo, pero la dosificación del esfuerzo le impide lograr la palma en alguna. Y era quizá la ocasión soñada, para la cual se preparó muchos meses. ¿No es esto sacrificio propio por *espíritu de equipo*? Se ve con frecuencia: en casi todas las competiciones atléticas, sobre todo juveniles.

Seguiríamos con agrado justificando una por una las variantes introducidas, pero sería interminable. Dejamos el esquema con él específico valor de pura sugerencia. Hay muchos puntos discutibles; no tiene la exactitud de un minucioso estudio científico; pero sí la comprobación de una afanosa experiencia y consulta, suficientes para una garantía pro-científica. Nos consideraríamos colaboradores de un gran triunfo si con esta ayuda al cuadro de J. J. T. se despertase el interés de algún especialista de la medicina, psicología y pedagogía que con la ilustración de una experiencia deportiva se decidiese a abordar un estudio a fondo de estas materias. Debe ser fruto de la colaboración de todos. El tema lo merece.

## DEPORTES FUNDAMENTALES

Será útil concretar como resumen práctico los deportes que en ley de economía ordinaria y posibilidades de los centros pueden ser considerados como pedagógicamente fundamentales. Son estos: *Atletismo, natación, baloncesto*.

Todos ellos fundamentados en la *gimnasia*. Opinamos que son los que mejor pueden cumplir la condición expresada por Lopez Ibor como juegos deportivos “multívocos y polifónicos”.

Nos circunscribimos a la mentalidad y ambiente español: es evidente que también el béisbol, por ejemplo, encierra las más complejas virtudes pedagógicas. Pero, pese a contar en nuestra historia con un reciente título europeo, no es todavía deporte popular en España. Lo cual no es motivo para esquivar el actual auge que, gracias a Dios, comienza a adquirir.

ATLETISMO es el deporte rey, el más completo: aun considerado en la limitación de una sola especialidad, no deja de poseer plenamente el fundamento de todo deporte: *la carrera*. Esta es la actitud perfecta del hombre dinámico; la posición natural, equilibrada y sincronizada del esfuerzo físico humano más elemental.

Quizá pueda parecer extraña al profano la afirmación de *Boyd Comstock*: “Quien no sabe correr, no puede ser atleta.” Un lanzador de peso no realiza ningún movimiento de carrera. Apreciación equivocada. Le es totalmente imprescindible para lograr sincronización de movimientos y velocidad en el ataque. Es seguro encontrarse entre los alumnos preparados por un buen entrenador a los especialistas de peso arduamente empeñados en constantes progresiones de velocidad. Hace algunos años oí de un entrenador italiano, refiriéndose al ex-campeón nacional de disco y peso y actual revolucionador de la jabalina, Errausquin: “Tenía en su cuerpo dieciséis metros de peso, y nunca llegó a los catorce: no aprendió a correr.”

Lo dicho sobre el peso; vale para el disco, martillo y jabalina española. En los otros ejercicios se ve todavía más palpable. No hay salto que no vaya precedido de una carrera, cuya perfecta ejecución es la mejor garantía de éxito; lo mismo que de la jabalina clásica. Se podría ampliar, sin que perdiese su valor axiomático, la frase de Comstock: “Quien no sabe correr, no puede ser buen deportista.”

El preparador, nacional de atletismo, Luis Miró Falcón, concreta para los lanzadores “dos días a la semana dedicado a un entrenamiento similar a los corredores velocistas... Es necesario el saber bien correr en toda manifestación deportiva”<sup>2</sup>. Guarda también el atletismo ricos valores de idealismo, espíritu de superación y afirmación. Educa notablemente la voluntad.

Un peligro acecha, larvado en la belleza de la **competición**: el agotamiento. Más que en ninguna parte es necesaria aquí la constante dirección técnica. Jóvenes en quienes ha prendido la llama atlética se entrenan concienzudamente todos los días con largas carreras. Disparate peligrosísimo. En esta ignorancia se basa la desaprobación que en gran parte sufre todavía el atletismo. Un mismo tipo de entrenamiento que, bajo dirección técnica, reporta grandes bienes a la naturaleza, puede corromperla sin la regulación científica.

Hemos escuchado con frecuencia razones de personas sesudas que con esfuerzo de comprensión dicen: “Ciertamente admito el beneficio general de los deportes, pero lo que no se puede tolerar son esos esfuerzos a que se someten los jóvenes, por ejemplo, en una carrera, a cuya meta llegan exhaustos y con los nervios crispados.” Quien no ha practicado ni ha visto correr de otra forma que sin control, sin técnica ni entrenamiento, es comprensible que afirme con tanta simplicidad. Una inteligente dirección, que logre evitar la presencia de la *fatiga asidua*, garantiza, no ya la ausencia de desgaste, sino el mejoramiento del rendimiento funcional. El atleta que rompe la cinta de llegada tras un esfuerzo extraordinario, tiene una naturaleza especialmente adiestrada para tales excesos; ha enriquecido progresivamente su capacidad vital, el riego y composición sanguínea, la recuperación muscular, etc. Lo imprescindible es que, tras ese esfuerzo, guarde el necesario descanso para la normalización funcional. Este es el punto capital en el que por desgracia —por ignorancia más bien— se falla, no solo en atletismo, sino en otros deportes. Educadores que abren grandes campos de fútbol, canchas, frontones..., y dejan libremente a sus alumnos llenar las tardes

---

<sup>2</sup> *Revista Española de Educación Física*, octubre 1956.

de jueves y los domingos corriendo sin parar, se hacen responsables de numerosas quiebras físicas que aparecen más o menos tarde. El deporte es un arma de dos filos. Puede el niño jugar todo el día sin parar; el adolescente y joven, no; su desgaste es mucho mayor, porque se entrega con más energía a la competición, y habitualmente la efectúa ya en las formas organizadas de deporte, que exigen tasa.

El atletismo debe considerarse como deporte fundamental sobre todo porque es la base de todo deporte. Lo es concretamente la carrera. *Gladman* lo repite en sus numerosos libros. A todos los deportistas suele llamar “*atletas*”, consciente del significado específico de esta palabra. En su *Baloncesto*, después de recomendar a sus especialistas la gimnasia, sobre todo respiratoria, afirma: “Practiquemos algunas pruebas atléticas, tales como: salto de altura y longitud, carrera de velocidad y el lanzamiento de peso... El salto en alto ejercita los músculos de las piernas, brazos y abdomen, puesto que en esta prueba se lleva a cabo un ejercicio de contracción muy acentuada y se desarrolla una energía impulsora que radica mayormente en los miembros inferiores.

“El salto de longitud desarrolla la expansión muscular de los brazos y del pecho, y como centro radical del esfuerzo se plasma en los músculos de los pies. “El lanzamiento de peso acondiciona los músculos de los brazos y de las manos, al mismo tiempo que estimula el impulso del tiro consciente y bien controlado.”

Sobre la carrera recomienda los tres tipos de zancada: breve, media y larga, y termina insistiendo en la necesidad de ilustrarse convenientemente en las características específicas de estos ejercicios. Han de “prepararse buenos atletas”.

Gracias a Dios va abriéndose camino también en España, aunque con cachazudo paso, la idea de fundamentar todos los deportes en el atletismo. Hasta los magnates del fútbol profesional parece que empiezan a preocuparse. Significará era de madurez y plenitud deportiva la realización habitual de esta idea.

BALONCESTO. Entre los juegos deportivos de conjunto, llenos de valores pedagógicos todos ellos, destaca como más completo el baloncesto.

Hablando de deportes fundamentalmente aptos en pedagogía, se podrían enumerar, entre los de conjunto, al balonvolea, balonmano, fútbol, hockey (de patines y de hierba), béisbol, etcétera. Virtudes comunes a todos son, en primer lugar, el *espíritu de equipo*, que insensiblemente aborda el alma juvenil con tropismo social de alto valor. Depende en gran parte del enfoque que sepa darle el educador. Las máximas de Arnold se tornan casi realidad: una sociedad deportiva *puede* llegar a ser una sociedad en pequeño. Colaboración —por consiguiente, cesión parcial de sus intereses personales— en empresas, sumisión a leyes, a jefes, a autoridades lúdicas; lucha y rivalidad entre los mismos compañeros —preparación para la lucha por la vida—; envidias, maniobras, pequeñas bajezas... Los juegos deportivos de conjunto pueden convertirse en auténtico adiestramiento para la vida social; realizado, para mayor eficacia, insensiblemente, cuando el niño tiene sus capacidades asimiladoras inmensamente abiertas porque funcionan con el riego de la alegría, de la espontaneidad, de su propio mundo lúdico, refugio y oasis en medio del mundo arisco que han fabricado los mayores.

Hoy no se concibe ya un centro educacional sin alguna cancha para juegos deportivos colectivos. Quizá lo que aún no ha hecho acto de presencia en tales canchas es el catalizador moral del enfoque educativo. Puede que tantas gentes hablen con desprecio del deporte porque no se ha sabido hacer con el un análisis desintegral. Los cuerpos, repletos de átomos, permanecieron subestimados hasta que un día el átomo se desintegró. Entonces, ¡oh maravilla!, se descubrió una energía poderosa, “sintética, *integrante*, casi creadora. Esta es la fecunda andadura del análisis dirigido por la visión *sintética*. Añoramos un análisis parcelado del juego deportivo, imantado por la definitiva síntesis educativa integral del hombre. Entre todos estos deportes de conjunto es necesario reconocer una superioridad en el baloncesto por diversas causas.

Frente a la dureza muscular que es patrimonio de otras especialidades, por ejemplo, el fútbol o balonmano, los movimientos del baloncesto cristalizan en *elasticidad* y *flexibilidad* de más alto precio en la valoración integral del organismo.

Su atención acude a *todos los músculos* del cuerpo. Desde los que rigen los metatarsos, pasando por el tendón de Aquiles, hasta los esplenios de la nuca. Deporte basado en la carrera rápida, hace jugar además con toda gama de posibilidades matrices los grupos torácicos y los brazos, obligando así mismo a una continua actividad de los abdominales, recto y oblicuos.

En la pelota vasca, en fútbol, rugby, balonmano, boxeo, la provocación muscular es de signo traumático. En baloncesto se esfuma el golpe, enriqueciéndose la reacción puramente *elástica*. La *capacidad de atención* ha de ser concentrada y distribuida a la vez, con mayor intensidad que en los otros juegos de conjunto.

Igual sucede con el *sentido de precisión*. Por las reducidas dimensiones de la cancha y la riqueza de combinaciones que hoy existen, ha llegado a compararse con la de los billaristas. Sin afirmar tanto, hay que concederle en la actualidad altos calibres. Puede considerarse igualado por el esquí, béisbol, tenis, pelota, hockey de patines, esgrima, balonvolea, judo, boxeo, lucha, golf, balonmano..., aunque en cada uno reviste matices peculiares.

Es el baloncesto juego inequívocamente *rítmico*; no con la isocronía de algunos otros, pero sí con un sentido de ritmo profundo, equilibrador. No es necesario repetir ahora los valores de la calistenia; cualquiera que conozca un poco la historia de la gimnasia recordará la definitiva repercusión que en los métodos gimnásticos tuvo la innovación rítmica de *Jacques-Dalcroze*; sabido es también el influjo que los ejercicios rítmicos ejercen en el sentimiento. De allí deriva el que se haya admitido como definitiva para la mujer la gimnasia calisténica. Ya que hemos mencionado este tema, conviene salir al paso de una objeción que muchos proponen, más que por convicción científica, por reacción ante lo inabordable. Se ha dicho que el baloncesto es un juego femenino.

Si se entiende simplemente que, por sus condiciones internas, es útil para la mujer, puede aceptarse la expresión. Pero el sentido peyorativo de exclusividad femenina, al modo de los juegos de muñecas en la niñez, es ridículo. La dureza muscular no conviene a la mujer. En el hombre se puede admitir. La elasticidad, ritmo, flexibilidad, armonía, *conviene* a ambos. La mujer tiene vedado en el campo deportivo, aparte de otras salvedades específicas, los juegos donde asome la violencia o dureza. Por eso se le recomiendan especialmente esos otros. Lo cual no significa que con esta arribada femenina quedan desahuciados para el sexo fuerte.

Lo más recio, lo más típicamente viril, en el atletismo son los lanzamientos. Hoy se admite como definitivamente recomendable al lanzador una preparación rítmica intensa. Prescindiendo de la carrera, donde la sincronización, ritmo en definitiva, juega un papel decisivo, en cuanto específicamente lanzador, hombre fuerte, armónico, enérgico y rápido, oye actualmente el consejo —quizá ridículo para el profano— de recibir “sesiones de *ballet*”. Es expresión del citado preparador nacional Miró Falcón<sup>3</sup>. El cual concreta: “... Se le hace imprescindible (a todo lanzador) buscar la soltura, el ritmo y el equilibrio a base de los ejercicios rítmicos, que puede conseguir con la práctica del *ballet*..., y, además, con ello mejorará su condición atlética.” Sabemos que el campeón de gimnasia *Blame* es discípulo de un profesor holandés de *ballet*.

Resulta absurdo tildar al baloncesto, porque es rítmico, elástico, flexible y elegante, de femenino. Téngase presente, además, la gran velocidad de ritmo constante que en este deporte se desarrolla, lo cual exige resistencia a la fatiga y condiciones de recuperación funcional. La distinción entre ritmo masculino y ritmo típicamente femenino es una escapatoria posible a los impugnadores. El ritmo es sustancialmente técnico; cabe solamente la diferencia frecuentativa; existe un ritmo veloz, o lento o fatigoso, o excitante, etc. Estas concepciones son las que fundamentan, por ejemplo, la rítmica del estilo literario, que parece escindir en formas esencialmente distintas. En realidad no hay más que una diferencia de frecuencias o de “proporción de frecuencias”. En esta clasificación cuantitativa, al hombre le corresponderá la veloz, y a la mujer, la más pausada.

---

<sup>3</sup> “¿Cómo preparar a los lanzadores juveniles? ¡Carrera, endurecimiento o competición!” *Revista Española de Educación Física*, octubre 1956.

En el baloncesto, el hombre desarrolla precisamente velocidades vertiginosas, tanto reactivas como locomotivas, inalcanzables de todo punto para la mujer. El ritmo de nuestros baloncestistas es *netamente* masculino. Es un juego lleno de *estética*; por tanto, esencialmente educador por sólo este capítulo.

La minuciosa reglamentación, las formas constantes de sometimiento al juez, su funcionalismo primordialmente colectivo, son alta “escuela de ciudadanía”, en frase de Sánchez de Muniain; de corte mucho más matizado que en el fútbol u otros juegos análogos. En muchos de los aspectos citados es igualado y aún superado por otros; pero sólo en temas particulares. Ninguno le alcanza en la comprensiva acumulación de virtudes.

Se le acerca un poco, sobre todo en su formación física completa, el BALONVOLEA, poco arraigado todavía en España. Es deporte fundamentalmente escolar, aplicable desde la niñez, carente sobre todo de los peligros de la fatiga incontrolada. Sin embargo, es de calidad humana muy inferior al baloncesto.

El TENIS se muestra bastante completo; elegante, suelto, flexible, rítmico. Tiene un defecto de notoria importancia. Recomendando competiciones con la mano izquierda se suple esta falla. Pasa lo mismo con los atletas lanzadores, cuyos hombros suelen mostrar llamativa desproporción en su desarrollo.

La PELOTA A MANO —y sus derivados: pala, paleta, remonte, cesta...— es enérgico, de esplendidez viril, armónico, rápido, inteligente, de amplitud muscular; es un deporte español que debe ser ampliamente fomentado. Conviene enseñar ya a los niños la utilización de ambas manos, lo mismo que se hace en el fútbol con los pies.

En grandes sectores de tierra adentro es desconocido el REMO. Ejercicio cuyo fundamento es el consorcio de *ritmo y potencia*. Desarrolla todos los músculos, desde los pies, aunque en un sentido delimitado. Es sumamente saludable; tonificador singular de tórax y músculos abdominales. En centros escolares donde sea fácilmente practicable podría ser elevado a la categoría de deporte juvenil fundamental. Exige también control, aparte de los peligros del agua, por su fundamental condición agonística, continuo excitante de duelos agotadores.

El FUTBOL, contra el cual existe hoy una lógica corriente reactiva, presenta, sin embargo, valores únicos para los varones. *Buytendijk* ha escrito un librito, titulado *El Fútbol, estudio psicológico*. En él analiza las diferencias entre los juegos de pelota practicados con la mano o con el pie. El hecho de que, ya desde la infancia, las niñas prefieran los del primer tipo, y los niños el segundo, tiene como explicación las distintas formas de existencia masculina y femenina. Los instintos agresivos son más violentos y necesarios en el hombre que en la mujer. “El hecho de dar un puntapié tiene un carácter primario más agresivo que el de arrojar la pelota con la mano.” Más conforme con el tipo femenino de adaptación es el acto de asir. El que haya deportes como el rugby, béisbol o *cricket*, totalmente viriles, consistentes en asir y arrojar, indica la fácil masculinización de estas actitudes. “Sin embargo, no existe deporte alguno en que el acto de golpear con el pie se feminice.” “El acto de pegar con el pie es específicamente masculino...” En el juego del fútbol, el esquema fundamental de las tendencias masculinas y de los valores del mundo masculino aparece bajo una forma lúdica. Por eso, ya en el juego indisciplinado de los chicos se advierte, como podemos ver todos los días en la calle, una orientación hacia una finalidad, la intención de alcanzar algo —por ejemplo, el punto de paso de otro—, un combate, una superioridad, una tensión y un esfuerzo, o sea toda una serie de características del ser masculino (*del homo faber*), que considera al mundo como una serie de resistencias que vencer.

Esta función humana que vence resistencias no es precisamente específica del hombre en cuanto *faber*, sino en cuanto simplemente hombre. Sería paradójico obligarse a fusionar los antagonismos *faber* y *ludens*; cosa necesaria de asignarse al *faber* la tendencia de superación. Porque lo diferencial del *deportivus*, dentro del *ludens*, es el agón, cuya característica es la superación rival. El ajedrez, carente de otras sugerencias físicas, apasiona enérgicamente a los contrincantes por su intensa condición agonística. Por eso, el ajedrez es netamente viril. El sentido de superación —resistencias que vencer— se da tanto en el *faber* como en el *ludens*. Se da, simplemente, *en el hombre*; y en concreto, con acentuado matiz de *virilidad frente a feminidad*. Si admitiésemos, como se tiene que deducir de *Buytendijk*, que el *vir ludens* es más *faber* que la *mulier ludens*, haríamos un bello juego de antítesis literaria, pero oscureceríamos las ideas.

“Es en sí más difícil obtener la disciplina de los pies, indispensable para lanzar el balón en una dirección determinada, que aprender a dirigir el gesto de la mano, aunque a veces las reglas del juego hagan éste último muy difícil también. El muchacho tiene más tendencia que la muchacha a formarse un mundo de tareas difíciles, lo que expresa a menudo por su afán de aventuras y riesgos. La conciencia de poder hacer las cosas difíciles da también al muchacho un sentimiento más fuerte de su propio valer” (*Buytendijk*).

He aquí algunas características, observables también en otros juegos deportivos, pero más típicas del fútbol. Estas le hacen indispensable en la sociedad juvenil moderna. Si no como *competición deportiva* o *entrenamiento deportivo*, al menos, es menester admitirlo frente a los puristas del deporte higiénico, como *juego deportivo*. No es imprescindible para el individuo, pero sí para la *gran colectividad* juvenil.

Su peligro principal está en el desgaste físico. Se ha escrito mucho sobre esto. En 1954-55, la *Revista Española de Educación Física* publicó las opiniones de ilustres médicos españoles y extranjeros, especialistas en educación física, sobre la conveniencia o inconveniencia del fútbol en la edad juvenil. Las respuestas fueron más bien negativas. Muchos se apoyaban en estadísticas, y otros en el fútbol con su actual reglamentación. Ciertamente, la rigidez tradicionalista inglesa está haciendo daño al fútbol. Guardan con celo sus estatutos y no quieren contaminarlos con impurezas de otros deportes. Y hoy, los reglamentos futbolísticos ostentan un arcaísmo tanto más ridículo cuanto más en contraste con técnicas superiores de otros deportes más modernos.

Cuesta el oro y el moro introducir en la mentalidad futbolística el cambio de jugadores. Y con objetividad desapasionada y libre de sentimentalismos, no se ve por qué no han de poder jugar *quince* jugadores, en vez de once, alternándose al modo del baloncesto a balonmano, según las conveniencias o el estado físico de los participantes.

Gladman recomienda enérgicamente al jugador de baloncesto: “No ofrezcas nunca el espectáculo de tu inferioridad física ni la triste sensación de agotamiento; si por alguna causa no estás en condiciones de continuar el partido, debes retirarte.” Pues este triste espectáculo nos lo ofrece a diario el fútbol, por la intransigencia de su Reglamento. Aunque el jugador esté físicamente deshecho, debe continuar en su puesto hasta el final. Más tristes que el espectáculo son aún las consecuencias para el deportista, sobre todo juvenil. “Ya que es duro en sí este juego, hagámoslo más duro”, parecen decir los directivos a los ojos de quien desconozca la etiología de este cuadro patológico.

Se lesiona un jugador, y el equipo, lejos de recibir alguna compensación por la desgracia, tiene que aguantar su inferioridad numérica. Lo cual, claro está, inconscientemente, provoca el juego bronco. Está descontento el árbitro con las reiteradas faltas de un jugador. Desearía expulsarle, pero no se atreve, ¿es tan duro el castigo! ¿Por qué no han de ser introducidas las expulsiones temporales, como en el balonmano y hockey? Etcétera.

No sería descrédito para los prohombres del fútbol la sencilla aceptación de nuevos valores de deportes más modernos. La magnanimidad nunca es humillante. No somos quién para capitanear modificaciones deportivas. Solamente usamos del derecho a opinar cuando entra en juego la salud física de los jóvenes, y aún la misma fama del fútbol, que lleva camino de desprestigio entre la gente sensata.

ESQUI, ALPINISMO, etc., son también prácticas deportivas, aunque en cierto modo rebasan este concepto. Sus virtudes formativas son excelentes, no del todo conocidas por la mayoría. En otro lugar de esta obra hemos aireado su condición quizá más específica. Nos llevaría muy lejos ponderar sus especiales virtudes. Como no se intenta aquí una enciclopedia del deporte, ni cosa parecida, omitimos un estudio más detallado. Lo mismo hacemos con la hípica, patinaje, esgrima, motorismo, etc.

Sobre el CICLISMO también se ha discutido lo suyo. No es recomendable como estricto *deporte* escolar. No forma armónicamente el físico. Puede acarrear anomalías posturales, dada la incorrecta posición del ciclista. Dinamismo de piernas con sus correlativos superiores en posición estática. Estrechamiento de caja torácica, etc. Sin embargo, es excelente como parte integrante del *excursionismo*, y también magnífico juego. Completo, porque, además de la evasión del *yo-serio* en impulso dinámico espontáneo, común a todo deporte,

pone al individuo en contacto con el paisaje, con la naturaleza, cura de oxígeno del artificio ciudadano. Todo el ser se explya en un retorno a lo puro.

NATACIÓN. Señalado como tercer deporte fundamental. Sus valores son más universalmente reconocidos: no suele ser objeto de tanta discusión como los anteriores. Por eso eludimos también su análisis en favor de la brevedad. Sus beneficios son más específicamente físicos. No posee las capacidades de educación social de los deportes colectivos. Sin embargo, físicamente, representa la plenitud del ejercicio sano.

Debe hacerse una observación. La natación es buena para el organismo. Pero quien pretenda ser deportista destacado en alguna otra especialidad debe prescindir de la natación. Esta forma un físico armónico, sano; apto también como *base* para cualquier deporte. Cuando en ésta se aspira al campeonismo se hacen ambos incompatibles. El agua ablanda los músculos y resta velocidad a los reflejos musculares. Es decir la natación es *compatible* con cualquier deporte. Incompatible con la *performance* deportiva.

El escolar halla en el baño deportivo un mundo de libertad íntima. El contraste con la simplicidad del agua, fácil y fugaz a la vez, dominable y dominadora, ingenua y temible, produce una catarsis exhaustiva. Es desfogue de impulsos, sedante de nervios, tonificador y relajante a la vez. En el estado psicológico del nadador se halla un retorno a un primitivismo, palpado en conciencia directa. Ayudemos a que se multipliquen en España las piscinas escolares y los profesores de natación; y, desde luego, la estima de los bienes sociales que éstos pueden aportar.

#### RESUMIENDO.

- Toda educación deportiva ha de concebirse erigida sobre *la gimnasia educativa*.
- Entendernos como deporte fundamental el atletismo.
- El buen deportista debe ser un atleta.
- En otro orden de valores físicos y personales, la natación.
- Como formadores de virtudes sociales, aparte de los personales, están los deportes colectivos.
- Por su conjunto descuella el baloncesto.

Pero es menester tomar con insistencia, tras los análisis parcelarios, a la visión unitaria del problema educativo. “Los límites entre gimnasia, juegos, deportes —dice el doctor Gutierrez Salgado— se van borrando en cierto modo, y hoy día casi no se habla de una clase de Gimnasia, sino de una clase de Educación Física”<sup>4</sup>. La escuela austriaca de *Gaulhofer*, y *Streicher* nos abre un horizonte seguro con su “gimnasia escolar”, parte aplicada de la “gimnasia natural”; síntesis feliz de la gimnasia tradicional y los deportes. “El movimiento natural constituye una unidad orgánica cuya forma está dictada por leyes intrínsecas.” Por eso, “La formación completa del cuerpo está asegurada solamente por ejercicios que tienden hacia pruebas no restringidas y que aprovechan todas las posibilidades.” Junta al gimnasio está la tierra firme, el monte, la nieve, el agua.

La educación física tiende a preparar al individuo para la vida; por eso, “sus acciones deben estar sacadas de la misma vida”. Son necesarios ejercicios unitarios y completos. Pero en el ejercicio existe un gran desgaste. Y éste, en el adolescente, debe ser muy vigilado. Es necesario estudiar el problema del muchacho bajo un enfoque global. Trabajo intelectual, ejercicio físico, alimentación. La ruptura prolongada del equilibrio será nefasta. El consumo de calorías es variadísimo, según los ejercicios. Si escribir durante una hora cuesta 28 calorías, según la publicación de una revista alemana, bailar durante ese tiempo el vals consume 210; galopar a caballo, 440; jugar al fútbol, unas 900; y correr como fondista en una hora dieciséis kilómetros, más de 4,000.

Volvemos por necesidad a la indispensable presencia del técnico, del médico, que debe presidir eficazmente toda manifestación deportiva. Regla de oro para todo educador que utilice el deporte es la fatiga *asidua*<sup>5</sup>. Es capaz de corromper las más recias naturalezas.

---

<sup>4</sup> Revista Española de Educación Física, febrero 1956

<sup>5</sup> Véase III p., cap. II.

## ORGANIZACION

Son muy variadas las posibilidades de los centros. Es casi absurdo pretender reglamentaciones bajo un único patrón, no solo en el deporte, sino en cualquier aspecto educacional. La fórmula feliz de organización deportiva se reduce en el fondo a la resolución de dos incógnitas: *Campeonismo* y equilibrio *juego-entrenamiento-competición*. Insinuamos alguno de los caminos.

### *Campeonismo*

Es el fenómeno psicológico-social que se produce en una entidad educativa al adoptarse las fórmulas deportivas de la *competición*. Para toda competición se procede a la selección, y, generalmente, a esta se une la especialización. Tenemos entonces en medio de una colectividad juvenil un grupo de selectos deportivamente, dedicados con exclusividad a una actividad deportiva.

Pronto entre ellos destacan *los campeones* efectivos. Los demás son *campeones* por aspiración. Esto plantea un problema de doble aspecto: El individual del protagonista de ese campeonismo. El social dentro de la organización.

La aspiración y el conato constante de superación son esencialmente educativos. “Realizar una *performance* es realizar en sí mismo una plenitud, su propia plenitud” (Guillemain). El objetivo psicológico de la *performance* está expuesto, sobre todo en los jóvenes, a los ataques directos: primero, del amor propio, la petulancia, ambición, de la cólera, e incluso de la envidia, el interés personal. Es la polilla del campeonismo, totalmente anti-educativa. Realidad imprescindible por ley psicológica juvenil. Realidad que hay que afrontar y vencer.

La paradoja educativa impone la búsqueda de ocasiones de afirmación personal del muchacho; e inmediatamente, el rechazo de toda pedantería y orgullo juvenil. Las normas para conseguir este segundo paso educativo son las ordinarias del vencimiento del orgullo juvenil, pero con una desventaja: la imposibilidad de sustraer su motivación.

Algunos han abogado por la eliminación del campeonismo. Evitar sus oportunidades. Para ello, poca *competición* y más *juego deportivo*. Esta solución supone el desconocimiento del mismo juego deportivo. En el agonismo es esencial la superación de un adversario o un obstáculo. Desemboca directa y normalmente en el campeonismo. El mismo juego deportivo entraña la competición; y la reglamentación de ésta no es más que la aseveranza a largo plazo de un juego ordenado y de más fácil raigambre.

El adolescente necesita abordar empresas, proponerse metas y proyectarse hacia ellas. La competición deportiva le brinda una vital oportunidad. En su mundo más íntimo y espontáneo, en el juego, se va a habituar a la lucha por la vida, a la conquista de ideales. Precisamente, la competición prolongada en jornadas le añade un nuevo valor: constancia en la empresa.

En la edad juvenil no se puede prescindir de la competición; es incluso una providencia educativa. El deporte practicado por la persona mayor se va diferenciando precisamente en que cada vez necesita menos de competiciones organizadas: tiene más de juego que de agón. En los juveniles, éste constituye su salsa.

Es virtud social del deporte la vinculación a una corporación. Un muchacho llega a entusiasmarse tanto por la victoria de su equipo, de su colegio, que fácilmente rebasa sus ambiciones personales. Por eso, en el colegio, en la organización juvenil, son necesarios los campeones, mantenedores del fuego olímpico colectivo. El campeón es el pequeño héroe cuya cercanía alienta. La natural inclinación del chico al ejercicio físico anárquico puede encauzarse por los moldes organizados —que son los integralmente educadores— merced a la presencia de un campeón.

Esa capacidad de sublimación colectiva del amor propio es el gran remedio a la periclitante fisonomía psicológico-moral del joven campeón. Antes el triunfo de su entidad que el propio. Este último sólo en cuanto se funde con aquel. Esta misma colaboración de equipo le exigirá constantes renunciaciones en la opinión del director técnico, a veces en la ocasión soñada. Son renunciaciones fecundas, que si se logra no agosten la

llama idealista, determinarán el clásico tipo natural, el campeón ingenuo, participe de la raza de hombres a la vez grandes y sencillos; polo opuesto de esos pedantes y repelentes triunfadores precoces, para quienes el mismo argot juvenil ha reservado su expresivo término: *chulos*.

En las manos del educador está la solución psicológica del “campeón”. Todos, sin duda, hemos presenciado los casos extremos: El “figura” imprescindible de un equipo que ha llegado a esclavizar al mismo educador, porque éste es débil y *no sabe* prescindir de él cuando debe. O el “gallito” amansado, porque, cuando quiso cacarear destempladamente, le dejaron solo en el corral.

Basta que el director<sup>6</sup> posea *siempre* su conciencia de educador, tanto a más en el juego que en la clase. Lo que, por desgracia, sucede es que a ellos también los alcanza frecuentemente el mareo del afán victorioso, y sacrifican a ese ídolo popular sus más sagrados deberes. Son una de dos: o ambiciosos con vanidad, a débiles de carácter.

Es fácil descubrir en la historia personal del deportista juvenil *chulo* la presencia de alguno de estos educadores endebles. El segundo aspecto del problema campeonístico es su repercusión social dentro del centro. En España somos muchas veces amigos de apariencias más que de realidades.

El deporte no está hecho para la vistosidad del colegio; ni se obtiene un campeonato como medio propagandístico. Las copas y trofeos escolares y juveniles; no son *para* sino *porque*. Hay que partir de esta base en la organización deportiva de un centro. El deporte no es para el centro, sino para los alumnos.

El primer objetivo es, pues, que *todos* los alumnos se beneficien del deporte. Queda planteado el problema entre la *élite* deportiva —en expresión de *Seurin*— y la masa. Esa *élite* es necesaria aún bajo el punto de vista de la masa. Para que haya afición tiene que existir la calidad. Los campeones son el índice y la garantía de la vitalidad deportiva de un centro. Pero el culto exclusivo de la selección es siempre muy tentador.

Una vieja leyenda china cuenta que un rey, preocupado por el porvenir alimenticio de su pueblo, mandó construir grandes silos y los llenó de trigo. Mostraba a los mandarines y a los monarcas extranjeros la gran potencia económica de su pueblo, revelada en las abultadas reservas. Cada día estaba más ufano. Mandó ampliar los almacenes y siguió llenándolos. Un día, el pueblo tuvo hambre. Las reservas permanecieron intactas. El rey se paseaba orondo entre los silos. Todo el trigo, y el arroz..., todo iba a engrosar los inmensos almacenes. El pueblo empezó a morir de hambre. El rey dejó de comer, y aumentaba con su propia ración los cúmulos alimenticios. Un día fue encontrado muerto en sus almacenes. El tema de esta leyenda es fecundo. Por eso se ha repetido con variados matices en otras literaturas populares. Hoy se dice que no es el hombre para la institución, o para el estado, o para la técnica, o para el reloj..., sino todos ellos para el hombre.

La selección deportiva en un centro ha de cultivarse tanto cuanto sirva para el auténtico esplendor deportivo total. Esplendor entendido en sentido intrínseco, de dentro a fuera; que brilla porque tiene luz, no porque lo iluminan. Son perfectamente compatibles ambas concepciones. Hay centros que tienen bien resuelto el problema.

De una sistemática organización de campeonatos por edad o por cursos se seleccionan los componentes de equipos representativos. Integrados ya como titulares del centro en un *grado* de honor, dejan ya de participar en campeonatos internos.

Aunque de gran tradición, no son recomendables los campeonatos entre distintos cursos. La edad, que generalmente acompaña al grado académico, debe ser discriminante absoluto de promociones deportivas. Un equipo de preuniversitarios, por ejemplo, contra un 5º curso de Bachillerato, aunque por circunstancias singulares puede estar nivelado deportivamente. nunca lo está psíquica ni físicamente. Algún encuentro solitario celebracional, bien está. Pero la competición sostenida obliga a los menores a un esfuerzo de

---

<sup>6</sup> Nos referimos aquí también a los entrenadores técnicos, pues han de persuadirse, ellos y quienes los eligen, que *siempre* son —máxime estando con jóvenes— educadores.

adaptación y superación que, lejos de adelantar beneficios, desequilibra. Puede permitirse la incorporación aventajada de un individuo, pero no de una colectividad.

Es fórmula acertada la celebración de campeonatos dentro de cada curso. No ya entre los equipos representativos de distintas secciones, puesto que venimos otra vez al cultivo de la selección, sino entre grupos integrados por todos los alumnos. Un ejemplo: Un curso consta de unos 100 alumnos, háganse ocho equipos de 12, cuatro en una primera categoría y *cuatro* en segunda. Noventa y seis muchachos empeñados en un duelo lúdico; todo el curso prácticamente.

El ideal es el campeonato complejo, de varios deportes a la vez, fútbol, baloncesto, hockey, balonvolea, ping-pong, atletismo, pelota, natación..., en los que deban participar todos a casi todos los *equippers* (según el número exigido en cada deporte). Así, todos practican varias especialidades, con lo que se consiguen bienes más universales. Cada equipo de primera forma un club, en unión de otro de segunda. De esta forma, los buenos jugadores animan con el mismo entusiasmo a los menos dotados. El campeonismo se diluye, y sus beneficios alcanzan a casi todos: hay como círculos concéntricos de campeonismo, según las categorías. Mientras los “superclase” forman parte, si son mayores, de los equipos colegiales, los segundones se convierten en los héroes de los clubs internos de curso. Y hasta en el grado ínfimo de segunda o tercera categoría hay opción a cierto género de campeonismo.

Hemos tenido la dicha de presenciar en algún colegio el maravilloso engranaje de un *tercer* curso de Bachillerato, donde 140 muchachos, repartidos en clubs con *tres* categorías cada uno, llenaban con entusiasmo todas las tardes de jueves y domingos, empeñados en una magna competición olímpica que abarcaba *ocho* deportes.

La fórmula de inscripción puede ser obligatoria o voluntaria. Es preferible esta segunda cuando se sabe motivar un interés que garantice la participación moral de todos. De esta auténtica actividad deportiva, sin preocupación de exhibicionismos, es de donde se pueden esperar los grandes triunfos. Generalmente, los colegios señalan su cenit en las competiciones en aquellos años que *suceden* a una auténtica labor interior. Y decae tras los periodos en que la preocupación por el éxito exterior ahoga el verdadero trabajo. “Estos cursos vienen muy flojos”, se suele decir, con una cínica inculación al azar. No es difícil averiguar la verdadera causa.

En cuanto a los equipos titulares del centro, siempre es preferible su participación en campeonatos específicos a la de competiciones generales. Aparte de las desventajas, tanto físicas como morales, de intervenir con personas mucho mayores, es ley comprobada que el atleta se supera cuando compite con los de su categoría: juveniles con juveniles; escolares con escolares.

La superación con la que instintivamente se tiende a compensar una notable diferencia en edad no es de buena ley y amenaza romper la armonía de una maduración deportiva equilibrada. En España estamos de enhorabuena los centros de educación. No todo han de ser críticas. La organización, y sobre todo la concepción, de nuestros Juegos Nacionales Escolares pueden equipararse a las mejores del mundo en su género. Por desgracia no ocurre igual con los Juegos Universitarios; mas no por culpa de los organizadores, sino por la radical dificultad existente en nuestra Universidad para la práctica ordenada del deporte; consecuencia a su vez de la mentalidad general.

### ***Equilibrio: Juego-Entrenamiento-Competición***

Es ordinario entre nuestros jóvenes una ontogénesis deportiva de signo decadente. De lo mismo se queja *Seurin* en Francia. “Este interés existe generalmente en los cursos inferiores de nuestros establecimientos de Segunda enseñanza; desaparece progresivamente en la medida en que el profesor centra su acción en los mejores”<sup>7</sup>. Mientras en éstos aumenta su pasión deportiva —son “los campeones”—, los demás han visto con frecuencia herido su amor propio al ponerse en evidencia su ineptitud. El desprecio duele a veces más que la injuria. Comienzan a ladear el deporte no por falta de impulso hacia él, sino como respuesta

---

<sup>7</sup> «L'Éducation physique et le sport». *L'Homme Sain*, mars. 1956.

psicológica. “El psicoanálisis —señala Seurin— podría sin duda aportarnos interesantes observaciones a este respecto.”

La indicada convivencia entre campeonismo selecto y competición masiva es la mejor solución; quizá la única. Pero además, garantizando este interés por la protagonización de una competición deportiva, se soluciona otro arduo problema pedagógico. La actual estructuración de campeonatos escolares, infantiles, juveniles, federativos, provinciales, regionales, nacionales, amenaza borrar de los centros toda huella de auténtico *juego* deportivo. Y el *juego* es necesario, indispensable con su espontaneidad, su intrascendencia y su capricho.

Las competiciones deportivas, cuya importancia va en auge, exigen especialización, intensa preparación técnica, *entrenamiento*. Entre ambos no dejan resquicio al *juego*. Si se logra interesar de tal manera al chico por sus olimpiadas y campeonatos internos que se lance a ellos como a su *juego* predilecto, se ha salvado el escollo. El juego del adolescente se torna espontáneamente, por virtud biológica, deportivo. Por eso es fácil la penetración juego-entrenamiento-competición. Con todo, nunca conviene saturar disciplinariamente la psicología juvenil. No han de desaparecer de los patios de juego las partidas espontáneas, exclusivamente sometidas al capricho lúdico del muchacho.

Este triple equilibrio depende en gran parte del entrenador de cada especialidad. En medio de la disciplina y sumisión, tanto en los trances campeonales como en los entrenamientos, no debe ausentarse nunca el bienestar lúdico. No puede convertirse el entrenamiento deportivo en una clase o un estudio más. El dintel que separa trabajo-juego es sagrado. Si el preparador técnico es *profesional*, sepa que sus discípulos son *jugadores*. Si el profesor de una asignatura escolar puede apelar en última instancia a recursos meramente disciplinarios, el entrenador deportivo no. Sus armas son solo el ascendiente personal y la convicción. Por eso quizá sea más difícil educar al adolescente en su vida lúdica que en el trabajo serio. No es papel fácil el de entrenador ni sirve cualquiera para ello. El entrenador debe ser un conocedor de hombres, porque en definitiva es un *formador de hombres*.

El entrenador de juveniles —más difícil todavía— debe conocer al hombre en su etapa evolutiva: niñez, adolescencia, juventud. Y esta etapa es muy compleja.

Encuadra también dentro del problema del equilibrio el fenómeno de la elección de especialidad. Unos, sin saber por que, se lanzan al fútbol, otros al baloncesto o al atletismo, natación, etc. Algunos, en realidad, a todo deporte, aunque siempre brillan más en alguna faceta.

¿Debe dejárseles en aquellos que espontáneamente han escogido o habrá que orientarlos hacia otras con más posibilidades de rendimiento o a las que reportarán a su físico mayores beneficios? Triple posibilidad. Cada una de estas tres orientaciones apunta a un fin distinto:

- La estima del *juego* sobre lo demás.
- El sometimiento de todo al rendimiento campeonil.
- El mejoramiento físico del propio individuo.

Partamos de una base: Antes es el bien del individuo que su rendimiento a *performance* deportiva. Es de elemental comprobación que el chico escoge instintivamente aquella práctica deportiva donde más fácilmente encuentra la afirmación de su personalidad. Ahora bien, esta afirmación ira ligada a unas cualidades típicas. Los bien dotados para el fútbol cobran por tal deporte inmensa afición. Quizá un tórax estrecho está reclamando un mayor cultivo de los grupos musculares superiores; pero como sus piernas son más fuertes, destaca más en el fútbol, y lo prefiere; cada vez se acentúa más su desproporción. Igual sucede con el ciclismo, el remo, el hockey, etc.

¿Es necesario sacarlos de esa su afición predilecta e introducirlos en otros cuadros? Nunca en el deporte, conviene forzar. Debe ser practicado con *afición*. Si el tránsito se efectúa sin contorsiones, debe realizarse. Ha de comenzar por un *convencimiento* teórico y práctico del chico. Por otra parte, es fácil que el rendimiento vaya vinculado, a la elección. Escogió aquello para lo que se sentía más capacitado. Muchas veces respondía a una realidad.

Suele ocurrir a menudo que, al efectuarse la selección espontánea, han estado ausentes por desconocimiento algunas modalidades. Tal es el caso frecuente ahora en España con el atletismo. Deportistas singularmente dotados para él han abrazado otras especialidades por desconocerlo. La labor del orientador es delicada. Debe provocar la afición; y, consciente de los valores que encierra, no condescender ante los primerizos hastíos de los noveles, provocados por los sacrificios —mayores que en otros deportes— que exige el atletismo. Pero debe montarse siempre sobre la garantía de la ilusión.

El remedio radical se encuentra ciñéndose al concepto fundamental de educación física. Esta no puede realizarse sólo con deportes. La gimnasia es la base de toda preparación física. Antes de la práctica especializada de cualquier deporte está el hombre físicamente apto, armónico, equilibrado, merced a la gimnasia. Dentro luego de su especialidad tendrá que contar de nuevo siempre con la gimnasia; ésta sigue siendo la base y la tónica de toda educación física.

Preparado de esta forma el individuo, puede escoger su preferido camino. Así, el deporte le será primordialmente gustoso, le resultará *juego*. Podrá dar el máximo *rendimiento campeonil*, y no se verá perjudicado en sus condiciones físicas.

El EXHIBICIONISMO es considerado también por los modernos tratadistas como nefasto para la verdadera educación física. “El peligro capital que amenaza al alumno es el de exhibirse delante del público”, dice una máxima de la moderna gimnasia austriaca. Se comprende fácilmente por qué. Parte en general de la posición fundamentalmente viciosa que adopta todo trabajo humano que, siendo de naturaleza inmanente —provecho del individuo—, pone como norma de actuación la apariencia extrínseca —el público—. Esto, unido a la proverbial vanidad adolescente, provoca un viraje radical en la colaboración dinámico-física de los elementos de la personalidad.

### TRASCENDENCIAS ESPIRITUALES

Una primera consecuencia, fácilmente perceptible, tras un fomento deportivo es el *bienestar en el centro*. Todo lo que acerque al chico a la *felicidad* redundará en automático mejoramiento individual y colectivo. Esta felicidad, fruto del deporte sabiamente cultivado, no es gemela de la función nerviosa que acompaña a las explosiones de libertinaje o anarquía. En estos casos, tras la primera sensación de pseudobienestar, surge el descontento definitivo.

Los educadores todavía recelosos del deporte lo atacan por este camino. “Es fácil crear contento cuando no se exige. Si se satisfacen caprichos, naturalmente, se ganan voluntades, pero no se educa.” Equivocación garrafal. Los hombres sin cualidades naturales pedagógicas defienden su situación personal achacando a los otros blandura, condescendencia. No quieren darse cuenta de que, a la larga, la condescendencia cristaliza en anarquía; que si ésta no sobreviene tras larga comprobación en el ámbito de ese educador, no se deberá el bienestar a la blandura, sino a alguna otra condición. Es la *comprensión*. Y entra dentro de la *comprensión* de la juventud actual el *deporte*.

Para la eficacia a largo plazo de la educación recibida en un centro, tiene importancia, junto a los hábitos morales, formación intelectual, etc., una vinculación afectiva de signo positivo. En trances difíciles, el hombre tiende a apoyarse en las viejas vivencias que determinaron parte de su ser. Esto explica el retorno fácil a creencias ancestrales de hombres descreídos. Las vivencias felices constituyen en la historia particular de cada ser humano jalones decisivos, como determinantes de sus acciones importantes. Calcúlese la trascendencia que tiene una vinculación de felicidad afectiva con el centro donde se educó en su infancia y adolescencia. Muchas defecciones intelectuales pueden reconocer su origen en estas al parecer pequeñas emotivas. Todos los hombres seguimos llevando dentro un niño, cuyos caprichos rigen muchas acciones.

El ingreso del deporte en el templo de la educación no se tendrá que limitar a un adosamiento lateral junto a las prácticas de estudio, espiritualidad, cultura. Sus valores humanos pueden incorporarse en una integración global de la labor educativa.

La tónica de nuestra juventud estudiantil es de poca compenetración con su tarea profesional. Se multiplican los chistes cuyo desencadenante humorístico es la descontentada paradoja: *estudiante que no estudia*. La

psicología del chiste nos podría descubrir el fondo común de descontento del estudiante en su labor; de grave trascendencia para la posterior negligencia de la vida profesional en la sociedad.

¿Por qué tal desgana? Tendremos que rendimos a la evidencia de métodos educacionales incompletos. Si se quiere educar al discípulo, es imprescindible que cobre entusiasmo por las obras que le sirven para educarse. A la sucesiva aparición de sus nuevos valores, del sentido de responsabilidad, etc., una oportuna gama de actividades, apropiadas a cada coyuntura, captaría la personalidad total del muchacho, llenaría sus ilusiones, lograría en definitiva la compenetración de su personalidad con su obligación. Formas de educación bastante completas, que apuntan directamente a este objetivo, hallamos en esas organizaciones juveniles que poseen, íntimamente trabados, matices castrenses, religiosos, deportivos, humanos en una palabra, tales como el escultismo o nuestro Frente de Juventudes.

Se objeta que estas organizaciones tienen ya como objetivos directos valores en sí atractivos al joven. Frente a ellos, el estudio, por ejemplo, es ya intrínsecamente adverso a las apetencias juveniles. Afirmación gratuita que sería menester probar. Además, el sentido de sumisión, lealtad, altruismo, espíritu de trabajo, de *sacrificio* y otras virtudes habitualmente costosas a la naturaleza, presiden la actuación de estas formas educativas.

Nos quejamos hoy, entre otras cosas, de la ausencia en nuestras juventudes de auténticos *dirigentes*. Nos gusta pedir peras al olmo. Si no multiplicamos las oportunidades, difícilmente se desarrollarán esas dotes latentes. Tememos a la juventud porque es irreflexiva, imprudente. *Por* eso recelamos de ella. Hay empresas de menos responsabilidad: pongámosles al frente de ellas. El mundo del deporte *amateur*, con sus sociedades, sus equipos, sus campeonatos, sus comités de competición, les brinda ancho campo. Ahí pueden explayar sus iniciativas.

No se opine que esas juventudes que con la bolsa deportiva cruzan las mañanas domingueras representan una generación adocenada, sin ideales. Los grupos selectos que llenan sus festividades enseñando el catecismo, visitando cárceles u hospitales no están en oposición con esta otra juventud que cultiva al aire libre su cuerpo y su espíritu. Más bien se complementan. Todo depende de la valoración que esos deportistas den al deporte dentro de su vida y de la función que otorguen a las virtudes humanas y sociales dentro del deporte.

Puede éste convertirse en escuela de civismo, cualidad de la cual está intensamente necesitada nuestra sociedad. Cualquier educador moral firmaría estas máximas, pertenecientes al decálogo del jugador, de *Gladman*:

- “No te dejes llevar por la alteración ni los nervios. Conserva siempre la serenidad, incluso cuando la suerte no te sea favorable”.
- “El fracaso no debe abatirte ni descorazonarte, pero tampoco el acierto y el éxito deben envanecerte”.
- “Nunca olvides la consideración que debe merecerte el vencido”.
- “Jamás profieras palabras destempladas y soeces”.
- “Guarda siempre corrección y demuestra cordura”.
- “No hagas nunca ademanes ni adoptes aptitudes que pongan en entredicho tu cultura y la propia estimación”.
- “Acata los fallos del juez y las sorpresas del azar. Cuanto más injustos consideres aquellos y más desesperantes éstas, conserva mejor tu ecuanimidad”.
- “El público te honra con su presencia, y piensa siempre que entre los espectadores hay personas dignas, que merecen tu mayor respeto y consideración”.
- “Como individuo, tú, jugador en el campo, eres bien poca cosa; el conjunto de tu equipo lo es todo, y por esta razón no buscarás la personalización en las jugadas, sino que colaborarás a base de una ayuda eficaz a tus compañeros. No quieras sobresalir tampoco con tu comportamiento especial”.
- “Y por fin, no olvides que el mejor deportista no es el que ha conseguido más tantos, sino aquel que ha sabido conquistar el aprecio y admiración de sus adversarios en cuanto a eficiencia, corrección, acierto, cultura y espíritu deportista”.

Este es el auténtico deporte. La primera labor del educador deportivo es convencer de ello a sus discípulos; colocar frente a este deporte puro esos espectáculos profesionalizados. El primero es el que debe ser estimado y fomentado; el Segundo, admitido como puro entretenimiento de la sociedad, a la manera de otros bellos espectáculos, como un circo.

### **Esta sociedad nuestra...**

En la calma azul de una mañana de junio viajábamos gozosas en un autocar excursionista. En medio de la dilatada paz castellana nos topamos con un mercancías que trotaba en paralela cercanía. Exclamó de pronto alguien: —Nunca será España grande mientras anden tan lentos los mercancías.

Me acordé de todos los trenes de mercancías que había visto en mi vida; de las oficinas y taquillas de la R. E. N. F. E., e inmediatamente recorrí todas las oficinas esparcidas por la geografía española: las de los funcionarios del Estado, las de las grandes industrias y empresas comerciales privadas, las de Municipios y toda clase de instituciones españolas. De las oficinas salté a oficinistas, y con ellos a empresarios y directores, a obreros, ingenieros, técnicos, hombres públicos y privados..., estudiantes...

Paso todo como en velocísimo *film*. Una respuesta se me agolpó a los labios: —Mientras los españoles no seamos más cívicos, los mercancías andarán despacio. En este concepto cívico incluía todas las virtudes naturales que sacan al hombre de su egoísmo social.

Nos hemos quejado mucho, y seguimos haciéndolo, del atraso económico de España, de la lentitud en la recuperación. Aparte de las causas primeras, originarias, como la pobreza de nuestro suelo, etc., existen otras. Si somos privados, echamos la culpa a la administración pública. Si somos funcionarios públicos, a la ruindad y ausencia disciplinar del pueblo.

No se erraría mucho si se enfocara el problema español como problema eminentemente educacional. Nuestro pueblo ostenta gran penuria de virtudes cívicas. Conozco personalmente al extranjero protagonista de la siguiente anécdota: Vivía en España. Al trasladarse de una ciudad a otra fue a la estación con el tiempo tan justo, que no pudo sacar billete. Se resignó a pagar doble y montó en el coche.

Llego a la estación de destino. El interventor no había hecho su aparición en todo el trayecto. Descendió, se dirigió a la taquilla: “He hecho viaje desde tal ciudad y no he podido pagar. ¿Cuanto es el billete? Nuestra primera reacción fácilmente se traduce en un calificativo: “primo”. Pero después, a muchos por lo menos, nos agrada reflexionar. Con un pueblo así se pueden afrontar grandes empresas sociales. El viajero era alemán. Toda renovación debe comenzar por el hombre. Es lamentable que, siendo los españoles vanguardistas en virtudes teologales —al menos en alguna— y en la tan importante moral del sexto mandamiento<sup>8</sup>, estemos tan retrasados en la moral del séptimo y del octavo y, en general, en toda moral social..

Trampa, fraude, “untamientos”..., egoísmo en definitiva. Si aún es frecuente en muchas ciudades ver que los chiquillos apedrean los aisladores, es vicio ya común en los mayores la trampa, el espíritu desenfrenado de lucro. Tanto en la vida privada como en la pública. Se escamotea en la oficina y se hace gala de feroz egoísmo en los trolebuses. Ausencia desoladora de cooperación pública. Se critica; nunca se colabora; unos, por enemistades ideológicas; otros..., por simple carencia de ambiente.

Siempre he pensado que toda diatriba contra lamentables acciones de nuestra historia política es una confesión de nuestra propia ruindad. Sus protagonistas son hijos de España, nuestros hermanos, nosotros mismos los españoles. Nuestro radical vacío de colaboración social nos enfrenta, nos destruye.

El problema del pueblo español es fundamentalmente educativo: ignorante intransigencia, espíritu funcionario, preeminencia de la apariencia sobre la realidad, del título sobre el valor efectivo; acaparamiento lucrativo de cargos sin eficiencia.

---

<sup>8</sup> Los muchos defectos que en este punto existen en nuestro pueblo no impiden que esté muy por encima de otros muy cultos.

La falta de conciencia profesional es un vicio radical. ¿Se ha arraigado quizá tanto en nuestro modo de ser, que ha formado ya parte de nuestra naturaleza? Reputan qui jotismo ilusorio pretender un saneamiento. “En esta sociedad actual, desilusionada, cansada, de crépita..., han muerto ya los valores vírgenes, las fuerzas reproductivas.” “Es quimérica obra de romanos pretender resucitarlos..”.

### **Recia responsabilidad**

¡Educar un pueblo! Fácil pronunciarlo. ¿No habrá que aguardar una emergencia cósmica para cambiar una manera de ser? Si educar fuese *imponer* criterios, ideas, teorías, conceptos de vida, sí. Pero educar no es sino encauzar y ayudar al desarrollo de las formas latentes del ser vivo. Mientras hay vida existe renovación. Esta renovación está determinada por las mismas energías del ser vivo. No se *impone* un criterio o se “amaestra” a un niño en la adquisición de un hábito; solo se *despiertan* las posibilidades que para ese criterio o hábito existen en él. Si aceptamos, con Laín, que “En la vida del hombre, además de una maduración, hay también una sucesiva creación de modos personales de vida”<sup>9</sup>, las posibilidades eficientes de la educación se multiplican. Determinar esas sucesivas creaciones, latentes en el ser, es obra relativamente fácil; supuesto un conocimiento del hombre.

Dentro de veinte, treinta años, una generación nueva poblará las calles de nuestras ciudades, labrará los campos, dirigirá empresas, administrará los fondos públicos y... regulará la marcha de las mercancías. Esa generación llena hay los centros de educación. Reza estudia, juega, hace deporte en nuestras escuelas. La actitud inconsciente de muchos educadores hace recordar al niño de cuatro años con pistolas cargada en sus manos. Su mentalidad de juguete es más peligrosa cuanto más inconsciente. En un momento dado aprieta el gatillo y puede matar. Después le preguntan. “El niño, ¿es bueno o malo? “Es bueno”, responde. Y pudo matar a alguien.

Es defecto fundamental en muchos educadores separar sus recomendaciones pedagógicas de la vida. Exhorta a sus muchachos a la rectitud, al respeto a las leyes. Momentos después concierta en el recreo, con los mismos chicos, la manera de engañar a los organizadores de una competición sobre la edad de un futbolista a un atleta.

Es demasiado frecuente ver en España educadores que mienten para que en las lides deportivas el equipo de su centro pueda ganar. ¡Incomprensible! “Si lo hacen los demás —es la respuesta—. Lo contrario sería hacer el primo. Además, se trata *del deporte, del juego*. En las cosas serias, nuestro ejemplo es muy distinto. Aquí está el gran error.

La que más se graba en el educando son los modos de vivir, las reacciones ante la vida. Asimila sobre todo la actitud dinámica de su maestro. Mil veces más que las recomendaciones de palabra. En concreto, el deporte es su mundo más apasionado; su más intensa experiencia vital. Si ve que en esa vida vehemente el educador se apasiona demasiado, no es recto, engaña, defrauda a esa sociedad en pequeño que es el mundo de la organización deportiva, asimila arrolladoramente un concepto del deber, un hábito de respuesta a la vida opuesto al que doctrinalmente se le propone. Y esto ejercerá recia influencia en su futura vida profesional y social.

El educador, inconsciente, ha dejado disparar su pistola cargada. Luego pensará, como el niño, que él es “bueno”, buen educador. Dice cosas tan rectas... No es malicia, ni siquiera falta de lógica. Es oscuridad en las premisas; falta de ahondamiento en el problema educacional. Será triste; pero es probable que, en general, los educadores españoles no nos atrevamos a lanzar la primera piedra. Nunca es tarde para rectificar.

### **Hacia un neo-qui jotismo**

Estamos tristemente habituados a separar la teoría de las práctica, la fe de las obras. Es descorazonadora nuestra extremosa condición española. O pancistas, o infautados soñadores. Cuando penetra en nuestra

---

<sup>9</sup> *Las generaciones en la Historia.*

cabeza el viento de un ideal nos inflamamos, ascendemos como globos. Luego desaparece el ideal y usamos rastreadamente en la vida. Al ideal hay que encaramarse por realidades concretas, sin brillo sinfónico.

Esa obra de romanos es capaz de ser resuelta por una *actuación* educacional. En manos de educadores se encuentra toda la futura generación. He conocido a maestros que aprovecharon la energía del deporte —tan trivial para muchos— para infundir en sus discípulos un linaje de mística de la rectitud, de la caballerosidad, del civismo. Y he conocido después la actuación de esos muchachos en la vida. Sorprendente.

Por encima de sus enriquecimientos físicos, y aun de su abierto campo para la ejercitación de voluntad y carácter, brilla ese energetismo espiritual en el deporte: sus grandes posibilidades para la renovación cívica. El muchacho que se haya habituado a rechazar de forma instintiva toda trampa en un campeonato juvenil ha adquirido un modo de ser de fecunda dimensión social. Con muchos hombres así se puede llegar lejos.

Cervantes acertó a concretar con pincelada de genio los eternos polos de la humanidad viviente. No había conocido a Kretschmer ni a Jung. Pero sí los tipos humanos, leyéndolos en la realidad que le circundaba. Acertó como aciertan los genios: con el sonido febril de la encarnación humana. Pero esta encarnación la descubrió en España. Se ha dicho con verdad que, si Don Quijote y Sancho abarcan a toda la humanidad, solo pudieron vivir ella en España. En la Mancha, o en Extremadura, o en el rugoso reino de León, es lo mismo. Sabemos por experiencia que el español es extremista. Es Alonso Quijano o es Sancho. Aceptábamos un reaccionarismo español, hijo en primer lugar de ese extremismo. Las modernas burguesías, fusión del hidalgo y del villano —casi toda la población actual, excepto contadas minorías—, llevan dentro ambas concepciones de la vida. Todos poseemos algo de Quijote y de Sancho.

La austeridad de vida que ha impuesto a los españoles la penuria económica de los últimos siglos ha determinado una inhibición de la hidalguía. El realismo elemental a que obligo la pobreza provocó la afloración del villano. En las modernas ciudades hay poco de caballerosidad.

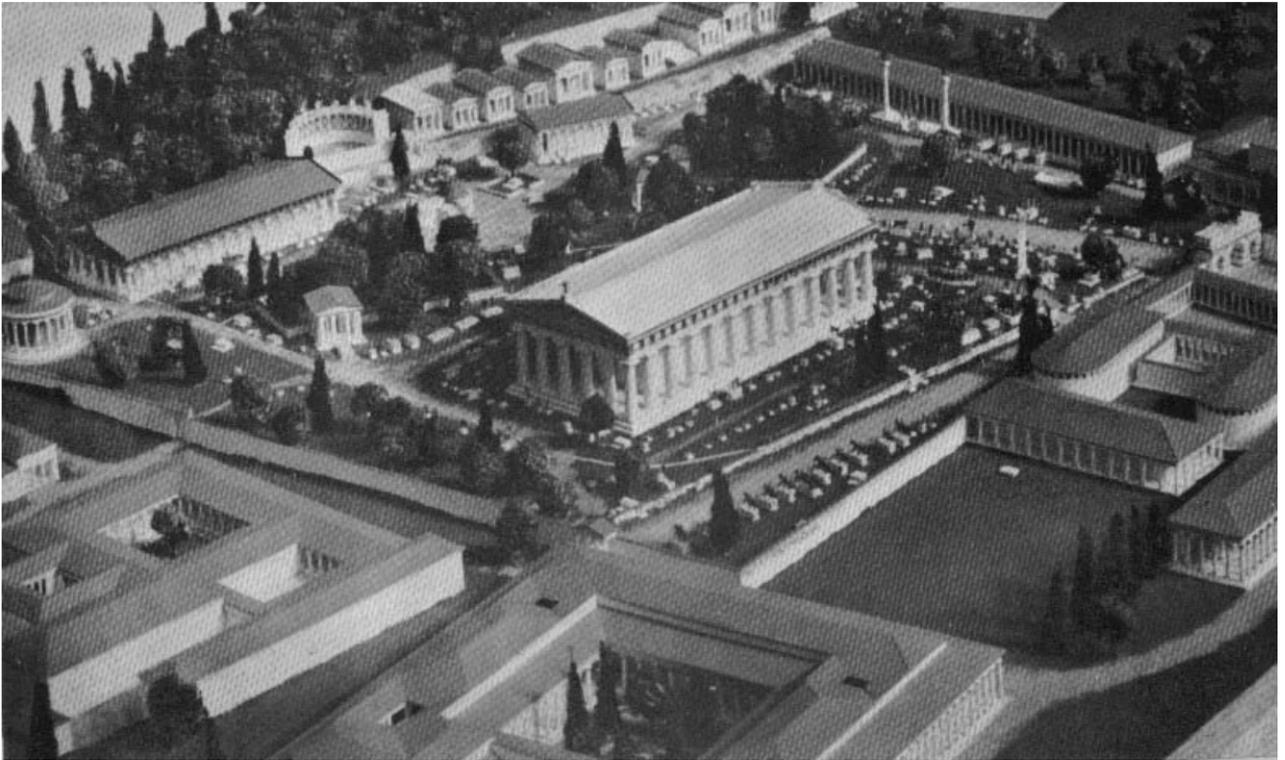
El español no es tramposo, egoísta, infautado, como han pretendido muchos. Es cierto que llevamos dentro un Alfarache, que acompaña a Don Quijote y a Don Crespo. Las azarosas décadas del XIX le otorgaron el bastón de mando, y tiñó con su burdez toda la vida social española. Y estuvieron a punto de hacernos creer que los españoles éramos así. Menos mal que en las horas fuertes hemos reconocido nuestra sangre en un Palacios.

El advenimiento de las modernas concepciones mercantilistas y la sobreestima de lo económico, como único asidero, han aumentado ese realismo materialista.

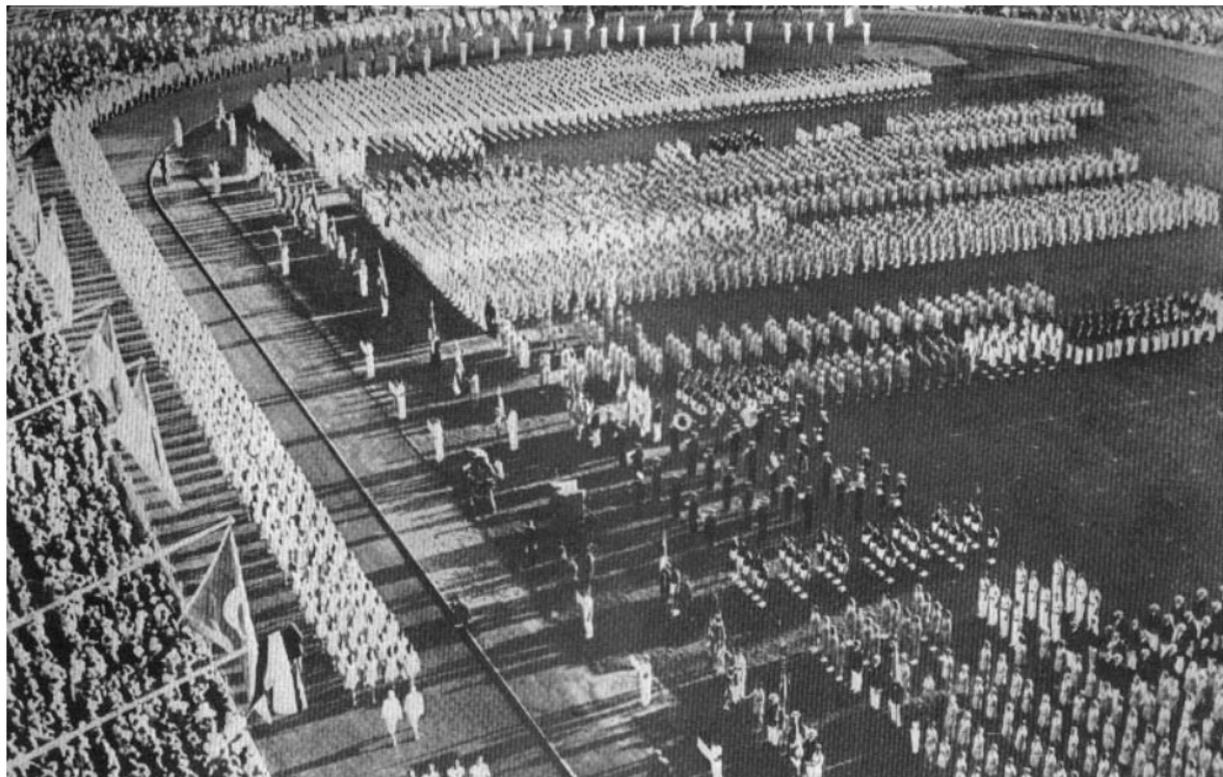
Es menester resucitar el hidalgo. Pero no el soñado Caballero de la Triste Figura en vuelo utópico sobre *Clavileño*. Sino el Quijano del testamento. Hidalgos e idealistas de realidades. Quijotismo de los “científicos”, de que hablaba Cajal; de la industria y del comercio; de la cultura; quijotes de empresa. Y, sobre todo, los quijotes más auténticos, *Los caballeros*: hombres que respetan a otros hombres; cristianos que entienden a otros cristianos, y a los que no lo son.

La inflación del tecnicismo ha esclerosado un ancho espíritu de nuestra sociedad; muchos no confían. Por eso es posible que los *pioneros* del neo-quijsotismo sean objeto de mofa.

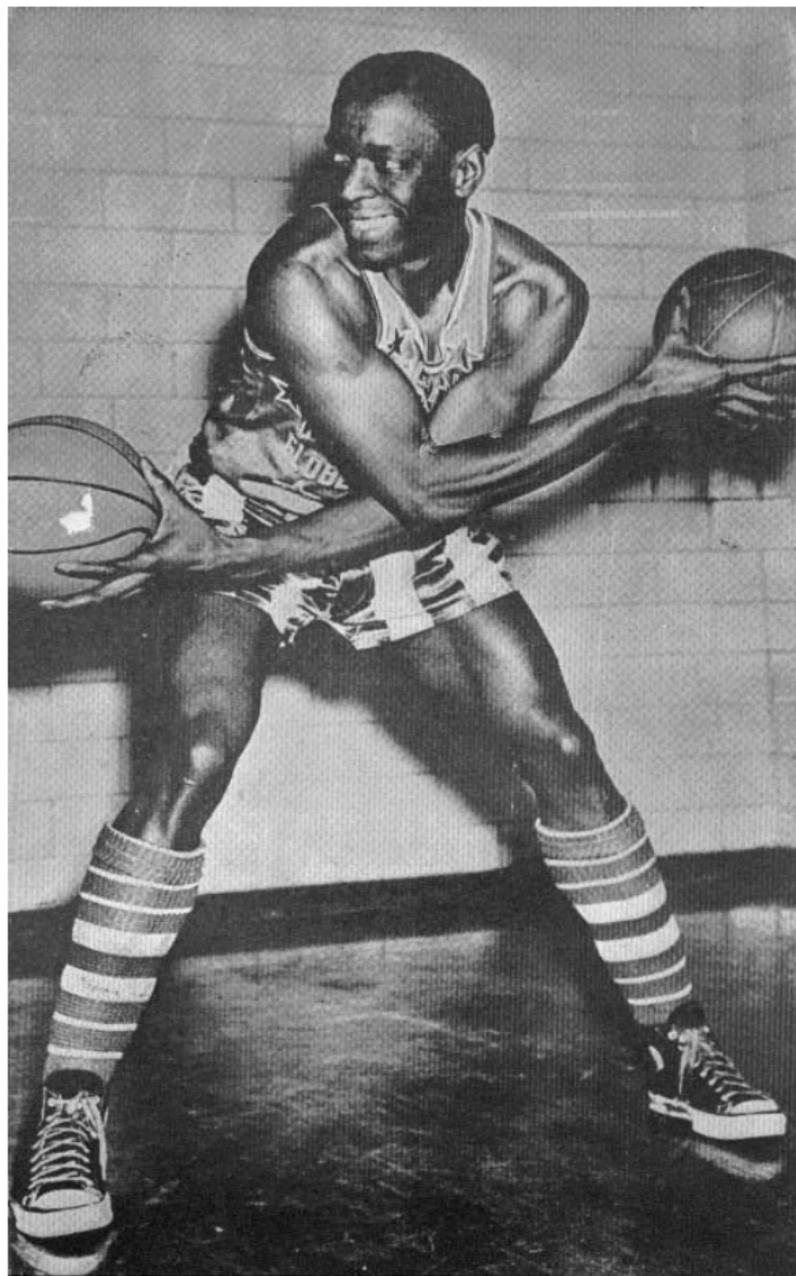
Pero, gracias a Dios, ya desde lustros, algunas mentes magistrales nos enseñan a mirarlos con fe. Creemos, con Laín, que “a ese generoso temple quijsotesco del ánimo —tan infrecuente hoy— se debe, por ejemplo, ya en nuestro siglo, la incipiente y amenazada incorporación de España a las pacíficas lides de la vida intelectual”. Y con la vida intelectual, en general, a la vida del espíritu.



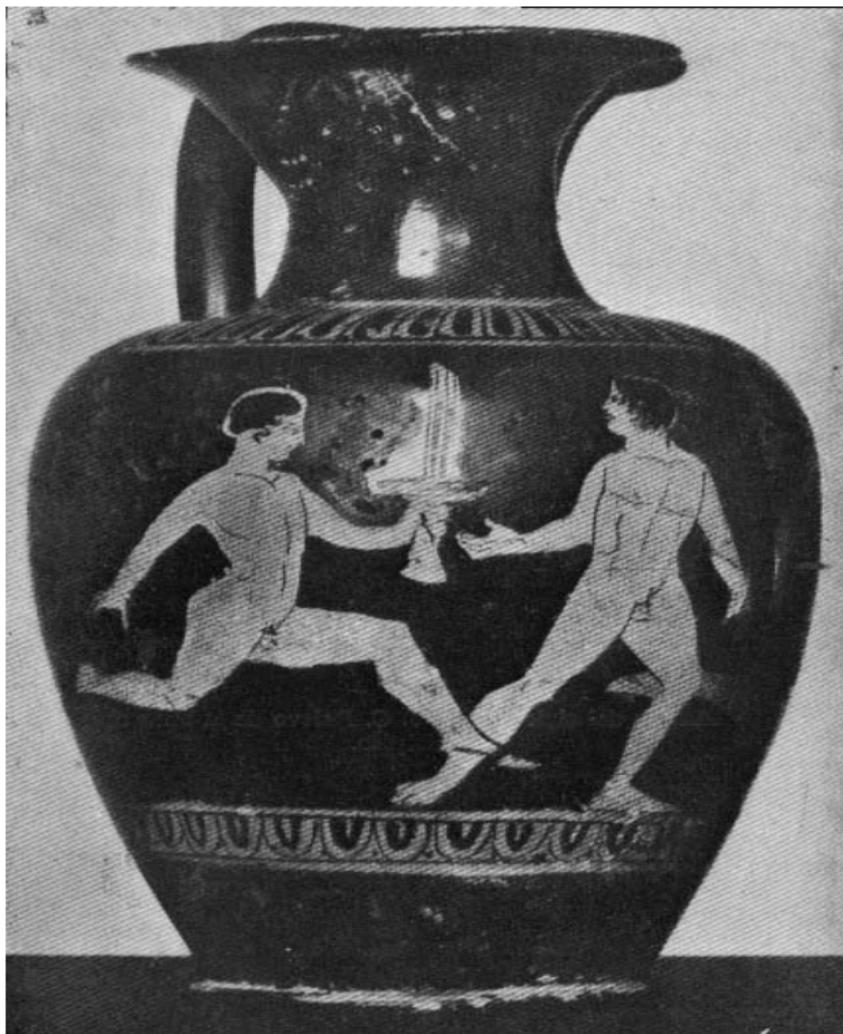
Restauración del ALTIS, recinto sagrado de la ciudad de OLIMPIA. En el centro el templo de Zeus Olímpico. Al fondo, el Filipeion (Circular), los Tesoros de las ciudades, etc. en primer termino, la Palestra y el Pritaneo. (cedida por Espasa-Calpe, de la «Summa Artis» de Pijoán)



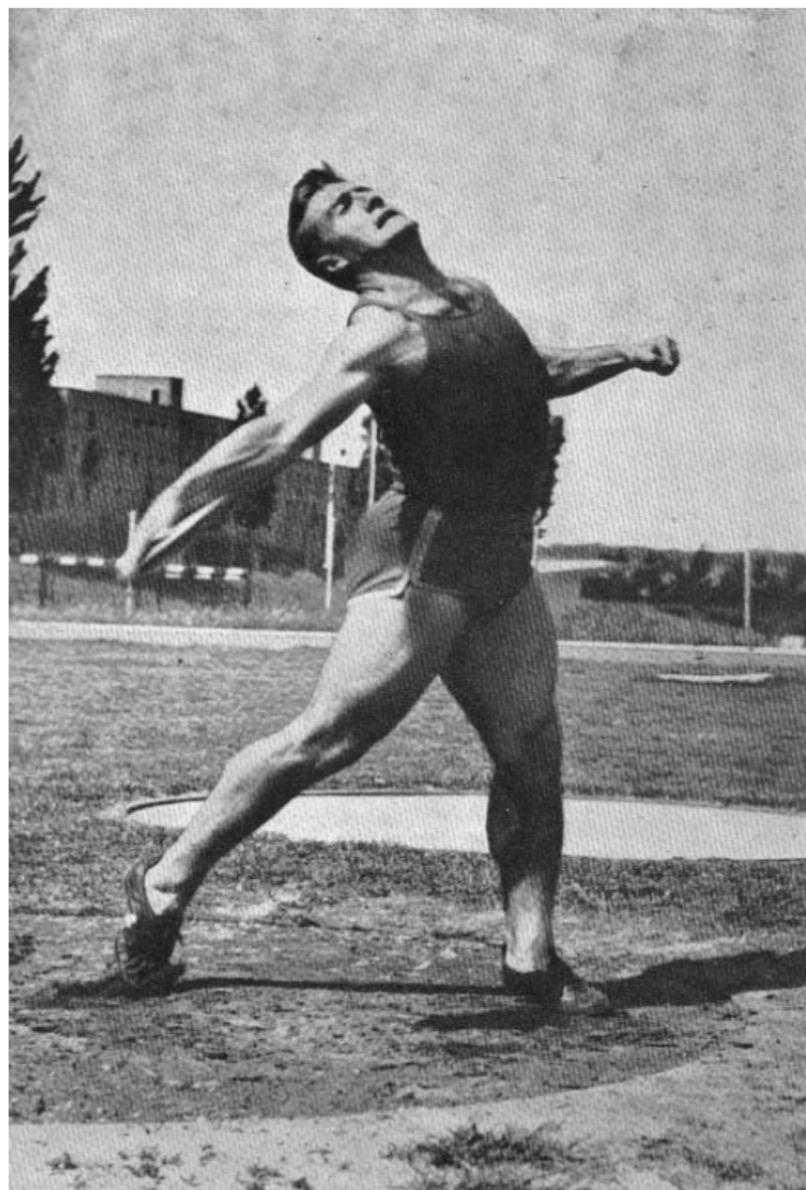
Acto inaugural de la olimpiada de Londres, 1948.



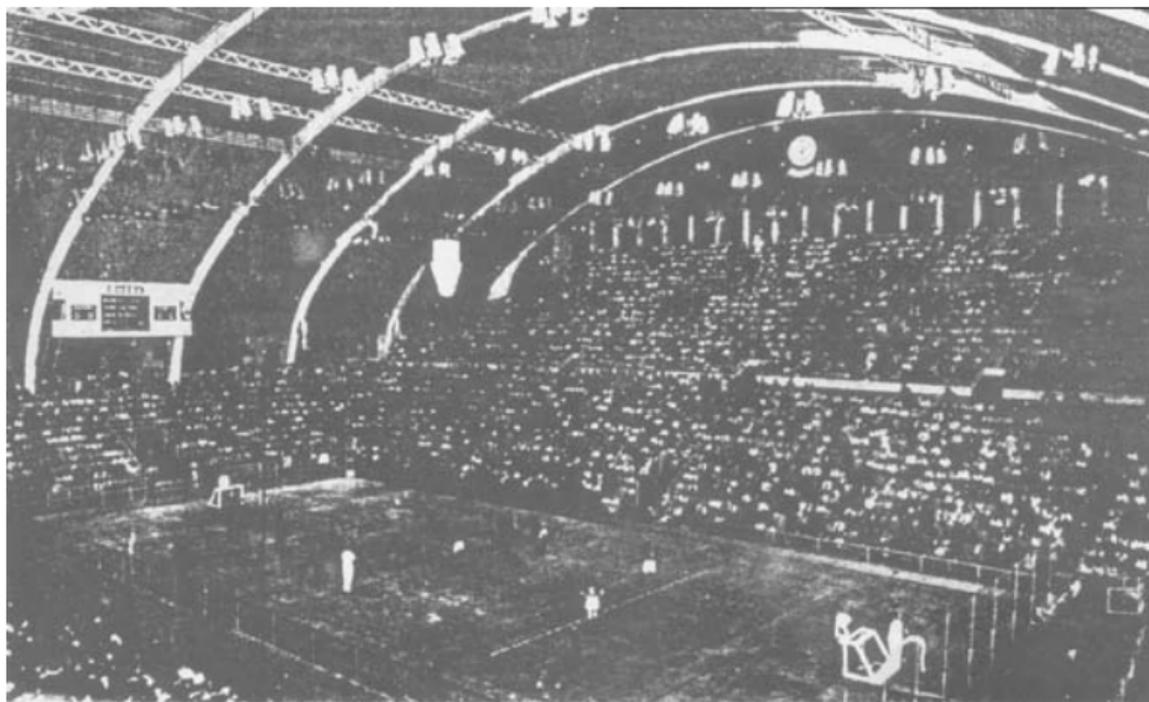
Fantasia y amabilidad: la embajada de los **Harlem Globe Trotters** por el mundo. **BOB HALL**. (Cedida por el archivo del diario «Marcas»)



Ánfora del siglo V a. de J. C. Relevo de la antorcha olímpica



Quadra Solcedo, campeón y plusmarquista nacional del disco (50,37 m) y martillo (49,25). Discípulo aventajado de Erausquin actualmente amenaza el record mundial de jabalina con el «estilo español».



Palacio municipal de los deportes de Barcelona digna instalación de la ciudad más deportiva de España.



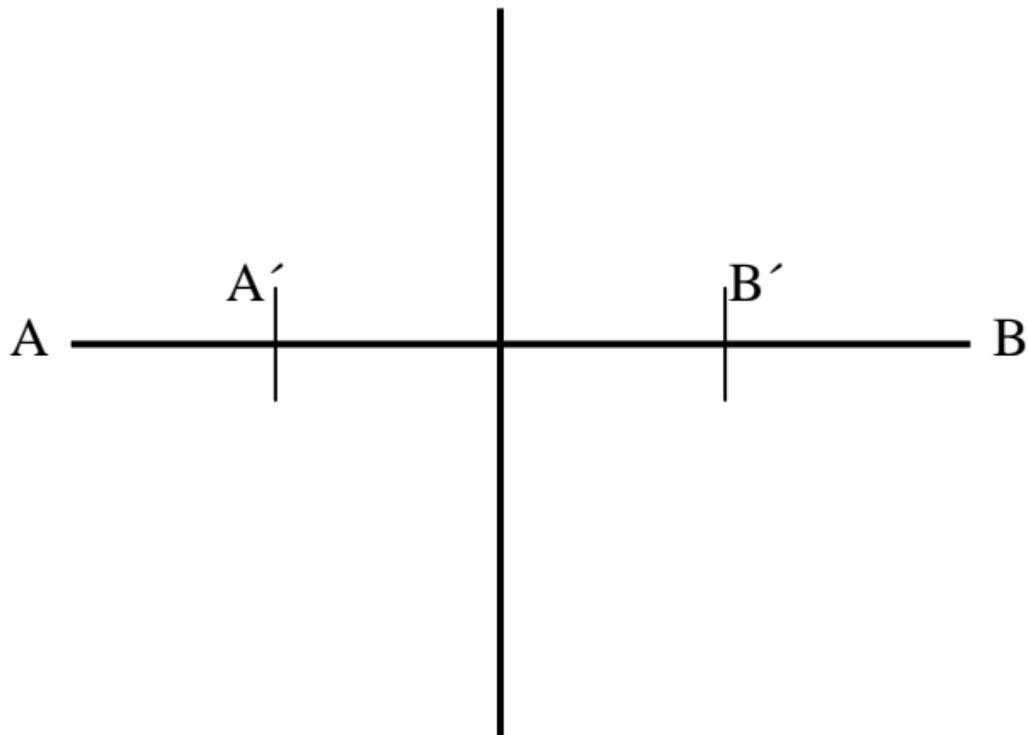
Joaquin Blume haciendo el «ángel»



El jinete español Goyoaga, ex campeón del mundo (del archivo del diario «Marca»)

<b>ESTE DEPORTE DESARROLLA :</b>	<b>ATLETISMO</b>	<b>FÚTBOL</b>	<b>RUGBY</b>	<b>BALONCESTO</b>	<b>BEISBOL</b>	<b>HOCKEY</b>	<b>BOXEO</b>	<b>JUDO</b>	<b>ESGRIMA</b>	<b>TENIS</b>	<b>GOLF</b>	<b>NATACIÓN</b>	<b>REMO</b>	<b>ESQUÍ</b>	<b>PATINAJE</b>	<b>CICLISMO</b>	<b>AUTOMOVIL</b>	<b>HIPICA</b>	<b>ALPINISMO</b>	<b>BALONMANO</b>	<b>PELOTA</b>	<b>BALONVOLEA</b>
<i>Algunos músculos</i>		●		✗		●			●	●					●	●		●	+	+		+
<i>Todos los músculos</i>	●		●	+	●		●	●				●	●	●							+	
<i>Reflejos musculares</i>	+	●	●	●	●	●	●		●	●											+	+
<i>Flexibilidad</i>	●			●		+		●	●		●	●	●	●	●			●			+	+
<i>Fuerza</i>	✗		●				●						●							+		
<i>Destreza</i>	+	●	●	●	●	●		●	●	●	●	+		●			●			+	+	
<i>Reflejos nerviosos</i>	+	●	●	●	●	●	●	●	●	●							●					+
<i>Control de sí mismo</i>				●				●			●			●	●	+	●	●	+	+		
<i>Valor</i>			●			●	●							●			●	●	+	+		
<i>Poder de voluntad</i>	●						●	●					+			+			+			
<i>Resistencia</i>	+	+	●	+			●			●		●	●	●			●		+	+	+	
<i>Sano ejercicio</i>	+			+	●			●	●	●		+							+		+	+
<i>Espíritu de equipo</i>	+	●	●	●	●	●							●			+				+		+
<i>Defensa propia</i>							●	●				●							+			
<i>Confianza en sí mismo</i>	+						●	●		●		●		+			+	●	+			
<i>Táctica</i>	+	●	●	●	●	●	●	●	●	●			+			+	●		+	+		
<i>Espíritu de sumisión</i>		+	+	+	+	+														+		
<i>Idealismo</i>	+													+					+			
<i>Virtudes sociales</i>		+	+	+	+	+								+					+		+	+

## Cuadro 1





La caravana ciclista recorre caminos de Europa



Los juegos nacionales escolares constituyen la realización social-deportiva más interesante de España. En la foto, Miralles capitanea el pelotón en la final a 2,000 metros, cuyo record escolar nacional detenta en 5'58" 5/10.



El brasileño Ferreira Da Silva, parece volar en el triple salto. Doble vencedor olímpico, en el Helsinki y Melbourne, ostente el record mundial con 16,56 metros. (Foto del archivo de «Atletismo español»)